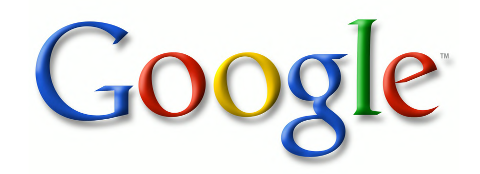



PROPERTY OF
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

Ors

EUGENIO D'ORS

GLOSAS

PÁGINAS DEL *GLOSARI* DE XENIUS

(1906-1917)

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ALFONSO MASERAS



MCMXX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

Imp. de VICENTE RICO
PASEO DEL PRADO, 30

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

SIN *pretender definir precisamente el espíritu, sino más bien la manera de Xenius, Eberhard Vogel le llamó, desde las páginas de la* Allgemeine Rundschau, «der Socrates des modernes Spaniens», *el Sócrates de la moderna España. La posición de Eugenio d'Ors ante su pueblo—ante su pueblo de Cataluña, que le comprende y le sigue y le admira, y aun ante el que le combate porque no llega a comprenderle—es, en efecto, una posición socrática; su agora es un cuotidiano barcelonés* (1), *al que acuden, cada vez más numerosos, sus fieles discípulos.*

Para hacerse oír de las gentes, al pensador, al moralista de los tiempos antiguos le bastaba recogerse en el atrio de un templo o en el pórtico de una ciudad, adonde acudían sus amigos y el pueblo entero, ávidos de saber, gozándose en la palabra de maestros y rápsodas. Hoy el agora lo trae cada cual en su mano, comprando el libro o el periódico de su predilección. Pero a él acuden tantos sofistas e impostores y tantos falsos poetas, que las gentes desconfían con razón de la mayoría de los disertantes. Excepciones hay, felizmente. En el jardín de Academo ha aparecido el prescriptor por excelencia, pensador y poeta a la vez, moralista y rápsoda, constructor y conductor, a un mismo tiempo, de un pueblo rejuvenecido. Este prescriptor, este filósofo y artista, este constructor y normalizador es nuestro

(1) *La Veu de Catalunya*, de Barcelona.

Eugenio d'Ors, autor de las GLOSAS *contenidas en este volumen.*

Desde 1906 Eugenio d'Ors viene publicando en el periódico diario referido su Glosari, *que el perspicaz crítico francés Marcel Robin* (1) *ha calificado de* «summa *de los tiempos nuevos». El espectáculo intelectual del mundo sugiere a Xenius un cuotidiano comentario. Cada comentario, es decir, cada* glosa, *es, ora un precepto; ora una disertación, ora una crítica, ora un poema. Ningún interés espiritual descuida Xenius en sus glosas, ningún matiz de curiosidad por el arte, por la ciencia, por la vida, por la vida universal: «la vida universal, dice* Azorín, *vista, sentida, expresada por un temperamento que, siendo clásico, pristinamente clásico, beneficia de todas las aportaciones—ya definitivas—de la revolución romántica»* (2). *Al precepto, a la disertación, a la crítica, al poema—al poema civil inspirado por el espíritu de ciudadanía—siguen series de glosas que forman obras completas de ética y de filosofía, novelas de transcendencia social, tratados de estética y de educación, pues se continúa en el* Glosari *el pensamiento propio de Cataluña, tanto en lo universal como en lo nacional, tanto en lo que tiende a superar las particularidades de cada pueblo para que éste se nutra de una cultura superior, como en lo que afirma la personalidad catalana y forma el substractum de su espíritu tradicional.*

Y aun no es solamente esto el Glosari: *atento a las palpitaciones del tiempo, en él se recogen los hechos capitales y los nombres de los personajes realmente eminentes del siglo; allí se da noticia y se señala valor a las corrientes que agitan el mundo y dejan rastro en la cultura, formando, en realidad, una en-*

---

(1) Marcel Robin, *Mercure de France*, 1.° de Mayo de 1912.

(2) Azorín, *Los valores literarios*, pág. 138.

ciclopedia del pensamiento moderno: «Summa des temps nouveaux»... *Y es más: es un sistema de filosofía, un manual de política, una preceptiva de moral y de ciudadanía. Libro de arte y de ciencia. Libro de viva atención* y *de juguetona curiosidad, al que no faltan ni humor ni piedad para ser hondamente humano. Libro de prédica y de combate, de combate insistente, de lucha tenaz, obra de un alto espíritu «gobernado férreamente» por una ley de armonía. En él Xenius diserta, critica, ama, exulta, prescribe, arbitra. Y en esta su nobilísima lucha por la coherencia de todos los elementos morales y espirituales de un pueblo—de su pueblo—, y por la coherencia de todos los elementos culturales adquiridos por el hombre, en este su cuotidiano predicar la universalidad y la tradición, Xenius reanuda la manera socrática, a despecho de cuantos sofistas le puedan salir al paso.*

Para dar la medida de la importancia que su obra ha ido adquiriendo mientras se realizaba, será necesario contemplar el estado caótico en que se ha hallado, a fines del pasado siglo, el mundo intelectual y ético. Y si en algún país tal estado caótico se manifestaba con real peligro de acabar con él, era por cierto en España, que tres siglos de decadencia habían sumido en gran postración. Cuéstale todavía mucho a España darse cuenta de su mal y decidirse a aplicarle el necesario remedio; pero en la conciencia de todos está que la primera región en despertar de tal sopor ha sido Cataluña, que al reaccionar contra todos los elementos morbosos que amenazaban la independencia moral y material que a España le queda aún, se esfuerza en incorporar a la cultura europea todo cuanto ha podido salvar de sus naufragios políticos, llevando a España por la difícil, pero segura, senda de su regeneración. ¿Quiere esto decir que no había en Cataluña también algo podrido, *como*

decía el príncipe Hamlet? Lo había en Cataluña, como lo había y sigue habiéndolo en todas partes. Los tiempos eran de corrupción, como lo son ahora de expiación.

Consciente de tal corrupción, y animado con fervor del deseo de medirla y combatirla, el autor del Glosari *acertó a señalarla en seguida a sus compatriotas, indicándoles el camino a seguir para que no perecieran en ella. No era política y moral solamente la corrupción, alcanzaba todos los dominios, los de la materia y los del espíritu. Estaba en las calles y en los hogares. Diezmaba los cuerpos y segaba en flor las almas mejor dotadas. Invadía el terreno de la ciencia, el del arte, el de las letras. Roía la sociedad como un virus y amenazaba acabar con los pueblos decadentes primero, con los todavía fuertes después. Libro de combate, como se ha dicho, el* Glosari *ha opuesto a tal corrupción toda una ética y toda una estética, que Xenius resume en lo que él llama Novecentismo. Y para establecer, por fin, un orden jerárquico dentro de la ciencia, Eugenio d'Ors crea una nueva filosofía.*

Por boca del símbolo humano de la filosofía orsiana, la inefable Ben Plantada (1), *en quien Xenius personifica el espíritu de su raza, en los albores del novecientos, el socrático prescriptor, que enseña a vivir según una ley de armonía, dice: «Que cada cual desvele y cultive lo que hay de angélico en él, esto es, el ritmo puro y la suprema unidad de la vida, lo que declarado quiere decir: la elegancia. Aconsejaron los últimos románticos: ordena tu propia vida como un poema. La Ben Plantada aconseja mejor: ordena tu propia vida como la elegante demostración de un teorema matemático.» Sin esta elegante*

---

(1) *La Ben Plantada de Xenius*, Barcelona, 1912.

ordenación aconsejada por la Ben Plantada; sin esta ordenación nacida de la libertad, del arbitrio; sin esta normalización arbitrada — «Arbitrarismo» es uno de los primeros lemas que haya empleado d'Ors—, el hombre persiste en el caos, combatido y vencido por la realidad.

Ante el conflicto entre lo real y lo ideal, entre lo que es y lo que debe ser, la lógica orsiana, como observa Diego Ruiz en su ensayo sobre la personalidad filosófica de Eugenio d'Ors (1), *«se pone siempre al lado de la Norma, erigida como principio y como defensa contra la Realidad». En su filosofía, «por definición, lógica supone norma, o, para decirlo con exactitud,* es *norma». En* la Filosofía del hombre que trabaja y que juega, *antología del pensamiento orsiano publicada en 1914 por Ramón Rucabado y Farran y Mayoral, vemos al filósofo combatir a los contemplativos puros y a los* accionadores *puros, sentando que la filosofía no es contemplación, sino pensamiento, y el pensamiento es movimiento. El movimiento, la acción, debe nacer de la libertad, del Arbitrio, del yo, de la Potencia, en lucha constante con el mundo exterior, contra la Naturaleza, la Resistencia.*

En un somero estudio donde se anota la obra de los pensadores catalanes, desde Raimundo Lulio hasta nuestros días, una revista de Losana (2) *señaló la transcendencia científica de la filosofía de Eugenio d'Ors en el siguiente párrafo, que por parecernos de gran justeza traducimos:*

«La biología moderna toma al ser vivo en la plenitud de sus funciones. D'Ors examina todos los valo-

---

(1) Diego Ruiz, *Las bellas mentes de aquí. (La Publicidad,* de Barcelona, 11 y 25 de Julio y 8 y 11 de Agosto de 1912.)

(2) *Annales des Nationalités,* Lausanne-Ouchy, número VI, Agosto de 1916.

res humanos, teniendo en cuenta no sólo lo que se llama acciones, sino sirviéndose de medios más determinados, midiendo el hombre completo que trabaja y que juega. Según d'Ors, la filosofía no puede limitarse a la contemplación pura, como tampoco a la acción pura, cosas que, por otra parte, son psicológicamente imposibles. La filosofía orsiana, pues, es esencialmente dualista; el hombre no puede consagrarse al trabajo o al juego sin que haya en él una lucha entre su libertad interior y la resistencia o fatalidad exterior. Mediante una gradual eliminación de todo cuanto no depende de la libertad humana, del mundo exterior, d'Ors llega a la libertad íntima, que ya no puede ser objeto del conocimiento, sino de la fe (1). *Pero esta libertad puede imponerse gradualmente a todas las resistencias y a todas las fatalidades interiores y exteriores, puede dominarlas e incorporarlas por fin a la vida espiritual. La cultura no es otra cosa que el resultado de la colaboración histórica de la humanidad en este esfuerzo. La filosofía orsiana establece la inmunidad de la razón ante las peligrosas excitaciones del medio* (2) *y descubre elementos irracionales en el génesis y en la composición de la ciencia. Estos elementos irracionales se manifiestan por la curiosidad, que indaga las causas; tal es lo que d'Ors llama el Juego, elemento estético ignorado por Mach en su concepción de la ciencia obedeciendo al menor esfuerzo. La filosofía de Eugenio d'Ors va más lejos que la de Bergson y que el Pragmatismo, pues considera la Razón como el mejor elemento de la realidad, elemento que comprende y domina a la realidad misma.»*

Según la filosofía orsiana, la acción debe ser regulada por fórmulas, pero guardando siempre la

(1) *Religio est Libertas.* Bolonia, 1909.

(2) *La formule biologique de la Logique.* París, 1910.

libertad de espíritu suficiente para prever el advenimiento de otra fórmula, es decir, estableciendo la tesis y la antítesis con una jerarquía a favor de la primera, en corrección a la teoría de los tres momentos dialécticos de Hegel. Esta corrección da origen a lo que Ors llama doctrina irónica del conocimiento, *que considera esencial a todo pensamiento real una actitud de ironía. Y esta ironía debe de ser, según nuestro filósofo, el acento del* Novissum Organum, *el tercero después de los de Aristóteles y Bacon, reclamado ya por los resultados de la moderna filosofía y por la crítica científica de nuestros días.*

De exprofeso se han eliminado de este volumen las glosas de Xenius que forman serie, y son, por lo tanto, verdaderas obras sueltas, más o menos largas. Algunas de estas series han sido traducidas ya al castellano y publicadas en sendos volúmenes (1). *Pero tanto la filosofía como la ética y la estética de Eugenio d'Ors palpitan en todas sus glosas, viven en el fugaz y luminoso comentario que la actualidad le sugiere; cantan, como en la estrofa de un poema único, en cada evocación del narrador, en cada imagen del artista. Narrador y artista, Eugenio d'Ors lo es de cuerpo entero; narra fugazmente, con pincelada segura, con precisión, con sutileza, y cuando crea, cuando arbitra el mundo ideal que tan a manos llenas vierte en su* Glosari, *el artista se yergue magníficamente con un estilo inimitable y personalísimo, intraducible las más de las veces, un estilo por el que circula toda la savia rica de su profundo pensar.*

Hemos dicho que, además de su filosofía, palpitan

---

(1) Tales son la novela de *La Ben Plantada* y los tratados *Flos Sophorum, De la Amistad y del Diálogo, Aprendizaje y Heroísmo* y *Grandeza y servidumbre de la Inteligencia.* También se ha hecho con la compilación de algunas glosas la antología titulada *La filosofía del Hombre que trabaja y juega.*

en sus glosas su ética y su estética. Su ética, en el orden político, se llama Imperialismo; en el orden moral se llama austeridad, actividad, sacrificio, Santa Continuación. *Su estética se llama Arbitrariedad, en oposición al lirismo impresionista y al arte interjeccional, y Clasicismo, en oposición a todo cuanto se aparta de lo tradicional. «Sólo hay originalidad verdadera, nos dice, cuando se está dentro de una tradición: todo lo que no es tradición es plagio.» La tradición que con mano poderosa reanudan en Cataluña Xenius y toda su generación, se llama Humanismo, Civilismo y Universalidad. «Humanismo absoluto en la concepción del mundo y en todos los órdenes del pensamiento y de la vida», dice de la Arbitrariedad el prologuista del primer volumen del* Glosari (1). *Civilismo intervencionista, según la definición que de las leyes nos da el glosador: «las Leyes son Normas, pero también son Armas». Universalidad, o sea supresión de todo lo anecdótico y afirmación de todo lo categórico; superación de lo histórico e irracional y afirmación de lo eterno y armónico.*

Cíclope que con brazo firme levanta de nuevo ante la ciudad ideal del imperio de su raza la fortaleza de esa tradición, Xenius, el prescriptor, asiste gozoso al espectáculo confortador de un pueblo—de su pueblo—que saliendo del desorden y de la corrupción en que estuvo sumido, pone en práctica sus ideales y arbitra el mundo a su voluntad. Iniciador de un nuevo orden de categorías en los valores universales de la cultura, Eugenio d'Ors ha contemplado dolorido la terrible expiación que en los campos de batalla ha cumplido la Humanidad, pero su dolor se ha trocado en júbilo al presentir que el mañana de

(1) *R. Casellas, Prólogo al* **Glosari** *de 1906.* **Barcelona, 1907. Librería Francisco Puig.**

la guerra ha de llamarse simplicidad y socialismo, es decir, austeridad y sacrificio, normas centrales de su credo moral.

A. MASERAS.

Junio de 1919.

AMIEL EN VICH

AHORA van de nuevo a deslizarse suavemente, sin demasiado ruido, aquellos pálidos fantasmas que angustiaron nuestra niñez. Es como si una noche volvierais a soñar la pesadilla habitual de antaño: un sueño de figuración ya abolida en la memoria, pero que, sepulto en las honduras de la subconciencia, envenenaba aún, misteriosamente, toda nuestra vida con vagas aprensiones, con extrañas melancolías, con terrores sordos... Me duele el corazón al terminar la lectura del obscuro libro que el azar me trajo, y que es, a la vez que un libro de psicología, en que late la intimidad trágica de un espíritu, un libro de historia.

Esto acontecía a fines del XIX. Por antonomasia, aquellos tiempos se llamaban «fin de siglo». Quienes los vivieron sentíanse cínicamente orgullosos de su decadencia y de su mal. Días de descomposición, de turbia senectud mezclada a la fiebre de nuevas germinaciones, que aun se ignoraba qué podrían traer; una dolorosa inquietud, un apetito de tiniebla dominaron las almas. La fe religiosa se había perdido: la fe en la ciencia redentora, que durante un siglo entero ilusionó a los hombres, estaba ya hundida; el nuevo idealismo no se había articulado aún, y permanecía como una vaga aspiración, nueva causa de malestar y de ruina, ante las realidades de la existencia. Fué aquel

el tiempo del anarquismo, cuando el florecimiento universal de las doctrinas y cuando los primeros atentados, que dejaron al mundo atónito por su crueldad y estupidez. Fué el tiempo del decadentismo y de la sensualidad enferma... Recordad la literatura, recordad el arte de entonces. He aquí a Verlaine; el que vive muriendo en las prisiones y en los hospitales, componiendo *odelettes* obscenas o letanías a María. He aquí a Aubrey Beardsley, a Felicien Rops, al vizconde de Toulouse-Lautrec, corruptos de Japón y de prostitución. He aquí a Ibsen, que pretende disolver la familia y la sociedad, y a Tolstoï, que quiere disolver la vida civil. He aquí a Huysmans y a los católicos equívocos, y a los blasfematorios, y a los de la *Rose-Croix*, y a los de las «pequeñas religiones de París». He aquí a los idealistas, lívidos estetas prerrafaelitas o místicos mæterlinquianos, que regresan de la razón a la cobarde locura y retroceden del lenguaje al balbuceo. He aquí una gran ola de música rodando a través de todo eso, anegándolo; y esta ola es el canto de Tristán e Iseo, que arrastra mentes y conciencias hacia el abismo del amor y la muerte, sin dejarles otro vigor, antes de que desaparezca para siempre, que el de suspirar una palabra, que es como el testamento de la época: *Nihil*.

¡Ay! La traducción española del *Nihil* fué más triste. La catalana, más triste aún. Lo que en otras partes fué naufragio de espíritus aislados, aquí fué el naufragio de la nación. En 1893 el anarquista Pallás arrojaba una bomba, en una parada militar, contra el general Martínez Campos; en 1898 se hundía el imperio colonial. Entre una y otra fecha, para nosotros, como voz de aliento, como fuerza positiva, como orientación, como fe y esperanza, ¿qué? Las grandes concreciones de energía que más tarde han venido a actuar no existían aún, o solamente se preparaban entre bascas de gestación o entre profecías paradóji-

cas. Nuestra protesta catalanista no se había traducido en un movimiento político organizado: no pasaba de ser tal protesta y, a la vez, un lamento—blasfemia y elegía—. Blasfemia era también nuestro europeísmo, mudo y desesperado, nostalgia de lo no conocido o de lo entrevisto—no sagrada ambición y resolución de llegar a poseerlo—. Blasfemia y elegía, el tradicionalismo también; que el anhelo a restaurar los valores eternos y a ligarse a ellos no soñaba siquiera en las direcciones enérgicas y útiles que habían de amanecer después. Nada aún de civilismo; nada de imperialismo, del complejo conjunto de acciones, renovadoras unas, innovadoras otras, todas constructivas, que, personalmente, hemos llamado Novecentismo, tomando nombre justamente de la hora en que las hemos visto salir a luz... Un mundo moría, y contadísimos espíritus pudieron adivinar qué iba a reemplazarlo. En la mayor parte sólo hubo una repercusión catalana, agravada por la estrechez del ambiente y por la más silenciosa tristeza de la crisis universal. Tenemos un ejemplo de estas crisis del «fin de siglo» en el caso de Mossen Cinto. Otro, en el de Soler y Miquel. Tendríamos, por ventura, dos ejemplos más en los casos de Maragall y de nuestro amigo Pedro Corominas, si no se hubiesen redimido los dos con articular el primero su malestar en la poesía y en la teoría, y con canalizar el segundo su vida enérgicamente hacia la normalidad política y familiar... Un ejemplo más ha quedado recogido en este libro de que he de hablaros, que el azar me traía, y que contiene las Memorias de un hombre del tiempo. el «dietario» de un escritor poco conocido, Francisco Rierola y Masferrer, y que fué publicado, después de muerto el autor, por sus compañeros los escritores de Vich.

Este dietario tiene un carácter doble: confesión íntima, por un lado; por otro, memorándum de aconte-

cimientos públicos. Ora un lírico Amiel, ora un objetivo periodista. Un Amiel de vuelo corto, de estrecho criterio, de tristeza más prosaica, de soledad menos pura, con la misma ineptitud social, pero sin la excusa del aristocratismo. Un periodista capaz, de cuando en cuando, de trazar, con cruda elocuencia, en cuatro plumadas, breves y precisas, pequeñas escenas de vida ciudadana y de sus históricos fastos y nefastos; pequeñas obras maestras alguna vez, como son las páginas en que se cuenta la primera velada en el teatro del Liceo, después de la luctuosa del 7 de Noviembre de 1893, o la enfermedad de uno de los leones que albergó la colección zoológica del Parque. De uno a otro acontecimiento, de una a otra melancolía, se arrastra una vida, ni lo bastante contemplativa para darse a la meditación fuerte, ni lo bastante activa para alcanzar eficacia y fruto, ni dotada del heroísmo de la soledad, ni de la intensidad que exige la plena intervención civil. Vida mediocre de café y de rambleo, de corta excursión y de perezosa lectura, de estreno, conferencia y concierto, de tedio y chismografía, de lenta dispersión y disolución de las energías espirituales. Rierola parece haber sido, no un completo ocioso, pero sí uno de estos semiociosos que abundan en nuestra sociedad intelectual. En los cinco años que abarcan las Memorias, años que fueron justamente los de la plenitud de su vida—entre los treinta y cinco y los cuarenta—, ningún rastro de trabajo, ni de estudio serio, ni siquiera de disciplinada lectura o de organizada curiosidad. La misma redacción del dietario es intermitente y displicente. La literatura le atrae; la crítica, le tienta; de tarde en tarde, da a algún periódico de Vich o de Barcelona alguna impresión sobre actualidades, algún juicio sobre un libro nuevo. Pero—confiesa el 9 de Noviembre del 95—: «*en l'escriure ja no hi tinc fé, esperança, ni amor. A les poques ratlles ho deixo. Ja sé que, com la guinéu*

deia dels raims, puc dir jo de la glòria literària: «és verda». Bon temps hi he tingut esperança i per ella tot ho hauría donat. Avui ni hi crec, ni'm sembla hermosa, pocs anys sòn menester per a desllustrar-la, i fins quan del tot no es borra, amb prou feines més ne queda que un nom que passa per unes quantes boques i encara maquinalment repetit per la majoría d'elles. ¡Que'm tempta poc ja l'ideal! ¡Que poc me tempta lo positiu!»

Y tan fatigado desabrimiento de la gloria no viene a compensarlo el amor. Déjase entender que Rierola vive en Barcelona en una casa de huéspedes. De vez en cuando va a Vich para pasar allí dos días de fiesta seguidos, acaso una semana. Son aquellas sus horas de más clara alegría. Tal vez las únicas en que plena, personalmente, *vive*. En Vich encuentra a su padre, cuyo estado de salud le inspira algunas inquietudes; allí encuentra también tres sobrinillas, «*aquelles tres alegries*— escribe él, en guarismos—*de 14, de 12 i de 9 anys.*» Ellas logran alguna vez llevárselo de excursión por peñas y riscos, que hacía muchos años que él no había pisado. Escala un día la sierra de «*les Barraques*», y acontece que una de las niñas, «*la Concepció*», le pregunta «cuándo regresa»... El responde que el día siguiente... «*Demà? Que serà trist. Voldría que hi estés tot l'any... Entre tot l'any i dos dies hi ha massa diferència, massa!... La tarda ès plujiosa, trista. A la nit, a l'acotxar-me, com ràpides imatges, nètes, clares, passen a ma vista margeres plenes de violes.*» Dos años después, en circunstancias que desconocemos, anda por unos días si se casa o si no se casa; pero «*parlava el cap, callava el cor i, com aquest no deia rés... Solter me quedo, i solter, si Deu no hi posa remei, aniré seguint, fins que vinga la negra amb la dalla...*» Por fin, en el verano del 98, en los mismos días del gran hundimiento español, Rierola, ya pasada la cuarentena, deja

definitivamente Barcelona, donde había permanecido por un cuarto de siglo. Negocios familiares le obligarán, en adelante, a vivir en Vich, y entonces se adivina que la propia vida, marchita, combatida, «*plé el cervell d'onades negres, que hi apaguen tota la llum d'alegria*», se acoge, como a un puerto, a la ciudad que aborrecía antes, «*la ciutat que'm donava una tristesa inmensa, perque, per a mi, era la ciutat de la mort*». Ahora está contento del cambio; piensa en la alegría que tendrá su padre, piensa en la vida nueva.

Al mes de residir en Vich, constata que allí se encuentra bien, y siente tan sólo que su trabajo no le deje los domingos libres. A los dos meses se promete con una parienta próxima. El 26 de Noviembre la hoja del dietario dice: «*Casat aquest mati al cambril de l'iglesia del Carme*», y aquí el dietario se acaba, y eso es todo. Ninguna otra figura de mujer, si no son las de las víctimas de la bomba de la calle de Cambios Nuevos o la de la escritora Pardo Bazán, que llega a Barcelona a pasmar y a hacer frases, «*reventant de suficiència*», pasa, ni siquiera se adivina, en las páginas de este libro, palpitante, sin embargo, de romántico ardor escondido, de pasión sin empleo... De este libro, en donde se ha escrito un día: «*Cares rialleres, suprema bellesa de la terra, heu passat davant meu, heu passat com visions encantades, harmonies que fugen... Que no us hagi detingut un moment, ni us coneguin les estretes dels meus braços, res hi fa, tant se val! Potser adintre del cor hi portaria, fent-me rendir al seu pas, cadavres d'amors: ara no més hi porto cendres d'illusions mortes, amargues, pero no pesantes.*»

Pero el fuego enterrado aquí estallará más lejos. ¿Hacia dónde se dirigía esta furia, ahogada en el corazón puro y mártir? Iba hacia una virtud y hacia un vicio. La virtud fué la religiosidad del hombre, maciza, derecha, intransigente; hijo de un fin de siglo,

Rierola no ha sabido convertir su fe en remedio, ni siquiera en consuelo de angustias e inquietudes; pero la conserva biológicamente, étnicamente, con frenética esquivez entre las delicuescencias, entre los diletantismos, entre la descomposición mental de la época; ella marca, con sello inconfundible, todo el libro de memorias; se afirma en él, dura, esparcida aquí y allá, en consideraciones y juicios que, por lo rectilíneos, llegan algunas veces a herir al lector más dispuesto a simpatizar con ellos. El vicio a que aludíamos se hermana bien con su especial y áspera virtud: es el vicio de la crueldad. Vese constantemente a ese hijo de la montaña, que escribe sobre las emociones de su espíritu y sobre las cosas que le rodean, atraído predilectamente por los espectáculos, por las meditaciones y sueños de muerte y de tortura, por los cementerios y sus nichos, que no olvida de visitar anualmente el día de Difuntos; por los horrores de los atentados anarquistas, a cuyos lugares acude en seguida, impulsado misteriosamente por el olor de la sangre y con apetito del escalofrío de miedo; por las ejecuciones capitales y los patíbulos, por las corozas de las cofradías y hermandades mendicantes por el reo en capilla, por los incendios de la calle, por la enfermedad de las fieras, referida en términos de realismo algo brutal... El 21 de Noviembre del 94, día en que ha de ser ejecutado el terrorista Salvador, Rierola pasa una noche angustiada. A las doce y media, escribe: «*Set hores i mitja manquen por a l'encanyada d'un home.*» A las siete ya está en la calle y se dirige al fatídico lugar: «*El sol traspuava darrera una boirina que s'estenia cap al port. He vist blavejar de bruses, soldats i guardes-civils de cavall... i vora el catafalc negre, un pal i una argolla lluent...*» Pero en el momento terrible nuestro hombre se halla ya lejos del lugar del suplicio. ¿Le ha faltado valor? ¿Se le ha oprimido el co-

razón al hombre de fuerte instinto, pero de inteligente debilidad, que ha escrito un día: «*Soc lo més porug del mon per l'aigua i no sé de nadar?*» En cualquier caso, para hallar, como tantos otros, satisfacción al instinto, conciliada con la cobardía, asiste a las corridas de toros. Este intelectual de Barcelona, este catalanista, este hombre devoto, tuvo, clandestinamente quizá, una afición, afición dominante, loca, por la bárbara fiesta; y la mayor sorpresa del *Dietari*, lo que le da más extraño sabor, es ver cómo el Amiel ausetano intercala en él, a cada paso, imperturbablemente, al lado de líricas delicuescencias, al lado de finos juicios artísticos, escuetas y acabadas reseñas de corridas, con apreciaciones breves, pero secamente técnicas, sobre el comportamiento de toros y matadores... El no llegó en seguida a la afición cruel; resistió su intelectualismo años y años, «*dient pestes de toros i de toreros*». Asco, pavor y hastío prodújole la primera corrida a que asistió. Luego se rindió, y acabó embriagándose: «*He aplaudit, m'he aixecat dret, he cridat «¡bravos»!, llegeixo i repasso llibres de tauromaquia...*» He aquí, pues, el vicio, el suyo... Estamos en fin de siglo, en hora de degeneración espiritual, y es necesario que cada cual se embrutezca en su vicio. Francisco Rierola va a las corridas de toros. En estas mismas horas el literato X toma morfina, el pintor Y duerme en las tabernas del *carrer de Trenta Claus*, el dibujante Z holgazanea cada tarde, con el pretexto de tomar apuntes característicos, en el café-concierto más vil que encuentra.

Mientras tanto, la Historia pasa. Pasa la Historia, y sus latidos, al llegar a Barcelona, son recogidos en las hojas del *Dietari*. No soñará Rierola, como tantos otros entonces, en marcharse a París. Un día, en ocasión de que su amigo Raimundo de Abadal parte para Moscou, expone solamente el deseo de que la

monotonía de su existencia pueda ser interrumpida un par de semanas. Registra, en cambio, todo acontecimiento barcelonés característico, y en medio de todos se encuentra profundamente solitario, moroso siempre, envenenando sus propias ingenuidades con la esquivez agria de su crítica. Pasa la historia, la dolorosa historia, digo.—Es 1893 y es la tragedia del Liceo, que Maragall remembrará también en un pequeño poema doméstico. Un período de terror ha invadido nuestra ciudad. Las gentes desertan de los espectáculos, de las fiestas, de los paseos, de las solemnidades religiosas. Por fin se realiza un esfuerzo de reacción; el vehículo será la afición a la música, tímidamente despertada.—El 17 de Enero siguiente el gran teatro vuelve a abrir las puertas. El maestro Nicolau dirige un concierto: «L'Arlesienne», la «Quinta», *Revêrie*, de Schumann; «La cabalgata de las Walkyrias», una danza persa. Pero el domingo de Carnaval todavía «*Barcelona no está serena*»... «*tot és decadència*». Aparece por aquellos días *Un Saint*, de Paul Bourget, y Rierola comenta la tendencia de reacción idealista de esa obra, y habla con misterio de las nuevas corrientes literarias y de «La asunción de Hannela Mattern», de Hauptmann, de la cual ha leído seguramente en algún periódico que hace aparecer en escena las figuras de los sueños o delirios de una niña enferma. — Es también el actor Novelli, en el Principal, que no logra atraer al público y representa ante las butacas vacías, pero con todas las luces encendidas y con el teatro resplandeciente, como en las noches de gran solemnidad. Son los «Espectros», de Ibsen, y el *Mamma, dame il sole*. Una bomba estalla en el hotel Terminus, de París. El poeta castellano Balart publica su libro elegíaco «Dolores». Aparecen pintores modernistas: pintaban siluetas esfumadas; pero he aquí que comparece Zuloaga, y en las cosas que representa, incluso nubes y reflejos de nubes en

el agua, afirma siempre el contorno con una línea espesa y gruesa. El pintor Roig y Soler agrupa los colores, y es muy comentado un busto de Lohengrin, por el escultor Torcuato Tasso.—El 10 de Marzo el pintor Cusachs expone un cuadro, y Rierola constata que, en cuanto a genio, Cusachs no lo tiene; también hay de Brull una gran tela de asunto histórico: «La tonsura del Rey Wamba», en que *«l'única figura ben pintada es Ervigi»*. Poco después Casas expone un cuadro gris y realista: «Garrote vil», y Casellas le alaba de manera tal, que esto desplace al autor del *Dietari*. Más tarde, exposición póstuma del paisajista Vayreda; hablan de él Miquel y Badía y Casellas en *La Vanguardia*. Este, opina Rierola, abusa del tecnicismo. El primero *«es una mitjanía inflada per la propia suficiència.»* En la verbena de San Juan, en el Palacio de Bellas Artes, se deja oir la *«Lyre biterroise»*. Se estrena «María Rosa», y Rierola dice que *«mai havia entrat al teatre català una ventada de veritat tan forta.»*—En Junio, un italiano mata en Lyon, de una puñalada, al presidente Carnot. En Noviembre, un año después de su crimen, Salvador es ajusticiado. Hariclée Darclée canta en el Liceo...—Es 1895. «Los condenados», de Galdós; la cuestión de los novelistas en el teatro y la rebeldía del autor contra la crítica. *L'artigaire*, cuadro de Baixeras, en el Salón Parés. Llimona, Casas, Rusiñol, Masriera, *«que desperta la rabia amb aquella escandalositat de carn, no guardada per la roba.»* La Darclée canta de nuevo «Manon». Ruiz Zorrilla pasa moribundo por Barcelona. Húndese el «Reina Regente». *Les Monges de Sant Ayman*... de Guimerá. *« Un ne surt amb enlluernament i com llampegs passen per la memòria esclats de color, ratxades d'harmonies, paraules i imatjes que dominen tota altre grandiositat.»* Muerte de «Pitarra». *«Hi ha dos homes en Roca i Roca*—hace constar nuestro Amiel—*el de «La Vanguardia» i el de «La Esquella»*.

La capilla rusa, en el Lírico, y la emoción tremenda de aquel salmo 38. Sarah Bernard interpreta «Gismonda». Y otra vez Novelli. Y un día de Mayo, en la *Lliga de Catalunya*, el navarro Hermelio Oloriz, que dice con entusiasmo de todos: «*Lo que vé de Madrid no s'ha de discutir, tot és dolent*...»—1896. Muere Paul Verlaine, rezando y babeando. Todo el mundo habla de Verlaine y de la poesía de decadencia. Muere más tarde Edmundo de Goncourt, y su mujer, en tal trance, quiere rezar, y no sabe. Alfonso Daudet lo cuenta. Y el 7 de Junio viene el gran espanto de la bomba misteriosa en la procesión de Santa María. Ya antes, el 28 de Febrero, se sabe en Barcelona que los Estados Unidos han reconocido la beligerancia a los insurrectos cubanos. Comienza entonces la tragedia de aquellos lúcidos impotentes que veían la catástrofe, sin fuerzas para detener a las gentes en el camino suicida que a ella les arrastraba. «*De fressa a Espanya s'en mou molta. ¿Que hi farém? Perdre Cuba*...» —1897. Fusilamiento en Montjuich de los anarquistas por la bomba de la calle de Cambios. «*No tots han quedat ben morts, els han tingut que rematar.*» Regreso del general Polavieja, de Filipinas, entre el gentío inmenso; los balcones adornados con colgaduras; señores y damas agitan pañuelos. Cánovas es asesinado. Sempau es condenado a muerte; pero la causa va a Madrid. «Terra Baixa»... —Es 1898. «La catedral», de Huysmans. Los pintores modernistas en las exposiciones, y sus hazañas fuera de ellas. Las inundaciones del Llobregat: el llano convertido en «*una mar d'arbres, mar lletós, blanc, d'una blancor trista, en la que la vía del carril s'enfonsa, perduda, traient no més, com barco negat, sos pals... Sota aquella aigua, vianda, una cullita malmesa, camps escorxats, misèria*...» Y, en següida, el hundimiento nacional; y entre la locura y el terror de todos, el triste sucederse de las derrotas, la liquidación de toda

una era. En la noche del 24 de Abril, en el Liceo, el público pide la marcha de «Cádiz», y aparece la Darclée abrazada a la bandera española. En uno de los entreactos se dice que el «Infanta María Teresa» ha hundido un crucero norteamericano. Después se sabe que es mentira. El 1.º de Mayo se recibe la noticia de que Manila ha sido bombardeada. De la escuadra nada se sabe. El día 2 de Mayo se conoce ya su aniquilamiento. Amotínase el pueblo, en Madrid, ante las casas de Sagasta y Moret, vociferando «mueras». Día 3: *«Manila, crema; Cavite, destruit; Salmerón, clama.»* Día 4: *«Rés de Cuba, rés de Manila. Avalots a Gijón, Talavera i altres punts. Se senten cruixits de quelcóm que s'esquerda.»* El día 8 el estado de sitio es proclamado en las calles.

A lo largo de sus páginas, volviendo a cada punto entre los episodios narrados como el estribillo de una canción de angustia, o, mejor dicho, rodando al través de ellos como un río lívido en un paisaje de tinieblas, el caso típico de disolución mental, la historia del naufragio de Mossen Cinto se va desarrollando oscura y angustiosa, desde que Rierola le visita en la Gleba el 26 de Agosto de 1904 y le encuentra todavía resignado y humilde, *«sentat en una humil cadira vestit amb sotana, les mans sobre els genolls, la mirada dolça, fugint de la terra»,* pasando por todos los episodios de la crisis, hasta cuatro años más tarde, cuando en 8 de Febrero se sabe que el obispo ha devuelto al poeta la licencia de decir misa. Para el cronista de Vich, este caso es una preocupación constante, como una obsesión. Pero su caso propio no es menos interesante, como característico de los tiempos; también él va conduciendo entre fatigas, año por año, día por día, hora por hora, el peso de una tragedia más humilde, más ordinaria, pero terrible también. Todas sus curiosidades, tantos diletantis-

mos, tan terca y poco afortunada rebusca de las mejores sensaciones del arte y de la vida, no logran curar a este *enfant du siècle* del mal que lleva dentro y que agrava cuanto le rodea. Llenas están sus memorias íntimas de lamentos, suspiros de miserable tristeza y de zozobra, esfuerzos desvanecidos en la vacuidad oscura, palabras de desesperación sorda. «*He fet massa camí per l'erm, i de la polç recremant de la caminada ne porto plé de cendres l'esperit. Res més hi florirà...*» «*Barcelona es tornarà trista per què sap que té la podridura a les entranyes...*» «*Tot està fret que gela, tot és decadencia...*» «*L'esgarriament de la vida, quan se té l'ànima fòra, dòna mes tristesa que la mort...*» «*Xafament físic, xafament moral. Si no tinc energíes pera apartar-les, grans tristeses m'esperen.*» «*Tot és trist*».—Y esto: «*Una nit febrosenca: la sòn me venía a glopades, m'envolcallava com dintre un nùvol espés i me deixava un instant en sópit desvetllament i em tornava a rependre. En una d'aquestes onades de sòn, he somniat que m'acabava, que con un grà de sorra me desfeia en polcinera, en mig d'un cel tèrbol, groguenc.*»—Y esto otro: «*Aquesta matinada, l'adoloriment al costat esquerra i a l'esquena, més fort de lo que mai l'hagués sentit. Vé més depressa!*».—Y esto aún, más terrible, seguramente, si bien sabemos leer, y si pensamos en la época de la vida en que fué escrito: «*Día 24 de febrer... La tarde l'he malgastat al Liceu:* «*Silvia*» *i* «*Puffenfie*»...»—¡Tardes malogradas, días perdidos, juventud miserablemente consumida! Y el esencial «hamletismo» en todo esto. Eco, entre nosotros, de la voz de Henrique Frederic Amiel, que al pasar del Hamlet helvético al Hamlet ausetano se vuelve más apagada, nombra cosas menos universales y menos poéticas, pero nos dice el mismo mal, la misma esterilidad y el horrible estado de ruptura espiritual de su tiempo.

Y ahora pensemos, pensemos como en un mal sueño pasado, que esta fué una hora en que, salvadas algunas excepciones viriles poco conocidas entonces, toda la Barcelona inteligente vivió así. Nosotros mismos, que éramos niños todavía, respiramos este aire corrompido, y ¡cuánto vino a costarnos después, ya llegada la juventud, librarnos de la fiebre que nos dió, si es que de ella nos hemos librado del todo!—Nuestras primeras impresiones de vida civil fueron las primeras bombas; todavía contemplábamos las paradas y procesiones como si fuesen juguetes, cuando la locura cruel de los hombres nos reveló que del juguete saltaba sangre; y aun duraba entre las gentes la estupefacción envilecida del desastre español, cuando la Universidad nos abrió sus puertas. Así, el período comprendido en el dietario de Francisco Rierola fué el de nuestra primera formación. Todo lo de él ha entrado en la composición de nuestro espíritu como una levadura amarga...—Empero, cuando este período terminaba, alboreaba nuestra juventud. Clamores de liquidación, clamores de regeneración resonaban por todas partes. Aquello fué poco más que un vocerío. Pero a la vez, desveladas del mal sueño, ocultas energías daban comienzo a la honesta tarea. Una siembra silenciosa empezó, cuyo florecer hoy ya se adivina. Vinieron ideales nuevos; vino, sobre todo, la valentía de los pensadores para articular estos ideales en fórmulas claras, la de los hombres de acción para conducir estas fórmulas a los dominios de la realidad. Y los pensadores han sido también, entre nosotros, hombres de acción que han querido consagrar sus fuerzas de juventud al trabajo de la instauración de la Cultura; y los máximos hombres de acción han sido también aquí mentes lúcidas no extrañas a la emisión de las fórmulas del pensamiento. Y nos han llegado del mundo y los hemos traducido, vientos de nueva idealidad, de una restauración de valores, por la cual, en cada país, la-

boran los selectos. Y hemos visto cómo toda la humanidad se avergonzaba del morbo finisecular y aspiraba a entrar en una nueva era de fresca moralidad, de reconquistada salud, en los corazones y en los entendimientos... Así, suavemente, se desvanecían aquellas tinieblas.—Ahora los tiempos son otros y prosperan nuevas generaciones. Nuevas generaciones que ya han desterrado la sombra de Hamlet, que ya saben de la alegría de la vida civil y de las elaboraciones normales; que han querido conservar mejor la pureza y la energía; que ya han encontrado la colaboración preciosa de hombres en quienes podían creer y han ganado así el sentido inapreciable de la santa continuación; que conocen algunos maestros en la Universidad y tienen algunos medios en el laboratorio, y todas las posibilidades científicas en el Instituto y todos los libros en la Biblioteca; que han ido al extranjero a estudiar y a medirse con los hombres de estudio; que si a alguna *vague d'âme* se habían abandonado en la adolescencia, han podido curarse masculinamente de ella gracias al instrumento magnífico que son los deportes invernales, y gracias al otro instrumento magnífico que es el servicio militar obligatorio.

1906

Aunque cronológicamente posterior a las que se continúan, la *glosa* anterior resume tan lucida y sugestivamente el sentido espiritual del período de vida catalana anterior a la publicación del *Glosari*, que se ha juzgado útil al conocimiento del sentido reactivo de éste, encabezar con aquellas páginas la presente Antología.— El 2 de Enero de 1906 apareció la segunda glosa *«Hores inquietes de l'avui»*. La nueva ideología empezaba creando un género literario nuevo. La amenidad fué la ley de sus primeros días, como si el autor quisiera, antes que nada, ganarse con una manera de exordio por captación, el auditorio que había de dominar más tarde.—Pronto, sin embargo, asoman las punzantes inquietudes: el Glosador es, por estos días, un incansable viajero, y a las exploraciones de ideas acompañan las exploraciones de los más distintos lugares y ambientes. Andalucía África, Madrid, París, la Normandía, los medios mundanos, académicos, artísticos, populares, y aun plebeyos y fuera de ley, aguijonean con variadísimas sugestiones la curiosidad vibrante del Glosador, que empieza ya a tomar este título desde las primeras páginas, y luego adopta el seudónimo *Xenius,* que sustituye desde el mes de Mayo la firma *«Ors»*, que sella las glosas iniciales.—Entre las inquietudes se abren paso las Normas: el *Novecentismo* (el nombre y la cosa, ya por otra parte predicados por Eugenio d'Ors antes del *Glosari*, en páginas que datan de 1904), proclamando el deber de fidelidad al espíritu de los nuevos tiempos, en oposición al *Fin de Siglo,* de que apenas se salía; el *Arbitrarismo* en estética, símbolo victorioso de la lucha de *cultura contra natura;* el *Imperialismo* en política, como síntesis entre patriotismo y universalismo; la *Civilidad* en oposición doble contra las tendencias ruralistas del catalanismo primitivo y contra el *militarismo* y el *profetismo,* combatidos significativamente en algunas glosas («El militar civil», «La Universitat incivil», etc.); más tarde el Glosador concretará su bandera en este combate con una serie de páginas de exaltación del *Laico* y de la *laicidad*. Una obra de propaganda y de combate, *muy siglo XVIII,* muy *«Aufklärang»,* se inicia así.—En algunas glosas publicadas en el mes

de Junio, ese conjunto de ideales de la generación nueva aparece ya del todo consciente y definido. Xenius contrasta su juego de definiciones con las propias de la generación anterior, proponiendo el contraste con los significativos libros, aparecidos entonces, «*La Nacionalitat Catalana*», de Prat de la Riba, y *Enllà*, de Juan Maragall, manifestaciones características, por excelencia, de un juego de valores estético y político.—Unas series de notas sobre la Conferencia diplomática de Algeciras y sobre la vida de París, se desarrollan en 1906 paralelamente al *Glosari*, propiamente dicho; en la segunda de dichas series acentúa fuertemente el Glosador dos episodios, que toma conscientemente como símbolos del límite entre dos eras: la revisión del proceso Dreyfus y la separación de la Iglesia y del Estado.—Una iniciativa curiosa y fracasada, corresponde a ciertas corrientes *albigesas* en la genealogía secular del *Glosari:* la de formación de una galería de retratos de mujeres catalanas hermosas, iniciativa que reunió la adhesión de los más altos ingenios catalanes, y aun llegó a traducirse en un comienzo de institución municipal, abandonada más tarde: recuérdese tal antecedente al alcanzar los años de *La Ben Plantada*, o los de las glosas sobre mujeres ilustres en *El Valle de Josafat*, o en el comentario a instituciones feministas, creadas más tarde por el autor.—Ya de tales creaciones, en orden a la política de cultura, aparecen esbozos en el *Glosari* de 1906; páginas sucesivas las completarán y precisarán.—El catalanismo se traduce en esta primera etapa, más de una vez, en ciertos enternecimientos por costumbres y aspectos barceloneses: el estilo es entonces de un tono humorístico singular, con influencia a veces de lecturas inglesas.—La crítica de las artes plásticas, con revisión de los salones y exposiciones de París. ocupan este año la curiosidad del Glosador. Cézanne es estudiado, acaso por primera vez en España, y el impresionismo juzgado por alguien que se coloca ya a la vuelta de él.—Comienza pronto después de las primeras definiciones e insinuaciones sobre el Nuevecentismo, una promoción nominativa de nuevecentistas, a manera de espaldarazo dado por el autor a los caballeros noveles: Ismael Smith, «Apa», Aurelio Ras, Juan Palau, José Carner y otros son introducidos así. La tabla onomástica del *Glosari* de 1906 comprende mil nombres.—No olvidemos en este año las glosas sobre *Solidaridad*, iniciales de un movimiento político famoso. Cataluña vió entonces el espectáculo de un movimiento sentimental de las multitudes, fecundado por las predicaciones ideológicas de un estudiante. De esta situación y condición de estudiante, aparece todavía en el *Glosari* de 1906 algún rastro de una comicidad un poco ingenua e inferior.—El *Glosari de 1906* se publica en 1908, reunido en un volumen, con un prólogo de Raimundo Casellas.

LAS FIESTAS DE LOS SOLITARIOS (1).—Navidad, Año Nuevo, Reyes... En las casas, en torno a las mesas patriarcales, se reúnen y estrechan las familias. No faltará sitio para el buen amigo. Pero hay aún en la calle solitarios sin familia, sin casa, sin generosa mesa de amistad...

Recuerdo bien el aire que tenían cuantos vi comer, en el día de Navidad, en un pequeño restaurante económico. Entraban en él indecisos, y como apenados de abandonar la desierta calle por el triste comedor, desierto también. Conocíase que aquellos solitarios habían aprovechado las últimas migajas de la animación pública..., acaso con la esperanza remota de alguna invitación imprevista de última hora... No: la invitación no se había presentado. Y ya pedían la comida. ¡Gusto amargo, de dictar uno mismo su menú, a propio gusto, en este día!... Uno de aquellos solitarios, como en protesta, no sólo desechaba los platos tradicionales, sino que buscaba una nota extravagante en los manjares como en el orden de ser servidos: fiambres y asado para empezar... Otro, más tímido, se rendía; y consultando previamente el precio, no podía por menos que pedir una ración del pavo cuyo nombre figuraba, manuscrito, al pie de la lista impresa.

Y uno miraba al otro, al través del vacío comedor, desde el huraño castillo de su propia mesa... ¿No hubieran podido aquellos solitarios, por lo menos en la efusión del día de Navidad, reunir sus soledades y hacer de ellas una compañía? ¿Por qué aquel buen señor calvo, con su aire de empleadillo que no ha podido aspirar al matrimonio, no vencía, una sola vez,

(1) Primera glosa del *Glosari*, publicada el 1.° de Enero de 1906.

la timidez que le ha inutilizado la vida, y tomando una flor de las que tenía a su vera no se adelantaba a ofrecerla galantemente a aquella simpatiquísima señora vestida de negro, tan bien arreglada, tan pulida, tan gentil, con su menudo cuerpo, y sus grises bandós y sus gafas de oro, que comía meticulosamente, partiendo el pan encima de los platos pulcramente? ¿Y por qué ese mocetón rubio, que mientras comía leía *Il Popolo*, no había de entablarse con aquella interesante dolorida, de tan blanca cara y de tan equívoco aspecto de viudez, y contarle el secreto de su vida, y preguntarle el suyo, y llevársela en seguida, allá, Dios sabe dónde, al través de los caminos de la vida? A lo largo de aquella comida de desamparados, ¿no llegaría un momento en que los desamparados se ampararan?...

No; el momento no vino. Muchas veces, y por mucho tiempo, unos a otros se miraron al través del vacío comedor desde el huraño castillo de cada mesa. Y la efusión del día no les trajo consuelo alguno. Ni yo, ni yo mismo, que a todos amaba, supe decirles nada... La tarde avanzaba. El comedor se obscureció. Oyóse el agrio son de las monedas... Y desfilaron, y por las calles de la ciudad, todavía desnudas de gente, perdiéronse aquellos hombres y aquellas mujeres que, caminando lentamente, a sus soledades iban y de sus soledades venían.

(*Barcelona.*)

HORAS INQUIETAS DE HOY.—Horas inquietas del Presente, horas inquietas de Hoy, ¿quién va a ser, pues, vuestro Filósofo?

(Que hay la filosofía de la actualidad, como la de la eternidad, y las dos son una misma.)

Sea un inquieto, para que dance al mismo ritmo que vosotras.

Pero tenga también un espíritu sereno, para que no pierda el tino al danzar.

Sea hombre ligero, para que pueda acompañaros en vuestro torbellino.

Pero sea también hombre grave, que marque y fije cumplidamente las cadencias.

Sea un curioso, para que a todas os conozca.

Pero sea también un aplomado, para que presto olvide aquellas de entre vosotras que no tengan significación.

Sea un analista, y así podrá contaros.

Pero sea también un sintetizador, para que sepa de qué modo os enlazáis unas con otras.

Fervoroso será, para que en vuestro ardor llegue a sublimarse.

Pero será asimismo ponderador, para juzgaros con imparcialidad.

Será creyente, que sólo a la fe es otorgado don de visión.

Pero será también escéptico, en sospecha de las visiones del mañana.

Será un irónico, y así prodigará risas y lágrimas.

Pero será también un reservado, que guarde con austeridad lágrimas y risas.

Piadoso será, carne viva bajo el dolor de los hombres.

Pero también habrá de ser cruel ante todo dolor de hombre que no sea dolor de los hombres.

Pródigo será, cuando vierta su tesoro de emoción.

Pero al mismo tiempo será avaro, para no verse en el caso de negar algún día su emoción.

Será un Esclavo, que obedezca.

Pero tendrá asimismo algo de Emperador, para que, arbitrariamente, ordene y mande.

(*Madrid.*)



Dos extranjeros en Algeciras.—...No había vuelto a verles desde la noche de la comida en el hotel. Hoy, en las afueras, me han aparecido los dos a campo raso. Venían a caballo. Brillaba en ellos la fatiga y el contentamiento de una excursión dichosa. Jóvenes— más que ella, él—, elegantes, enamorados, reían. A los pies de sus caballos, entre el polvo, una bandada de chiquillos casi negros, andrajosos, les pedían limosna. Y ellos les echaban céntimos en limosna. Y reían... (Había allí un hombre español, y esta risa le atravesaba el corazón como un puñal frío.)

No lejos de los jinetes, en las praderas próximas al camino, pastaba un rebaño de flaquísimos toros—el año ha sido pobre en pastos, por sobra de agua; pero la codicia estúpida de los ganaderos no se ha avenido a limitar el número de cabezas de ganado. Y las reses tienen hambre—. Estos días, cuando la yerba empieza a abundar un poco, caen muchas, que no pueden ya valerse de sus fuerzas para ir a buscarla... Y allí, cerca de la carretera, en un prado, había en el suelo una res esquelética que se movía, levantando de vez en cuando la cabeza, en un sacudir desesperado... Y ellos, los dos jinetes extranjeros, jóvenes, elegantes, enamorados, miraban esto y se reían.

A la puerta de una taberna del camino había montado a caballo un viejo de patillas blancas, con aire de campesino rico, completamente borracho. Pedía aún más vino. Le daban más vino. Y era trágico ver aquel abuelo, no pudiendo tenerse derecho en la silla, dando a un lado y a otro bandazos terribles, sin lograr arrancar del sitio al caballo.. Y ellos, los dos jinetes extranjeros, se detenían a contemplar esto y reían.

Más lejos aún han reído de otra miseria. Al entrar

en poblado han visto de súbito levantarse ante ellos la larguísima figura de un moro que, echado en el suelo, estaba en oración. Iban los caballos a pasarle por encima. El moro se ha alzado con espanto, y luego, furioso, se ha desecho en imprecaciones ininteligibles. Y, al ver su espanto y su furia, ellos, los dos jinetes extranjeros, jóvenes, elegantes, enamorados, reían, reían...

(*Algeciras.*)

GIBRALTAR.

....

III

Avanza la nave, y la población va ennegreciendo. Es negro Gibraltar, a los pies de la trágica crispación de piedra—a los pies de Europa—a los pies de Inglaterra, reina... Ella, vieja, alegre—*Old Merry England*—está allá, en lo alto, dándose aire con su abanico riquísimo de plumas indias. Abajo, negro, armado, Gibraltar, entre los vientos, vigila.

Se diría que, temeroso de verle así, Tánger se encoge un poco en la falda azul de las montañas.

IV

Temeroso. Teme de Gibraltar, más que otra cosa, la negrura. Porque no hay que olvidarlo: lo que hoy ofrecemos a los bárbaros, lo que hoy pretendemos imponerles no es, no puede ser todavía, participación en el festín egregio de las grandes civilizaciones metropolitanas, sino un lugar de aspereza y de peligro

en las jornadas de negra energía, en que la cadena de siglos de áureo reposo ha de, muy pronto, romperse... Para ellos está tristemente cerrada la puerta de las grandes basílicas imperiales. Les invitamos a las criptas.—Esto representa Gibraltar: una cripta.—Las Romas de las Etnarquías futuras tienen su catacumba aquí; una catacumba... asfaltada.

No sólo en el pavimento. Más cosas hay asfaltadas aquí. Todo lo parece. Calles, edificios, armas, ropas, comestibles—ética—, todo... Color de asfalto, las entradas de los *whore-shops;* color de asfalto, una garita que, entre murallas, ostenta, en castellano, este rótulo: «Kiosco para la circulación de la Palabra de Dios y Tratados»; color de asfalto, el «Departamento de soldados casados»; color de asfalto, los restaurantes de templanza; color de asfalto, entera, esta ciudad milagrosa, que, entre el declive esquivo del peñón y el mar hostil, ha creado, a su imagen y semejanza, la Virgen negra, la Energía.

V

Pensad que aquí no había nada; que la vida parecía imposible. No más tierra que roca desnuda. No más agua que la del mar. A espaldas, una amenaza de vindicta; enfrente, un combate de codicias. Y ahora, en medio, una ciudad. Y en medio de la ciudad, un jardín.

Ciudad de pena, jardín de pena... Nada aquí natural. Ningún don de la gracia. Todo remuneración en justicia. Cada palmo viable, cada techo, cada flor, cada preciosa gota de agua, cada precepto reglamentario, un combate. Y hay aquí vías, edificios, flores, aguas, orden civil... Para lograrlo, cada año ha sido ejército de fuertes días; cada día, destacamento de fuertes horas. Días y horas uniformemente fuertes, uniformente negros; hoy como ayer, mañana como hoy.

VI

Hoy, ¿qué ha hecho Gibraltar? Un cañonazo le ha despertado a la clara mañana. Y una vez más se ha visto, en la clara mañána, negro... Acaso, ojos por un momento envidiosos han contemplado, por un momento, en la lejanía, la blancura riente de los pueblecillos hispánicos, el azul suavísimo de los montes de África. Acaso, furtivamente, se escapaba de algún pecho un leve suspiro... Pero bien pronto cualquier contemplación y cualquier nostalgia han muerto en el rodar de las grandes olas de energía sombría. Sólo ha habido tiempo para pensar, consoladoramente: Aquella blancura, aquel azul, pueden, por el dinero o por la fuerza, ser nuestros. ¡Hagamos, pues, dinero y fuerza! Y se han abierto las tiendas, y los almacenes han levantado sus puertas de hierro, y ha entrado el puerto en febril agitación, y, con un estridir de sirenas, han levantado áncora los navíos y han reemprendido su viajar hacia los cuatro puntos cardinales, y ha empezado el comercio, mientras repercutía por todos los ecos del peñón el tronar de los cañonazos, y a derecha y a izquierda, arriba y abajo, por todas partes, desgarraba el aire el vibrante trompetear de las dianas de los cuarteles.

Ha empezado el comercio. En las grandes casas de crédito, en los depósitos, en las oficinas de las compañías navieras se instalan tras los escritorios jóvenes dependientes de cara dura e impávida. En las tiendecitas asoman judíos, sórdidamente vestidos, y cuelgan minuciosamente en los escaparates algunas misérrimas muestras. En las sederías, los indochinos, color de aceite, vigilan ya el deslumbramiento de los primeros transeuntes, ante el despliegue de la falsa pompa de falsos encajes, falsos tapices, curiosidades falsas. En los muelles, una hosca tropa de hombres

flacos se agita, corre, grita, exhibiendo a los viajeros que llegan placas de metal, que son autorizaciones. En los rincones de los depósitos de tabaco, equívocas siluetas de contrabandista se desnudan a medias y acomodan a lo largo del cuerpo la mercancía pecadora.

Y ya, la calle del *Waterport* está llena. La multitud discurre por ella aprisa, el aire preocupado y enemigo; inelegantes, las ropas; una multitud internacional, uniformada en una aspereza idéntica. Ásperas las miradas, áspero el gesto; áspera, asprísima, la palabra, en un bajo inglés o en un bajo español, corrompidos con todas las corrupciones. De una habla a otra, pasan, detonando con agria insolencia, los nombres del dinero: *chelines*, *peniques*, *perras*... Hay que oír el tono en que se dice en Gibraltar esta palabra: *perra*...

De vez en cuando priva el paso a la multitud el desfilar de los batallones de soldados. Desfilan altos, firmes, atléticos, bajo el escarlata del uniforme, al son de marchas de circo. Hay músicos que se adornan con falsas pieles de leopardo. O bien son soldados que llevan estrechamente barrado un preso de los que arriba, en los lavaderos, cumplen las más duras faenas. Vienen los soldados de rincones escondidos, van a otros, arcanos. Ahora pasan al sol; pronto les tragará la boca misteriosa, camino del vientre de la montaña... Han pasado los soldados rojos, en una ola de energía.

Otra, otra olas, a lo largo de la jornada. Un minuto basta para la comida del mediodía. No se interrumpe el trabajo. Porque es preciso que las horas sean fuerte ejército hoy, como lo fueron ayer, cuando, entre la roca esquiva y el mar hostil, se hizo una ciudad y un jardín en medio de la ciudad... Así Gibraltar crece. Gana espacio a dos inercias: el mar y España...

Muere el día. Un cañonazo señala la puesta del sol.

Otro cañonazo, más tarde, deja las calles vacías, cierra cafés y tiendas.

Gibraltar está desierto. Duerme, —negro aún.

En esta hora, allá arriba, en Londres, ¡cómo deben resplandecer los salones, los teatros, las fiestas!

....

(*Gibraltar.*)

LOS PESIMISTAS.—Jules Renard, el gran prosador francés, es el inventor del siguiente apólogo, que de memoria cito.

«Cruza un pájaro los aires, anunciando desgracia.

Cojo una escopeta y mato al pájaro...

... El pájaro tenía razón.»

Generalizable.

Magnífico procedimiento contra los pesimistas.

Se rinde homenaje a su lógica. Se destruye su efecto.

De este apólogo me acordaba yo ayer, escuchando cómo en una peña de café unos viejos, vagamente catalanizantes, inútiles, conversaban.

¡Ah, una escopeta!

(*Barcelona.*)

SE PREDICA LA SOLIDARIDAD.—Catalanes, vamos a construir una ciudad. La historia humana es la génesis de la ciudad.

Un individuo, en aquel estado de aislamiento primitivo que significa la vida salvaje, no tiene razón ni

verbo. Su intelectualidad, privada de *articulación* discursiva, se reduce a la intuición; su lenguaje, privado de *articulación* fonética, se reduce a la *palabra viva*, es decir, esencialmente a la *interjección*. Por una gloriosa maravilla, la ciudad que se hace, transforma, mientras se construye, sus propios materiales; cambia *bestias* en *hombres*; así un palacio que en tiempo de edificarse convirtiera sus materiales de basta piedra en mármol precioso. Cuando la piedra se ha convertido en mármol y cuando el mármol empieza a adquirir conciencia de que es mármol, nace la Civilidad. Yo soy el predicador de la Civilidad, yo soy el chantre de la Civilidad. Os hablo de la Solidaridad en profecía de la Civilidad. Quiero que todos nos volvamos *hombres civiles*. Hombre civil es aquel que tiene conciencia profunda de la solidaridad social y vocación y decisión para organizarla definitivamente en ciudadanía... ¡Qué difícil es elevarse a la vida civil! Lo que llamamos interinamente, para entendernos, *ciudades*, *ciudadanos*, *ciudadanía*, no son más que presentimientos proféticos de la ciudad, de los ciudadanos, de la ciudadanía, que vendrán. La plena ciudad *deviene*. Será una institución religiosa. El ciudadano estará sumergido en ella como el animal en la vida. La ciudad entera sentirá, pensará y obrará en él y con él, por él y para él. El gozará y sufrirá de todos sus goces y de todas sus desventuras. Crecerá y decaerá en todas sus propiedades y decadencias. Vivirá de su vida y morirá de su muerte... Esta conciencia culminantemente distinta y culminantemente enérgica de la solidaridad social, esta visión clara y este amor intenso de la «parte» hacia el «todo» constituirán el culto a la ciudad... Dejadme ahora denunciaros, tomando los términos de un autor ilustre, quiénes son los enemigos de la ciudad. Son los *brutales* y los *delicados*, es decir, los *anarquistas* y los *cerebrales*, los *cínicos* que atacan y los *místicos* que

desertan. Es preciso que todos, todos nosotros nos aprontemos a defender nuestra futura ciudad, a la vez del *antagonismo sangriento* y del *seccesionismo quejumbroso*.

(*Barcelona.*)

CATECISMO.—Nuestra generación, la de los novecentistas, hombres del Novecientos, sustituidores y regeneradores del *Fin de siglo*, viene a contradecir, con direcciones nuevas, las direcciones anteriores. La dirección política anterior era regionalismo y nacionalismo. Ahora el nacionalismo se vuelve entre nosotros imperialismo.

La dirección estética anterior se había producido siempre en un mismo sentido, en el sentido del romanticismo, desde Piferrer, nuestro primer gran romántico, hasta Maragall, nuestro último gran romántico.

En nuestros días se abre un ciclo de clasicismo esencial. La era del romanticismo está ya próxima a agotar su significación entre nosotros.

Para documentación e ilustración de este catecismo que formula, el Glosador tomará sobre sí como un deber recoger todas las sugestiones ideológicas de la actualidad, las que ha llamado, con palabra que ya ha tenido alguna fortuna, *palpitaciones de los tiempos*.

(*Ronda.*)

DREYFUS.

I

Hasta el epílogo del *affaire* no empezamos a ver claro en el alma de este hombre, Alfredo Dreyfus... La verdad legal, en este momento de intensa emoción para Francia, proclama su inocencia. Pero, siendo inocente, ¿cómo no encontró a lo largo de la cadena de injusticias del proceso militar, a lo largo de la obra formidable de su vindicación, ni una palabra, ni un acento, ni un grito, ni una lágrima, ni un gesto en que se impusiese aquélla a la convicción sentimental, en que *saltara a los ojos?*

Recordamos el proceso de Rennes. En aquellos días el *affaire Dreyfus* no era todavía el *Affaire*; aun no se habían diseminado en torno de él las pasiones que posteriormente separaron Francia en dos mitades; aun conservaban muchos espíritus, ante la cuestión, una serenidad limpia de prejuicios... Pero en casi todos, ante la presencia del acusado, un convencimiento imperioso de culpabilidad se impuso. ¿Por qué?

Porque aquel hombre, cuya vida destrozaban los hombres; aquella víctima, que se desgarraba en un dolor inmenso; aquel inocente a quien se condenaba, se insultaba, se degradaba, no tuvo para el público, para la «galería», para los espectadores, imparciales todavía, pero ya decisivamente impresionados, ni una vigorosa protesta ante el ataque, ni un grito por efecto de la tortura, ni una manifestación *teatral* de inocencia, de aquellas en que la emoción excusa el documento... ¡Ah, en verdad, nada menos teatral que

Dreyfus! Ha chocado a menudo, en medio de las tempestades de pasión de sus partidarios y del clamoreo de la campaña, la frialdad aparente del protagonista. Esta frialdad aparente era una manera de pudor espiritual. El alma esquiva se recogía aún más, ante unos espectadores hostiles, indiferentes o indelicadamente curiosos... A su apetito sádico, Dreyfus ha opuesto siempre una desalentadora máscara de impasibilidad. *Alfredo Dreyfus es un dandy, un gran dandy, un dandy heroico.*

Los cronistas del momento solemne, terrible, de la degradación, anotaron: «El condenado se adelanta con paso tranquilo, alta la cabeza, firme el monóculo...» Han pasado once años. Y hoy los cronistas de este otro momento solemne—y terrible también—en que se entrega la cruz de la Legión de Honor al comandante Dreyfus, anotan: «El comandante se adelanta con paso tranquilo, alta la cabeza, firme el monóculo...»

II

Con paso tranquilo, alta la cabeza, firme el monóculo, el comandante Dreyfus se acerca al comandante Targe, quien le recibe, tendida la mano.

El comandante Dreyfus lleva un uniforme nuevo—¡un uniforme nuevo!...—Fuma a bocanadas frecuentes y cortas un cigarrillo... Le rodea un grupo de oficiales. Juntos, esperan la llegada del general Guillain, quien debe entregarle las insignias de la Orden.

Son las dos y media. Ha llovido gran parte de la mañana. El cielo está todavía nublado, triste, tristísimo, sobre este patio cuartelario de paredes grises, con puertas negras, rayadas con yeso blanco. No lucen los uniformes. No brillan las armas. Los artilleros visten hoy ropa nueva, negra. Un vientecillo agrio agita las plumas rojas de sus cascos... Sorda-

mente, este vientecillo trae, con un poco de frío, un poco de angustia.

Las tres menos cuarto. Lánzase la primera orden. Una voz metálica, sin resonancia, grita:

—*Garde à vous! Portez... Sabre!*

Las tropas dibujan un movimiento... Se inmovilizan en rectángulo. ¡Oh, emoción! No tengo palabras para sugerir el silencio en que se ha movido esa gente!

Más, más silencio todavía. Dreyfus está erguido en el ángulo del patio. Alta la cabeza, firme el monóculo... Tira ahora el cigarrillo. Atraviesa lentamente toda la longitud del patio. Va a colocarse en el otro extremo de él, a la derecha de las trompetas, entre el comandante Targe y otro oficial... En un movimiento nervioso, rápido, elegante, desenvaina la espada. Este acero, sí, ha brillado un poco.

Ahora levanta el brazo en toda su extensión, empuñando la espada. Así se mantiene, inmóvil, rígido, como de piedra. Parece una estatua. Ni un músculo de su cara se mueve... Sí, un párpado vibra rápidamente.

Ahora, entre el rectángulo, el general Guillain, de gran uniforme, aparece, seguido de su oficial de ordenanza. Pasa y se coloca al frente de las tropas, dirigiéndose hacia el coronel Bourvazel, quien avanza unos pasos y saluda con el sable.

El general va a colocarse en medio del rectángulo. Grita con voz perentoria:

—*Les officiers legionnaires!*

Ahora rompe brutalmente el silencio la estridencia de las trompetas.

Dreyfus, acompañado por el comandante Targe, ha abandonado su lugar y se acerca, tranquilo el paso, alta la cabeza, firme el monóculo.

Ni un rumor... Hasta el vientecillo agrio parece haberse detenido en este instante.

Y el general ha dicho—dos veces—dos veces:

—En nombre del Presidente de la República y en virtud de los poderes que me son conferidos, comandante Dreyfus, os hago caballero de la Legión de Honor.

Sus manos han avanzado sobre el pecho de Dreyfus para colocar la insignia... Una trompetería gloriosa ha llenado los aires.

... Dreyfus, erguido, sosteniendo en la mano la espada desnuda, adelantaba el pecho y levantaba aún más la cabeza con su monóculo de *dandy*... Con su antipático monóculo de *dandy* impasible, que un día dió a creer la traición...

(*Paris.*)

ELOGIO DEL COHETE, PARA DICHO EN LA NOCHE DE SAN JUAN.—¡Cohete, cohete, ligereza y alegría del ritmo perfecto!

¿A qué te voy a comparar, cohete, si no a aquellas ágiles vidas, simples por lo lineales, y por lo curvas, graciosas, fáciles por su absoluta conformidad con la ley de una vocación clara? Así la vida de Mozart, según dicen. Así la de Rafael—belleza, amor, amistad, sonrisas...—Cortas vidas perfectas, como un epigrama de vida. Cortas, por lo perfectas. «El varón amado de los dioses muere pronto»—decían los antiguos—. ¿No sería también el cohete un amado de los dioses?

Bienhadado el cohete, pues tiene en su caña-matriz su Ley y su Vida. No mano extraña, no extraño precepto le obligan a un camino. Pero su camino es tan regular, como si fuera ordenado por rígido precepto. Más regular todavía que si por rígido precepto fuera ordenado; pues no podría entonces borrar las imper-

fecciones de una contenida rebeldía. Y es que la naturaleza del cohete es su ritmo.

Lo mismo que en el Soneto. Pero yo no sabría comparar el Soneto, con su ritmo arquitectural y simétrico, al cohete, tan *unilateral* (y tan poco *cojo*, a pesar de ello...) Mejor sería llamar a los cohetes, *epigramas*, en el noble y clásico sentido de la palabra como a aquellas dichosas vidas de que he hecho mención. O bien, ahora, *haikai*, en recuerdo de aquellos *haikais* japoneses, de los que ha hablado entre nosotros el poeta que entre nosotros era más digno de hablar de ellos.

Y ved: yo le compondría al cohete una especie de *haikai:*

La columna es enhiesta,
Pero los dioses prefieren del cohete
La curva, un poco escéptica...

(*Barcelona.*)

EL BRAZO DEL LAOCONTE.—Se ha averiguado que el brazo derecho que el Laoconte ostenta, no es suyo. Su brazo, el auténtico, era otro, en muy distinta postura. Así lo han demostrado diversos arqueólogos y gimnastas.

Con tan fausto motivo, no falta quien se permite burlarse de Lessing, del gran Lessing, que edificó arbitrariamente toda una teoría sobre la postura en que aparece actualmente el Laoconte. Fresca tengo, en estos momentos, la lectura de Lessing... Pues bien: debo deciros que esto es algo lleno de luz, *definitivamente*.

Una cosa llena de luz es siempre *verdad*, por *inexacta* que sea. El Ritmo tiene existencia más honda

que el Hecho; la Lógica tiene existencia más honda que la Anécdota.

Nunca ningún gimnasta tendrá razón contra un Lessing. Ni ningún arqueólogo tampoco... En fin de cuentas, ¿qué es un arqueólogo? Es un hombre empeñado en descubrir lo que no existe o que, si existe, no significa ya nada. Esta insolencia no es mía. Es de Mommsen.

Por lo que a mí toca, continuaré estudiando en Lessing, no solamente si se me dice que el brazo del Laoconte no es suyo, sino también si se me demuestra que es de la Venus de Milo.

(*París.*

CÉZANNE.—Como para advertir a la generación nueva que ha llegado el momento en que han de serle exigidos grandes trabajos, la muerte empieza a dejarla sin maestros. Dos grandes maestros pintores desaparecen en este año: Ayer, Carrière; Paul Cézanne, hoy. Distintos, muy distintos; pero, ¡cómo han sabido formarnos en compañía! De Carrière decíamos cuando nos dejó: doctor de piedad. De Cézanne decimos en este momento: doctor en visión.

Ver es una cosa más difícil, más arbitraria, de lo que generalmente se cree. Casi tan difícil, casi tan arbitrario como *vivir* (1). Tomad un retrato por un artista, el retrato que más lleno de vida os parezca, el más evidente e imperioso, parecido con el original. Y traed ante él a un rústico ignaro, para quien el original sea familiar imagen. ¿Creéis que va a reconocerle en seguida? Probadlo, si ya no lo hubieseis probado. Yo he repetido el experimento varias veces. Y me he

(1) En catalán, *veure,* ver; *viure,* vivir. (N. del T.)

convencido de que el número de personas capaces de apreciar el parecido de un retrato es proporcionalmente escasísimo. Estoy seguro de que no pasa de un quince por ciento de la población global... Y para cosas de mayor utilidad óptica, ¡cuántos son, cuántos somos como ciegos!

Cézanne, que tenía el mirar penetrante y la mano honrada, dijo en sus obras ásperamente la austera objetividad de las cosas. Lo arbititrario de su posición enfrente de la Naturaleza consistió precisamente en la profunda humildad del artista. Todo el heroico esfuerzo de su voluntad se empleó en construir con su arte un altísimo muro para evitar que, siguiendo un impulso espontáneo, la sentimentalidad propia se derramara sobre los objetos. En lugar de hacer del paisaje un estado de alma, Cézanne hizo del alma un estado de paisaje.

Esta ausencia de lirismo tiene un gran valor. Pero hubiera debido ser completada con... *mitología.* Ver las cosas como independientes de la personalidad del contemplador está bien, a condición de que sean siempre vistas como dioses, las cosas. Es verdad del todo que nuestro espíritu no es el del mundo. Porque el mundo está vivo, y no muerto. Pero Cézanne quiso verlo siempre como muerto. Y también un poco descompuesto... Así él es el pintor de la *naturaleza muerta.*

Doctor en visión, quedóse a mitad del camino del ver. Él nos es maestro, pero le somos infieles. Él fué materialista y nosotros politeístas. Él vió la naturaleza muerta; nosotros la vemos muy viva. Enemiga infernal, si queréis; pero viva...

El muerto es él.

(*París.*)

SANTA LUCÍA, GLORIOSA.—No sé de fiesta popular más bella que la de Santa Lucía, en Barcelona. La belleza de Santa Lucía es doble, por ser el día de la claridad de la vista y al mismo tiempo el día de los Belenes... ¿No os parece que por esta razón se le podría llamar la fiesta del arte, la solemnidad patronal de los artistas?

Bueno es que los pintores se pongan bajo la advocación de San Lucas, que retrató a la Virgen; bueno es que los músicos se amparen en el dulce antecedente de Santa Cecilia... Pero unos y otros, y aun todos los otros, ¿no sentirán la consagración religiosa y popular a la vez, de la esencia de sus oficios, en un día como el de hoy, en que el pueblo, alrededor de una Catedral, glorifica la fuerza del ver y el arbitrarismo del fabricar?

¡Oh, arte!... Abrir los ojos a la clara visión del mundo... Y aplicar en seguida las manos para convertir la clara visión del mundo en un Nacimiento. He aquí todo. Aquel a quien Santa Lucía no haya concedido la potencia que contempla, no será artista. Aquel a quien Santa Lucía no haya concedido la potencia que construye, no será artista. El patronato de la Santa se hace extensivo al mirar y al construir...

El Glosador ruega hoy a la Santa que por muchos años quiera sostenerle la fuerza, la valentía y la humildad para dirigir cada día una mirada vigilante a los acontecimientos de la vida, y, con el fruto de esa mirada, fabricar, cada noche, unas pequeñas figuritas que sean glosas.

Estas glosas representarán, una noche, el hombre jorobado de la *barretina*.

Otra noche, el pobre leñador.

Otra, la vieja hilandera.

O la mujer que amamanta un niño y fríe unos huevos.

O el pastorcillo que suena el caramillo junto a sus ovejas.

O el campesino que, tras la yunta de bueyes, labra.

O la mujer que saca agua del pozo.

O la que lleva un pan en la cabeza.

...Pero también alguna vez serán la Anunciata.

(*París.*)

DIEZ Y SIETE DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS SEIS.—Ayer el Glosador se levantó muy tarde. Pero la luz del mediodía brillaba débil e indecisamente, como una primera claridad de madrugada; tan densa era la niebla. A través de la niebla, fuése en serenidad a ser testigo—en serenidad—de una página de Historia.

Del principio al fin, esta página se produjo serenamente. Serenamente también quisiera narrarla.

17 de Diciembre de 1906. En este día, obedeciendo a las conminaciones del Gobierno de Francia, el cardenal Richard, arzobispo de París, abandonó el palacio arzobispal para instalarse provisionalmente en un piso de un inmueble situado en la rue de Babylone, propiedad de M. Denys Cochin, diputado por el distrito del Sena y miembro distinguido del catolicismo político francés, quien había ofrecido a Su Eminencia aquella hospitalidad.

La rue de Grenelle, donde se encuentra el palacio arzobispal, es una de las más tristes del noble barrio que se extiende desde el bulevar Saint-Germain hasta los Inválidos. Otras calles del mismo ofrecen

una quietud señorial; palacios cerrados y altas tapias de jardines ocupan, callada y limpiamente, su extensión. La rue de Grenelle tiene negras tiendas, y las tapias de los jardines de sus palacios aparecen manchadas por la litografía insolente de carteles innobles. En estos días las litografías insolentes anuncian que los bazares están llenos de juguetes para los presentes de Navidad; lo anuncian con refuerzo de figuras del Evangelio... Producían una vaga angustia esas figuras del Evangelio, a lo largo de la rue de Grenelle, entre la niebla de ese mediodía que os digo.

La angustia, la excitación, hacían palidecer los rostros, encendían un poco los ojos de las gentes que allí habían acudido desde las once. Pero reinaba un gran silencio. Había mandamiento formal superior de orden y de serenidad. La multitud, ante la amplia puerta cerrada del palacio arzobispal, se apaciguaba. Era una multitud compacta, negra como el séquito de un entierro. Gran número de sacerdotes. Gran número de señoras, muchas de ellas completamente enlutadas.

Hacia el mediodía, la portezuela que da acceso al patio del palacio se abrió. La ocupó una banda de jóvenes. Eran miembros de la Asociación de Estudiantes Católicos de París. Llevaban, prendido por un alfiler, un escapulario de franela blanca, con el Sagrado Corazón bordado en lana roja. Se encargaron del servicio de orden y de la recepción de las personas admitidas a entrar en el patio. Aconsejaban calma a todos, con voz que temblaba un poco, de complicidad involuntaria; ante la excitación de algún exaltado...

A la una el patio estaba lleno de bote en bote. El Glosador no olvidará jamás el aspecto de la multitud reunida en este patio. La niebla se había desvanecido bastante; pero el día quedó nublado. De cara al cielo nublado, aquella multitud permanecía silenciosa, solemne.

De pronto se elevó una gran voz. Pero no era un grito lo que lanzó la gran voz. Era un cántico.

Cantó: «*Creo en un Dios, Padre Todopoderoso...*»

Y con ella, millares entonaron el *Credo*.

Cantaron, rezaron largamente aún todas. Al cántico, a la plegaria, iniciados en el patio, respondían desde la calle el canto, la plegaria, como una ola a otra ola.

Las olas se hinchaban, crecían. Subían, formidables. Un momento, parecían amenazadoras. Bajaban en seguida, en una ancha y dolorosa serenidad.

Serenidad.—Ni una sola maldición, ni una expresión de furor o de cólera.—Serenidad. Una oración. Un cántico.

Después, avasalladoramente: «*Parce Domine, parce populo tuo!*»

Una vez y otra, alguna voz trágica repitió: «*Parce Domine*, *parce populo tuo!*»

Y nuevamente, el silencio. En el silencio, hacia el cielo nublado, una dama levantó un Cristo de ciertas dimensiones. Todo el mundo se arrodilló entonces.

Un momento de angustia. Circuló, salida de no se sabe dónde, esta noticia: «El cardenal Richard se niega a salir. Dice que no abandonará esta casa si un funcionario del Gobierno no pone mano sobre él.»

El paso del rumor por la multitud iba acompañado de resonancias de tempestad. Pero aquél era falso. Monseñor Amette lo declaró así; con palabras dulces y lentas. En seguida, rumor y agitación murieron.

Sólo llegó a percibirse, rezagado, un grito: «¡Viva la Iglesia!»... Pero cantaron las campanas.

Cantaron las campanas. Esto era mejor. Esto era más doloroso y más sereno. Esto era más digno de aquella jornada de duelo mudo.

Cantaron las campanas. Lloraban en el aire gris.

Eran las dos apenas, y ya parecía ser el ocaso. Una señal. Pesó el silencio, imponente.

El cardenal apareció.

Su larga figura se apoyó en el brazo de monseñor Amette. Le seguían los Abbés Thomas, Clement y varios prelados... Se inclinaron las cabezas. Ni una voz, ni un respiro se oyó.

El cardenal estaba pálido, fatigado. Yo no sabré decir si había llorado o si estaba llorando entonces. Temblaba.

El brazo trémulo se elevó sobre el cuerpo trémulo, dibujando una bendición. Todo el mundo la recibió arrodillado. Y, todavía, ni una voz, ni un aliento...

Un cupé, con un caballo negro enganchado, esperaba al cardenal doloroso. Pero en el momento de subir a él, un remolino se produjo. Por un instante, confusión, gritos; fué desenganchado el caballo. Luego el coche se puso lentamente en marcha, empujado por los manifestantes... Y otra vez la manifestación se volvió pausada y silenciosa. Otra vez, a lo largo del bulevar de los Inválidos, se produjo en el seno de la multitud, y a los ojos de los espectadores, la conciencia y la visión de que era la Historia la que pasaba.

Cuando se llegó a la casa de M. Cochin, monseñor Richard bendijo todavía a la multitud en silencio... Monseñor Amette, desde una ventana del piso bajo, la convocó para media hora más tarde, en San Francisco Javier. Y dispersóse la multitud. Cerráronse las puertas del jardín. Allá del jardín, el arzobispo de París quedó solo. Había oscurecido ya. Hacía mucho frío.

Más tarde, en San Francisco Javier, monseñor Amette subió a la cátedra. Apareció en ella, resplandeciente, la mitra en la cabeza; en la mano, el báculo. Se esperaban con ansiedad sus palabras. Dijo nada más:

—No separéis nunca a Dios, de Francia, en vuestras oraciones.

Cuando el Glosador salió de allí era de noche.

(París.)

1907

El *Glosari 1907* empieza con una nota titulada «*Amistat*». El Glosador se ha hecho ya amigo del lector; tiene conciencia de una compañía de simpatía, y seguramente de una hostilidad en torno suyo, que es una especie de compañía también. Es, por otra parte, esta página, la pristina salutación de un tema que luego tendrá sus pedagógicos o dramáticos desarrollos en «*De la amistad y el diálogo*» y en «*Gualba, la de mil veus*». Se escribe todavía desde el extranjero, principalmente desde París. Las cadencias de la prosa del *Glosari* se extranjerizan a veces un poco.—Una novedad del año son los cortos epigramas sintéticos sobre figuras características o históricas; algunas series de ellas, bajo el rótulo de «*Imatgeria*» («*Imatgeria de l'istiu*», «*Imatgeria del cor de l'hivern*», que tienen aún su réplica en 1911, en los *intermedios* de *La Ben Plantada)*, preludian las colecciones futuras y más nobles «*Flos Sophorum*» y «*La Vall de Josafat*».—Otra serie parece no sólo nueva en 1907, sino extraña a todo el conjunto del *Glosari* y a su constante tónica ideológica y estilística: los comentarios a las visiones de Ana Catalina Emmerich a la Pasión de Jesucristo: el carácter ascético y como sádico de estas páginas sorprende un poco aquí; su acento no vuelve a encontrarse, y aun atenuado por una mayor lucidez intelectual, hasta a algún fragmento de «*Gualba, la de mil veus*» (1915).—Alguna cuestión de «justicia social» aparece brevemente; más insistentes son los estudios estéticos; la revisión del impresionismo, con glosas sucesivas sobre Manet, Monet, Renoir, Sisley, Pisarro, Berta Morissot, etc., se hace sistemática en ocasión de una Exposición de Arte en Barcelona, en que el Glosador, estudiante catalán en París, fué delegado para la invitación de artistas extranjeros: también es principalmente estético, por estos días, el terreno de la batalla con los ideales de la generación anterior: graciosos episodios de esta campaña son las glosas de polémica con el músico Luis Millet y el prólogo que escribió Juan Maragall para una edición de este año del *Glosari*, en volumen que no llegó a publicarse, así como una página sobre «*El sentiment de veneració*».—Sigue y se enriquece con nombres nuevos el censo de la promoción novecentista; el

Glosari recoge atentamente estos nombres.—En política parece más bien haberse establecido un pacto entre la generación novecentista y la inmediatamente precedente: pronto se adivinan los términos de este pacto; una como división de trabajo se ha establecido; la generación llegada a la madurez se reserva la política general y parlamentaria y entrega a la generación nueva la política de cultura; nada estorba desde este momento para que ésta traiga una colaboración de crónica y de elogio a los momentos más interesantes de aquélla; en 1907 y en los años inmediatos hay glosas en celebración de elecciones, comicios, etc.; sólo más tarde (hacia 1910) empezará Xenius su crítica contra la democracia ochocentista; después esto se convertirá en la exaltacion de una política nueva, de base sindical o profesional.—La acción civilista general crece en el *Glosari* y toma a veces formas minuciosas y casi puerilmente pedagógicas (normas sobre maneras, vestidos, etc., apenas irónicas); un tecnicismo, casi un lenguaje, ha nacido de ahí; de este momento data la aparición de fórmulas como «palpitaciones de los tiempos», «santa continuación», «santa insistencia», que tanto se han contagiado y divulgado después.—Más fundamental es la decisiva entrada del autor en actividades, incluso especialidades, de ciencia; algunas glosas sobre hombres de ciencia y cursos de París nos lo descubren entregado sistemáticamente a esta tarea. La filosofía sistemática pasa desde ahí al mismo *Glosari*; este momento es importante. En él se escriben las primeras páginas de filosofía pura que el catalán haya producido desde los días de Ramón Lull.—El *Glosari de 1907* se ha publicado en volumen en 1915, dentro de una edición malamente llamada *completa*.

VIENTO.—No hay defensa posible; la mitología se nos impone. El gran viento es para nosotros un enemigo personal. Que uno de sus furiosos golpes nos azote el rostro, lo sentimos como una bofetada. Gana viene de devolverla.

El viento se diría infernal. ¡Qué difícil extender al viento aquella fraternidad franciscana, que absuelve al mismo lobo! Se puede exclamar: «¡Hermana lluvia!» No, «¡Hermano viento!» No podemos sentir la humanidad con ese tan malévolo, tan injusto, *de naturaleza tan rara*.

De naturaleza tan rara. Viento, ¿qué eres? No te puedo entender. La lluvia es un llanto. La tempestad es una ira. Tú, viento, ¿quién eres?

Ira también, es claro. Pero una ira *que escapa a la medida humana*... Y esto nos aumenta el odio, viento. ¡Te sentimos, a la vez, tan *personal y tan inhumano!*

Imponer en todo la medida humana es el secreto de nuestra vida. Cuando el hombre haya impuesto en todo la medida humana, será impuesta al hombre la medida de Dios... Y tú, viento, *huyes*. Eres nuestro enemigo. Eres el diablo.

(*París*.)

LA VERGÜENZA DE LA CASA.—Una de estas mañanas visité a una familia de artesanos, mi amiga. Estaba enfermo el menor de los chicos. El otro, mi predilecto, mozo vivo y simpático, muy dado a cosas de lectura, había salido. En la alcoba de su hermano, un libro, olvidado sobre la cómoda, denunciaba las aficiones del ausente.

Digo que la familia es mi amiga. Soy allí, de abierta confianza. Ningún cumplido se hizo por mí. Entré directamente en la habitación y allí tomé asiento, sin cura del matinal desorden. Ya me hacía yo cargo de ciertas cosas... No fué lo mismo cuando un recio repique de campanilla anunció la visita del médico... La madre, antes que salir a abrir la puerta, dió un angustioso repaso al estado de la habitación con la mirada, y trató velozmente de poner allí un poco de orden; en el interior de la mesilla de noche fueron, pues, escondidos algunos objetos que ella, por naturaleza, está destinada a guardar. Otros objetos, que acaso le correspondían también, según normal clasificación, se disimularon bajo la cama, tirando vigorosamente del cobertor hasta ponerlo al ras del suelo. La manchada alfombrilla, que yacía en imprevista tangencia con el lecho, fué colocada en dirección estrictamente paralela a la de aquél. Una toalla húmeda desapareció del respaldo de la mecedora; cumplido todo esto con maravillosa rapidez, los ojos de la buena mujer y los míos se dirigieron a la cómoda de nuestros pecados.

Encontrábanse allí dos desiguales palmatorias, en que dos acabados y pavorosos maelstroms de esperma se habían solidificado; un frasco de cierta espumosa poción, cerca de un plato con un poco de azucar y una cuchara estañera; una redomilla vacía de tintura de yodo, con su pincel estrictamente ajustado al cuello y cruelmente adherido al fondo; un destapado tarro de ungüento; unas cuantas vendas, vecinas del pelotón de algodón en rama deshecho; una calceta de algodón azul, casi terminada, con dos largas agujas atravesadas, y un canuto, sostenido en ellas milagrosamente; otra calceta semejante, ya lista; una almohadilla erizada de alfileres; una gallina de loza, ingeniosamente separable en dos secciones, la inferior de las cuales contenía toda clase de botones y corchetes,

y el libro que el hijo mayor se había dejado a media lectura.

El ama de la casa, viva como una centella, en tanto que el médico llamaba por segunda vez, aseó aquel rovoltijo. Sacudió ligeramente el polvo. Colocó la medicina con la cuchara sobre el plato de azúcar; combinó en clásica arquitectural simetría, como discípulo inconsciente de Vitrubio, la tintura de yodo y el ungüento con las dos palmatorias, a derecha y zurda del gallo; arrolló las dos calcetas en un paquete único; edificó con las vendas un castillo, que coronó el algodón en rama; colgó el acerico de un clavo... *y escondió de un revuelo el libro en un cajón.*

A la buena mujer le pareció aquél, sin duda, el enser más indecente entre todos.

(*Barcelona.*)

SPENCER.—La autobiografía de Heriberto Spencer es, acaso, el más interesante de sus libros, y el capítulo más interesante aquel en que se trata de los años de preparación del filósofo.

Hoy no puede un verdadero filósofo salir ya formado de la Facultad de Filosofía. Spencer pasó en sus comienzos por dos profesiones: la ingeniería y el periodismo. Trazó planos de ferrocarriles y escribió reportazgos. Trabajó en cosas diversas, en tanto que se trabajaba a sí mismo.

Instrumentos excelentes, periodismo e ingeniería, para trabajarse a sí mismo. La ingeniería es la fuerte y regular y sabia práctica de la acción. El periodismo es la fuerte y regular y sabia práctica de la expectación. Por la expectación empiezan a conocerse las cosas. Por la acción acaban de conocerse. Aquella recia escuela de educación en la realidad, que fué

la guerra, hoy se ha partido en dos: la ingeniería y el periodismo. En ellas se hizo filósofo Spencer, como un día Descartes en la profesión militar...

En ellas, y compañía. El futuro autor de los *Primeros principios* y de la *Clasificación de las ciencias*, en estos años de preparación, se entrega a las más diversas actividades: lee, dibuja, pinta, compone música, recoge pedruscos, estudia la fisiología. y, sobre todo, inventa. Inventa cosas fantásticas, inútiles: una extraña máquina magnética, una aguja de encuadernar, una cama para enfermos, una estufa que se traga el humo... Viaja también. Recorre Holanda, Suiza, Francia, Italia, los Estados Unidos. Por semejante índole inquieta a los amigos. Los superiores de Heriberto Spencer le encuentran, por aquellos días, falto de *esprit de suite*. Aquel joven, falto de *esprit de suite*, era el destinado a producir una obra científica de pensamiento, la más vasta y ordenada de nuestros días; una obra que, júzguese como se juzgue (y mis amigos saben que yo soy de aquellos que le juzgan mal), reproduce, no puede negarse, la amplitud enciclopédica del pensamiento de un Aristóteles.

No censuraremos demasiado la equivocación de aquellos amigos, de aquellos superiores, que tan mal juzgaron la joven mente. ¿Cómo adivinar que en el camino torcido que tomó Saúl, hijo de Cis, para buscar los pollinos paternos, se gane un reino? Saúl, hijo de Cis, podía tener, en rigor, tal presentimiento, como lo podían tener Wilhem Meister y Goethe, y Spencer; pero no las buenas almas que ven divagar a Spencer, a Goethe, a William Meister y a Saúl, hijo de Cis. A la incomprensión, a la desconsideración de las tales, fuerza es que se resignen los que emprenden la curva vía, que lleva a conquistar reinos o a conquistar altas verdades.

Arromanches les Bains (Normandia).

SOBRE LA PINTURA IMPRESIONISTA.—Sobre la pintura impresionista puede ya hablarse con serenidad. Ya combate no la rodea, sino más bien paz y veneración. Y para dictar sobre ella la ardua sentencia, ya poseemos nosotros la condición que el poeta exigió. Somos los *posteri*... Que el impresionismo ha muerto.

Ha muerto honradamente, tras una vida severa, clara, fecunda. Ha trabajado mucho. De tanto como él trabajó, ahora nos gozamos nosotros. Él se encontró con el patrimonio de la sensibilidad universal muy malparado; la pintura padecía bajo el poder de la enemiga Anécdota, que la secuestraba entre negros muros; estaban esos muros cubiertos, como en un sueño apocalíptico, por siniestras figuras vestidas de túnicas académicas y pavorosos desechos del guardarropía histórico, y era privada la luz de los cielos de bajar hasta la pintura; y la pintura de bajar a tomar posesión del mundo, bañado también por luz de los cielos. Había que aterrar estos muros, castillo de la Anécdota, cárcel de pintura. El impresionismo puso manos a la obra, brevemente. Golpe tras golpe, golpe tras golpe; cada cuadro impresionista era como una ventana en la pared: entraba la claridad, y las escapatorias volvíanse fáciles. La pintura se bañó en la luz y saltó a los campos... ¡Ay! ¡Tanto empuje puso en este escapar, que ya al mismo impresionismo libertado dejó lejos!

Y lejos, muy lejos, andaba ya en el vasto mundo del espíritu, cuando le ha llegado noticia de la muerte del impresionismo. Ahora le hace agradecida justicia. Sabe que le debe la libertad.

(*París*.)

DE LA ACCIÓN PARA LA PAZ Y DE OTRAS ACCIONES.—Parece que la obra pacifista del Congreso de La Haya tropieza con graves dificultades. Tantas, que ya se susurra si habrá de suspenderse *sine die* la reunión que se anunció como próxima, destinada a ventilar el problema de la limitación de armamentos.

He aquí una nueva poco grata. Ya sabe el lector que para nosotros el Congreso de La Haya representa algo de gran valor, y el fracaso que hoy sufre no puede menos de producirnos tristeza.

Es costumbre, entre buena parte del público, burlarse desconsideradamente de la obra de las conferencias internacionales pacifistas. Del hecho de que, al día siguiente de las deliberaciones o acuerdos más amistosos, las mismas naciones que los han entablado o firmado se echan cruentamente los trastos por la cabeza, quiere deducir la ligereza de los no atentos la completa inutilidad de aquellos cónclaves; y la malicia quiere que ellos no constituyan otra cosa que una costosa y ridícula *vanity fair*.

No son ligereza y malicia los instrumentos más aptos para oír las palpitaciones de los tiempos. En cambio, la vigilante buena fe percibirá aquí una muy significativa. Esta: la obra de los Congresos de La Haya representa uno de los ejemplos más típicos, uno de los dos o tres ejemplos más típicos de la eficacia que pueda alcanzar en el mundo contemporáneo la acción reformista... Se trata aquí de ciertos aspectos de la vida real de ahora, a los cuales resultan difícilmente aplicables los moldes mentales de hace cincuenta años.

Hace cincuenta años constituía un tópico entre los políticos que servían a algún ideal decir que cabía aproximarse á él por dos caminos: la *evolución* y la

revolución. Y según su temperamento o mentalidad les llevasen a seguir uno u otro de esos caminos, se clasificaban aquellos hombres. Y había, por ejemplo, republicanos evolutivos, que confiaban en que la misma fuerza de las cosas, alcahuetada por el tiempo, traería la república; y republicanos revolucionarios, sólo creyentes en la virtud y efecto de la rebelión popular; y socialistas evolutivos y revolucionarios; y feministas por el orden.

Pero un nuevo linaje de acción ha sabido recoger hoy la energía de los hombres. Tan lejos del fatalismo evolucionista como de la ilegal violencia de la revolución, aquel linaje de acción se caracteriza por reunir simultáneamente las tres notas de ser *humana, rápida* y *legal*. Viene a ser como una revolución cumplida en los límites de la ley. Una revolución tensa en una serie de días, realizada constantemente, infatigablemente—en cada hora de cada día—y metódicamente y *jurídicamente*.

Tres instituciones que realizan tal linaje de acción se enlazan ahora en mi recuerdo: los Congresos pacifistas de La Haya, la Confederación general del Trabajo, en París, y la Solidaridad Catalana, entre nosotros... Con ideales distintos, con muy diversos detalles de procedimiento, las tres instituciones coinciden, sin embargo, en lo siguiente: en conducir movimientos que tienen un ideal difícil y que se adelantan a conseguirlos por medio de una acción violenta, pero *jurídica*. Son momentos triunfales del albedrío humano, poco respetuosos con la lentitud de la evolución, pero que trabajan en las respectivas reformas con armas más seguras que los revolucionarios de los viejos arsenales... Un nombre podría fijar el carácter en este tipo de acción fecundo, que no es *evolución* ni *revolución*. El nombre intervención, por ejemplo; y *reformismo*, la actitud política que le sirve.

De la intervención, del reformismo propios de la

Solidaridad Catalana, se ha hablado aquí y se ha intentado fijar, aun desde la prehistoria del movimiento, sus cánones ideales. También sobre la Confederación general del Trabajo y sobre el Sindicalismo, que es el más fuerte, el más puro de los grandes trabajos colectivos que se realizan en la Francia de hoy. Quede esta nota para elogio de los Congresos de La Haya, que han alcanzado ya resultados de gran valor, ignorados quizás por el vulgo, pero no insignificantes en el camino de su ideal.

Y no se deje de apuntar al cerrar aquélla, que aunque todos esos esfuerzos estuviesen destinados a fracasar, aunque si los ideales a que tales intervenciones, tal reformismo tienden, se alejasen, por fin, en lugar de hacerse próximos, no por eso la energía y el heroísmo que se han dado a ellos podrían considerarse mal gastados: que bastante premio tiene siempre energía y heroísmo con ser lo que son: con ser energía y heroísmo y *salvar* con eso las flacas almas de que se sirven *y a las que sirven*.

(*París.*)

LA JARDINERÍA MODERNA Y EL JUGENSDSTIL.—Se ha abierto en Mannheim una Exposición internacional. Esta Exposición es una amplísima fiesta de belleza, honra a la vez de las bellas artes y la horticultura. Horticultura elevada, en la especialidad de los jardines, a arte bella también.

Y no desnutrida ciertamente en su moda actual de las corrientes espirituales en que se alimenta el arte contemporáneo. Triunfa en la Exposición de Mannheim un estilo de jardinería. Es el estillo llamado *Jugensdstil*, concretado en el género llamado *Darmstadt*, inventado por la pléyade de artistas que en 1901

rodeaban al gran duque de Hesse, por los Christiansen, Olbrich, Behrens... ¿Cuál es el secreto estético de tal estilo?... El arbitrarismo, ni más ni menos. La jardinería moderna tiende a llegar a ser una jardinería arbitraria.

Algunos periodistas extranjeros, invitados a visitar la Exposición de Mannheim, muéstranse en sus crónicas sorprendidos y extrañados ante un arte novísimo que impone a la vegetación formas arquitectónicas, que inscribe parcimoniosamente el musgo en cuadriláteros de mármol y las plantas trepadoras entre columnas, como si se tratara de algo soñado o de algo artificioso descrito por un Poe o un Baudelaire... Pero nadie debería sorprenderse. Se trata simplemente de que también en el arte de la jardinería se terminó la era romántica. Era romántica es la del jardín inglés —imitación del bosque—, respetuoso con la libertad de la naturaleza. La afición al jardín inglés desterró un día el gusto clásico, en el que Le Nôtre recorta bojes. Retorna ahora el gusto clásico. Le Nôtre tiene nombre de pronunciación más complicada. Y ya no se construyen Versalles, sino que se celebran Exposiciones universales.

... Sin embargo, los días en que vivimos son ricos en poesía. Maravilla al contemplador ver cómo todo se enlaza. Decididamente, el universo no es, como el viejo Aristóteles quería, «una colección de episodios». Es una orgánica, una armoniosa tragedia.

(Epinal. Vosgos.)

JORIS-KARL HUYSMANS.—Era el hombre equívoco que acaba de morir un fuerte artista. Y como artista, nada equívoco; antes artista claro, de brutal claridad, de claridad sensual y colorida, muy propia de

su raza, la de los flamencos sanguíneos y biliosos. La creación capital de su arte es un estilo: ardiente estilo materialista, rico en palabras del vocabulario técnico y de oficios, en términos de pintura, en vocablos de cocina burguesa; y en sus últimas producciones rico también en palabras de liturgia católica; pero sobre todo, abundante siempre en savia plebeya, plebeya más que popular, que satura toda su obra de vida y de pasión.

Huysmans, en efecto, ha sido, en esencia, un plebeyo, y de ser tal procedía toda su fuerza. No se le inculpe a él si una infinidad de inocentes lectores han querido ver en *A rebours*, creación fundamentalmente humorística, algo así como un evangelio del decadentismo. El curioso de las modas mentales de quince años atrás, aun contentándose con lo superficialmente pintoresco, deberá recurrir a Jean Lorrain de preferencia a Huysmans. Lo mismo hará quien pretenda estudiar genéticamente el arbitrarismo novecentista. La arbitrariedad de un Des Esseintes no es nuestra arbitrariedad. No era ya la de su tiempo, que por cierto valía más que eso: mucho menos la nuestra... *Nosotros tenemos otro quehacer que dorar tortugas*...

Pero repitámoslo: no le alcanza responsabilidad al autor de *Au veau l'eau,* poeta magnífico de los guisos de restaurante económico. Algo y mucho se chanceaba cuando explicaba a los burgueses, para asombrarlos o enojarlos, sus audacias de pensamiento y de obra, por las que pretendía ser excepcional.. Es de temer que ese gusto especial haya en él perdurado vagamente, aun al través de su personal evolución religiosa... No importa. Esta evolución conducía a puerto. A puerto ha llegado ahora Joris-Karl Huysmans, purificado por el esfuerzo de toda una vida de trabajo y por el dolor de todo un invierno de torturas.

(*París.*)

LOS OBRREROS QUE SE DUERMEN.—Aurelio Ras, el brillante cronista, ha publicado un artículo sobre «los obreros que corren». Esos obreros que corren son los trabajadores negros de un ferrocarril sud-africano. Aurelio Ras los ha visto, en una proyección cinematográfica, apresurarse, reir, batir de manos, acudir al trabajo y mantenerse en él con tumultuosa y productiva animación. Y compara esa conducta con la propaganda de ciertos *leaders* o *meneurs* del proletariado europeo, que invitan al obrero a que se vengue de los exiguos salarios con un trabajo voluntariamente lento.

Temo que en el aspecto de actividad y alegría que en los trabajadores sud-africanos ha descubierto mi brillante amigo haya tomado alguna y aun mucha parte el artificio cinematográfico. Sabido es que pocas veces la vida nos ofrece escenas tan agitadas como nos presenta la cinematografía; confieso, por mi parte, que en ninguna estación real del mundo he podido hallar ese famoso viajero de tan vigoroso empuje que en tantas y tantas películas todos hemos visto saltar rápidamente del tren cuando éste no se ha parado todavía, empuñar resueltamente las maletas, acercarse con ímpetu al primer término, y cuando en él está sonreirnos estúpidamente con su inmensa cara redonda...—Las noticias que sobre el valor moral y productivo de los trabajadores de raza negra han llegado hasta nosotros, tanto las del tiempo de la esclavitud como las posteriores, nos confirman en la sospecha.

Cierto; la ley del amor y la alegría en el trabajo sufre hoy gravísima crisis en ciertos núcleos obreros europeos. No le son únicamente enemigos las tristes propagandas a que Ras se refiere, sino los mismos hechos, más tristes aún.

Lugares y oficios hay en los que se cumple perfectamente la venganza del salario exiguo en una mala producción. En el último 1.º de Mayo vendióse mucho en la Plaza de la República, en París, una hoja del periódico *La Voix du Peuple,* órgano de la Confederación General del Trabajo. Relataba esa hoja los resultados de la campaña desarrollada por la Confederación desde el 1.º de Mayo de 1906, y decía: «El efecto moral, la tendencia a trabajar lentamente», añadiendo después: «Antes, los camaradas tomaban ejemplo del obrero que más se aplicaba, y todos procuraban hacerlo mejor; la tendencia de hoy es retrasarse, y se imita más bien al camarada que trabaja menos. Tanto es así que el rendimiento del trabajo es ya un 20 o un 30 por 100 inferior al del año pasado...» La hoja que cito se refiere especialmente a los obreros de la construcción; pero lo dicho puede, por desgracia, aplicarse a los de algún otro oficio.

Ofrece semejante problema matices tan graves, que es difícil detenerse en ellos sin una especie de terror mezclado de repugnancia. El hecho de que se tome como modelo al obrero poltrón, y aun alabarse de ello, repugna decididamente a nuestra conciencia. Y como nos hallamos ante un hecho real y significativo, sería falta de atención desconocerlo e insinceridad ocultarlo. Nuestra misión es escuchar las palpitaciones del tiempo; deber nuestro es registrar cuantas observamos, tanto las más deprimentes como las más alentadoras....

¿Qué remedio para este mal? Ni muchos ni fáciles... Permítaseme apuntar que, en todo caso, no creo en la suficiente virtud de los exclusivamente aplicados a la educación individual, a robustecer en cada hombre la propia dignidad; pienso que éstos no bastan sin que sean ayudados por los que tiendan a exaltar en el hombre el sentimiento solidarizador de ciudadano.

CHURRIGUERA, ARQUITECTO MALDITO.— ...Jóvenes artistas y poetas de Cataluña y de Madrid, ¿no sospecháis que ha llegado la hora de vindicar al gran poeta, al gran artista que se llamó Churriguera?...—Misión de la juventud es, en muchos países, la de llevar a término actos análogos de justicia retrospectiva. En todas partes hay espíritus sepultados bajo el peso de secular maldición. Espíritus elevados, cuyo verbo palpita y clama vanamente ante la sordera secular, hasta que en un momento de alerta se les sabe escuchar y se les logra oír... Un Verlaine, con finísimo oído anticipóse varias veces a esa justicia de lo futuro, en favor de algunos poetas a quienes llamaban «los poetas malditos»... ¿Quién más maldito que el magno arquitecto barroco de España? ¿No pensáis, acaso, que él, más que ningún otro, nos pide una bendición, como la que hemos dado ya a Góngora el mago?

De aquel pomposo maestro de la pétrea pompa nos toca decir todo el bien que de él hubiera dicho Baudelaire si le hubiera conocido profundamente. A nosotros nos toca demostrar que canta en él, con toda su fuerza, la voz de su raza...—Para darse perfecta cuenta de esa verdad, necesario es que se estudie de cerca el arte barroco de otros países. Bella cosa es el arte barroco francés, por ejemplo. ¡Pero cuán lejos su gracia frívola, en valor dramático, del heroísmo, del magnífico y profundo heroísmo churrigueresco!... Que Churriguera esto es, por definición: un Barroco heroico.

(*París.*)

EL ENJAULAMIENTO DEL ÁGUILA.—El rey de Inglaterra es un yachtman incansable. Y sus travesías tienen más alcance que el puro deporte.

Cruzando el mar va de Inglaterra a Francia, de Francia a España y de España al bello país donde florecen los naranjos. Por todas partes ofrece a la admiración de los hombres, bondadosamente, su gesto plácido y sus chalecos innovadores. Al verle tan jovial y tan elegantemente burgués, nadie diría que es el más personal instrumento de una política que tiende a acentuar el *occidentalismo*, aun a trueque de traicionar los intereses de la *europeidad*.

De hecho es así. Con desconcertante rapidez, con rapidez que sorprende a los más avisados, dibújanse ya las líneas generales de este occidentalismo. Sensacional ha sido la publicación que se acaba de hacer de un convenio franco-japonés. Este convenio es de lo más significativo que de mucho tiempo a esta parte se haya producido en política internacional. Y bien sabe Dios cuántas cosas significativas hay en la actual política internacional, que tiene un valor ideal como no lo había tenido desde los tiempos napoleónicos.

La consecuencia inmediata de tales conjunciones occidentales, hela aquí: El aislamiento de Alemania, la amenaza existente contra Alemania, la exasperación de Alemania. Pletórica de población y de producción industrial, Alemania se ve cercada y detenida en su expansión por la conjunción hostil de los pueblos. El Aguila corre el riesgo de verse enjaulada.

Magnífico y trágico espectáculo se nos ofrece. Lo contemplamos apasionados y apasionados contemplaríamos también las consecuencias bélicas que de él naciesen, sin que esto signifique que deje de apasio-

narnos por igual la obra de paz que puede realizar la próxima Conferencia de La Haya.

Y esto, no por escepticismo, sino por comprensión generosa.—Lo que caracteriza al hombre moderno es la facilidad de entrar con fervor en el terreno de la acción, sin perjuicio de amar lo que contradiga esa acción suya. Nuestra tolerancia no exclama, como la de cincuenta años atrás: «¿Qué importa esto a Sirio?» Sabemos ya que somos nosotros nuestro Sirio. Pero si hacemos descender a Sirio hasta nuestra arbitrariedad, también sabemos elevarnos, para la contemplación, a la altura de Sirio. Al apasionarnos por la paz, sabemos también apasionarnos por la guerra. Y al secundar por amor y por interés el occidentalismo, sabemos hallar magnificencia y justicia en los rebeldes aleteos del Aguila, que no se resigna a entrar en la jaula que le ha preparado Eduardo VII.

(Paris.)

UNO QUE NO COMPRENDE.—Hablando del proceso de los camaradas Levy y Bousquet, de la Confederación General del Trabajo, ha escrito *Le Figaro:*

«El proceso de Levy y Bousquet nos ha valido otro neologismo: *legalista*. ¡El legalista es un revolucionario respetuoso de la ley!...»

¿Ironías, *Fígaro?* Aceptemos la ironía. Tomémosla al pie de la letra. Perfectamente: *un revolucionario respetuoso de la ley.*

Dejemos de lado toda apreciación, en bien o en mal, sobre la agrupación socialista mencionada. Señalemos tan sólo lo característico de su acción.

¿Cíñese, acaso, esta su acción a aprovechar la evo-

lución natural de las cosas hasta el ideal soñado? No, en verdad. Por otro lado, esta acción, ¿realiza obra revolucionaria a la antigua, rebeldía ilegal, anárquica violencia, insurrección, motín, barricada? Tampoco.

Esta su acción *interviene*—voluntariamente, arbitrariamente, violentamente—en la marcha de las cosas. Pero no con violencia anárquica. Interviene con una especie de *violencia legal*. Aprovecha la cantidad—incalculable—de violencia que las leyes humanas permiten. Hace más: utiliza estas leyes humanas como instrumento de violencia. ¡Con ellas, y sirviéndose de ellas, hace revoluciones!

Lo más *dramático*, lo más fuerte de la Confederación General del Trabajo es que, amparándose precisamente en los instrumentos legales, obliga al Gobierno de Clemenceau a colocarse en una situación casi ilegal, a que se escuda en alegaciones sentimentales o utilitarias... Ello produce el terrible fenómeno de que, ante la ley estricta, *ante lo normal*, la Confederación sea *autoridad* y el Gobierno *insurrecto*... Aquí tenéis un magnífico ejemplo de *Intervención*, esa forma de acción moderna—palpitación de los tiempos—, ni *evolucionista* a la antigua, ni *revolucionaria* a la antigua. La Confederación General del Trabajo es uno de los organismos de intervención más significativos.

Otro organismo de intervención es la Conferencia de La Haya, que se ha de reunir dentro de pocos días.

Otro organismo de intervención fué el Storthing nacional noruego en la obra de la independencia que separó a Noruega de Suecia.—El carácter pacífico de aquel hecho me indujo a creer, como a tantos otros, que era el simple resultado de la evolución de las instituciones o de una feliz oportunidad, como aquella que dió al Canadá la autonomía... Nada de eso. Sobre

este particular me ha informado y esclarecido una obra de propaganda de Friotjof Nansen. Sobre ella he visto la cantidad de violencia que se necesitó para dar libertad al pueblo noruego. He visto que, en el instante de su independencia, se realizó una verdadera revolución. Revolución legal, eso sí.

También ha sido un organismo interventor nuestra Solidaridad catalana. Como el Storthing noruego, como la Conferencia de La Haya, como la Confederación General del Trabajo de París, la Solidaridad catalana realizó obra de intervención. Realizó una revolución legal, sirviéndose de las leyes españolas como instrumento de su acción.

Y a estas horas, como en el caso de la Confederación General del Trabajo en Francia, la Solidaridad catalana ha dado un resultado paradojal. Ante la Solidaridad que, amparándose con la ley, constituye una autoridad, el Gobierno hase levantado en rebeldía, constituyéndose en insurrecto.

La reciente discusión parlamentaria de las actas de Madrid es un caso muy significativo... Por primera vez éramos nosotros quien *juzgábamos*. En nombre de la ley, y con la fuerza de la ley, Cataluña condenaba a Madrid.

Esto es enorme.

Y eso es una revelación más de esa cosa nueva que, por no comprenderla, ataca *Le Figaro* con ironías en exceso superficiales: *el legalismo*. O, para precisar más, *el legalismo agresivo*.

En este sentido, *legalista* no es un neologismo, no es una novedad lingüística: es una novedad en la vida.

Representa, en último término, algo muy transcendental: la integración del Derecho mediante la fuerza.

Por ser instrumentos de Derecho las leyes se han vuelto instrumentos de fuerza.

O sea, *leyes que, a más de normas, son armas*.

(Esta es una de las notas íntimamente esenciales de la idealidad contemporánea: el Arte vuelve a ser clásico, puesto que se ha llegado a comprender que las Reglas no son sólo gérmenes de fuerza, sino instrumentos de fuerza.)

Repitámoslo, puesto que eso debe grabarse en el espíritu de los jóvenes y puede llegar a ser divisa de futuras empresas:

Las Leyes son Normas, pero también son Armas.

(Nancy.)

PERSPECTIVA.—Nueva palpitación de los tiempos. En el movimiento revolucionario del *Midi* francés, dos fases: la primera, revolucionaria a la moderna; la segunda, revolucionaria a la antigua.

La primera fase verifica esa especie de revolución que ya no es revolución, en el sentido estricto de la palabra, y que, a falta de expresión mejor, he propuesto que se denominara *Intervención*. El interventor empuña las leyes, y, armado con ellas, despliega enorme cantidad de fuerza. Y todo eso ordenadamente, sin sombra de motín.

Fase segunda: El Gobierno encarcela a los conductores del movimiento interventor... Y entonces, sin ellos, la intervención tórnase revolución a la antigua: anarquía completa. Los acontecimientos revisten tan graves proporciones que, sin perjuicio de que se dé a los protestatarios la definitiva contestación, las gentes de criterio de Francia buscan el medio inmediato para que la protesta revista su primera forma ordinaria.

Y hallan el medio siguiente: la libertad de los jefes revolucionarios, pues, dicen las gentes de criterio,

solamente los jefes revolucionarios pueden asegurar el orden...

¡Feliz palabra! Palabra henchida de esperanzas, ¡qué admirable perspectiva nos ofreces! Ved ahí que divisamos un estado de cosas en el que ocurrirá lo siguiente: El desorden, el motín, desechados como instrumentos de reforma social y política, y adoptados, en cambio, como medio defensivo de lo establecido...

Convertidos en *interventores*, armados con la ley, los revolucionarios atacan a los Gobiernos, y éstos, para defenderse, acuden a la revolución antijurídica...

Y los ministros de la Gobernación *levantan barricadas para librarse del furioso asalto de la voluntad popular.*

PRAGMATISMO.—¿Me permitiréis un pequeño paréntesis de filosofía teórica, en medio de esa cuotidiana «filosofía casera» a que nos hemos acostumbrado?... Serán cuatro palabras no más, un simple y estricto esqueleto de palabras, para dar un poco de fijeza a la posición ideal del Glosario.

Abro el paréntesis:—Apasiona al mundo entero—y en especial al anglo-sajón—la nueva escuela, o mejor dicho, la nueva posición filosófica que el «Pragmatismo» representa, iniciada por los norteamericanos Sanders Peirce y William James. Esta doctrina gira alrededor del deseo que obedece a las necesidades ya expuestas aquí de integrar urgentemente la Sofía con la Vida. Su principio fundamental se cifra en considerar la verdad como instrumento de acción, y juzgar, por consiguiente, que si por un lado todo cuanto no tenga adecuada relación con la práctica humana no es «interesante» y debe abandonarse, «es—por otra parte—verdadero todo lo útil...» Aplicando en cierto

sentido ese principio, Poincaré ha llegado a decir que la ciencia física era un conjunto de «verdades» *destinadas a producir* «descubrimientos físicos»... Llevado por análogo impulso, el Glosador escribió un día, al criticar a Anatole France, que la posición metafísica en el hombre moderno no puede ceñirse a un dogmatismo ni abandonarse a un escepticismo, ni menos consolarse con un diletantismo, sino que armada de voluntad, de arbitrariedad, debe a cada momento construir nuevos sistemas metafísicos aptos para la acción.

Por lo que acabo de decir se comprenderá que también el Glosador disiente de la general doctrina de tales filósofos en un punto: así como ellos rehusan la Lógica sistemática, la Construcción, reduciéndose a una metafísica «improvisadora», cree profundamente el Glosador, por una indestructible «fe estética», en la eficacia de las construcciones, y halla en su misma armonía, en su *belleza*, más que en su *utilidad*, la fuente profunda de su *verdad*. Por esa misma razón se resistiría a abandonar el nuevo «Arbitrarismo», que a su entender es más comprensivo y tiene más sentido artístico, para adoptar el «Pragmatismo», de sentido más limitado...

Pero si, como el filósofo inglés Schiller ha propuesto, tomara el Pragmatismo la denominación de «Humanismo», y si ese humanismo incluyera en su juego de valor el valor *estético* al lado del *utilitario*, tal vez la cosa cambiaría.

Cambiaría sobre todo en el sentido de que en eso habría, a la vez que la rectificación del Pragmatismo, el camino a una superación. El camino a una restauración de los valores del intelectualismo clásico, que es *lo mejor* para nuestra mente occidental, porque es *lo más noble*.

Pero tales indicaciones podrían llevarme muy lejos...—Cierro el paréntesis.

(París.)

1908

El Glosador se ha convertido en un filósofo. ¿Cuál será su actitud en los problema de Filosofía? Sus preferencias personales le llevan al intelectualismo; la agitación de la hora le llevaría al pragmatismo; la resultante de estas fuerzas se encuentra en una posición que, estudiando todas las aportaciones del pragmatismo y tomándolas en cuenta, trata de volver, sin embargo, al culto clásico de los valores racionales. Desde ese instante entra el *Glosari* en una doble tarea de información sobre el pensamiento contemporáneo y de formación de la propia «*Weltanschaung*». Los primeros trabajos técnicos de Filosofía del autor, escritos en francés o en italiano, datan también de 1908. Una residencia en Heildelberg le da ocasión de asistir a un Congreso internacional de Filosofía. A manera de *mise au point* y balance de la anterior etapa filosófica universal, las «*Gloses al Congrés de Filosofia*», del *Glosari de 1908,* representan un papel semejante al que tiene respecto de la vida general catalana el «*Amiel en Vich*» traducido al principio de esta Antología. Una glosa de forma curiosa, con ritmos de verso, epiloga esta serie del Congreso y es muy significativa como muestra del primer contacto de Eugenio d'Ors con el mundo sentimental germánico: habrá que acordarse de esta glosa, a fines de 1914, cuando la crisis moral traducida en la serie «*Tina i la Guerra Gran*».—Dentro de la misma forma poética, rarísima, pero constante en el *Glosari,* hay este año «*Spinoza a dinou sous*». —Sigue la serie puramente literaria de las «*Imatgeries*».—Por este mismo tiempo se produce un episodio interesante: las juventudes españolas de fuera de Cataluña empiezan a advertir la formación en ésta de un nuevo núcleo de pensamiento en el Novecentismo, y, por consiguiente, de un nuevo centro de esperanza; y saludan este advenimiento con comunicaciones y mensajes que el *Glosari* recoge, con vivo sentimiento de correspondencia. España sabía que existía en Cataluña *una literatura;* ahora, en esa correspondencia nota que se trata, más anchamente, de *una cultura*.—La lucha por la organización pública de la misma, esbozada el año anterior, se acusa más declaradamente ahora. Ya se propone a la colaboración de los hombres públicos, la

creación de instituciones concretas: institutos, bibliotecas, seminarios, medios de trabajo. Se abre en esto y en la obra más dilatada de la educación colectiva nacional una perspectiva sin límites; al finalizar el año, en una meditación titulada «*La pedrera*», el Glosador se examina a sí mismo, al objeto de su trabajo y al instrumento de que se sirve. «Si me faltaran los brazos, siempre me quedaría la Libertad», dice.—Estos temas de vocación y de orgullo son examinados muy intensamente en una serie de glosas, primera de las series largas que han florecido en el cuerpo mismo del *Glosari*, el «*Curt tractat de la llibertat i poder de Napoleón*», escrito en el mes de Agosto entre Tervueren, cerca de Bruselas, y el campo de batalla de Waterloo: es un comentario febril y estóico al «*Memorial de Santa Elena*».—Cierto disentimiento entre el Glosador y su Ciudad, o, a lo menos, la parte más vulgar y pasiva de ella, deja adivinarse así en el «*Curt tractat*» como en otras muchas páginas de 1908, disentimiento del que conocemos concretamente un estallido con motivo del proceso y sentencia del anarquista Rull, condenado a muerte, tal vez sin prueba suficiente, por presión del espíritu popular. Xenius escribe, en ocasión de esta sentencia y en condenación de su injusticia, algunas de sus páginas más apasionadas.—En la Cuaresma de este año es escrita una serie de glosas o comentarios a la «*Introducción a la vida devota*», de San Francisco de Sales; páginas graves, pero ya sin ascetismo alguno.—Este año III del *Glosari* ha sido también publicado en volumen en 1915, en la edición llamada *completa*.

HOMENAJE A ESPRONCEDA.—Sólo conozco a un rimador con menos espíritu poético que don José de Espronceda, y es don Joaquín María Bartrina.

Recíprocamente, sólo conozco a un pedante con menos espíritu filosófico que don Joaquín María Bartrina, y es don José de Espronceda.

Los dos tienen, no obstante, un fuerte valor representativo. Espronceda, ignorante, calavera, genio de café, Byron chispero, populachero y popular, charlatán del pesimismo, juerguista sentencioso, es el tipo selecto de una enfermedad endémica en la vida intelectual de Madrid. Bartrina, semisabio, indolente, genio de Ateneo, Leopardi menestral, falso aristócrata, pequeño anarquista con pequeñas rentas, pesimista profesional, conversador blasfematorio, es el tipo selecto de una enfermedad endémica en la vida intelectual de Barcelona.

Merecen los dos un recuerdo público. No un monumento, pero sí un retrato. Un retrato los dos, juntos, en una lámina al cromo, el día que se editen atlas de patología social, como se editan de dermatología.

(*Barcelona.*)

EL VEREDICTO DEL PROCESO RULL.—Era ya más de media noche cuando se llegaron a los corros numerosos abogados que del juicio venían, y después de presenciar cómo se había dictado justicia, hablaban del veredicto.

Y así hablaban:

—El veredicto, más que obra de lógica, ha sido obra de pasión popular.

Obscura era la noche en la ciudad, y pesada. A menudo, un viento sordo y cálido levantaba silenciosamente nubes de polvo. De vez en cuando caía un corto aguacero.

Y así respondían a los abogados los hombres de los corros:

—A ser jurado, yo hubiera contestado lo mismo.

Sin decirlo—porque sus almas no se detenían en la visión de las cosas eternas—querían decir: «¿Acaso no hay más que una lógica?» Aun sin ser pronunciada, recogió la pregunta el filósofo, bebedor de agua clara en el café dorado...

Y explicó:

«Hay más de una lógica, como hay más de una política.

»Hay una política intelectual.

»Hay, al lado de ésta, la política de la voluntad de la vida.

»La razón tiene su lógica.

»Pero el instinto tiene también su lógica.

»Yo os digo, hombres de los corros de media noche, que el veredicto es un veredicto lógico, emanando como emana de la voluntad de la vida.»

Cuando el filósofo hubo hablado así, llegó a su vera un hombre diciendo que, fuera, la noche pesaba como un plomo y que estallaban aplausos por las Ramblas...

Preguntáronle todavía al filósofo:

—Si, como decís, hay dos lógicas, ¿cuál es, pues, la buena?

Y repuso el filósofo:

—Llego a creer que las dos lo son.

Replicáronle:

—¿Y cuál será la más bella?

—Esta—dijo el filósofo secándose los labios—es otra cuestión.

—¿Y por qué decís que es otra cuestión?

—Porque es exactamente la misma, y es lo más íntimo y lo más interesante de la misma...

—¿Y qué pensáis sobre esto?

—Pienso que lo más bello es lo que en definitiva triunfará; pienso también que, por lo menos, esos aplausos de las Ramblas no son bellos.

(*Barcelona.*)

ESOPO.—¡Pobre Esopo mío, Esopo jorobado, tartamudo y astuto!—¡Hermano mío!—¡Qué odio, el odio que yo por ti sentía!... Tu moral maligna hirió y ulceró la generosa ternura de mis primeros años. Las bestezuelas de tus fábulas me dictaban las diferentes sentencias de la astucia. Yo protestaba:—¡No puede ser! ¡No puede ser!...—Más tarde, al avanzar en la vida, he hallado gentes a mi alrededor que repetían los hechos y las palabras de aquellas bestezuelas y que de nuevo me dictaban, con paternal solicitud, las diferentes sentencias de la astucia. Y de nuevo he protestado, diciendo:—¡No puede ser! ¡No puede ser!...—Y para todos ellos, en mis palabras y en mi corazón, ¡cuánto odio!

Por ventura, en esos últimos años, algo me he adiestrado en el arte de la piedad...—Es el caso, que anoche, después de haber asistido al lastimoso espectáculo de una reunión de jóvenes que se ejercitaban, juntos, en la prudencia senil y en el fatalismo, en el respeto puramente externo, administrativo, a la legalidad, incluso a la legalidad que ellos consideraban inicua—y en otras virtudes ya predicadas con el ejemplo por alguna de las bestias esópicas, no recuerdo bien si la Zorra o la Gallina—, encerréme en mi cuar-

to y allí leí el relato de la vida de Esopo. Y leyéndolo, toda mi piedad, toda mi misericordia cayeron sobre tu malignidad y tu joroba, mi viejo Esopo... ¡Perdóname, te decía yo; perdóname el odio que te guardaba! Ahora te veo y te comprendo, Esopo, y sé que no fué la joroba lo que te tornó maligno, sino la malquerencia de los hombres, que pesaba sobre tu joroba. Tierno eras tú y magnánimo, viejo Esopo. Antes de señalar el camino que te pidiera aquel sacerdote llamado Isiris, tú le tomaste la mano, le hiciste sentar a la sombra de una higuera y le diste benigno yantar: pan, aceitunas, higos, dátiles. Pero después, cuando por intercesión y a ruegos de Isiris, la diosa de la piedad y de la caridad te hubo premiado, curando tu enfermedad y concediéndote el beneficio de la lengua expedita y del oído inteligente, faltóle tiempo a tu mayordomo para decir al amo: «Señor, Esopo injuria a los hombres y blasfema de los dioses.» Y al amo faltóle tiempo para decir su mandato: «Ve y haz con él lo que quieras: hiérelo, véndelo, te lo doy...» Y así tú, Esopo, fuiste el Esclavo. Y como sufriste dolor de Esclavo, dictaste la moral del Esclavo. Sobre Heine y otros hombres malignos se ha escrito en el Glosario: «Esponjas de hiel y de vinagre que vierten hiel y vinagre...» Tú, Esopo, eres una esponja de Esclavitud que gotea Astucia... ¡Perdón, hermano mío, por el odio que te guardé!...

Perdonadme también vosotros, los que anoche añadíais una página más a la moral esópica, almas recién salidas de la Esclavitud, entumecidas todavía por las ataduras, ¡oh, jorobados míos!, ¡oh, tartamudos míos!, ¡oh, astutos míos!,—¡Oh, hermanos míos!

(Barcelona.)

PINOZA A DIEZ Y NUEVE SUELDOS (1).—

Ante la tienda del librero—mañana primaveral—yo me he parado.

Mi corazón palpita aprisa, aprisa y regularmente. Está embriagado,

Como si llegada fuese la hora en que se ensanchara para elevar un salmo.

Buenos tiempos esos—canta el corazón—, buenos tiempos esos a que hemos llegado,

En que nuestros ojos se han abierto a la luz, maravillados,

Bajo los ojos de los demás hombres, atentos y claros.

¡Era bendita la nuestra! ¡Siglo bienaventurado!

He aquí que a todos, libros nos han sido dados.

---

(1) SPINOZA A DINOU SOUS.—Davant l'aparador de lallibreria, aquest matí primaveral.—Mon cor ubriac bat depressa, depressa i regular,—Com si fos vinguda la hora que s' eixamplés en psalm.—Oh bon temps—canta—bon temps aquest en qué els nostres ulls s'han badat.—Sota dels ulls dels altres homes i de la llur claretat!—Oh benaurades eres, oh segle benaurat!—Vetaquí com els llibres a tots ens són donats.—Tots els llibres!... Els insignes, els forts, els rars.—Les fruites més selectes dels horts espirituals.—Per a nosaltres!... Els avars graners són esquarterats.—I vessen el blat d'or de la ment pels carrers i les places, per als desitjos i per a les mans.—La «Ética» de Spinoza surt en edició popular.— Costará dinou sous d'avui en endavant.—Dinou sous tots els cinc llibres: El de «Deu» al cap.—I el de la «Natura i origen de l'Anima»; el de la «Natura i origen dels afectes personals».—El de la «Servitut humana davant els afectes passionals».—El del «Poder de l'intel-ligencia i la humana llibertat».—Tots, us dic, tots!... Al preu de la voluptat—De la Coneixença, cap altre voluptat podreu comprar.—Per aquest preu no es venen ni dona ni jutglar.—Oh meravella! Un llibre costa el mateix que un pa.—Ve el poble im exija. Vetaquí que és vençuda la seva fam immemorial.—Oh benaurades eres, oh segle benaurat!—Al lluny la oficial, esquerpa Biblioteca, palau orgullós i tancat—Es buida. Els tresors son escampats.—Les págines dels infolis les tomba l'aire de les muntanyes i de la mar.—Homes i dones! Homes i dones del camp i de les

¡Todos los libros, todos!... Los insignes, los fuertes, los raros.

Las frutas más selectas del huerto de los sabios.

¡Todos para nosotros!... Rotos han sido los graneros avaros,

Y por calles y plazas vierten la mies dorada del pensamiento, a todos los deseos y en todas las manos.

La Etica de Spinoza en edición popular se ha publicado.

Diecinueve sueldos—este es el precio que se le ha dado.

Diecinueve sueldos los cinco libros: El «de Dios» encabeza el tratado.

El de la «Naturaleza y origen del alma». El de la «Naturaleza y origen de los afectos humanos».

El de la «Servidumbre humana ante los afectos pasionales» es el cuarto.

Y el del «Poder de la inteligencia y la humana libertad». ¡Ved lo que se os ha dado!

---

ciutats!—Veiéu: tota la ciencia del món ha descendit als petits mercats—Aon compreu cada dia els llegums i la vianda per al dinar.—Va a tan bon preu com les taronges, com el fromatge, com el llard.—N'hi ha coves i coves, tot plens. No cal sinó allargar la má.—Amb els quatre xavos de canvi que la peixatera us ha tornats...—Surt de matí de casa el pobret estudiant:—Jo avui estalviaré mon café amb llet a canvi d'un Plutarc.—I una petita planxadora vacil-la: Per a el diumenge, un poeta o un llaç?—A la llibreria, un fadrí carnicer, nu de coll i de braç.—Ve i diu: Mestre llibreter, doneu-me, si us plau,—L'obra en que es tracti de la Justicia mes pel llarg:—Jo vull saberne més que tots els advocats plegats.—Ja, poruc, s'hi arriba un captaire barbat.—Es dobla a la fadiga de la caminada i al pes del sac.—Du les calces fetes pellingos per la boca dels cans.—Com de tot arreu el llençaven, no s'hi gosa d'acostar.—Ensenya la moneda de lluny estant.—Aqui teniu els dinou sous que la Etica val.—Cada sòu són cinc cèntims: cada cinc cèntims una gracia de caritat.—Amb dinou almoines guardades, ja puc comprar—El llibre on és escrita la forta assegurança de la meva immortalitat.—Oh, la era benaurada! Oh, el segle benaurat!—La claror i la coneixença roden pel mon en llibertat:—Com tots els ulls tenen una resplandor, tenen un llibre totes lesmans.

¡Todos, todos ellos!... Yo os lo digo. Embriagaos,

Que por lo que la voluptuosidad del conocimiento ha de costaros,

Ninguna otra voluptuosidad podréis compraros.

No: que ni juglar ni mujer se venden tan barato.

Maravilla es esta, que por lo que cuesta un pan, tenéis un libro, que es mejor bocado.

Y el pueblo viene y come. Vencida su hambre inmemorial, aquí le tienes harto.

¡Era bendita la nuestra! ¡Siglo bienaventurado!

Ved a lo lejos la esquiva y oficial Biblioteca, silencioso, orgulloso palacio.

Silencioso y vacío. Los tesoros han sido prodigados.

El aire de los montes y del mar agita los grandes infolios de antaño.

¡Venid, hombres y mujeres! ¡Venid los de la ciudad, venid los del campo!

Venid y contemplad: toda la ciencia del mundo ha descendido a los pequeños mercados,

Donde todos los días compráis las legumbres, la carne y el pescado.

Y tan barato la venden como las naranjas, el queso y los garbanzos.

Hay cestos llenos, cestos repletos. Basta sólo alargar la mano.

Con los pequeños cobres que la pescatera os devolvió de cambio...

Sale de casa el estudiante, que ha madrugado:

—Ahorraré mi café con leche y compraré un Plutarco.

Duda la planchadora: Para el domingo: ¿un poeta o un lazo?

Y entra en casa del librero un carnicero, desnudo de cuello y brazo.

—Dame, maestro librero, el libro que trate más por extenso de leyes y tratados.

Quiero saber de Justicia más que todos los abogados.—
Y llega a casa del librero un mendigo barbado,
Que a la fatiga se dobla del caminar y al peso del saco.
A mordiscos, los canes, hechas jirones las calzas le dejaron.
Como todos huían de él, él ahora no se ha acercado.
De lejos, al librero, la moneda ha mostrado.
—¡Aquí tienes los diecinueve sueldos, amo!
Dame la Etica y me voy de tu lado.
Cada sueldo, cinco céntimos. Cada cinco céntimos, ¡un «Dios os lo pague, hermano!»
Con diecinueve limosnas, si me las guardo,
Ya puedo comprar el libro donde fué escrita con firme mano
La razón de mi inmortalidad, la razón de lo divino y de lo humano.—
¡Era bendita la nuestra! ¡Siglo bienaventurado!
El conocimiento, la luz, van por el mundo sueltos o prodigados.
Como hay en cada pupila un resplandor, hay un libro en cada mano.

(*París.*)

DEL APLOMO Y DEL JUICIO DE «CÁNDIDA».

I

Jules Lemaître arremetía ayer contra Juan Jacobo Rousseau en un curso dado en la Sociedad de Conferencias de París. A mí el rusonismo—protoplasma del romanticismo—me parece, como a él, muy disgra-

ciosa enfermedad... Pero a pesar de nuestra recién entrada en un ciclo sano por su clasicismo, ¿quién de nosotros no ofrece algún síntoma de aquel mal?... Abuso habrá, sin duda, al aplicar con precipitación, con desconsideración, el nombre griego de vesania a ciertas debilidades e inquietudes, a ciertos tormentos del espíritu, frecuentes en más o menos grado, en la generalidad de los hombres modernos, y comunes entre los hombres de naturaleza superior... Al emprender ese camino, Jules Lemaître hubiera debido pensar que, a pesar de su nacionalismo, él mismo seguía, en lo que a su insigne víctima toca, los métodos del judío Max Nordau...

Estos métodos dan gran significación a ciertas anécdotas... Tratándose de Rousseau, por ejemplo, se citan algunas que revelan esa extrema timidez que torna al hombre inhábil para la acción... La siguiente es característica: Rousseau es niño; como le gusta mucho la fruta, como desea comprar y tiene en el bolsillo el dinero suficiente, sale a la calle, dispuesto a satisfacer su deseo... Se acerca a la tienda. La tienda está llena de mujeres. Inexplicable timidez, miedo inmenso se enseñorea de su corazón... No se atreve a entrar. No puede... Indignado contra sí mismo, pero sin valor para decidirse, vuelve a casa sin la deseada fruta... ¡Ah!, poneos la mano en el corazón y decidme, ¿quién de vosotros, amigos míos, no podría contar algo parecido? ¿Quién no podría contar algo análogo en cuestiones de amor—sobre todo en cuestiones de amor?—¿A cuántos de vosotros no ha vuelto tímido el miedo irracional de caer en lo ridículo?... Tanto es así, que los psicólogos han llegado a decir: «Sólo están dotadas de aplomo las gentes sin imaginación; éstas no se desdoblan lo bastante para sospechar o prever el propio ridículo.»

Entre las gentes modernas, sólo las de raza sajona parecen haber escapado a la regla. Son las de raza

sajona gentes de magnífico aplomo. En la autobiografía de Darwin hemos leído una pequeña anécdota que puede contrastarse con la referida de Rousseau. Lo que en ésta es defecto, es exceso en aquélla. «Yo era un niño muy cándido, dice Darwin. Cierto día, mi condiscípulo Garnett me condujo a una pastelería y compró algunos pasteles, sin pagarlos, pues era conocido en la casa... Cuando estuvimos fuera de la tienda, le pregunté por qué no había pagado. Mi condiscípulo me contestó: «¿Ignoras que llevando cierta clase de sombrero y haciendo determinadas señas, los comerciantes dan de balde cuanto se les pide?... Cuando quieras entrar en una pastelería yo te prestaré mi sombrero y harás este ademán...» Yo aprendí la seña en cuestión y seguí su consejo. Fuí a la pastelería y pedí algunos pasteles. Llevaba el sombrero requerido, hice el ademán que me habían enseñado y con toda tranquilidad me marchaba sin soltar un céntimo... Pero entonces el tendero se me echó encima...»

De todos modos, aun esa misma confianza de la gente sajona no parece ser una fórmula humana definitiva... En «Cándida», la comedia de Bernard Shaw, la enfermiza inquietud del joven Marchbanks altera y turba la serena tranquilidad del viejo James Morell...

II

Realmente, esa comedia de Shaw, a que aludíamos ayer, está llena de sentido... Se ha dado a «Cándida» fama de obra obscura. No sé; ¡pero a mí se me antoja tan clara! Su entera significación radica, a mi entender, en que nos muestra el lado flaco de quienes por tener aplomo se creen fuertes. Y nos ofrece, en rigor, la respuesta anticipada a la pregunta siguiente, que puede formularse con tanto derecho como su contraria: «¿En qué consiste la inferioridad de los anglosajones?»

«Soy débil», alega al terminarse la comedia Marchbanks, proclamando así su derecho al amor disputado de una mujer... Marchbanks—como nosotros, latinos—es un inquieto, un desequilibrado, un vicioso. Presumido, arrogante, a todo toca y todo lo echa a perder con sus manos sensuales e inhábiles. Ha estropeado una máquina dactilográfica (así como nosotros, latinos, hemos estropeado el parlamentarismo...) Por eso dice: «¡Soy débil! ¡Que venga esta mujer conmigo!» Pero lucidamente la mujer le contesta algo que quiere decir: «Estoy de acuerdo en que es la debilidad lo que debe atraer a la mujer... Pero en ese caso no eres tú, Marchbanks, el débil, sino James Morell. Con tus dieciocho años, Marchbanks, no estás sujeto a carrera regular alguna; mil ocasiones has tenido para observar a tus contemporáneos; armado estás para la pelea... En cambio, a James, que ya tiene sus cuarenta cumplidos, no le ha turbado jamás ninguna duda, no le ha asaltado jamás miedo de ninguna clase; no ha reflexionado nunca: *es pueril...»* *¡Pueril!...* He aquí, en definitiva, el lado flaco de la aplomada fortaleza. *La inferioridad de los anglosajones está en que son pueriles.* Y eso precisamente, la puerilidad, es lo que tanto nos seduce en sus sabios y en sus clowns, en sus políticos y en sus bailarinas, en sus moralistas como en sus humoristas, en Roosevelt como en Conan-Doyle... ¡Son pueriles!...—No olvidemos, en cambio, la devoción casi fisiológica con que Stendhal habla de la fina madurez de los italianos.

(*Paris.*)

THE EMPIRE DAY.—Celebróse el domingo último. La fecha del 24 de Mayo, aniversario del natalicio de la reina Victoria, suscita grato recuerdo en todos los pueblos del Imperio; por esta razón ha sido

escogido tal día para celebrar la fiesta del Imperio, el *Empire Day*. Y como sea que esos pueblos se extienden por mares y continentes, la alegría de esta fiesta da la vuelta al mundo.

En todo el mundo, el mismo día y a la misma hora, millones y millones de escolares han entonado el «¡Dios salve al Rey!». Por premio, les ha sido regalado una especie de catecismo de Imperialidad... Y ellos han recitado de corrido sus sencillos preceptos, claros, precisos, en todo el mundo, a una misma hora, en una misma lengua...

Sencillos, simplísimos preceptos...—He aquí: «todo ciudadano británico debe:

«*Temer a Dios.*

»*Honrar al Rey...*»

... ¿Ingenuidad? ¡Oh, sí! ¡Santa, fuerte ingenuidad!... Nosotros, por maliciosos y corrompidos, no tenemos palabras suficientes para ridiculizar aquel «*Todos los españoles deben ser justos y benéficos*» de los legisladores de Cádiz...—Pero, en fin de cuentas, y ante lo eterno, valía más aquel candor que la malicia—rústica en el fondo y perfectamente incivil—de nuestra sonrisa...

El catecismo imperialista prosigue exponiendo deberes:

«*Obedecer las leyes.*

»*Sacrificar su personal interés a los grandes intereses del Imperio, tanto en la paz como en la guerra.*

»*Respetar los derechos de las Naciones.*

»*Cumplir los propios deberes antes que usar de los propios derechos...*»

¡Ingenuidad! ¡Ingenuidad!... Pero ved: por el orbe entero, al través de mares y continentes, millones y millones de muchachos sanos y fuertes lo repiten:

«*Tener espíritu de disciplina.*

»*Tener respeto a los demás y respetarse a sí mismo.*

»*Ayudar y socorrer, cada cual en la medida de sus fuerzas, a pobres y enfermos...*»

¿Acaso no os dais cuenta de que esta ingenuidad, al florecer en medio de esta fuerza, es una cosa terrible? Por fortuna, los demás pueblos pueden contar con una compensación natural... Los demás pueblos pueden contar con la «puerilidad» concreta que (véase la «Cándida», de Shaw) cuando los anglosajones llegan a adultos, inutiliza en parte la invencible eficacia que en la lucha podría tener la «ingenuidad» de cuando eran niños, y de cuando se tornan niños escribiendo para sus hijos.

De todos modos, nosotros, que acostumbramos padecer males totalmente contrarios, ¿cómo dejaremos de respetar el excepcional sentimiento de los ingenuos que en las Cortes de Cádiz nos obligaban a ser justos y benéficos?... Tengamos presente que sin ser justos y benéficos —y hasta cierto punto sin decirlo— no hay posibilidad de fundar imperios.

Cualquier imperio es, —siempre—obra de Buena Fé.

(Caen.)

PEDAGOGÍA.—Ayer hablábamos del «Catecismo imperialista» ofrecido a los niños de los pueblos británicos con motivo del *Empire Day*. Hablábamos de la inocencia de sus máximas morales. Digamos hoy que esa inocencia es muy distinta de la que encontramos en la clásica *Vida del hijo bueno* y en el *Juanito*, y en el *Luisito*, y en otras varias biografías arquetípicas que se nos daban por modelo cuando éramos niños, pobres niños destinados a novecentistas, mal criados en el Ochocientos.

El héroe de todas esas biografías tenía virtudes pri-

vadas ejemplares... Virtudes minúsculas siempre, de esas que corresponden a un pobre y reducido ideal de vida... Cierto que alguna vez «salvaba de la muerte a un anciano que en un río estaba a punto de ahogarse», o a una criatura que iba a morir en un incendio, o puesto a ejercicios de abogacía, libraba a una pobre viuda de las garras de un usurero... ¡Pero pensad qué distinto horizonte representan esas moralidades, comparado con el que despliegan ante las infantiles imaginaciones, máximas como esa del «Catecismo imperial», ayer citado, que aconseja a los niños «justicia y respeto a los derechos de las Naciones...»

Noción de tan alta responsabilidad política, dictada tan tempranamente, no es cosa sin valor. Nunca es demasiado pronto para empezar la educación «en ciudadanía»... Y hallo gracia singular y cierta íntima emoción en imaginar la cara que ha de poner un párvulo de siete años que al salir de la escuela esté decididamente dispuesto a *respetar la ley de justicia en las relaciones internacionales*.

(*Caen.*)

DE LA SONRISA EN LA TRAMA DE LA REALIDAD.—La realidad recuerda a menudo uno de esos tejidos de lana que vuestro sastre llama «gris marengo»; lo cual quiere decir que a un negro fondo se junta, de una manera equívoca, la imprecisión de una especie de vello blanco... Ligero vello blanco en el fondo negro de la realidad son las sonrisas. Y la realidad, templada, embellecida así, es la propia para que nosotros, hermanos en la cofradía del gran *Sartor* carlyliano, metamos en ella tijera para tornarla en científicas levitas o chaquetas, útiles a los fines de nuestra comodidad.

De la «comodidad mental» hace precisamente el profesor Mach, de Viena, físico de punta y partidor en dos del hilo de nuestras conversaciones, el criterio de la verdad y el objeto propio de la ciencia. Ya sabemos que eso se llama pragmatismo. Y ya he dicho alguna vez que lo más grave que yo tendría de objetar a ese señor y a los que como él piensan es que me parece (con muy arraigado parecer) que conocimiento y ciencia son movidos, no sólo por razones utilitarias, pero mejor por razones artísticas, razones de *juego*, diciéndolo a la manera de Federico Schiller... Y así la vindicación que ahora es moda intentar *more pragmático* de la filosofía de Abdera, ganaría mucho, a mi entender, si paralelamente se emprendiese también *more artístico*. Que, después de todo, no basta cortarse de la realidad una levita; conviene que ésta tenga, además, el *gris marengo* de la gracia.

Todo eso que digo es un poco complicado tal vez. Pero la ocasión o pretexto de que lo escriba, nada tiene de extraordinario o difícil... Se trata de un pequeño episodio de reportaje. De un pequeño episodio en que la blanca sonrisa entra inevitablemente en la negrísima trama de la realidad.

Esto: un repórter ha encontrado al ayunador Succi. tan famoso un día. Le ha encontrado en un hospital... *Vieux jeu*, me diréis.—El hospital ha sido el epílogo para tantos hombres ilustres... ¡Calma! Succi no ha muerto en un hospital. Vive de él.—Su oficio actual es de enfermero. A ese ha venido a parar, dejando el antiguo, glorioso, pero insuficientemente reproductivo. Parece que con el de ayunador, por laborioso que uno sea, no se va a ninguna parte.

«Por más que ayunaba en Europa y América, ha declarado Succi, *me moría de hambre*.»

(París.)

DE ACERA A ACERA.—Esta mujer pobre, con una criatura en brazos, va a atravesar, armada únicamente de su sonrisa, la calle furiosa...

Hierve la calle furiosa. Es tempestad, es terremoto, es batalla. Tropiezan brutalmente las grandes ondas de multitud, y se deshacen y se recomponen con nueva furia, porque tras ellas el Oro y el Amor y la Muerte espolean de firme.

Y por ahí avanza una hilera de automóviles. Más allá un entierro civil. Más allá unos batallones con clarines agudos.

En una esquina dos hombres se insultan. Enfrente, el caballo de un coche de alquiler ha caído en tierra reventado.

Y, escondidas, todas las codicias acechan. Y el vicio. Y el robo.

Por medio, sola, débil, —¡fuerte!—, se arriesga la mujer que sonríe con la criatura en brazos.

Nada siente ella. Nada mira. Nada ve... Escucha sólo en sus entrañas un resonar sordo de los grandes dolores de la maternidad.

Veréis que de pronto todo se para... Por medio de la calle, en un gran vacío, un silencio enorme.

Por allí se adelanta la mujer, sola, pura, armada de su sonrisa nada más.

(*París.*)

SOLSTICIO.—Aquí está San Juan, aquí está San Pedro, aquí están las noches opulentas en astros y en cohetes que se confunden. He aquí la indolencia. He aquí el amor y el ensueño. Este es el solsticio de

verano. En el recuerdo, Oberon, Titania, Puck, caricias de la mano gentil sobre las orejas peludas del asno. Ahora, en París, es la feria de Neuilly. Ahora, en la Provenza de Mistral, los poetas cenan con los pastores, con cebollas crudas, queso arenoso y vino, a la claridad de las estrellas. En días así, nosotros mismos encendimos con ligero corazón las violentas hogueras y exasperamos las albahacas con la lujuria de nuestros dedos, y en la profundidad enigmática del espejo y en el misterio genético de la yema áurea, descubríamos el futuro, el humilde futuro doméstico: carrera que seguir; amador o enamorado que vendrían. —Ogaño estamos de centinela.

No todos nuestros hermanos lo saben. Hoy, como en cualquier otro Junio, hay fuegos de artificio en la tiniebla perfumada de las noches. Hay danzas, allí abajo, entre las hileras de farolillos. Arden las hogueras; y reidores muchachuelos las saltan. Vivimos en fiestas, y sale esta noche a la calle la pompa y las antorchas de una cabalgata triunfal... Pero ¿quién se adormecerá en el placer de la hora? ¿Quién se abandona ya al espectáculo, ligero el corazón, palpitando a compás de la blanda palpitación cósmica del solsticio?...—¡Ay! Entre nuestro corazón y las estrellas rueda por los aires una voz de campanas, que llama a Asamblea, a Decisión, a Responsabilidad.

¡Centinela, alerta!... Alerta estamos. Dolorosamente alertas en la noche. Sabemos que el sueño shakesperiano no es para nosotros todavía. Ni la feria, con el opio de lo maravilloso. Ni la farándola gaya, sobre el puente de Arlés. Ni la albahaca en espasmo nos entregará la extenuación de la primavera. Ni el espejo profundo ni la yema de oro nos revelarán el futuro.

Porque nuestro futuro, como nuestra primavera, tenemos que fabricarlos nosotros.

(Arlés.)

TÍTULOS.—Suelen los artistas modernos ser muy finos inventores de títulos. ¿Cualidad ésta, inferior, despreciable? No, en mi sentir. Al fin y al cabo, un título es un producto espiritual, como la cosa en él rotulada (o acaso más). ¿Con qué derecho, pues, despreciar la perfección de un producto espiritual? Nuestros contemporáneos no lo ignoran: a la tarea de rotular, traen tesoros de gracia y de malicia. Gracia y malicia que llegan a veces a extremo de sabrosamente similar ingenuidades pretéritas. Y así un poeta de hoy encabezará una composición con el simple título «*Sixtinas*», según moda de antaño, y el escultor, como si se encontrase en presencia de un fragmento antiguo, recién descubierto y de ambigua significación, dará de nombre a la obra salida de sus manos: «*L'homme qui marche*».

Se equivocará quien no quiera ver en todo eso más que una manifestación de habilidad. Hay tal vez algo ahí, lleno de sentido. Hay, por de pronto, un síntoma de la plenitud de conciencia que caracteriza a los artistas modernos. Hay más: se deja adivinar por ahí una evolución importante que se va cumpliendo en el fondo de los gustos y de las conciencias, o una evolución que ha llevado a «musicalizarse» el Arte todo, y acaso a nuestra entera actividad.

¿Habéis advertido que fueron los músicos los primeros en encontrarlos y emplearlos esos títulos a la moderna, tan ricos en sugestiones?... Consultad cualquier programa de concierto. Obras musicales del siglo XVIII, de los primeros años del XIX— en época en que las composiciones poéticas eran bautizadas «*Oda a la invención de la vacuna*», por ejemplo, y las pictóricas: «*La Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al crimen*»—, nos encantan ya con la delicia

de esas nominaciones titulares, olorosas a infinito y a símbolo, en que, mucho más tarde, no antes del llamado decadentismo, se han complacido los poetas, y, mucho más tarde aún, apenas en nuestros días, pintores y escultores.

Esta primavera hemos visto la exposición de unos plafones destinados a embellecer el nuevo Museo del Luxemburgo. Un paisaje de grandes dimensiones —tres metros y medio de ancho, doce de altura—, obra del delicado artista Máximo Maufra, ostenta ese título, que significa una fuerte revolución en la estética de la pintura: «*Recuerdos de Escocia*».

(Arlés.)

AL GRANO, AL GRANO!—No ha mucho tiempo, acontecióle a uno de mis amigos que viaja mucho, verse obligado a visitar a cierto banquero inglés, hombre atareadísimo. Introducido en su escritorio, y abierta apenas la mampara, el visitante se halló ante un sujeto de edad incierta, que escribía presurosamente apretando entre los labios un cigarro sin lumbre. Antes que el tal señor levantara los ojos del papel y se dignara darse cuenta de la presencia de mi amigo, transcurrieron dos largos minutos. Durante esta espera, mi amigo tuvo ocasión de recorrer con la vista las paredes del escritorio, y penetrarse del contenido de ciertos peregrinos cartelones que de las mismas colgaban, constituyendo el único ornamento del despacho.

En estos cartelones había diversas frases escritas en caracteres muy visibles. El primero, que era el más cercano al techo, rezaba lo siguiente:

«Buenos días. Sigo sin novedad, gracias. Y usted, ¿sigue bien? Me alegro infinito.»

Decía el segundo cartelón:

«Ya he visto, ya, cómo está el tiempo! ¿Qué le vamos a hacer? Si estuviéramos en Nápoles, llovería menos. ¡Aquello es hermoso! En invierno hace más frío que en verano. Conformes.»

En el tercero se leía:

«Sí, sí. La Prensa me ha informado de todo. La situación es crítica, convenido. No tengo inconveniente alguno en afirmar, como usted, que los tiempos son malos, y que a este paso no se puede saber adónde iremos a parar.»

Y el último cartelón decía:

«Vaya usted con Dios. Muy señor mío. He tenido mucho gusto en saludarle. Gracias. No hay de qué. A sus órdenes.»

Para comprender de lo que se trataba, no tuvo mi amigo necesidad de leer el último cartel. Eran aquellas fórmulas de saludo y despedida, de preguntas, de respuestas y comentarios, correspondientes a otras tantas fórmulas, propias de los visitantes a quienes el tiempo huelga y son impertérritos cultivadores del lugar común. De esta suerte, el atareado banquero invitaba a las gentes a entrar en materia sin dilación. Era como si les dijera, sin malgastar en ello ni un segundo solamente: ¡Al grano! ¡Al grano!

¡Cuán discreto procedimiento!... ¡Ah, si siempre pudiéramos aplicarlo!

Si nos fuera posible fijar, para análogos fines, análogos rótulos en reuniones y congresos, en solemnidades literarias o en el teatro!

En el teatro, por ejemplo, donde pululan tantas prolijidades, donde hallan cabida tantos lugares comunes, ¿no podría establecerse la costumbre, precisamente ahora que la temporada empieza, de dotar los palcos y las butacas de ciertos cartelitos blancos, en los que el espectador pudiera exponer sus conminaciones?

Entonces veríamos que el espectador de una come-

dia francesa moderna escribiría a los diez minutos de haberse levantado el telón:

—«Ya sé, galante caballero, que llegará usted a los más tiernos sentimientos para con la señora del dueño de la casa. Ya sé que cuando ella se divorcie para casarse con usted, usted volverá a estar enamorado de su señora legítima, que a su vez se divorció para contraer matrimonio con M. de Rougemont... Dense prisa, señoras y señores.»

Si de un autor madrileño se tratara, el espectador podría escribir:

—«¡Ja! ¡Ja!... El chiste que ustedes acaban de decir, me ha hecho mucha gracia. Los que seguirán serán igualmente graciosos, estoy seguro de ello. No tengo, pues, interés alguno que me los propinen. Sírvanse darme las señas del editor de la obra francesa de que hayan sacado ustedes todo eso. En mi casa la leeré cualquier día con toda calma.»

Y, en fin, el espectador de un drama rural catalán se vería en el caso de escribir con letras muy gordas:

—«¿Cómo? ¿Se atreven ustedes a declarar que «desde hace algunos meses no saben qué le sucede a la *Sió?*» ¿Qué le va a suceder?... ¡Le sucede, válgame Dios, lo mismo que le sucedía a la *Siseta* y a la *Laieta*, y a la pobre *Sumpta* y a la pobre *Nuri!*... Cosas muy tristes le suceden mientras se oye a lo lejos el canto de los vendimiadores que regresan del trabajo... Es de lamentar que así sea. ¡Pero es cosa convenida que si no hubiese vendimias —y quien dice vendimias, dice siegas—no habría teatro regional!»

(Arlés.)

APÓLOGO. — Esta era una onda que tuvo la manía de la individualidad.

Una mañana, de adolescente, había oído cómo, en una playa, y ante una multitud devota de pobres pescadores, un retórico hablaba de la individualidad y de sus derechos. A la onda joven, ingenua como era, aquel discurso le había sonado a sabiduría.

Y, desde hora tal, ella pensó en su propia esencia y creyóse con propio destino.

Y toda su preocupación—que era un retorcimiento—consistió en dilucidar ese destino. Y así, no danzaba con las demás ondas; pero rodaba sola y era sombría entre el gayo azul de las demás.

Chillaba la gaviota: «¡Onda loca! ¡Cómo pudiste olvidar cuáles eran tu esencia y tu destino! Tu esencia está en ser mar, y tu destino está en ser mar.»

Pero la onda, miserable, no entendía el lenguaje de las gaviotas.

Entendía, para su mal, el de los hombres.

Un mediodía, al andar dando vueltas, como siempre, a su pensamiento torturador, se aproximó a una playa nueva, en donde declamaba otro retórico contradiciendo con gran elocuencia las doctrinas del anterior. Y no hablaba del pequeño individuo, sino del Gran Todo. Y decía que todo estaba en todo y todo era uno y lo mismo. Y que no había sino entregarse a la primera cosa que saliera al paso.

A la onda, a quien el mucho rodar no había curado de inocencia, este discurso, más aun que el anterior, le sonó a sabiduría. De súbito, sintióse más ligera. Creció ampliamente, sin retorcimiento ya. Abandonóse a danzar con las otras... Una roca se presentaba a la vista. La onda, vacía ya de preocupación, avanzaba también desnuda de precaución.

Y la gaviota chilló: «¡Alerta, onda loca, alerta! Demasiado te ablandaba el discurso de tu retórico, demasiado aprisa le creíste. No está todo en todo ni todo es uno y lo mismo... Tú no eres una onda, tú eres el mar, pero una onda no es el mar... ¡Alerta, onda loca, alerta!»

Pero la onda, miserable, no entendía el lenguaje de las gaviotas.

Se abandonó, fué lanzada a la roca dura y allí estalló y fué deshecha y desvanecida en un esparcimiento de espuma inútil.

(*Port-Vendres.*)

HEIDELBERG (1).

(XI de las GLOSAS AL CONGRESO DE FILOSOFÍA DE HEIDELBERG.)

Rhin arriba, camino de las tierras de Flandes, sube, de vuelta del convite de filósofos, el Glosador peregrino. Después de la orgía de pensamiento, al dejar los suaves paisajes de Alemania, muy dulce melancolía le llena el corazón. Siéntese, empero, muy solo; siéntese, empero, muy viejo. Los veinticinco años hallan demasiado lejana ya la adolescencia. Y he aquí que la antigua vena cancionera súbele del corazón a la boca—el traqueteo del tren es propicio a la inspiración de ritmos—y le dicta una canción. Una canción triste que dice así:

Heidelberg viejo, más joven que yo. — Eres como yo a los quince años. — Tú, bondadoso como yo inocente,—Como yo pedante, tú sabio.

---

(1) HEIDELBERG. — Vell Heidelberg que ets més jove que jo—Tu ets com jo quan tenia quinze anys!—Tu ets bondadós tant com jo era innocent.—Tu ets erudit, tant com jo era pedant.

Heidelberg viejo, ya gané en malicia. —Latina viveza me ha marchitado.—Heidelberg viejo, nuestro Mediodía—De primaveras no sabe el encanto.

¿Murióse el tiempo en tu Neckar de ensueño?—¿De luchas y de ganancias no sabes?—Muy largamente a tus hombres retienen—Las cervecerías y las Facultades.

Y encuentran todos en tardes calmosas—Un infinito en un vaso o un tomo.—Y largamente persiguen su tema—Pérkeo el bufón y Elsenhans el docto.

He aquí el príncipe que estudia Farmacia.—De

Vell Heidelberg, ja he guanyat més malicia!—Vivor llatina m'ha tot mustigat. — Nostre Mitjorn no coneix primavera, — Vell Heidelberg, primavera constant.

El temps és mort en ton Neckar d'ensommi? — L'aspror ignores de lluites i guanys?—Llargament saben retenir tos homes,—Cerveseria i Universitat.

I ells troben tots, en les tardes calmoses, — Un infinit en el llibre o el vas. — I llargament persegueixen ses dèries — El boig Perkeo i el doctor Elsenhans.

Veatquí el princep que passa Farmàcia. — D'una cambrera s'en és emprendat,—Si ella s'acosta a portar-li cervesa, — Ell la reté pel davantal blanc.

I li besa els ulls i els cabells. — I ella a ell li besa la má. — Que ell és princep i ella serventa:—Pero amor troba sempre aon besar.

D'etern amor han canviat juraments, — Avui, de cara a un bust imperial. — Per aquells volts passava el rector. — Polidament, els ha saludat.

I jo també. I els he dit l'adeu, — Amb el bastó dels camins a la má. —I d'aquell lloc que els camins es partien, — Jo no sabia arrencar-me i marxar.

Adéu! La lluna s'espilla en el riu. — I hi ha en l'ombra del riu estudiants.—Sento llurs veus amb les veus de les noies. — Vell Heidelberg em faries plorar.

Jo l'infinit cal que el porti i no el guaiti. — Allá tinc deure aon la gent me vol mal. — Allá tinc deure aon no hi ha primavera. — Vell Heidelberg, o cor meu dels quinze anys!

una camarera está enamorado.—Si ella se acerca a traerle cerveza—Préndela por el delantal blanco.

Y le besa los ojos, las trenzas.—Y ella a él le besa la mano.—Príncipe es él, sirvienta es ella.—Y puede el amor ser jerárquico.

Esta mañana, ante un busto imperial,—Juramento de eterno amor cambiaron.—Pasó el rector entonces por allí.—Y al verles les ha saludado.

Y yo también, y les dije adiós,—Con el bastón de romero en la mano.—Y del lugar que partía el camino—Yo no sabía arrancar mis pasos.

¡Adiós! La luna se mira en el río.—En la sombra del río hay estudiantes.—Oigo sus voces y las de las chicas.—Heidelberg viejo, si por ti llorase...

No mirar el infinito debo yo, sino llevarlo conmigo.—Deber tengo donde las gentes no me aman.—Deber tengo donde no hay primavera.—¡Heidelberg viejo, mi corazón de quince años!

HIGIENE.—En un libro de Arturo Symons encuentro una notación muy aguda sobre el naturalismo optimista del muy delicado poeta y cuentista R. J. Stevenson, que murió en 1894.—Symons atribuye aquel optimismo, con toda su exageración, al estado enfermizo del poeta; para lo cual, es claro, la salud y los placeres de la salud habían de ser cosa importante, la cosa más importante de la vida. Y añade el crítico: «La mayor parte de los que han escrito de una manera encantadora acerca del aire libre y de lo que llamamos cosas naturales y florecientes, han sido unos enfermos: Thoreau, Richard Jeffern Stevenson.»

Razón: «El hombre fuerte tiene tiempo de ocuparse en otras cosas. *Puede abandonarse a pensamientos abstractos...* Puede perseguir objetivamente las consecuencias morales de la acción; no se ve condenado a los simples *elementos* de la existencia. Y, dentro de su tranquila aceptación de los privilegios de la salud ordinaria, no encuentra lugar para el éxtasis lírico de las acciones de gracias que un día claro o una noche serena saben despertar en el enfermo.»

He aquí su texto que, tras un examen de nuestra producción intelectual en general (hablo de la literatura catalana), podría llegar a inquietarnos mucho. Si la capacidad de pensar abstractamente es considerada como un indicio de equilibrio y vigor, y el gusto excesivo por las cosas naturales es tenido, al contrario, por síntoma de enfermedad, nosotros, faltos casi de producción filosófica e invadidos, en cambio, de una especie de general optimismo naturalista a lo Rousseau, ¿qué tendremos que concluir sobre el estado general de nuestra salud pública?—Vale más que, de momento, no concluyamos nada. Puede ser que, dentro de algunos años, podamos convencernos de que la ausencia de actividad especulativa era entre nosotros cosa temporal (aunque prolongada), fenómeno histórico, natural efecto de un período de abyección. Y de que, por otra parte, nuestros pretendidos extáticos de la naturaleza han sido, en el fondo, personas perfectamente sanas, que han imitado los estados de sensibilidad de algún enfermizo de verdad, que ha producido, con el ejemplo, cien enfermizos simulados; así como, en los buenos tiempos de la literatura romántica, un solo loco de pasiones desencadenadas y de rebeldía hacía ciento, que hablaban como rebeldes y pasionales; pero que, en el fondo (sigo hablando de la literatura catalana), eran notarios, boticarios, vicarios, actuarios, veterinarios o peluqueros.

(Heidelberg.

MATERNIDAD VELOZ.—Cuatro lunas no han transcurrido todavía desde que el Parlamento belga aprobara la anexión del Congo, y ya los periódicos de Bruselas nos sueltan frases del siguiente tenor:

«Los lazos que unen al Congo con la madre patria...»

«La madre patria tendrá siempre presentes los legítimos intereses del Congo...»

«El Congo y la madre patria no pueden dejar de sentirse identificados...»

Cosa admirable es ver con qué rapidez se gana la maternidad metafórica.—He aquí una tierra. He aquí otra tierra. Hasta fines de Agosto, nada era una de ellas con respecto a la otra. Pero se le ocurre al propietario de una ceder su dominio a la otra. Esta otra, antes de aceptar, delibera prolijamente, con rústica desconfianza, si la aceptación conviene a sus intereses. Por fin, conviene en que sí, en que ello es un buen negocio. Y acepta la cesión y emprende el negocio. Al día siguiente, a no más tardar, ya se ha originado un vínculo. ¿Qué vínculo es ese? ¿Es, acaso, un lazo parecido al de un matrimonio de conveniencia?—No—se nos dice—; sino el de una maternidad... Y ¡ay de quien se permita dudarlo! ¡Ay del culpable de lesa metáfora...!

No sé; pero me parece que, al menos por pudor, deberían esperarse los nueve meses...

(Bruselas.)

LA RAMERA DE BRUSELAS.—Esta era una ramera que rondaba una estación. Porque esperaba que los trenes le traerían fortuna.

Señor, la vida es áspera y mala, estas noches de otoño. Porque ya muerde el frío las flacas carnes, y aun no ha sido posible comprarse un abrigo, y la suela de los zapatos se gasta de prisa, Señor, en este oficio de maldición, en que hay que andar tanto.

La ramera que os digo tenía en los ojos un lucir, un llanto, y en la frente una blancura de luna. Los ojos se encendían en la tiniebla y florecía la frente en la noche. La noche era una gran soledad flagelada por los vientos. En las esquinas, los vientos se combatían con furia. Pero la ramera que os digo se sostenía en las esquinas largo rato, bien separados los pies, impávida como un monumento.

Vanamente esperaba. Porque las cosas del mundo están ya, Señor, distribuídas, y tienen amo las tierras y tienen amo las pasiones; y el lugar y los frutos faltan a los tristes que tienen hambre.

A las doce y treinta y seis minutos llegó un tren; a la una y cinco, otro; a la una y veinticinco, otro; a las dos y catorce, otro más. Había, en la sala de espera de la estación, hombres, mujeres y criaturas que recibían a los que llegaban. Les abrazaban, les daban besos y les aligeraban de la gravedad y el engorro de los fardos. Luego, había los viajeros ricos, que montaban en los ómnibus de los hoteles, distribuyendo propinas. Luego, había los pequeños viajantes de comercio, que tienen mil ocupaciones a la llegada de los equipajes y en la aduana y en seguir, ojo avizor, el paso de los faquines que trajinan sus mundos. Pero nadie, solo y sin oriente, avanzaba en las tinieblas, en donde los ojos encendidos acechaban.

Porque, Señor, a las dos de la madrugada, aquellos que no han dado aún con la moneda que pueda apla-

zar por un día la gran tragedia de su vivir, no pueden ya contar con nada seguro.

Del tren de las dos cincuenta descendió, por fin, un viajero solitario. Ningún amigo le esperaba, no tenío equipaje y con nadie cambió palabra. Parecía, entre todos, el más pobre, y el más abandonado, y el más perdido, y el más necesitado de consolación. Con pasa inseguro, atravesaba la tiniebla entre vientos. La ramera, entre los vientos, avanzó...

¡Aquel gesto, Dios, aquel gesto...!

Pero el solitario era un hombre austero. Era un hombre austero porque era un timador.

Y él también, con los ojos encendidos y la frente pálida, se quedó rondando la estación, porque esperaba que los trenes le traerían fortuna.

(Bruselas.)

LA MANERA ÁTICA.—Lo que más rápidamente distingue el civilizado del bárbaro es la doble facultad que aquél tiene de tratar en serio de las cosas frívolas, y frívolamente de las más graves y serias.

En esas manifestaciones, carnavalescas por demás, con que en los Estados Unidos se verifican las campañas de propaganda que preceden a las elecciones, no veríamos gran mal, si estuviésemos convencidos de que, efectivamente, los que intervienen en ellas las toman a broma... Es de temer que no sea así. Pero, en fin, si no lo es, podría serlo. Podría ser que un pueblo, hasta en los instintos de mayor interés y

emoción de su vida política, no rehusara el divertirse en aquello mismo que enérgicamente le aprisiona.

Ved las fotografías. Miles de señores, muy serios, en apretadas filas, realizan una manifestación monstruo a favor de Mr. Taft. Cubre la cabeza de todos una chistera blanca... Imaginad un acto así entre nosotros. ¡Qué pullas, qué risas! Entre nosotros, el sentido de lo ridículo es casi patológico ya... Eso es también un mal: mata en flor muchos heroísmos... Pero, entre nuestra casi enfermiza sensibilidad y el aplomo infantil de la gente americana, cabe un término medio, en el cual tal vez estará: la virtud. Cabe, mejor aún que en término medio, una superación que sintetice los contrarios.

La superación consistirá en eso: *en sonreir de los grandes gestos, mientras el mismo que de ellos sonrie, los realiza*. Así fué la manera ática. Así es también la manera francesa. Ayer, por ejemplo, como ciertos rumores graves llegasen de capitales de Europa, hemos presenciado el paso admirable de un soplo de heroísmo por los bulevares de París. Un soplo de heroísmo, que pasaba por los bulevares, sin marchitar sus flores de ironía, pero despeinándolas en un perfume más enérgico.

(*Arromanches-les-Bains.*)

1909

En 1909 el *Glosari* de Xenius es ya como una institución clásica catalana y ha adquirido definitivamente el tono de filosofía de lo vario y la función de trueque de anécdotas en idealidades que en adelante le caracterizará. Al lado de este ejercicio socrático, su autor inicia este año una actividad doctoral, de carácter más sistemático y corriente, en forma de cursillos breves, dados en los *Estudis Universitaris Catalans*, entre dos residencias en el extranjero. Se recuerdan dos de estos cursos, uno de Epistemología general, estructurada, según método comparativo, en dos tipos de inventor, respectivamente caracterizados por Pasteur y Bernard Pallissy; y otro en que el autor expuso sus primeros trabajos sobre Lógica biológica, publicados este mismo año en el II Congreso Internacional de Psicología y el año siguiente en una tesis publicada en París.—Al mismo orden de estudios corresponde una serie de glosas de psicoterapia o, mejor, de disciplina de la voluntad, con el título de «Espejo de nerviosos y escrupulosos».—La batalla contra el positivismo menudea en glosas y en argumentos: en una de aquéllas son referidas las tesis de la Filología idealista y los trabajos de Karl Vossler.—También comenta el *Glosari* por este tiempo una singular figura de pensador contemporáneo, que en su corta vida ofreció algún parentesco con la primera parte de la tarea de Eugenio d'Ors: Giovanni Vailati; la de aquél es la única voz ibérica que, cuando la muerte de éste, se asoció al duelo del mundo filosófico.—Meredith, Mistral, Sorel, los Reinach, Henri Poincaré, Benjamín Kidd, Bergson, Boutroux, Briand, y los clásicos Euler, Spallanzani y cien otros son estudiados desde el punto de vista de las ideas generales. Una página sobre el danés Grundtoig, llamato «el Profeta del Norte», parece especialmente reveladora de un estado de espíritu en Xenius, que, estudiante viajero y escritor libre hasta ese momento, entra ya desde el año siguiente en la política de las fundaciones culturales de Cataluña; indudablemente, amanece aquí una vocación que toma a Grundtoig por modelo. Nótese que el término «Profeta» es empleado aún en sentido de elogio: la oposición entre el «Profeta» y el «Laico», tópico habitual en Xenius, tomará vocabula-

rio fijo más tarde.—Otras figuras aparecen en el *Glosari* solamente como tema artístico: tales son las evocadas en la serie llamada «Baile de Máscaras», preludio de lo que serán, en 1918, muchas páginas de «*El valle de Josafat*».—Un comentario a Schinz y a su «Anti-pragmatismo» da ocasión a Ors para fijar su posición en la cuestión contra algunos exégetas, que en aquel tiempo le consideran como pragmatista a él mismo. Por otra parte, en una página publicada en latín en *Cœnobium*, la revista de Lugano, y que el *Glosari* traduce, son dedicadas al pastor Ferrière, de Ginebra, unas definiciones fundamentales sobre Filosofía y Vida.—Eugenio d'Ors se niega a admitir el «primero, vivir; luego, filosofar», afirmando que la Filosofía es también vida y *mejor vida*...—Ginebra ha traído acaso algún aire de protestantismo a alguna página del *Glosari* fechado en estos mismos días, pronto esta influencia desaparece y la posición queda fijada en 1910, en una glosa «*Luteranismo y Helenismo*», escrita en Baviera. En ocasión de un viaje de París a Ginebra, en Julio de 1909, llegan al Glosador noticias de la revolución de Barcelona. El efecto: una gran conmoción y una gran humillación. Parece como que una sombra de vergüenza le hace bajar la cabeza en estos mismos días, al presentarse en los centros académicos internacionales.—Un hondo examen de conciencia se realiza. Se sale con el propósito de moderar la vanidad del primer catalanismo, de entregarse a una tarea larga, penosa, oscura; de lucha por la cultura en el país. Un día de Septiembre de este año, Xenius está en la Biblioteca ginebrina. Lanza entonces su primer grito desesperado: «¡Libros, libros!», afrentando la abominación de Barcelona, «la ciudad sin libros». La campaña empieza ahí, se hace insistente; vuélvese a la carga el año siguiente, publicando unos extractos del catálogo de la Biblioteca de Munich y moviendo una gestión municipal para la adquisición de la Biblioteca Lorenz. Dos años después empiezan los trabajos para la formación de la Biblioteca de Cataluña, que se abre al público, por fin, en 1914.—Por otro lado, en el *Glosari* de 1909 aparece por primera vez un programa categórico de intervención política e ideológica de la juventud catalana, en forma de índice de temas.—Es de notar, publicada en los días del verano, una serie vagamente narrativa, «*La doncella curiosa*», que ha de parecer al crítico preocupado por la gestación secreta de las obras, el primer germen indeciso de la «*La Ben Plantada*».—El año se termina con una muy curiosa encuesta de psicología vocacional, en que se reúnen y comentan graciosos documentos con respuestas de niños.

EN QUE SE HABLA DE WHISTLER Y DE OTROS MUERTOS, Y DE ALGUNOS VIVOS Y DE LAS MONEDAS QUE RECHAZAN LOS HOMBRES, DICIÉNDOLAS FALSAS.—Un rico inglés, ya difunto y que fué grande aficionado a la pintura, logró reunir una copiosa colección de cuadros modernos. Hoy se exhibe esta colección en Londres, bajo los auspicios de la muy grave y estirada *Royal Academy*. La mayor parte de los pintores representados en aquélla son ingleses; académicos, casi todos; lo cual da la razón del mencionado patronazgo. Pero el azar—nada más que el azar, pues parece que el benemérito coleccionista, que Dios goce, era un señor un poco miope—ha querido que figurase en la serie algo de aquel fascinante precursor del impresionismo que se llamó Mac Neil Whistler... —Se trata de una obra, de que, a través de reproducciones y adivinaciones, todos hemos gustado: de la sinfonía, con pretexto de una vaga visión de Valparaíso, bautizada por el pintor con un título que vale por toda una confesión de estética: «Nocturno, azul y oro.»

Los señores académicos, cuya antipatía por el arte de Whistler es bien conocida (así como la reciprocidad por parte de éste), han debido de hacer una mueca al encontrar el nombre y este cuadro en la colección de Mr. Cúlloch, que así se llamaba el opulento señor. Claro que el cuadro impertinente no podía suprimirse: se divulgaría la cosa y hubiera venido el escándalo. Por poco grato que ello sea, pues, a la Sociedad madrina, el cuadro de Whistler figura también en la actual exposición de Londres... —Pero aquélla no ha sabido prescindir de tomar una pequeña venganza, una minúscula venganza senil. Y el tí-

tulo personalísimo que Whistler había imaginado: «Nocturno, azul y oro», ella lo ha corregido, escribiendo sencillamente: «Valparaíso».

¡Pobre Royal Academy! ¡Pobre, tanto si siente como si no siente, la mezquindad del gesto...—¡Pero ese gesto es eterno, lo conocemos todos!—Pintor, amigo mío, que acabas de enseñar tus estudios al maestro reputado, ¿qué te ha dicho el maestro? ¿Te ha presentado tres o cuatro objeciones, no es cierto? ¡Y estas objeciones herían precisamente los puntos en que tú habías puesto más alma, en que tú eras más tú, más sincero, más profundo, más independiente, más original. ¡Como si lo viera!—Y tú, mi adolescente escritor, ¿de dónde vienes, con un manuscrito bajo el brazo y las lágrimas en los ojos? ¿Dícesme que de leer un drama? Y qué, ¿te han censurado la escena que querías más, el personaje que hablaba con más calor, porque tú mismo en él hablabas?...—Pasa otro escritor, que viene de Alemania: «Yo acabo de publicar un artículo en una revista de mucho nombre. Había dos partes en mi artículo: una de información, otra de pensamiento original. Me han quitado el pensamiento y han dejado la información...»—Pasa otro: «Yo, para mi artículo, había pensado en un título simbólico, rico en música y sugestiones. Lo han sustituído por este otro: *Algunas consideraciones sobre problemas actuales...*»—Pasa un filósofo: «Los críticos rechazan mi tecnicismo. Y yo encuentro que sin mi tecnicismo mi pensar se vuelve blando y amorfo, como vertebrado a quien extrajeran el esqueleto...»—Y pasan las sombras de unos muertos: «Yo soy Eugenio Fromentin—dice una—, ¡y porque ya me conocían como pintor, nadie quiso gustar de lo que yo escribía!»—Dice la otra: «Yo soy el Cardenal Zeferino González. ¡Y porque en la Z de mi nombre había la señal arbitraria de mi personalidad, ningún

corrector de pruebas toleró jamás que se imprimiese!...»—Y pasa un Maestro de la Humanidad, muerto hace siglos, y clama en un trompetear de orgullo: «Si yo repitiese mi verdadero pensar, me tendríais otra vez por loco, igual que mis contemporáneos. Aquello que vosotros habéis aceptado por mío, es aquello en que yo no soy yo!»

Amigos míos, lo que cuesta más de hacer aceptar por los otros es el propio espíritu. — Producid; tened, incluso, talento, si queréis; pero ¡ay de vosotros si pretendieseis dar a los hombres aquello que es bien vuestro y lo mejor que hay en vosotros! —Juzgan los hombres de las producciones del espíritu como de la moneda. En este duro no hay más que trece reales de plata; pero este duro es bueno, porque no le hemos hecho *nosotros*. En este otro duro hay veinte reales de la mejor plata; pero este duro es falso y no debe aceptarse, porque lo habéis fabricado *vosotros*... — Y la autoridad social, si da con él, lo decomisará para refundirlo...

La moneda espiritual de Mac Neil Whistler, en la cual este título «Nocturno, azul y oro», era como la efigie de toda un alma, hoy ya no dice más que «Valparaíso»; y no significa nada, porque la ha capturado y la ha refundido la Royal Academy.

(*París.*)

EL DISCURSO ABOMINABLE.—Mi amigo el ingeniero norteamericano (es nacido en el Luxemburgo, pero ejercía en Boston), que se sirve, para tratar de las cosas de este mundo y las del otro, de un lenguaje tan preciso y exacto que parece cínico, entró ayer, sin muchos cumplidos, en mi habitación de estudiante y me interpeló:

—¿Trabajáis en algo de interés?—¿Qué queréis que os diga?... Estaba traduciendo.—¿Trabajáis por vuestro gusto o acaso por algún encargo editorial?—Por encargo editorial.—Y esto, ¿a cuánto se paga?—A tanto la página.—¿Cuánto tiempo empleáis en traducir una página?—Tanto.—¿Y no podríais emplear menos?—Sí; pero entonces no tendría espacio para reflexiones y consultas, y el trabajo saldría un poco mediano.—Es que la retribución es también retribución de trabajo mediano. Es un precio *justo*. Es un precio *social*. La sociedad no puede ser *lujosa*, porque no es lo bastante *rica*. Hay particulares ricos; pero la sociedad no lo es. Por eso algunos particulares pueden comprar cosas muy delicadas y pagarlas a precio adecuado; pero la sociedad, no.

Acabo de visitar a uno de mis compatriotas, un famoso pintor. Se queja porque el Museo de su ciudad nativa no quiere comprarle uno de sus cuadros, al cual da ahora los últimos retoques... El pintor pide por él veinte mil dólares. Yo le he hecho observar que los Museos de Arte moderno suelen pagar los cuadros entre quinientos y mil dólares. Él me ha contestado que éste es el precio de las obras adocenadas. Es verdad. Pero es también el precio de las excelentes, cuando quien las adquiere es una entidad social. La sociedad tiene un precio *justo* para las cosas adocenadas; pero este precio es el máximo de lo que puede; si se hace con cosas excelentes ha de ser pagándolas *al mismo precio* que las adocenadas. Porque, digámoslo una vez más, no es rica. Los particulares pueden serlo: ella no lo es. Un particular pagará a mi compatriota veinte mil dólares o más por su cuadro; un Museo no se los pagará.

Volviendo a nuestro caso, la tarifa que me habéis indicado es muy correcta para una traducción mediana. Una traducción cuidadosa exigiría paga más crecida. Pero ésta la sociedad no la dará. No puede dar-

la. No tiene para tanto. Tiene para lo corriente. No para lo superfino. Darle a cambio de lo que paga un producto malo, no estaría bien. Pero darle algo más que lo mediocre es una concesión, un acto de gracia que sólo puede justificar el placer que el trabajador encuentra en su tarea. ¿Por qué razón usted, que, según me ha manifestado hace un minuto, no cumple este encargo por placer, se obstina en cuidar el trabajo, por encima del tiempo convenido? ¿Por qué dar a la sociedad más de lo que la sociedad paga, más de lo que puede satisfacer?

—No sé por qué... Mejor dicho, lo sé; pero usted no admitiría mi razón como buena... La razón es doble. Primero, que uno es como es. Segundo, que me parece que *la moral del trabajo* exige que el hombre que trabaja, en el instante de hacerlo, olvide cualquier utilidad, cualquier paga, y halle en la tarea misma que tiene entre manos y en la satisfacción de llevarla tan lejos como pueda en el camino de la perfección, móvil bastante, paga bastante para dar a ella y por ella todo el esfuerzo del momento, toda la vida si es preciso... Sospecho que así han hecho siempre, en todas las épocas, en todas las ocasiones, los trabajadores excelentes. Y de la falta de esto se resienten hoy muchos órdenes de trabajo, en muchos países, y también el vivir ético de los mismos trabajadores. El sindicalismo, que, en varios aspectos, ha sido en Francia un instrumento de renovación moral (véase Jorge Sorel), ha podido tener en esto una influencia desdichada... Y su discurso, amigo mío, tan ingenioso en la razón, de tan aguda y rigurosa lógica, me parece ahora, y aquí, un discurso, simplemente, abominable.

(*París.*)

SÍGUESE EN CONTRADECIR EL DISCURSO ABOMINABLE.— ... Pienso aún en el abominable discurso de un americano, que predicaba al trabajador no dar a la sociedad el propio esfuerzo, sino en la medida adecuada y en la justa proporción de precio en que la sociedad puede pagarlo.

Yo digo: No. La tarea que tiene entre manos ha de ser siempre para el trabajador cosa santa. No llamo verdadero trabajador sino a aquel capaz de hipotecar, en la obra de un día, todo su futuro, todo el futuro del Universo. ¡Malhaya quien al trabajar o al amar calcula fuerzas y las ahorra! Sólo quien al trabajar o al amar se siente fuera y emancipado del tiempo, es verdadero trabajador, verdadero amador. Que cada una de tus obras, hombre, cada estatua, cada curación, cada mueble, cada glosa, cada mondadiente, sea fabricado, así como si el mundo entero estuviese suspenso y en expectativa del resultado y vitalmente lo necesitare. Porque así es en verdad. Y el destino del mundo está pendiente de los resultados que obtengan juntos cuantos trabajan en estatuas, cuantos trabajan en curas, cuantos trabajan en muebles, cuantos trabajan en glosas y cuantos trabajan en mondadientes.

¡Prodigad, pues, vuestras fuerzas, prodigadlas, que en prodigar las fuerzas, y de ninguna manera en proporcionarlas, está la moralidad del trabajo! Y al que os diga que tengáis en cuenta la paga, contestad que, si fuera a verse la paga, todo el oro del mundo no bastaría para pagar *justamente* una cosa tan excelsa como es una hora de la vida de un hombre y el infinito de posibilidades que contiene una hora de vida de hombre que la tarea encargada inutiliza. En rigor, tan *injusto* pago para un centenar de mondadientes

son diez céntimos, como diez millones de libras esterlinas. Las posibilidades del tiempo de hombre que se ha empleado en fabricar cien mondadientes, no son bien pagadas ni siquiera con diez millones de libras esterlinas.

Pero sí con la *dignidad* de haber fabricado cien mondadientes—si se ha dado a ellos todo el esfuerzo, toda la sangre, toda el alma y toda la vida—si se han fabricado cien *perfectos* mondadientes.

¿El Arte por el arte, dijeron los estetas? Yo digo: El Trabajo por el trabajo. Yo soy el parnasiano del trabajo.

(*París.*)

FILOSOFÍA DE LO QUE LLAMA LA ATENCIÓN.—Me tropiezo con mi amigo. Va en compañía de un hombre de media edad, de aire marcadamente aldeano.

Cambiamos unas palabras. En un corto aparte, mi amigo se confiesa.

—¡Estoy desesperado!... Este que arrastro es un mi pariente. Pasa aquí unos días, llegado de la montaña, de la más esquiva montaña. Y esto por primera vez en su vida. Todos los elementos de nuestra existencia ciudadana le son nuevos, no sólo aquellos traídos por adelantos muy recientes, sino los que nosotros ya encontramos establecidos al nacer. Este hombre ha visto ahora como novedad, no ya tranvías eléctricos, cinematógrafos y toboganes, sino los coches y las vespasianas, y luego los avestruces, y luego el mar... Parece, pues, que tendría que ir de maravilla en descubrimiento. ¿Querrás creer, sin embargo, que ni una vez sola ha condescendido a admirarse? ¿Querrás creer que ante los espectáculos más her-

mosos, los inventos más imprevistos, los útiles y artilugios más sutiles y de más valor práctico, ha permanecido impasible y desdeñoso, como *dandy* esplínico, avezado a las más perfectas cosas y fatigado de ellas. «¡Mire usted—le he gritado yo—, mire cómo andan esos tranvías! ¡Sin caballos!» Él no ha manifestado la menor sorpresa. «¡Por esa trompeta podría salir la verdadera voz de su bisabuelo!» Él lo ha encontrado perfectamente natural. «Si le parece, nos llegaremos a ver el mar.» No ha manifestado el menor deseo de ello... Y así en todo. Nada le extraña, nada le sorprende, nada le interesa, nada le llama la atención. ¡Estoy desesperado! ¡No lo entiendo!»

—Los psicólogos te dirían, amigo mío:

Que es condición, para que la atención se despierte, el previo interés.

Pero que es condición, para que el interés se despierte, el previo saber.

Mejor, que el interés no es más que una máscara, que cubre de emoción el saber.

Esto te dirían, amigo mío, los psicólogos. Y, si no ellos, yo te diría que no hay atención sino para las cosas que interesan al sujeto, y que el sujeto no se interesa sino por aquello que conoce, al menos por analogía.

... Cuando aquí llegaba la conversación, nuestros ojos se dirigieron hacia el rústico compañero. Precisamente en aquel instante, nuestro rústico compañero había tomado una actitud de admiración beata, y la más curiosa alegría se reflejaba en su semblante... Le llamamos y no contestó: estaba distraído, absorto sin duda en la contemplación de algo que le llenaba de maravilla y de placer...

Por allí cerca exhibía un pajarero una lechuza enjaulada.

(*Barcelona*.



MEREDITH.—Desaparece con él un hombre probo. Un hombre que, con ser absolutamente lo contrario que un esteta, no empezó a darse a conocer antes de los treinta años, ni adquirió reputación hasta los cincuenta, y que antes y después de la reputación, siempre en pobreza altiva, no quiso escribir sino para lo que él, con una tranquilidad definitoria muy británica, llamó «una aguda y honorable minoría»—«*for an acute and honourable minority*».

Alguna vez he tenido idea de que cierta analogía espiritual ligaba esta figura de escritor tan elegante con la áspera y aldeana del gran pintor que fué Pablo Cézanne. Como Cézanne, Meredith ha podido dar la apariencia de que le faltaba el don de la composición. Los cuadros de Cézanne tienen muy poco que ver con lo que generalmente se entiende por cuadro; también las novelas de Meredith tienen muy poco que ver con lo que generalmente se entiende por novela —sobre todo desde el naturalismo, que se constituyó en definidor del género y fijador de sus leyes. Pero si aquél es un *escultor*, o si se quiere un *esculpidor* profundo, éste es un maravilloso psicólogo, y en los dos, una vez pasada la primera sorpresa, encontramos almas de artista, emparentadas con las mejores razas de artistas que han sido. Y para Meredith, los parientes son tal vez los oscuros autores de las viejas epopeyas índicas—, ¡a la extensión de las cuales, por otro lado, las novelas de nuestro autor amenazaban alcanzar!

El lenguaje y el estilo de las obras de Meredith traen gran turbación. Vegetación frondosa y a veces extraña: una claridad lunar que la hace resplandecer aquí y más lejos; tal vez, de cuando en cuando, entre la negrura, la inquietud tranquila de una luciérnaga...

Pero he aquí una linterna sorda. En una sola dirección, en una línea rígida, avanza inquisidora la luz. Tanto avanza, tanto y tan adentro, que ya se ven las almas y los secretos de las almas. Y así, en manos del psicólogo sutil, el mismo estilo se vuelve instrumento de psicología.

(*París.*)

GIOVANNI VAILATI.—Dolor y turbación me visitan con una terrible nueva. Una amistad de corazón y una complicidad de espíritu acaban de serme arrebatados súbitamente por el destino. Ha muerto Giovanni Vailati, que ha sido el más ferviente, el más generoso de los filósofos jóvenes de Italia; tan rica, sin embargo, en filosofía y en juventud, en fervores y en generosidades.

Ahora, ya nunca podrá borrárseme del recuerdo una noche, la que siguió a la primera de nuestro conocimiento, una noche en que la espiritualidad de este hombre ondeó, espumeó, tempesteó, serenóse al fin, llegando hasta los confines del infinito como un mar, exaltada por la compañía, pero casi en constante monólogo, durante horas y horas, las de la cena, las de la velada, las del reposo en la media noche, las de la madrugada, las del alba, que rompió, poética y sutil, sobre el río calmosamente romántico de cierta vieja ciudad germánica... Giovanni Vailati era entonces como una sibila que hubiera modernizado su lenguaje con el vocabulario de las modernas ciencias experimentales y de la matemática. A cada cuatro palabras de su discurso nacía un problema; a cada ocho palabras apuntaba una solución o una ingeniosa hipótesis; y eso, con tanto calor y tanta plasticidad, que parecía que por momentos toda aquella ideología tomase a nuestros ojos una como aparien-

cia corpórea; y, en la mesa, no sabíamos si sus manos y su cuchillo, a empuje de la voracidad, cortaban un *roast-beef* o un silogismo... Porque este joven, que parecía rebosar salud, era una figura rabelesiana, gruesa, encendida, sensual, luciente de euforia la mirada clara tras los lentes móviles... (¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo esta fruta de vida y de luz cayó, tendida a las manos de la sombra?) Y rabelesiano era todavía este alto amigo mío, por su voluptuosidad de ciencia, por su humanista curiosidad, muy italiana, muy Renacimiento. Pragmatista, el Pragmatismo ha sido para él, en estos últimos años, una manera de golosina, en la que gustaba, más que de nada, de la posibilidad de inéditos entronques de ideas. Aquellos estudios sobre «Pragmatismo y lógica matemática», que han dado la vuelta en las revistas del mundo, constituyeron, seguramente, un regalo para su espíritu, una especie de *travesura*... Y así en todo. La Matemática le embriagaba como un vino añejo; la Filología le entonaba físicamente como un deporte. Cuando, desplegando el abanico magnífico de su erudición, os hablaba de Lulio, de Quevedo, de Gracián, de Mosen Cinto, del pequeño artículo que publicasteis en tal periódico, en tal fecha, era el buen Giovanni Vailati como la novia que enseña sus joyas. Cuando recitaba una sentencia griega, parecía cantar una canción; cuando reportaba un párrafo tudesco, parecía querer enardecer con una arenga encendida a un invisible ejército. Y creo que cuando, en cumplimiento de su cargo oficial de miembro de la Comisión de reforma de la segunda enseñanza en Italia, refería el fruto de sus investigaciones en Pedagogía, las más áridas, las más detallistas, debía de hacerlo con el mismo aire con que la dama del cuento de Stendhal decía, tomando su helado de fresa, en la veneciana plaza de San Marcos: «¡Qué lástima que ésto no sea un pecado mortal!»

(*Dijon.*)

SOBRE UN LIBRILLO DE JORGE SOREL.— Más que una historia, es una fábula. Podría terminar así: «Moraleja: Resultados importantes pueden alcanzarse con medios mediocres.»

No; con los hombres, no es ciertamente tierno Jorge Sorel.—¿Un poco de veneno, acaso?—Tal vez.—Porque el admirable profeta del Sindicalismo ha sido víctima de cierta fatalidad, que se repite a menudo:—La que quiere que ciertos maestros, que tienen una gran influencia sobre los espíritus, no lleguen a alcanzar ninguna sobre los hombres. Por esto, acaso, Sorel, dejando un cierto sabor amargo de venganza, golpea hoy sobre los hombres, para mayor gloria de los espíritus.

Las figuras que en primer término condujera la campaña de revisión del *Affaire* salen de estos golpes muy malparadas. Zola, peor que los otros. Y France—que ahora se hace el desganado—, no mucho mejor...—Bien; pero el caso es que el resultado, el magno resultado, se obtuvo. Y las almas y la política viven, se nutren aún de este resultado. Que fué, como tantos otros, afirma Sorel, una verdadera «revolución».

Él nos da su historia. Antes la había dado José Reinach. Reinach, en lo grande. Sorel, en lo mezquino. Las personas son las mismas; las mismas, las cosas. Lo único que ha cambiado, al fin, es la medida.

La medida de los hombres que entraron en juego. El resultado no puede medirse aún. Sabemos que es importante, pero no podemos medirlo. En él vivimos, nos movemos y somos.

(*En Borgoña.*)

CARLOS LUIS PHILIPPE. — Gran prosista, gran prosista. Como Jules Renard, prosista-artista, a diferencia de France o de Julès Lemaître, que son prosistas-literatos. (Y también—en este orden de cosas siempre hay sorpresas—Henri Poincaré. Decíame uno de estos últimos días, al leer los capítulos, deliciosos de ingenio, regalados de deliciosa sátira, de «*Science et Méthode*», destinados a combatir la Logística: «Decididamente, el príncipe de los escritores franceses es Poincaré.»)

Philippe pertenece a mundo muy distinto. Sepan, ante todo, los curiosos, que este es el hombre más chico y feo de París. Que es pobre y ejerce algo así como de consumero; quiero decir que es un humilde empleado en las oficinas de Consumos del Municipio, donde gana, no recuerdo si doscientos o trescientos francos mensuales. Que vive solo y habita en la isla de San Luis, cabe el Sena, un cuartito arreglado a su gusto en que consume sus días en trabajo y *sagesse,* que parece dar miedo a las mujeres y dudo de haber nunca inspirado amor. Que escribe poco y huye del bullicio y del reclamo. Que, por un momento, pertenecía al grupo de los llamados «naturistas», que es una cosa que no quiere decir nada, y que figura al frente de él, en unión de Saint-Georges de Bouhelier y Eugène Monfort; pero, así como estos dos me parecen unos farsantes, Philippe es alguien que se toma muy seriamente la vida. Que su sensibilidad es la más aguda, la más delicada que se conoce. Que a veces tiene algo de Dickens, y otras algo de Dostoiewsky, y, a veces, de Longus, y muchas, de San Francisco; pero siempre se asemeja más a sí mismo que a nadie más. Que parece que su característica está en un estilo *húmedo* de unción, que sabe seguir de una manera sutil y

sorda las más profundas vibraciones cordiales. Que, musicalmente, podríamos decir que en ese estilo canta un bordón. Que, filosóficamente, podríamos decir que aquí florece, para cualquier dolor, una fraternidad que en ocasiones se eleva a paternidad.

...Sepan también que «*Bubu de Montparnasse*», por ejemplo, es una obra maestra que se leerá todavía con emoción dentro de algunos siglos.

(*París*.)

ROMAIN ROLLAND.—¡Cuánto tiempo lleva el Glosador queriendo hablaros de Romain Rolland! Pero la ocasión, a fuerza de ser cotidiana, nunca ha sido decisiva. Ahora se presenta de nuevo, o más bien el pretexto, por haberos hablado ayer de Charles-Louis Philippe.

Tal vez hubiera sido mejor hacerlo unas semanas antes, cuando discutíamos sobre poetas épicos y dudábamos si se podía llamar así a Walt Whitman o a Federico Mistral...—Porque en el amplio «*Jean-Cristophe*», de Rolland, sí que hay una epopeya; una epopeya novecentista, tal como la pueden traer las condiciones de nuestros tiempos.—Decimos que hay una epopeya; apresurémonos a corregirnos; sospechamos que puede haberla; porque ¿quién de tales milagros se dirá seguro, mientras se cumplen? Podemos decir de alguien: éste es un poeta épico; como podemos decir: es un santo, de una manera interina y aproximada, mientras se espera que, pasados algunos siglos, por ventura, se abra el proceso de beatificación.

Pero ya desde hoy, conmovidos y edificados, asistimos al despliegue lento y magnífico de este producto de civilización. Asistimos a la tranquila *edificación* de «*Jean-Cristophe*», página tras página, volumen

tras volumen, adivinando que algo muy importante se está consumando a nuestra vista...—He aquí aún un buen ejemplo de Santa Continuación. He aquí una obra humana que recuerda la edificación de las cate drales — patrón de moralidad, aquí traído más de una vez.

«*Jean-Cristophe*» es, si queréis, una novela en muchos volúmenes. Se trata de un joven músico alemán —con algo de sosias de Beethoven, que viene a París y en París vive años de oscuridad—que ya empieza a iluminarse en el punto en que hoy se encuentra la narración—y multiplica los experimentos vitales y las meditaciones, ante el espectáculo de la ciudad y de los hombres... He aquí todo. Pero el todo son las experiencias vitales y las meditaciones de Juan Cristóbal. Todas las realidades y todas las posibilidades del alma moderna parecen destinadas a pasar por aquí, en grave procesión...—¡Una cosa tan sencilla! ¡Y, a la vez, una cosa tan complicada! Sencilla y complicada como el espíritu de su autor, este Romain Rolland, escritor para artistas y escritor para el pueblo, músico y profesor de la Sorbonne, filósofo y novelista, político interior y amplio historiador, biógrafo de Miguel Angel y de Beethoven... Y todo esto, tan unido a él, tan mezclado y confundido, en una sola mente y en una actividad única, que uno no sabe qué nombre profesional ha de recibir, ¡tanto sobrepasa la mezquindad de las clasificaciones mentales y profesionales!...—Si por cualquier razón nos viésemos forzados a una definición de la «función» de Romain Rolland, diríamos, provisionalmente, mientras esperamos ver en qué para su obra capital, que Romain Rolland es *un psicólogo que realiza, por introspección, experimentos sociales*, y que cuenta el resultado de ellos, con voz delicada y un poco sorda, a otros espíritus capaces de rehacer a su vez tales experimentos...—La ventaja de una lengua como la francesa es que en ella

una obra así puede ver multiplicadas sus ediciones.

Esta lengua la escribe Rolland, a veces con el abandono de un periodista; otras, con la majestad de un clásico. A veces, los períodos, abundosos y rotundos, nos suenan a «Gran Siglo», a reminiscencia de Bossuet o de Fénélon...—A veces también—hay que decirlo todo—esta prosa nos impacienta un poco y encontramos faltar en ella algún esfuerzo de estructura... Tiene algo de aquellos *preludios de órgano* que oímos en las iglesias. No son música todavía, aunque ya tengan de la música que promete la dulzura y la gravedad.

(*París.*)

EL MOTÍN DE SQUILACHE.—¡Por descontado! Leo ya protestas *literarias* contra las medidas de urbanización de costumbres adoptadas oficialmente en Madrid; contra las empresas de urbanización del habla, iniciadas particularmente en Barcelona...

Por descontado, digo.

España es un perpetuo motín de Squilache.

(*Toulouse.*)

EL CHISPERO.—Sí, España es un perpetuo motín de Squilache. El chispero clásico contra el ministro europeizante.

El chispero se agarra a lo pintoresco. Trata el ministro de instaurar urbanidad, policía. La cuestión de las capas y los sombreros: simple episodio.

¡Pero la rebelión viene de más lejos! Y ya está dicho: toda la historia de España...

Un día el chispero es un héroe. Se llama Viriato pastor lusitano. Roma, el Imperio, la civilización, avanza por los senderos ibéricos. Levántase Viriato del fondo de los pantanos salvajes. Y la pelliza derrota más de una vez a la toga.

Otro día el chispero es un rey. Se llama en la Historia Sancho IV, «el Bravo». Alfonso X era el Imperio, la cultura, la tolerancia, la intervención en los negocios europeos, la policía contra nobles, contra caciques, contra fueros, el Derecho romano. Todo se levanta contra él, y a la cabeza, su propio hijo, bravo de oficio, malhablado de lenguaje, «que no conoce ya el latín», que restaura tradiciones y fueros y que reduce al Emperador—¡a *nuestro* Emperador, patrón de los inadaptados!—a poeta elegíaco...—Nunca lo olvidaré. En el manualillo de Historia de mis años de colegio aparecía representado, en una estampa, Alfonso X, con toga y una corona imperial y un libro. Sancho IV con un casco cubierto de pieles. De pieles de la pelliza de Viriato.

Y así, siempre.—¡Oh, aquel mañana de Villalar, en que el chispero era un monstruo de tres cabezas y cada cabeza tenía una frente noble, que, trágica, sostenida por la garra del verdugo, roció de sangre a la multitud!

¡Y aquel admirable y suicida resistir, más tarde, a la obra napoleónica! Seguramente (quiero un día hablar de esto) la obra napoleónica hubiera podido ser aprovechada en Cataluña respecto de España, como lo fué por Prusia respecto de la gran Alemania que se había de construir.—Pero aquí se interpuso, héroe una vez más, el «chispero».

Horas épicas, horas cómicas (que mucho lo fueran sin el recuerdo de las otras), motín de Squilache perpetuo...—Hora más bien cómica, hoy. Tentativas, más bien superficiales, más bien mediocres, de urbanización. Rebeliones casi limitadas a la pequeña literatura.

Como los tiempos son otros, el tipo y atuendo del rebelde han cambiado. No es pastor, ni rey bárbaro: es diputado, periodista, ateneísta. Lleva pechera almidonada, cuello, corbata, sombrero de copa. Lleva «ideas modernas». (¡Es tan fácil llevar *ideas modernas!* ¡Casi tanto como difícil tener ¡espíritu moderno!) Lleva, tal vez, monóculo.

Pero la moña del chispero va oculta en el «ochoreflejos» civil; y debajo del plastrón—dentro—, más adentro— muy adentro—, saltan, dando picor romántico al cuerpo y al alma del hombre ibérico, las pulgas de la pelliza de Viriato.

(*Toulouse.*)

1910

«Dispensin si els he agraviat», «Perdonen los agravios», dice el Glosador, imitando una fórmula de cortesía rústica, en la primera glosa de 1910: es un recogimiento, un poco irónico, de la reacción combativa provocada en Cataluña por la predicación insistente de sus ideas y tendencias.—No parece, sin embargo, dispuesto a corregirse. Incluso las notas de información y valoración sobre literatura francesa contemporánea, son casi siempre animadas por un espíritu combativo y por aires de fronda: así las dedicadas a Charles-Louis Philippe, Jean Moréas, Georges Sorel, Romain Rolland, Edouard Rod, Edmond Rostand, Henri Bataille, Jules Renard, Pierre Mille, al juez Magnaud, al naturalista Fabre...—La misma belicosidad caracteriza muchas veces las referencias a la vida científica. Encontramos al autor en trabajos en los laboratorios de Sainte-Anne y de Villejuif, en París, o de Kraeppelin, en Münich; en las estaciones de Fisiología del Colegio de Francia o del bosque de Bolonia; nos habla de cómo se va realizando la encuesta psicológica del doctor Toulouse sobre Henri Poincaré; o, en discusión con el geólogo D. Luis Mariano Vidal, de Barcelona, trae aquí la hipótesis de las mutaciones bruscas de Huch de Vries; o, en discusión igualmente con D. Augusto Pi y Suñer, la doctrina de la unidad fundamental entre morfología y fisiología; por este mismo tiempo (Febrero de 1910) publican los *«Archives de Neurologie»* de Charcot-Bourneville, *«La fórmulabiológica de la lógica»*, uno de los trabajos fundamentales de Eugenio d'Ors. En una excursión a Barcelona, un curso sobre «La Atención» es dado en los «Estudis Universitaris Catalans», acompañado de una serie de experiencias (en el laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina) sobre la traducción cardíaca del ritmo en la lectura muda, en relación con algunos estudios sobre la «Gimnasia rítmica», de Jacques-Dalcroze.—Aparecen en el *Glosari* las primeras notas sobre el baile ruso, y se amplían a observaciones sobre la danza en general.—En una serie, bajo el rótulo *«Veilles de concert»*, se multiplican las reflexiones sueltas sobre música y músicos, empleándose con predilección la forma aforística, de mucha frecuencia ulteriormente en el *Glosari*.—Al-

gunas glosas subrayan este año la doctrina de identidad fundamental entre Arte y Ciencia, y desarrollan el concepto de Verdad-Belleza, que luego ha servido de base a Francesc Pujols para la caracterización filosófica de Eugenio d'Ors (en «*Concepte general de la Ciencia Catalana*», Antonio López, Barcelona 1919). Empiezan paralelamente los trabajos de precisión técnica sobre el concepto de cultura: el autor ha profesado más tarde la *Kulturwissenschaft*, en acción docente habitual.—El empleo en el vocabulario de las fórmulas orsianas se ha extendido mucho: Eduardo Marquina emplea ya (y el *Glosari* recoge el dato) la palabra «arbitrario» en el nuevo sentido, lejos del valor peyorativo habitual en la palabra; el filólogo alemán Vogel recogerá este sentido en su vocabulario catalán-alemán. La política catalanista emplea constantemente ya las fórmulas del *Glosari*, «santa continuación», «imperialidad», etc.; por estos días se abren en Barcelona tiendas con la enseña «La Noucentista».—La vida de París sigue reflejada de cuando en cuando en el *Glosari*, el cual acoge especialmente la crítica de los salones de pintura.—Cierta relación frecuente se establece con Italia, especialmente con el joven grupo florentino, y más con los elementos *presolinnianos* que con los *papinianos*. El segundo semestre del año lleva a nuestro autor a Alemania. Antes, una pequeña serie de glosas de carácter extraño, a la vez abstracto y simbólico, posiblemente con mucho de autobiográfico, que puede recordar por su tono ciertas páginas de la segunda parte del «*Wilhelm Meister*», son escritas en París; lleva el título «*L'estudiant alegre*», y en ellas se nota el reflejo de un momento crucial en la propia vida. Sigue la larga *serie bávara* del *Glosari*. La vida y el alma de Alemania se estudian con detención y amor. Luego otra serie nos habla, con gran abundancia de datos, de la literatura alemana novísima. La pintura alemana de hoy le merece juicios menos favorables. Los ataques de Xenius contra Boecklin o Franz von Stück regocijaban entonces al crítico francés Robin.—También es combatida la influencia de Tolstoi, en ocasión de su muerte, afirmando cerrarse en él el ciclo abierto con Rousseau.—En medio de esta amplia vibración cosmopolita, el catalanismo se presenta, bien en forma de postulado sentimental y aun sensual («mis glosas, dice un día, necesitan la temperatura de las violetas»), bien en forma de imperativo de deber, que hace a Eugenio d'Ors inaugurar en el Centro de los Dependientes de Comercio de Barcelona un curso de Educación cívica o preparar, en alguna pequeña ciudad catalana, como Tarrasa, cursos biográficos de grandes hombres, como instrumento de una propaganda de heroísmo. Tarrasa parece ser, por otra parte, un a manera de campo de experiencias espirituales para los jóvenes novecentistas: más tarde Olot sustituirá a Tarrasa en esta función.—Al mismo apetito de intervención corresponde una, que prorrumpe en el *Glosari* en formas muy violentas: la defensa del pintor Torres García, una de cuyas obras había dejado destruir el Ayuntamiento de la ciudad; el tema del com-

bate entre el artista y el filisteo que, en el fondo, y a pesar de ciertas apariencias, es tan habitual en Xenius como pudo serlo en Flaubert, estalla estridentemente aquí.—Una o dos páginas insinúan alguna fatiga en el combate. En una de ellas declara Xenius, recordando, sobre todo, la ruptura traída a la vida civil por la conmoción barcelonesa del año anterior, que «en 1910 parece que para muchos hombres significativos y para muchas cosas significativas de Barcelona haya terminado una etapa de adolescencia alegre, fachendosa y descuidada».

LA MUERTE DE CARLOS LUIS PHILIPPE.— Va dedicada esta información a los amigos que a la admiración del acabado prosista he ganado en Cataluña.

Sí, Carlos Luis Philippe, al morir, ha tenido una mujer a su vera. Una tan sólo: la enfermera; nadie más. Ha muerto en su pequeño cuarto, cabe el Sena. Corta, vulgar y miserable la enfermedad. Unas ostras pasadas, una tifoidea...—Muerte indigna de él, ha dicho alguien.—No; muerte digna de él... Muerte grandiosa.—¿Dónde está la grandeza?—Está, como en sus obras (como en sus *otras* obras): escondida.

Se es pobre cuando se es pobre. Carlos Luis Philippe tenía un portamonedas, y en ese portamonedas todo su haber. Cuando no pudo levantarse más, escondió el bolso bajo la almohada. La enfermera pedíale el dinero a medida de la necesidad. La muerte fué oportuna. Cuando conoció que se acercaba, Carlos Luis Philippe sacó de debajo la almohada el portamonedas, y con un gesto suave dejólo caer en el regazo de la mujer que le cuidaba. Ya no quedaban en él más que diez francos.

Abandonado el dinero, como el lastre en una ascensión, pudo el moribundo contemplar por algunas horas el maravilloso espectáculo del mundo. Siempre había llevado, calados sobre la nariz, unos modestos lentes, lentes de pobre, con la montura en acero. Según nos refiere un testigo, Philippe llevó puestos los lentes mientras le fueron visibles las cosas de este mundo. Y cuando ya para él no fueron visibles, como se había despedido del portamonedas, alejó de sus ojos los cristales.

Y dijo (estas fueron sus últimas palabras):
«C'est beau... C'est beau.»

¡Oh, vosotros, los pocos que en Cataluña casi le habéis llorado: esta fué la grandeza de la muerte de Carlos Luis Philippe!

(*París.*)

FORSE CHE SI, FORSE CHE NO.—Este es el título que Gabriel d'Annunzio ha dado a su última novela. Publicada en francés y por entregas, la obra produce más efecto. Añádase a esto que en ella se trata de la aviación y de los aviadores, de fiestas ícaras, de superhombres, de los instintos profundos y obscuros de la raza de los latinos, y, naturalmente, de la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte.

Son muchos los que se han preguntado qué es lo que le falta a d'Annunzio para ser un artista perfecto. Unos han dicho que carecía de sinceridad. Estos se equivocan; hay infinitas maneras de ser sincero...—Stendhal decía: «En las naturalezas enfáticas, el énfasis es natural.»—Otros han afirmado que le faltaba *un no sé qué*. Estos lo adivinan. Lo adivinan a condición de que mediten un algo más sobre el particular y acaben diciendo que este *no sé qué* es el Clasicismo.

Cuando digo Clasicismo quiero decir sentido de las proporciones.—(Y quiero decirlo así, porque así debe decirse).—Precisemos más: Clasicismo equivale a sentido «religioso» de las proporciones... Por consiguiente, significa una disposición eminentemente intelectual... Trátase, en suma, de la Inteligencia.—¡De la Inteligencia, conquista humana!...—La Inteligencia, el Intelectualismo, es lo que da sentido a la tradi-

ción patricia que nos legaron los griegos. Y une en una sola y noble familia, al través de los tiempos, a artistas, filósofos, sabios, políticos y poetas, desde Pitágoras a Juan Moréas.—Un día, Pitágoras, que había aprendido la geometría de los orientales—geometría casi puramente sensual, en que los problemas se resolvían por la aplicación material de medidas planas sobre otras medidas planas, no pudiéndose pasar, por lo tanto, de figuras—, llegó a dar un paso más allá, originalísimo y personal, hallando un teorema puramente intelectual, que se demostraba por el absurdo, no pudiéndose demostrar por las figuras... En aquel día comenzó para el mundo una era nueva. En aquel día nació nuestra Raza. Indudablemente, Pitágoras debió sentir la solemnidad del instante, y por el hallazgo, según cuenta Proclo, sacrificó un buey a los dioses... Todavía en la boca nos perdura el sabor de la sangre del buey sacrificado por Pitágoras. Y es como levadura de nuestro pan, que va pasando por todas las harinas de los siglos. Y de eso nos nutrimos.

Un tanto apartado de esta comunión nos parece que está Gabriel d'Annunzio. Mucho hay en él de bárbaro y algo de «rastacuero»... ¿Genial? No sé. No me importa. Lo que sí me importa es lo otro. Sin lo otro, ¿puede llegarse a la fama eterna? Indudablemente. ¿Cuéntase d'Annunzio entre los elegidos por ella?— Aquí me hallo de nuevo sin saber dar una respuesta categórica. *Forse che si*, *forse che no*.

(*Paris*.)

ELLEN KEY.—Antes de morir, el Romanticismo lanza agudísimos clamores en nuestro mundo contemporáneo. Uno de estos clamores llámase Maragall, y dice: «La poesía ha comenzado solamente».—

Otro clamor se llama Strauss, y grita: «La Voluntad escapa desordenadamente a la Representación».—Otro clamor se llama William James, y dice: «Debemos repudiar la manera de pensar que nos enseñaron los griegos».—Otro clamor se llama Henri Bergson, y proclama: «Lo intelectual no es adecuado a la vida». —Otro clamor, en fin, se llama Ellen Key, y nos habla así: «Puesto que lo vital es superior a lo intelectual, la mujer debe obtener primacía sobre el hombre».

Para caracterizar a Ellen Key se le ha denominado feminista. Decir esto de Ellen Key es no decir nada. No aspira ella a la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer. Lo que Ellen Key quiere, puesto que la mujer es instinto, es que ésta tenga más derechos que el hombre, *por razón de que éste tiene más razón*. Lógicas son todas esas conclusiones del Romanticismo. Aquí fatalmente debía parar el camino que se comenzara en Juan Jacobo...—Pero ya se comprende que con esos últimos románticos se ha llegado a tan elevada región en la que el aire, por lo enrarecido, no se puede respirar. Y nosotros queremos respirar, queremos vivir. Estamos obligados a defender «nuestra vida» contra aquellos mismos que exaltaron la Vida. Por eso nos hemos aplicado a contradecir eso... Nos purgamos del Romanticismo. Y con más fuerza que nunca nos asimos a la tradición griega.—Creemos que en la poesía clásica hay arquetipos inmortales.—Rehabilitamos la Ciencia.—Mostramos a misión que lo intelectual tiene en lo vital, inscribiendo lo lógico dentro de los límites de lo biológico. —Amamos la vieja música en la que la voluntad está ordenada por la representación. Y contra los ataques ultrafeministas, defenderemos el ideal «viril» de la Humanidad.

Y así nuestra acción, en lo definitorio, se dirige globalmente y a un mismo tiempo contra Maragall, con-

tra Strauss, contra William James, contra Henri Bergson y contra Ellen Key.

(*París.*)

MARK TWAIN.—Muriendo, Mark Twain nos ha jugado la última broma. ¿Diremos, acaso, que se le llorará por mucho tiempo? No; diremos que los hombres se reirán de él por mucho tiempo todavía, y eso es mejor. En verdad, son muy puras las risas que Mark Twain suscita; no son irrespetuosas, ni ante su propia tumba abierta... Esto quizás no podría aplicarse a ningún otro humorista.

Acaso, hasta el presente, no ha habido un solo crítico que haya puesto de manifiesto lo abstracto, lo muy intelectual del humorismo de Twain... El secreto de su humorismo es el ejercicio continuado y metódico de la Desproporción: podríamos denominarlo humorismo algebraico, limpio y apartado de todo elemento sensual. La lectura de las obras de Twain no deja imágenes en nuestra mente. No hay dibujante alguno que pueda colaborar, con sus ilustraciones, al efecto cómico de narraciones tales como *El pretendiente americano*, *El novio de Amelia*, *El vendedor de Ecos* y tantos otros de jocoso recuerdo... En lo íntimo de su constitución ideológica, Mark Twain ha sido un Euclides a la inversa, un Pitágoras al revés... Ya sabemos que Pitágoras fundó nuestra raza, la de los grecolatinos, el día en que, bajo el cielo azul de la Magna Grecia, sacrificó un buey en loor de los Dioses por haber hallado un teorema que se demostraba por el absurdo. Siglos y siglos más tarde, Mark Twain toma este absurdo y lo convierte en módulo. Y en este módulo halla su genuina expresión el espíritu de otra Raza, la de los anglosajones; mejor, la de los americanos.

Por ser algebraico, como se ha dicho, resulta tan puro el humor del escritor americano. Humor es ese que, cosa extraordinaria, vive en absoluta independencia de los Siete Pecados Capitales. En cambio se enlaza naturalmente, aunque la forma de enlace consiste en una contradicción, con las cosas de valor espiritual más estricto y sereno, con la «armonía de las esferas» pitagórica, con el Partenón, con la música de Bach, con la filosofía de Spinoza, con todo aquello donde se afirman con mayor seguridad la armonía y la mesura... Decía el caballero de La Rochefocauld que la hipocresía era «el homenaje que el vicio rinde a la virtud». Del humor mark-twainiano podrá decirse paralelamente que es el extravagante homenaje que el desorden rinde a la mesura. Y hay en éste, definitivamente, un espectáculo de gran nobleza y de gran significación ideal.—Por eso la risa que despierta entre los hombres ese espíritu jovial que acaba de morir no parece irrespetuosa, no lo es en esencia, ni ante su propia tumba abierta.

(París.)

EDUARDO VII. —Le vi una sola vez. Llevaba un «ocho-reflejos» en la cabeza, que con los dos reflejos de las mejillas, sumaban diez, y con los otros reflejos esparcidos aquí y allá resultaba una multitud de reflejos. Una levita gris obscuro; unos pantalones rayados; un chaleco cruzado, gris perla. La corbata era azul, de un azul suave... Y los ojos eran de un azul menos suave que el de la corbata.

Extraños, en verdad, los ojos de Eduardo VII. Opacos, pero no muertos. Vivían, a semejanza de ciertas piedras preciosas que carecen de brillo. Ojos paradojales, átonos y a la vez henchidos de deseos. Opacos,

por ser ojos de rey; henchidos de deseos, por ser ojos de vividor.

Esos ojos se han cerrado ahora para siempre... Deben de haberse cerrado como si saborearan la vida. ¿Recordáis el gesto familiar de fumadores y bebedores epicúreos? Cierran los ojos para saborear más profundamente, y saborean con más deleite cuando el goce se acaba...

La vida se ha consumido entre los labios de Eduardo VII como se consume un magnífico cigarro.

(*París.*)

HALLEY.—Háblase mucho del cometa Halley. Bueno sería que los hombres no se olvidaran de hablar también un poco de Halley, el del cometa.—Halley era astrónomo. Halley era también un hombre, en toda la extensión de la palabra.—Y no hay nada más interesante que presentarse pueda a la consideración de los hombres que eso, un hombre. Un bípedo implume y sin rabo atraerá siempre mucho más nuestros ojos y nuestra curiosidad que una vulgar estrella, aunque se trate de una estrella con cola. —Muchos pedantes hay que se enfadan o se apuran por el carácter antropomorfista que toman siempre los conceptos humanos. Conviene, por el contrario, pensar que el antropomorfismo se nos impone como si fuera un postulado; conviene aceptarlo con alegría —que en fin de cuentas es lo mejor que con los postulados se pueda hacer...

En su carta a monsieur de Maupertuis sobre la filosofía de Newton—es decir, sobre la física newtoniana —Voltaire cita a Halley un par de veces; y al darle los epítetos de «físico, astrónomo y poeta excelente»,

repite con fruición alguno de sus versos latinos, uno que empieza:

Cur remeant nodi, curque ansoe progediuntur,

y otro, lleno de cordura

Nec propius fas est mortali attingere divos...

El hecho de que un sabio, famoso por sus estudios sobre los cometas, haya sido capaz de cultivar con tanta elegancia la musa antigua, sorprenderá probablemente a muchos de nuestros contemporáneos, que tienen del hombre de ciencia una imagen mutilada y pobrísima, que por desgracia no deja de tener su equivalente en la realidad.—Pero quizá desoriente más a muchas gentes el hecho de que el astrónomo Halley muriera en un duelo.—Morir en un duelo no parece ser, en efecto, cosa propia de astrónomos. Las leyendas más acreditadas sobre la materia nos dicen que cuando un astrónomo ha de tener un fin desgraciado, muere cayendo en un pozo, de tanto mirar al cielo.—La rica humanidad de Halley no se acomodó a las normas establecidas. Así murió, no en un pozo, sino en un duelo, que seguramente no fué motivado por cuestiones de astronomía...—Ya se ha dicho que si Halley era astrónomo, era también un hombre.

¡Entendámonos!... Dios me libre decir ni pensar que tan feudal manera de acabar sea cosa buena, ni en un astrónomo ni en persona alguna; Dios me libre decir ni pensar que para bien calcular las curvas de los cometas sea indispensable el previo ejercicio, con más o menos vérbola, de dactylos y anapestos... Pero cuando entre los viejos maestros de la Ciencia, hallamos ejemplos, aun poco recomendables, de ricas, complejas e inquietas vitalidades, se nos ensancha el pecho, que hasta aquí había oprimido el espectáculo de la mezquindad pedante en que se desarrolla hoy día, con harta frecuencia, la vida de tantos sabios

cobardes y prosaicos...—Y en la expansión de nuestro pecho hallaremos el premio de haber hablado de Halley, del hombre; de Halley, el del cometa, cuando todas las gentes se han dado en hablar del cometa de Halley.

(*Paris.*)

DE ASTRONOMÍA.—¡Sed francos, a lo menos, una vez en la vida! Decid: las maravillas de la ciencia astronómica, ¿os producen, en verdad, el escalofrío de lo sublime?—¿De veras? Decid, decid.—A mí, no.

Siempre me han hecho gracia esos astrónomos sentimentales que, como el señor Flammarión y otros de su calidad, pretenden que forzosamente se nos ha de erizar el pelo cada vez que pronuncian alguna de esas cifras redondas e imponentes que acostumbran a traernos a colación. Parece entenderse que el hecho de que la luz de ciertas estrellas, a razón de 300.000 kilómetros por segundo, tarde 36.000 años en llegar a la tierra, tenga que ruborizarnos o confundirnos de vergüenza...—Pues no, no nos avergonzamos. ¿Quiere significarse que ante tamañas magnitudesa parecemos nosotros pequeñísimos? A mi entender no aparecemos ni pequeños ni grandes, puesto que tales guarismos no constituyen, no pueden constituirse en medida. La medida es algo manejable, si no con las manos, con la imaginación. Pero cuando se trata de números semejantes, la imaginación pierde sus fueros...—Y después de todo, aunque así fuera, aunque el hombre hubiera de considerar su pequeñez, ¿qué resultaría de ello? Aquí sí que se podrá aplicar la frase nuestra: *Petits, pero aixerits.*

Olvidan aquellos señores que en cuanto exceden de

ciertos límites las cifras, ya no nos producen frío ni calor, por la incapacidad misma en que nos hallamos de podérnoslas representar.—En rigor, llego a imaginar diferencias entre un ricacho de diez millones y otro de cien millones. Pero ya, entre un ricacho de cien millones y otro de mil millones, la diferencia no me interesa, puesto que no sé representármela. Así tampoco llego a imaginar en qué podrían cambiar las cosas ni qué sublimidad más habría en ello, si la luz de las aludidas estrellas en vez de emplear 36.000 años en llegar a nosotros, empleara 100.000.

Cierto astrónomo norteamericano, a quien conocí en Porta-Coeli, cerca de Valencia, en ocasión de un eclipse de sol, dió en su país una conferencia sobre el fin de nuestro planeta:

—Señores—decía el tal astrónomo—, según mis cálculos, la tierra, de aquí a setenta y cinco millones de años habrá llegado a tal punto de enfriamiento que...

Pálido, demudado, levantóse uno de los oyentes para preguntarle:

—Perdone el señor conferenciante...—Y en su frente brillaba el sudor.—¿Qué cifra ha dicho?

—Sesenta y cinco millones de años.

—¡Ah!—exclamó el buen hombre sentándose de nuevo.—¡Me pareció haber oído diez millones!

Presumo que solamente los hombres del fuste de ese interruptor pueden sentir «sinceramente» la sublimidad de las maravillas astronómicas.

(*Rouen.*)

GLOSA NUEVA SOBRE AUGUSTO RODIN.—Acabamos de levantar la copa, en un ágape en honor de Augusto Rodin. Y el corazón nos rebosa todavía del gozo de haber recorrido, con la memoria,

su magnífica carrera de hombre y de artista... Rodin, ¡injustamente obscuro hasta los cuarenta y cinco años; Rodin, a quien una investigación oficial motivada por una calumnia estúpida (pretendíase que *L'âge d'airain* era un sencillo molde del natural) declaró un día «incapaz de producir una obra original»... Rodin se halla hoy en el pináculo de la gloria.

Parece como si el cisne del Romanticismo, antes de morir, quisiera lanzar al viento su canto más agudo y más bello. En escultura, el canto del cisne romántico se llama Augusto Rodin. Pocas veces en el rodar de los siglos se ha podido ver en un escultor tanta fuerza como la que emana, palpita, vive, se desprende y triunfa hasta el paroxismo en la obra de ese creador genial; pero dígase también que pocas veces se ha hallado en un escultor tanto desorden, ni tan frecuente ausencia de esa armonía, que es prenda única de profundo y durable gozo intelectual. Comparad la estatuaria de Rodin a la de los griegos, o, si queréis, a la misma de Miguel Angel; va de una a otra lo que separa un grito turbio de sangre de una definición llena de luz...

Nuestro siglo está sediento de luz. Admírase ante las obras de los pasados artistas románticos. Pero ya no se nutre de ellas. Es forzoso que cualquier tumulto de la sangre, que todo sentimentalismo, que toda anécdota desaparezca si ha de producirse alguna de las obras definitivas que sirven de pasto espiritual de los siglos.

El artista que a esa obra ambicione ha de someterse a dura disciplina. Coerción cruel la de ser hombre, la de sentir arder en el pecho el fuego de la pasión y de la vida, la de soñar, gozar y sufrir, y verse obligado, por decisión soberana del albedrío, a dirigir todo el esfuerzo propio con el fin de que aquel fuego no contamine la obra que las manos ardientes fabri-

can, y ésta aparezca impasible y pura, llena de inquebrantable fuerza y de serenidad. Valentía insigne sacrificar en tal cometido tantas cosas dulces—internas y externas—éxitos del momento, fáciles aplausos, y, acaso, también, influencias de educación, preferencias íntimas... Terrible ambición querer, con sólo fuerzas humanas, arrancar dioses de la materia...

Sí, toda escultura es religiosa; toda estatua ha de ser un dios. Puesto que toda estatua que no es un dios es un *bibelot*. Y *bibelots* son, en fin de cuentas, algunas de las obras de ese artista gigantesco, como *La vieille chaûmière*, *Les Bourgeois de Calais*, sus bustos; quizás también este su celebérrimo *Baiser*... Sublimes *bibelots*, sin duda; pero *bibelots* al fin.

(*Rouen.*)

LUTERANISMO Y HELENISMO.—A poco de comenzarse a publicar estas glosas sobre Munich, uno de mis amigos, que es diputado a Cortes y conoce las tierras de Germania, escribía desde Madrid al Glosador, benevolente: «Muy bien, amigo. Desde Munich, no solamente veis lo específicamente bávaro, sino también lo prusiano, lo luterano, que es el verdadero espíritu de Alemania».

Agradecí la indulgencia amistosa, pero dudé de la afirmación rotunda. Mucho me turbó este dudar, muchas vueltas y revueltas me ha dado por dentro.—¿Será verdad que lo «bávaro» sea solamente una diferenciación específica de algo más general, lo «alemán»? Y en este supuesto, ¿será cierto que la esencia profunda de «lo alemán» sea, por definición, luterana?

No ha muchos días, y mientras meditaba tan intrincado problema, el Glosador se libró de un aguacero al refugiarse bajo la puerta llamada de los Propileos,

ornato y pompa de la ciudad de Munich.—Esta puerta fué construída a mediados del pasado siglo sobre el más puro modelo antiguo. A continuación de esta puerta y en una bellísima plaza, se levantan dos edificios cuyas fachadas se miran, dos edificios solitarios, construídos, también, según el gusto clásico más puro: la Gliptoteca, con su exterior de estilo jónico, y el «Kunstausstelungsebaude», palacio para exposiciones de arte, en el que ahora se celebra la de la «Seccesion», abrigada tras un pórtico de estilo corintio.

Recordó entonces el Glosador el comenzar aquel de la graciosísima obrita de Heine, *Viaje de Munich a Génova,* en que el poeta se burla despiadadamente de la manía de helenismo que afectaban tener los muniqueses. Recordó que aquellas páginas le hicieron un día soltar la risa.—Sin embargo, ¿por qué será que ahora, después de haber acariciado y adivinado un tanto el alma de este pueblo, ya no le hacen reír?...—Sencillamente, porque en esa «voluntad» para llegar a lo clásico, en este esfuerzo para salir de la barbarie y señalar la adhesión propia en las centrales y supremas tradiciones de la humanidad, aun en los momentos desgraciados, en los fracasos más evidentes, en las parodias involuntarias y en los simulacros rayanos en lo ridículo, aun en estos casos el Glosador descubría un gran heroísmo encaminado hacia un gran ideal.—Es la frontera entre dos mundos, y en ella se manifiesta, por modo ambicioso, el deseo ardiente de incorporarse a uno de ellos, al mejor de los dos. En cada uno de esos edificios, en cada frontis, en cada columna y ante el dilema de escoger entre la libre Germania y Atenas la civil, Baviera da su voto a la ciudad de Pal-las.—Enrique Heine, que, al fin y al cabo, era un pobre romántico, pudo lamentar esta situación. Nosotros, por el contrario, la celebramos. Y ante ese dramático espectáculo se nos conmueve el

alma, como cuando vemos a Cimabue y al Giotto, saliendo a tientas de un mundo tenebroso, deseosos de hallar, con sublime ardor, la sana armonía del cuerpo humano, o como cuando vemos a Alberto Durero camino de Venecia, donde al contacto de una civilización aristocratizada quiere depurarse de las groserías del burgo nativo.

Pensando en esto, el Glosador imaginó la respuesta que podría dar a la duda que le suscitara su amigo el diputado.—No; lo bávaro no es un caso particular de lo germánico. No; no puede entreverse el luteranismo cuando se examina lo bávaro sinceramente...—Las palpitacianes del tiempo anuncian, como cosa próxima, una batalla entre dos mundos ideales opuestos: el luteranismo y el helenismo... Y cuando ese día sea llegado, veremos, sin duda, cómo desde lo alto de sus Propileos la vieja Baviera protege al helenismo, su señor, contra la avalancha del luteranismo, salvando de ese modo a Platón de la acometida de Lutero.

(*Munich.*)

1911

Los primeros meses de 1911 traen a las peregrinaciones estudiosas de nuestro autor, gran actividad. A los comienzos las glosas son escritas en Munich. Pronto, empero, las encontramos fechadas en diversos lugares de Austria y Alemania. En Abril, los horizontes de Italia aparecen por primera vez en el *Glosari*. No se traduce, sin embargo, esta residencia en muchos argumentos concretos. El día de San Jorge de este año, el Glosador visita por primera vez la Sixtina. Este es el momento, nos ha contado él en alguna parte, de un crucial examen moral. Ante los frescos de Miguel Angel decide «no hacer nunca cosa vil: buenas o malas acciones, heroísmo o crímenes, según Dios quiera; pero vilezas, bajezas, no».—En Bolonia se celebra por estos días un Congreso internacional de Filosofía; el *Glosari* contiene sus referencias. Una «Nota sobre la curiosidad», leída en él, corresponde a un orden de reflexiones que también halla traducción en la tarea periodística cotidiana. Las jornadas de Tívoli y Frascatti no son recordadas, sino luego, en «*La Ben Plantada*».—El primer día del año, Eugenio d'Ors ha publicado, en Barcelona, en la revista *La Cataluña*, un común programa de intervención de la juventud, comprendiendo tres empresas: la Academia o *Institut*, la Biblioteca, la Escuela de Altos Estudios o Universidad Nueva.—La primera parte del programa se realiza este mismo año. Se funda el «Institut d'Estudis Catalans», transformación de un precedente *Institut* dedicado a la historia y a la arqueología. El Glosador, nombrado Secretario perpetuo del mismo, funda allí los *Arxius del Institut de Ciencies*, la serie de Flora y Filosofía, etc.—Un estudio sobre «*Els fenòmens irreversibles i la concepció entròpica de l'univers*» se publica este año; la misma valoración sobre los conceptos de degradación de la energía y entropía encuentra ya expresión en glosas de forma voluntaria y virtuosamente ligera.—El grupo de los escritores y artistas novecentistas de Barcelona se ha organizado y estrechado. Se publica el *Almanac dels Noucentistes*, editado por el impresor Joaquín Horta, y en un *Brindis* muy sonado se lanza el catecismo del joven ideal. Ya antes, en 1910, algunas glosas habían definido la «Misión de la Juventud»: en-

tran en la palestra pública gentes que aspiran a estudiar las cosas, a conocer *técnicamente* las cosas, a imponerse y a valorar la vida según este tecnicismo.—1911 es el año de «*La Ben Plantada*». Se escribió en el verano, no precisamente en un pueblecillo de la costa catalana, como en la narración se finge, pero no lejos de esta costa, en Argentona, partido de Mataró. Las circunstancias que presidieron a su invención han sido contadas por el autor en el prólogo de la segunda versión castellana («*La Bien Plantada de Xenius*», trad. de Rafael Marquina. Madrid, Calpe, 1920). Es imposible describir hoy la emoción pública producida en Cataluña por la publicación de «*La Ben Plantada*». «Durá ton nom l'any nou, oh Ben Plantada!» cantó en sus versos José María López-Picó. Juan Alcover, Alomar, Montoliu, Pérez-Jorba, analizaron las gracias del símbolo. Francisco Cambó, Junoy, Clará, Torres-García, Pin y Soler, Raurich, Joaquín Muntaner, Francesc Pujols vieron en el pequeño libro un breviario de la raza. El destino ulterior del mismo es muy conocido en España y América. Vuelve a encontrarse el acento y la amplitud enfática e *italiana* del último capítulo de «*La Ben Plantada*» en «Santa Maria della Salute», glosa que sirvió de oración presidencial en los Juegos Florales de Gerona y que dió origen a una curiosa polémica literaria por haber sido comparada a un discurso incluído a «El Fuego», de Gabriel d'Annunzio.—Menos pompa, pero más preciosismo literario, hay en ciertas glosas de Carnaval, que forman la serie titulada «El baile de máscaras», de igual género que una serie de «Retratos« del año anterior: la manera es, encierto sentido, la de «*Gaspard de la Nuit*», más aún que la de Baudelaire; pero aquí la imagen es todavía más estricta.—El filósofo compensa la licencia de este Carnaval con unas *glosas de Cuaresma*, primera tentativa de sistematización general de su pensamiento, aunque dado, por ahora, en forma popular; esta serie, llamada «La filosofía del hombre que trabaja y que juega», servirá en 1914 de primer fondo para la *Antología* de Rucabado y Farrán. Páginas sobre Cohen, Eucken, Royce, estudian esos filósofos contemporáneos; Croce es saludado con especial simpatía. Una glosa sobre las doctrinas del matemático Hilbert parece el producto de una bien ganada apuesta para dar noticia, con un máximo de claridad, de las cosas más técnicamente oscuras.—Una glosa, «Europa», dedicada a Ramiro de Maeztu, proporciona una definición concreta de la europeidad, que podrá recordarse en 1914, cuando la tragedia de la Gran Guerra.— En Diciembre se habla de las tentativas de resucitar el grabado al boj, de las teorías económicas de Henri George y de la aforística de Joubert. Se prepara la primera edición, en volumen, de «*La Ben Plantada*». El *bon-à-tirer* de este libro lo da Eugenio d'Ors junto al lecho de muerte de Juan Maragall.

AMBIENTE.—Cosas no muy sanas nos provienen del extinto siglo XIX. Una de ellas es la palabra «ambiente»; otra, la noción de «ambiente».—Quiero decir, el abuso que de la palabra y de la noción se viene haciendo.

Muéstrame un pintor el paisaje que ha terminado. Está construído detestablemente. No hay en él ni planos, ni volúmenes, ni armonía de masas. El autor lo ha inundado todo de un turbio y pálido sentimiento.—«He querido, me dice, estudiar el ambiente...»—Y su mano derecha dibuja un gesto vago.

Me declara un joven amigo sus deseos de partir a tierra extranjera.—«Tengo necesidad de huir de este ambiente»—Y yo pienso que el día en que se halle en tierra extranjera, si demasiado fía en el ambiente, corre en peligro de regresar tal y como se fué. (Esto no va a ocurrir, pues el joven a que aludo es un novecentista de mérito... Pero cito la frase para que se vea lo que hay en ella de vicio mental.)

Nuevo ejemplo.—Trátase de una empresa colectiva que sería conveniente realizar sin demora. Pero el que ha de dirigirla expone sus dudas, y dice: «Será necesario preparar antes el ambiente...»—¡Como si el «ambiente» hubiese dado alguna vez cosa de provecho!...

Otros ejemplos.—Una Universidad popular. Un curso biográfico.—«Antes de hablar del personaje, bueno será hablar del ambiente de la época en que vivió».—¡No, digo yo! No... Del personaje ante todo! Que le vea todo el auditorio, toda la ciudad, si es posible. Que se le vea bien, que se le vea de cuerpo entero, con su cabeza, sus barbas, con su carne de genio y de dolor.

Un estudiante «listo». Examen. Lección 28. «Con-

quistas de Carlomagno.» ¡Diablo! ¡Qué mal recuerdo esta lección!... ¿Qué vas a hacer, mi pobre Pedro?— Veamos. (Voy a distraer el tribunal.) «Antes de entrar en el estudio, en el estudio..., en el estudio de las conquistas de Carlomagno, daremos una idea general, una idea general del período, del período tormentoso, que por entonces atravesaron las naciones europeas que se peparaban, que se preparaban..., que se preparaban a la civilización medioeval. Las características de esta civilización eran: una fe ardiente, una fe ardiente, una fe ardiente...» (Si esta exposición de ambiente puede prolongarse cinco minutos, se ha salvado la situación.)

Hace ya tiempo que declaramos la guerra a la palabra y a la noción de «naturaleza». No estamos descontentos del resultado de la campaña. Quizás ha llegado la hora de que hagamos lo propio con este desventurado «ambiente» tras el cual se esconde tanta vaguedad, tanta confusión, tanto sentimentalismo, tanta irresponsabilidad, tanta pereza, tanto desorden de los espíritus.

(*Roma.*)

WANDA LANDOWSKA.

«On ne sait pas tout ce qu'il y a dans un menuet.»

(Un *Marcel*, citado por W. Landowska.)

Gentes hay que, bajo la denominación de «maravillas de la Ciencia» o «maravillas de la Naturaleza»— indistintamente—, designan fenómenos tales como las cataratas del Niágara o los millones de kilómetros que nos separan de las estrellas. Me guardaré

bien de negar que de tal modo puede proporcionarse a cierto número de personas honestas la emoción de lo sublime. En cuanto a mí, hallo solamente sublimidad en lo normal, en las cosas corrientes y tranquilas. Y acercándome al abuelo Spinoza, lo que me parece «divino» es que los ángulos de un triángulo valgan siempre dos rectos. Quiero creer que al derramar tanto líquido del Niágara y al separarnos tanto de las estrellas, la realidad se muestra genial. Pero al establecer que los triángulos tengan constantemente esta tan profunda y delicada armonía, la realidad se nos presenta dotada de buen gusto. Y ya dijimos que la razón de la superioridad entre el Genio y el Gusto era la clave de toda la cuestión del Clasicismo y del Romanticismo. Éste vota a favor del Genio—aun a riesgo de dejarse engañar por los simulacros de genio.—Por el contrario, el Clasicismo profesa inquebrantable culto al Gusto; y quizás el gusto no sea más que el genio socializado, el genio vuelto humano y civil.

Wanda Landowska es, tal vez, el concertista más clásico de nuestros días, puesto que su arte es la exaltación del Gusto, puesto que su obra, desde la ejecución de un pequeño minué hasta los bellos libros sobre música antigua, afirma siempre aquel sentido de sociabilidad, así como el de continuidad y de veneración a las más puras tradiciones. Si ser romántico quiere decir estar poseído del delirio de los comienzos absolutos, ser clásico significa incorporar al propio trabajo el esfuerzo acumulado por las generaciones pasadas. Wanda Landowska nos demuestra magníficamente que la música antigua es algo sublime por ser algo normal. Su lección cífrase en probarnos que los autores llamados primitivos no fueron precisamente ingenuos. Tal vez los verdaderos ingenuos sean los Strauss de hoy... «Tanto candor hay, exactamente—ha escrito ella—, en las piezas

de Courperin, como en los cuentos de Voltaire.»

En una glosa anterior—circunstancias meramente anecdóticas lo exigían—se han asociado los nombres de Rodin y de Wanda Landowska; añadiéndose que la lección de Wanda Landowska era perfectamente contraria a la de Rodin. Rodin es un romántico; su arte es un delirio de genio y un recomenzar; Wanda Landowska es clásica; su arte es un prodigio de gusto y una continuación.

... Lamento nada más que esta vez, en los conciertos del «Orfeó», la artista nos haya dado algún intermedio romántico...—Pasemos por Chopín, de quien se nos dice estaba imbuído de Mozart; y seamos indulgentes ante el patriotismo de una artista polonesa. Pero, ¿por qué Wagner? Y sobre todo, ¿por qué Berlioz-Liszt?...—El eclecticismo representa siempre una debilidad. Para dar a los hombres una profunda lección, es necesario tener el supremo valor de ser sistemático. Ser sistemático con un poco de ironía: he aquí la fórmula del Buen Gusto.—¿No hubiera valido más excluir, limitarse? ¿No hubiera valido más continuar diciéndonos—olvidando todo lo demás—aquellas profundidades armoniosas de los viejos maestros, que recuerdan el valor de los ángulos de un triángulo—aquel «todo», aquel «todo» significativo y misterioso que, según Marcel, el coreógrafo setecentista, hay en un minué?

(*Barcelona.*)

NECROLOGÍA.

(*Después de unos temporales en la costa catalana.*)

... Era alto, cuadrado, con una figura rica en superficies planas. En la cabeza, los cabellos en cepillo di-

bujaban una especie de terraplén. Las dos espaldas parecían también dos terrazas a cada lado del cuello. Ancho y poderoso era el pecho, pero vertical. De los pies habríais dicho, no que pisaban el suelo, sino que se extendían sobre él: Semejaba que el hombre aquel fuese de madera. Pero había sido parido en dolor.

Era un silencioso. Y las pocas palabras que pronunciaba tenían poco sentido. Sus ojos, en efecto, miraban siempre más allá de las palabras que pronunciaba. Tras aquellos ojos se movían pesadamente tres o cuatro ideas federativas y republicanas. Pero ni de eso hablaba nunca tampoco.

Era valiente: y no había memoria de que hubiese nunca retrocedido en algún trance de temor. Y era trabajador: no había tampoco memoria de que la fatiga le hubiese rendido. Le gustaba trabajar de noche, completamente solo, solos él y la noche. Cuando regresaba de su dura faena de pescador reunía a sus dos hijos, un muchachón llamado Baldomero y un mozalbete que se llama Recaredo, y enlazándolos a ambos por la cintura y cruzando los brazos, paseábase un rato así, con los dos hijos colgados. Después, los tres se sentaban junto a la playa, y él, con cada una de sus manos, acariciaba la cabeza de los muchachos, sin decir palabra, siempre silencioso. Y aquello era amor.

Eramos amigos él y yo. Yo le había visto desnudo. Completamente desnudo, ¡oh maravilla!, su cuerpo era extrañamente blanco y se ennoblecía prodigiosamente. Parecía, no ya un caballero, sino un ángel. Un ángel viril, como aquellos que pintaban los viejos maestros.

También ahora debe estar desnudo, allá, quién sabe dónde, perdido en el gran cementerio sin tumbas.

(*Argentona.*)

DE LOS PRERRAFAELITAS.—He tenido ocasión de ver de cerca y en abundancia, y he podido examinar a mi antojo, obras pictóricas de prerrafaelitas ingleses. Y me he convencido de que los prerrafaelitas eran gentes de grandes y muchas cualidades. Quizás les faltaba la cualidad de ser pintores.

¿Cómo lo diré?... Con todas sus innegables cualidades, me son soberanamente antipáticos. Creo, después de todo, que hubiera podido entenderme perfectamente con un antecesor de Rafael, con un prerrafaelita auténtico, con el Perugino, por ejemplo. Pero con Burne Jones o con Dante Gabriel Rossetti, no. Y menos aún con Ruskin, su maestro, uno de los que mejor han enseñado a las mediocridades el lenguaje de las selecciones, en vez de enseñar a las selecciones el lenguaje de los dioses.

Los dioses no bendijeron la obra de los prerrafaelitas, porque en ellos había más afectación que bondad. Un Perugino pudo ser minucioso, por cuanto amaba sinceramente «las cosas»; pero un Rossetti no tenía derecho a serlo, por cuanto no amaba en realidad «las cosas», sino «sus efectos». El amor «al efecto» de las cosas es lo que caracteriza la decadencia espiritual del Ochocientos. De ahí el impresionismo, lo mejor que el siglo produjo en pintura, pues era lo que más francamente traducía su íntimo e ideal deseo. El prerrafaelitismo inglés no tradujo ese ideal, pero pretendió disimularlo. De ahí su debilidad, de ahí su exigüidad y pobreza.

No se olvide, además, que Rafael era Rafael.

(*Ginebra*.)

EL MUNDO INTERIOR.—El «mundo interior» fué descubierto en Escocia por un ayo de colegio, solitario, ingenioso y meditabundo, que se llamaba Berkeley.—Antes ya, la existencia de ese mundo había sido invocada con estrépito por aquel fraile regañón y agitadísimo que se llamó Lutero. Pero si Lutero fué el Colón de América tan ideal, a Berkeley le podemos llamar el Vespucio de la misma; es decir, el que se aprovechó de la cosa descubierta y le dió nombre.

Como, a fuer de mortales tristes, somos de condición maniática, las invenciones de cierto orden, apenas adquirimos alguna conciencia de las mismas, ya nos suben a las barbas, nos embrutecen y nos desasosiegan.—La vida del último cuarto del siglo XIX ha sido, de esta suerte, envenenada, por haberse popularizado el hecho de que existían, invisibles y misteriosos, microbios traidores, culpables de la inmensa mayoría de las dolencias que diezman la pobre humanidad. También la totalidad de aquel siglo fué envenenada por la invención de Berkeley, que Kant llevó a sus últimas consecuencias y lanzó a las disputas de los hombres, como germen y núcleo de toda una manera de pensar y de toda una manera de proceder.

Nadie hubo entonces que dejara de sentir dentro de sí un «mundo interior», como el dispéptico siente que posee estómago o el cardíaco, corazón. Viciáronse en esto, al principio, las clases leídas y acomodadas. Hacia 1830 la enfermedad se generalizó singularmente y llegó a ser señal y condición de elegancia. La introducción de las carreras de caballos en el continente y la consiguiente formación de clubs deportivos, detuvo un tanto los progresos de la epidemia.—Retrasó esos progresos, pero no hizo retroceder la enfer-

medad. Ésta se complicó, a vuelta de algunos años, con nueva virulencia, con la agravante de diezmar a todas las clases sociales, hasta a las más laboriosas (las cuales, naturalmente, bajo su influencia, dejaban de serlo). Todos tuvieron entonces su «mundo interior» metido en el cuerpo, de la misma manera que todos podían mostrar en los brazos la blanca cicatriz de la vacuna. Hacia el año 1890, y bajo la influencia de Paul Bourget y de otros autores y «autoresas» del tipo llamado «sicológico», la existencia del «mundo interior» provocó infinidad de adulterios, llegando a infestar hasta las más lejanas subprefecturas. Fué en aquel entonces cuando se ensayó—*«¡horresco referens!»*—un teatro del «mundo interior», cuyos elementos consistían en puertas que se abrían solas y en princesas pálidas—generalmente en número de siete...—Hoy mismo, la América de Berkeley se halla tenazmente explotada por un cuarterón de frailes y curas, desobedientes a sus obispos y disconformes con las espinas del celibato, y a quienes por nombre se ha llamado los «modernistas». Mucho me temo que en este «mundo interior» haya, al menos, aquella parte de engaño, de debilidad, de excusa y de inmoralidad, en fin, que hemos hallado en otras fórmulas modernas, como, por ejemplo, en el «ambiente»... Y para decirlo todo, sospecho que la América de Berkeley no sea tal América, sino una Atlántida, un continente fabuloso o una ciudad, como aquella de la leyenda bretona, engullida en el mar, y cuyas campanas oyen vagamente los marineros.—¿Un mundo interior? ¿Un mundo interior en el hombre—*en el hombre que trabaja y que juega?*...—Vayamos a cuentas. ¿Quién se siente el estómago? Ya se sabe: el enfermo del estómago. ¿Quién se acuerda de que tiene corazón? Ya se sabe: el enfermo de corazón. ¿No se podrá creer, acaso, y por analogía, que el conocimiento de la vida interior proviene de una enfermedad espiritual—o de

la lectura—; es decir, que tenga unas veces origen patológico y otras veces origen libresco?—Alguna vez se ha definido en este *Glosari* el espíritu como una plenitud funcional que comprende también el cuerpo, una parte «arbitrada» de la cultura y aun la labor que el hombre que trabaja tiene entre manos... Por consigüiente, ¿cómo me va a parecer bien esta mutilación, este ascetismo que significa la concepción del «mundo interior», en la que quiere fundarse una falsa aristocracia anímica?—Joven amigo, yo te aseguro que no hay más vida interior que la que tú mismo pongas en la obra que ejecutas con tus propias manos o en el juego que bailen tus propios pies. Es el trabajo, es la obra y no la abstención y el ascetismo lo que aristocratiza a los espíritus.—El verdadero «mundo interior» de Miguel Angel no está en su hipocondría, que fué su enfermedad y le aisló de los hombres, sino en sus estatuas, que fueron su salud y lo devolvieron a la sociedad de los hombres...—«Vivir es estar profundamente solo», decía Hebbel (otro enfermo de «vida interior»). Yo, por el contrario, clamo: ¡Vivir es estar profundamente acompañado! (profundamente, no superficialmente).

Un hombre en perfecto estado de salud no se dará cuenta de su estómago, ni de su corazón, ni de sus pulmones. Un hombre en perfecto estado de salud moral no se dará cuenta de que pueda tener una vida independiente de la del cuerpo.—Alma sana sería aquella que, al llegar la hora de la muerte, y al dejar la carnal envoltura, se sorprendiera grandemente de su propia inmortalidad.

(*Ginebra.*)

SUR LES POINTES.—Les duele a las bailarinas de París, con «la divina» Zambelli a la cabeza, que el favor del público haya dado en exaltar a los danzantes rusos, y en especial a Nyjiski, artista del brinco prodigioso. Mucho placen éstos al Glosador. No de esta primavera, ni de la pasada, es él devoto de arte de tan agudo estetismo, arte suntuoso, gozo y fiesta del mirar. Pero tampoco ha dejado de señalar alguna vez el peligro que significa una bárbara novedad así, para las más puras tradiciones, en el capítulo de la Danza. Y en el pleito teórico entre Zambelli y Nyjiski, le parece a él que es *la divina* quien lleva razón.

La danza, según su clásico sentido estricto, ha de ser arte numeral, arte matemático, no de imitación. Íntimamente religiosa, tendría la danza que conservar su carácter ritual y no descender a la representación de las pasiones. Algo ha de encerrar siempre de arcano y esotérico: muy distintamente lo tienen que entender el gentil y el iniciado. Y, sin perjuicio de que plazca a los sentidos —antes al contrario, por razón de que les place, noblemente y sin domesticidad— debe contentar a la inteligencia y, sobre todo, a aquella traducción efectiva de la inteligencia que el mismo William James, tan poco *griego*, sin embargo, tuvo que llamar un día «el sentimiento de la racionalidad».

Halagar con demasía a los ojos, halagarlos sin cura de proporción y de economía sabia, rendirlos al halago, señal de orientalismo es, que a la fina tradición de Europa acabará por repugnar. Nos gusta repetir que esta Europa nuestra nació aquel día en que Pitágoras, por haber descubierto, bajo el aire claro de Sicilia, un teorema que se demostraba por el absurdo, corrió sobrecogido, por la emoción del descubrimiento,

a sacrificar un buey a los dioses. En aquel día y hora la geometría se emancipaba de los sentidos. Igualmente emancipada de los sentidos ha sido, es y debe permanecer la danza.

Y la Zambelli, pitagórica sin saberlo, haría bien en protestar, no sólo contra las tendencias que encarnan en Nyjiski, sino contra lo que representa Rita Sacchetto y las que llevan a Isidora Duncan a confundir «helenismo» y «clasicismo», bailando «bailes griegos», que nunca serán «danzas clásicas».

(*Les Marecottes.*)

OFFENBACH.—El Kuntstheater de Berlín, que actualmente dirige Max Reinhard, no solamente representa, en sus temporadas muniquesas, obras de Sófocles y de Shakespeare, sino que resucita las operetas de Offenbach. El Teatro de Arte de Berlín hace bien. Offenbach fué también griego a su manera, y no es culpa suya si su género floreció en tiempos de Napoleón el Chico. En el purgatorio de los autores zumbones, la posteridad le puede ofrecer, no demasiado indignamente, un lugar de honor al lado de Aristófanes.

Dos géneros de parodia conocemos: la que se hace con espíritu mezquino y la que está inspirada por un espíritu magnánimo, es decir, venerador. El primer género es una variedad del «regateo». El segundo, una manifestación de «homenaje». Aunque yo creyera a ciegas en los dioses del Olimpo, la «Bella Helena» no me escandalizaría. Más bien me escandalizaría ante los acomodamientos pedantes del gárrulo y vacuísimo Cicerón. Puedo oír y contemplar sin sobresalto el «Orfeo en los Infiernos». Pero el «Orfeo» del judío Salomón Reinach me crispa y me subleva.

La crítica del mundo tradicional tuvo en el siglo XVIII dos órganos: Voltaire y Rousseau. Voltaire ejerció esa crítica con espíritu de aristócrata, Rousseau con espíritu de lacayo. (Rousseau es, en esencia, un lacayo.) El escepticismo del siglo XIX no ha sido volteriano, sino rousseauniano. Alguna ventaja hallaríamos en que hubiese sido al revés.

Y ¿fué rousseauniano todo él, completamente?—No, en verdad. Hay excepciones. Sí, las hay, y Offenbach puede contarse entre ellas. Por eso debemos colocarlo más cerca de Mozart de lo que acaso parezca a primera vista. Convengo en que se hallaba en lugar adecuado en las cercanías de Mabille. Pero en la amable capital bávara, no lejos de Bayreuth, también se encontrará como en su propia casa.

(*Les Marecottes.*)

LA LÓGICA DE LA DELIBERACIÓN.—He aquí unas doscientas personas reunidas en concilio popular. Trátase de resolver una cuestión política. Uno de los asistentes expone su punto de vista. Otro, un punto de vista opuesto.

Se ventila una cuestión, no sólo práctica, urgente. Es necesario tomar una decisión. Ahora bien: para estudiar y aquilatar cada una de las razones presentadas por los dos adversarios, habría necesidad de tiempo, de mucho tiempo. Pero el tiempo de que se dispone es escasísimo, unos minutos, media hora a lo sumo. Con el examen solamente del contenido ideal de una de las palabras que en la reunión se han pronunciado, esa media hora transcurriría sin sentir. Y ¿cómo se van a guiar los deliberantes, si no pueden analizar las razones y, menos aún, las palabras? Sencillamente, por el tono de la voz.

Vence el que posee una voz alta, clara, pastosa, vibrante, bien entonada, viril.—Las democracias son el imperio de los barítonos.

(*París.*)

ELOGIO DEL OLVIDO.—Cosa corriente era considerar y estudiar la memoria como una potencia, el olvido como el efecto de una impotencia para recordar. Los psicólogos de última hora se niegan a continuar viendo las cosas así. Según ellos, también es el olvido «una actividad», algo biológicamente positivo, con misión vital perfectamente determinada y de clara utilidad. Por razón de la inercia, todas las imágenes de los acontecimientos se depositarían, sin distinción ni jerarquía, en nuestra memoria, y el resultado de ello sería una carga excesiva, una confusión y la imposibilidad, para el espíritu, de progresar y aun de mantenerse. Por fortuna, antes de que tal suceda, entra en juego una potencia eliminatoria, mejor dicho, una potencia de selección. Esta potencia es el olvido. El olvido representa una energía, y una energía a la que puede aplicarse, y de hecho se aplica, la voluntad...—Antes de que los sabios nos explicaran los resultados de sus experiencias sobre este asunto, ya todos sabíamos perfectamente lo que entre los hombres significa pasarse la mano por la frente.

Para que el espíritu viva una vida regular, para que las sensaciones, las percepciones, las ideas, los sentimientos, las voliciones se coordinen útilmente a la supervivencia, es necesaria la desaparición, más o menos completa, de una parte de los acontecimientos psíquicos que en nosotros se producen. Si se conservaran todas nuestras percepciones, no podríamos adquirir ninguna percepción nueva. Si todas nuestras

emociones sobrevivieran con la misma intensidad, el pensamiento lógico sería imposible. Una memoria demasiado fiel sería un obstáculo para pensar. El olvido, ha dicho Renda en un reciente libro, ensancha la vida; para que la abstracción se produzca, es necesario cierto olvido. Según Höffding, la acción de olvidar es ineludible para la formación de la personalidad.

Añadamos que el proceso de selección que el olvido representa es el origen psicológico de lo que en la producción artística se denomina «el gusto». Muchas veces he insistido en que gusto, clasicismo, más aún que limitación, significaban fuerza. Su *ne quid nimis* traduce una energía vital; la que desechando, barriendo, olvidando lo ocioso, no solamente deja subsistir lo esencial, sino que permite que lo esencial crezca y adelante. El gran pecado del naturalismo literario consistió en no comprender esto.

Ayer, mientras declinaba la tarde, en un tren que corría a la vera del mar, conversaban un poeta y un estudiante sobre temas de literatura. Los giros de su égloga trajéronles a tratar de los hermanos Goncourt.

—¿Cual será la causa—dijeron a un tiempo el poeta y el estudiante—de la rápida caducidad de esos autores, que hoy apenas podemos leer y cuyo estilo se nos indigesta?...—Esta glosa en elogio del olvido acabará declarando tal causa: los Goncourt, en efecto, sufrieron toda la vida y en toda su producción de una enfermedad trágica. Sufrieron de ***una incapacidad de olvidar.***

(Deauville.)

JULIUS BAHNSEN, O DE LA PRIORIDAD EN EL LENGUAJE. — Publícanse actualmente los papeles de un original filósofo-filólogo alemán, muerto años ha, pero cuyas ideas, mientras vivió, no adquirieron el crédito que merecían. Y en verdad que algunas de ellas admiran por su novedad y por su profundidad. Por lo menos, merece ser conocido y discutido con calma su concepto psicológico del lenguaje, como primera manifestación de la actividad del espíritu.

Sostiene Julius Bahnsen, pues tal es el nombre del agudo pensador, que el lenguaje es, en el hombre, no sólo anterior al trabajo de ideación, como ya se había afirmado, sino anterior también a la misma sensación. Sensación e ideación no representan, según Bahnsen, sino dos ramas divergentes, separadas de un mismo tronco, común y primitivo: el lenguaje; el cual ya era al principio, como ha seguido siendo siempre, ideación y sensación a un mismo tiempo.

Pero importa que esas dos ramas no se separen demasiado de su origen y que comprueben continuamente sus adquisiciones. Partiendo de aquí, Bahnsen intenta una curiosa revisión, a la luz del lenguaje, de diversos conceptos filosóficos, revisión que tiene ya sus precedentes en la escuela escocesa y aun en la episódica escuela catalana, que siguió el rumbo de aquélla; pero nadie había llevado a término tal revisión con tanta seguridad y audacia como las que prestan a nuestro filólogo sus tesis fundamentales. Ejemplo culminante de esta revisión es la inopia fragante en que halla a los filósofos del «devenir», los cuales convierten al «Werden» en algo más que un dios.—«¡Vuestro «Werden», vuestro «Werden»!, exclama.—¡Ved en qué convierte el lenguaje a vuestro

«Werden»! ¡Se sirve de él como de un sencillo verbo auxiliar!...»

Sospecho que ya habían caído en ello algunos pensadores; pero nadie se había atrevido a autorizarse de esa reflexión, pues se creía que en esto era el lenguaje quien estaba en error. Bahnsen piensa, por el contrario, que el lenguaje, por su prioridad respecto a las demás actividades psíquicas, está siempre en lo justo. La teoría de Bahnsen puede dar alcance nuevo y singular a una frase de de Mariano Aguiló que en nuestro país se ha repetido mucho, con significación mucho más modesta, claro está. Dice esta frase: «*Contra la llengua no hi há raó.*»

(*Deauville.*)

AL SALIR DEL TEATRO.—Tan mal sabor de boca acostumbran a dejarnos las veladas que pasamos en nuestros teatros, que nos es necesario intentar disiparlo pensando en cosas espirituales, muy espirituales, que se relacionen con el teatro y su historia.

Racine, educado por Pierre Nicole: he aquí un tema a propósito para ser meditado. Marsan, que vanidosamente se llama a sí mismo «ex legislador», al escribir en pleno fervor napoleónico la vida de Pierre Nicole, dice: «El primer título por el que se hace acreedor al agradecimiento de la posteridad, es el de haber educado a Racine». De esta manera la obra maestra del filósofo florecía en el teatro por intermedio del poeta.

Y si la obra de Racine, el poeta dulcísimo, fué obra fuerte, se debe a que su educación había sido austera. Nicole debió inculcarle máximas tales como las que hallamos en las antologías de «Pensamientos» extraídos de sus voluminosos «*Essais de Morale*».

Máximas como esta: «Todo lo que es espectáculo es también pasión; los sentimientos ordinarios y moderados no atraen; a los sentidos les seduce solamente lo exterior; pero el alma se halla sujeta por la parte en que radica su corrupción sensible». («*Du danger des spectacles*».) O como esta otra: «En la mayoría de las comedias y novelas, si bien se mira, poca cosa se hallará que no sean pasiones viciosas, hermoseadas y pintadas siempre con ciertos colores que las tornan agradables a los ojos del vulgo». («*Des romans*».) O como esta otra, también: «Dos maneras hay de abandonarse a los placeres: una brutal, otra filosófica; una completamente sensual, otra razonable, aunque llena de corrupción y desarreglada». («*Des plaisirs*»)... Estas máximas de Nicole no me satisfacen completamente, lo confieso. Pero sí, me satisfacen las máximas de Nicole cuando ya nos llegan a través de Racine.

En la paz o armisticio que se realizaba entre las tendencias de su temperamento poético y las máximas de su educación de carácter, halla Racine una armonía que es la característica de su arte, un vigilante intelectualismo y una elegancia a cambio de los cuales puede consentirse la pintura de las pasiones. Esto era nuevo en el teatro. Es viva lástima que hoy esto sea viejo.

El peor mal del teatro contemporáneo—mal radical—, *es su excesivo sensualismo*. De él no escapan—y, en realidad, escapan menos que otras obras—ciertas tentativas de teatro moralizador, el de Tolstoï, por ejemplo. Pero a cambio solamente de una restauración de los valores intelectuales en el teatro, a cambio solamente de un predominio de la razón—que no es lo mismo que un predominio de «las ideas»—y del ritmo—que no siempre quiere decir el verso—puede esperarse que no nos quede mal sabor de boca después de una velada dramática: sólo así los espíritus delica-

dos saldrán del teatro libres de toda zozobra y el público entero sin tempestades en el corazón, sino, por el contrario, con ánimo sereno y elevado.

(*Paris.*)

EL CASO DE MONSEÑOR DUCHESNE. — Los rigores de la censura ortodoxa sobre los libros de Monseñor Duchesne a nadie pueden sorprender. En el alma de este docto historiador reviven varios aspectos del alma de Voltaire—y su formidable talento es sólo uno de ellos—. Tanto en Voltaire, como en Monseñor Duchesne, no es quizás lo peor lo que dicen, sino la manera como lo dicen, demostrando extraña complacencia, tal vez sádica, en *ajar*. Tales espíritus denomínanse, en Francia, «*des flétrisseurs*». Pisotean con metódica furia la piadosa e inocente vegetación, dejando bajo sus plantas tan yerma y desolada la tierra que, por donde han pasado, la yerba no vuelve a crecer jamás.

Hay en esto algo poco simpático, sobre todo porque en ello *hay algo senil*. Se pretende ser objetivo y, en el fondo, se es extremadamente lírico; se cree servir a la ciencia, cuando, en realidad, se sirve al propio temperamento. El rasgo característico de la ciencia, tanto si se refiere a la historia como a la naturaleza, consiste en que adopta una actitud «irónica» consigo misma; es decir, en que siempre deja vasto margen a la sospecha de futuras rectificaciones. De este modo, la verdadera ciencia no marchitará nunca ningún valor eminente de la vida. La gran malicia crítica, pues, se resuelve, no en ciencia, sino en una gran ingenuidad. Ya he dicho alguna vez que el escepticismo es una segunda ingenuidad, del mismo modo que la extrema vejez es una segunda infancia.

¿Recordáis, acaso, aquel suceso de las conchas fósiles, en el que Voltaire vino a contradecir, por exceso de malicia, una insigne adivinación científica debida a la poderosa fuerza de observación de Bernardo Palissy? El artesano inventor había notado súbita y claramente el carácter fósil de ciertas conchas halladas, con gran admiración, entre peñas y riscos de elevadísimas montañas. Antes ya, Leonardo creyó lo mismo; Leonardo, profeta en Geología, como en tantas otras ciencias. Con sus alabanzas, Buffon, Fontanelle y Cuvier rindieron más tarde homenaje a la intuición del humilde alfarero. En este conjunto armónico, hubo una sola nota discordante que zahirió al pobre inventor: fué la voz agria de M. de Voltaire. Según Voltaire, no se trataba de fósiles, sino de simples conchas desprendidas de las capas de los peregrinos que, procedentes de Siria, de Egipto, de Grecia y aun de Polonia y de Austria, habían hecho el camino de Roma a Santiago de Galicia pasando por el Mont-Cenis...

... Mucho me temo que en ese su sapientísimo andar por la Historia de la Iglesia antigua, Monseñor Duchesne haya encontrado algunas conchas de peregrinos.

(París.)

PRECISEMOS. — Culpábamos a Voltaire, en el «*Glosari*», no sólo de haber oscurecido con su malicia exagerada la luz de genial intuición que venía de Leonardo y de Palissy sobre ciertas conchas fósiles, sino de haber creído que tales conchas procedían sencillamente de las capas de los peregrinos. Esta última opinión se le atribuía, quizás, de una manera demasiado absoluta. Para ser completamente

justos, debemos precisar algo más. No holgará que extractemos aquí la aclaración que dos años atrás hicimos al corregir, conociendo mejor los textos voltairianos, una cita de Anatole France.

En su papel de erudito «cartista», Anatole France ha dormitado un poco, como dormitó padre Homero, al afirmar, en el prólogo de la edición Charavay, de los escritos palisinos: «*Recette veritable*» «*Discours admirables*», y «*Devis d'une grotte*», que aquella ridícula opinión fué la única que profesó Voltaire. Pues si bien es cierto que en el estudio «*Des singularités de la Nature*», y en su capítulo XII, que Voltaire intitula jocosamente «*Des coquilles et des systhémes bâtis sur des coquilles*», explica en detalle la teoría de los peregrinos, esto lo hace solamente como hipótesis alternativa y a elegir entre otra hipótesis, según la cual, las conchas de Saint-Cenis procedían de los lagos próximos (Vol. V., p. 813, de las «*Œuvres completes*», de Voltaire, edit. F. Didot). Y hay que tener también en cuenta que en el «pamflet», «La defense de mon oncle», capítulo XIX, «sobre las montañas y las conchas», el fingido sobrino del abate Bazin declara que, si en otro tiempo su tío afirmaba que las conchas halladas en la montaña procedían de los peregrinos que regresaban de Jerusalén, eso era una salida de tono, un chiste «*d'un ton un peu goguenard*» (Vol. V., p. 116, edit. citada).

Resulta de todos modos que el crítico, por su complacencia en marchitarlo todo, se volvía de espaldas a la verdad, hallada por un hombre fervoroso y de buena fe. También resulta, de todos modos, que la ciencia no debe nunca abandonar la actitud de ironía consigo misma. Y esto, en su propio interés. Pero será necesario, al atribuirle una culpa, no llevarla nunca más allá de los estrictos límites de la justicia. Y esta justicia exige, si le queremos ser fieles, que después

de haber consignado un error de Voltaire, amparemos al propio Voltaire contra otro error de Anatole France.

(*París.*)

XENIUS A SU PLUMA.—Pluma, mi pluma, única compañera en las batallas, espada y escudo, pluma fiel, pluma experta, sumisa y buena servidora... He entrado a oscuras en mi cuarto. Tú estabas sobre la mesa, en tu sitio; y la mano, avezada, te ha sabido encontrar en seguida. Entonces, los dedos te han tomado amorosamente y te acariciaban en la oscuridad... Fuera, el mundo está silencioso. Cerca, la casa está tranquila... ¿A quién le contaría este fiero orgullo y este anhelo, esta delicia de la victoria y del tormento, sino a la buena y antigua camarada? Pluma, mi dulce esclavitud, mi libertad, mi tesoro, mi vida; dócil pluma, a las vibraciones de la mente, resistente y rígida, para no servir a sus desórdenes; libre pluma, no torcida nunca, pluma «*sans peur et sans reproche*»; ardiente por el deseo de eficacia, reposada por el sentido de la medida. ¡Qué viaje y qué aventuras juntos, pluma mía! ¡Cuántos recuerdos comunes, que sólo conocemos tú y yo! ¡Cuántos secretos y confidencias entre nosotros! ¡Cuántas ocasiones en que tú has detenido mi ira y su impulso malo en el camino largo y delicado de tu cuerpo esbelto! ¡Cuántas veces, al contrario, has sostenido mi fatiga, mi desaliento, y has sabido tornar en fuerza la fatiga que te recogía como un bastón! Pronta a la obediencia, prudente en el consejo para mí, nunca perezosa ni fugitiva, yo te llamaría mi demonio familiar, sólo por miedo a la impiedad de llamarte mi ángel de la guarda. «*Plena de seny, dir-te que t'am no cal que se be*

prou que tu t'en tens per certa». Yo también me tengo por cierto, y nuestra amistad vieja es una seguridad pura... Ahora, sobre la mesa, abrazándote tiernamente en la oscuridad, séllanla una vez más, esta amistad nuestra, tú y mis dedos.

(*Barcelona.*)

1912

Los comienzos de 1912 señalan una seria crisis en la obra del Glosador. «*La Ben Plantada*» ha alcanzado *demasiado* éxito. Su influencia teórica no es vista con buenos ojos por ciertos sectores de la política; sus seis ediciones en tres meses han sacudido excesivamente el aire encalmado de la vida literaria catalana. Un incidente ruidoso se produce, con motivo del discurso en que un mantenedor extranjero de un concurso literario rindió homenaje a «la figura simbólica de Cataluña» en pasajes que los organizadores de la fiesta creyeron del caso suprimir. El rastro de este incidente es apenas perceptible en el *Glosari*, pero el crítico señalará la fecha como la última ocasión en que el autor del *Glosari* mantiene polémica personal con elementos de su país; a partir de este momento, ataques o censuras son genéricos siempre.—Ya antes que esto, en torno de una glosa donde se juzgaba sin demasiado respeto el carácter moral del Tratado de Tomás de Kempis, se había promovido alguna agitación y controversia; parece que alguna autoridad eclesiástica de Barcelona siguió ésta con gran atención.—Desde Mayo de 1912 ya no hay en el *Glosari* ataques personales sino contra figuras universales: El Greco, Tolstoi, Roosevelt, Clemenceau, Charpentier, etc. D'Annunzio, en cambio, es briosamente defendido contra la mediocridad, en el momento en que en su país recibía más ataques e injurias, con motivo de la provisión de la cátedra de Pascoli; el tema fundamental de este orden de combates es, en el *Glosari*, una especie de *leit-motiv*.—Un día propone Xenius a cada hombre de estudio que trata de adquirir conciencia de sí mismo, «a cada estudiante», la formación de lo que él llama un «calendario» platónico, revisando los grandes nombres de la cultura, a doble columna, de patronazgo o de aversión.—Personalmente para el autor tiene ya el carácter de «calendario platónico» la serie llamada «*Flos Sophorum*», por imitación al «*Flos Sanctorum*», antología de pequeñas escenas o rasgos característicos en la vida de los grandes sabios, culminando en meditaciones sobre la figura de Henri Poincaré, ejemplar arquetipo para el autor, y en una evocación de la rafaelesca «Escuela de Atenas».—Estas páginas están escritas en Holanda, a donde acude Euge-

nio d'Ors en ocasión de un *meeting* internacional de Educación moral, en que él colabora con un trabajo sobre la «Vindicación de la Memoria».—Pero la estación neerlandesa no se traduce en el *Glosari* sino por algunas páginas sobre Leyden, sobre el botánico Huch de Vries o sobre la cerámica de Delff.—El Arte es el asunto de muchas glosas largas, insertas un poco al margen del *Glosari*, en la «*Página Artística*» de «*La Veu*»: versan las principales sobre el Cubismo, el Estructuralismo, la pintura de Regoyos, la escultura de Mograbejo, los pintores franceses de última hora, las obras teóricas de Rodin y la imaginería popular de Epinal; muestra la documentación de estas últimas a Eugenio d'Ors en el aspecto, un poco insospechado, de *amateur* coleccionista; pero generalmente se trata de filosofía del Arte; el lema adoptado es una frase de Leibnitz: «Los artistas son numeradores inconscientes.»—Este mismo sentido domina las primeras investigaciones para una definición técnica de la Cultura.—La oposición entre Justicia y Cultura (tema, el año anterior, de la oración «Santa María de la Salute») es agitada en glosas sobre Proudhon, el Palladio, Augusto Strindberg y la correspondencia entre Goethe y Carlyle; también se examinan las relaciones entre la cultura y la erudición, en ocasión de la muerte de Menéndez y Pelayo; y sobre la cultura y el sentido dinámico, comentando la aparición, en «*La España Moderna*», de los primeros capítulos de «*El sentimiento trágico*» de Miguel de Unamuno.—Una actitud típicamente aristocrática no es aquí obstáculo al apoyo de ciertos intereses e ideales de divulgación cultural; sorprendió a muchos en este tiempo que Eugenio d'Ors defendiese el «Esperanto», y, en general, se manifestase favorable a las tentativas de lengua internacional, entre las cuales son aludidas en el *Glosari* el «*Ido*», el «*latino sine flexione*», de Peano, y el ensayo de adopción convencional del latín.—También son ahora presentados en el *Glosari* los ensayos pedagógicos de María Montessori.—A algunos problemas sentimentales se da gran espacio y atención: en una serie sobre «Los problemas sentimentales de un hombre del Novecientos» y en una glosa, «La tragedia de la amistad en Cataluña», se encuentra la estirpe de las tesis ulteriormente establecidas en «*De la amistad y el diálogo*».—Investigaciones de carácter más filosófico son las contenidas en trabajos *contra* lo infinito, que por el mismo tiempo tienen traducción científica en una tesis doctoral, «Los argumentos de Zenón de Eléa y la noción moderna del Espacio-Tiempo»; actividades prácticas, los esfuerzos para traducir a obra académica, que pronto el éxito corona, la unificación de la ortografía catalana; diversiones de humor, los comentarios a un viejo tratado de cocina del catalán Robert de Nolla, «*coc del Rei de Nápols*».—Una serie sobre «*L'Home productor i l'Home ciutadà*» marca una primera versión orsiana de política sindicalista o gremial.—Por el mismo tiempo se constituye la Mancomunidad de Cataluña: la sitúan en la ideología algunas páginas definitorias.—A fines de año, las meditaciones son conducidas por

una enfermedad del autor; muy curiosas, algunas páginas alusivas] *«El Dolor»*, *«Quan l'intelligència torna»* y *«Kefir i roses»*, con el tema de la feminidad consoladora («la Oceànida», dirá Xenius, pensando en los comienzos del Prometeo de Esquilo) frecuente en el *Glosari* desde la *Galeria de catalanas*, de su primer año, hasta la «María» de *«La Vall de Josafat»*, pasando por la «Teresa» de *«La Ben Plantada»* y por la «Tellina» de *«Gualba, la de mil veus»*.—También es cantada «Nàusica», en una glosa larga, leída como oración introductoria al estreno póstumo de la tragedia de Maragall, la noche de Pascua.—La misma noche, en una *«Libació a Hermes»*, promulga Xenius: «Hay que amar la propia potencia, pero hay que amar también los propios límites»; y concluye: «Con mano segura y corazón tranquilo, ofrezco esta libación a Hermes, patrón de los límites, que los impone a mi corta riqueza y los impondrá a mi pobre vida.»—Otro brindis, el último día del año, es nominativamente ofrecido, con gran esfuerzo de memoria fraternal, a cada uno de cien catalanes ausentes de la tierra.—En los días anteriores, Xenius, en ocasión de una historia de las aspiraciones autonomistas en Europa, formada por una serie de conferencias en la Escuela de Altos Estudios sociales de París, dice, después de historiar y valorar estos movimientos: «En resumen, creo que el Nacionalismo es ya una cosa muerta en la conciencia contemporánea».—De *«Flos Sophorum»* ha aparecido una versión castellana, debida a Pedro Llerena (Barcelona, Seix & Barral, Hermanos, editores).

ANDRÉS GIDE Y LOS «NOUVEAUX PRETEXTES».—Es necesario leer los «Nouveax Pretextes» de Andrés Gide. Nada innovaré a los que están informados sobre la literatura francesa contemporánea diciéndoles que Andrés Gide es una de sus más interesantes figuras. Reúne dos cualidades que muy raramente hallamos juntas en un autor: es un escritor de gusto depurado y, a la vez, un ideólogo ardiente, lleno de curiosidad y aun diríamos de lascivia para las experiencias intelectuales. En tales condiciones, Gide había de ser fatalmente tachado de amigo de la paradoja. Y así ha sido, en efecto. Pero lo ha sido con injusticia, pues, en realidad, este fuerte escritor tiene sincero horror a lo paradojal; y si ataca a Remigio de Gourmont alguna vez, le ataca precisamente por su excesivo amor a lo paradojal; pues Gide considera la verdad como una «materia dura», y no como cosa flúida y cambiante.

En definitiva: todo cuanto en otro tiempo nos pudo parecer exagerado y *outrancier* en libros como aquel delicioso «*Promethée mal enchaîné*», con el que tanto nos holgáramos, hoy se ha afinado, pues los años no han pasado en balde, hoy se ha purificado, se ha ungido de seriedad. Después de haber elaborado el propio espíritu con concentrada obstinación, con obstinación protestante, hoy podemos llamarle sutil; de ningún modo frívolo ni diletante. Si Gide ama la «dificultad», eso no quiere decir que ame la «virtuosidad», sino que de la «dificultad» y de su vencimiento arrancá altos valores morales. También yo pienso así, y he dado a este principio varias aplicaciones; a las cuestiones ortográficas, por ejemplo.

Sí; debemos leer a Andrés Gide en sus «Nouveaux Pretextes»... Y debemos leerle, aunque sólo sea para

meditar la viril sentencia que voy a traducir, digna de un Blas Pascal en sus mejores horas. Dice así esta sentencia: «El arte nace de la coerción, se mueve en la lucha, muere de la libertad.»

(*Barcelona.*)

PROUDHON.—Varios amigos míos se aplican hoy leyendo a Proudhon, a quien no conocían todavía. Y al leerle hallan en él algo y mucho que les sorprende en extremo. Esto me complace, pues les había ya pronosticado tales sorpresas; y las había pronosticado recordando la frase aquella de Sorel: «Prouhon es el único gran escritor socialista que ha tenido Francia». Quizá sea por su misma grandeza y elevación que tanto le hayan olvidado los socialistas de boquilla, los socialistas de Escuela Normal y de Prefectura.

Esa opinión de Sorel, por otro lado, no debe diferir mucho de la de Menéndez y Pelayo. En la «Historia de las ideas estéticas», Proudhon es tratado como un verdadero príncipe del pensamiento. Y esto se debe a que, entre los furiosos ataques proudhonianos contra los valores artísticos y contra los valores de «civilidad» y de contemplación puras, hay una tan formidable fuerza de lógica y de carácter que es imposible resistirla y no sentirse por ella conmovido. ¡Por lo menos, he aquí un escritor coherente, claro y valiente! ¡Aquí está un hombre que, con toda sinceridad, sin avergonzarse, contra la causa de la Civilización abraza la causa de la Justicia, de lo que él se figura que es la Justicia, y según sus principios, cueste lo que cueste, formula sus particulares juicios! No todos los que se llaman correligionarios suyos son capaces de hacer lo mismo. Húbolos en Barcelona

que, después de la sangrienta semana de Julio, se creyeron en el deber, por no ser menos refinados que los refinados, de simular que lamentaban la desaparición de ciertos retablos góticos.

¿Cómo iba a detenerse aquel formidable Bárbaro ante un retablo gótico, si ni ante la Venus de Milo se había detenido? En el campo de la sociología y en el de la política, Proudhon repite siempre el mismo gesto terriblemente significativo, lleno de abrumadora sinceridad. Siempre, entre un jorobado y una Santa María della Salute, Proudhon se queda con el jorobado.—¡Oh, allí, allí, a la vera del pórtico de la iglesia marina y nacarada, en el dulce crepúsculo veneciano, allí me hubiera gustado hallar al cíclope del «Principio federativo» para discutir con él, y poder olvidar en seguida a tanto demócrata esteta como he conocido, a tanto liberal «bien entendido» que se escuda con su autoridad, a tantos paralogistas, acusadores sofísticos, y a tantos «Deslizadores», que esgrimen la sutileza como arma de acusación!... — ¡Con Proudhon, cómo nos hubiéramos entendido en seguida!—Nos hubiéramos pegado, nos hubiéramos matado, quizá; pero, eso sí, nos hubiéramos entendido.

(*Bilbao.*)

DESPUÉS DE VER LOS PROYECTOS DEL MONUMENTO A JACINTO VERDAGUER.— En Florencia, en un lugar céntrico de la ciudad, entre calles muy concurridas, entre tiendas, almacenes y tabernas, junto a un mercado rumoroso y sucio, con varias líneas de tranvías a su vera, se levanta una pequeña iglesia. El «Or San Michele» fué construído en el siglo XIV, en el mismo lugar que antes ocuparan el oratorio de «Santa María in Orto» y una lonja de

cereales. Si hoy el lugar es humilde, más lo era entonces, más siguió siéndolo todavía. La iglesia ocupaba los bajos; pero el primer piso, durante mucho tiempo, sirvió de almacén para los traficantes en granos. Otros gremios de la ciudad tuvieron derecho a utilizar el edificio. En el siglo xv pensaron los gremios que convenía ornar un tanto el exterior, para mejorar su aspecto, y con este fin encargaron varias estatuas, algunas de ellas a un artista de la localidad, conocido familiarmente por el diminutivo de su nombre. A eso debemos hoy (antes en el original, ahora en una copia en bronce) poder admirar en el «Or San Michele» una de las más puras obras maestras de las que pueda enorgullerce la Humanidad: el «San Jorge», de Donato di Nicollo di Berto Bardi, llamado Donatello.

... ¡Nosotros, en cambio, imaginamos siempre cosas tan colosales!

(Barcelona.)

HISTORIA NATURAL.—Los inquietantes efluvios de esta ambigua primavera han despertado en nuestro Octavio de Romeu añoranzas de viaje y de lejanías... Y como a menudo no sabe, o no quiere disimular tales añoranzas, sus amigos le amonestaban demostrándole que esos desfallecimientos estaban en pugna lógica con la canonización que él suele hacer de la cuotidianidad, del límite y de la disciplina.

Y esta fué la respuesta de Octavio de Romeu:

—Yo no estimo la obediencia, sino en aquel que es capaz de rebelión. No estimo la norma, sino en aquel que se abrasare en el fuego de su temperamento. Ni estimo la sabiduría, la cordura, el *«seny»*, sino en aquel que esconde en lo más profundo de su ser un

grano de sal de divina locura... De este modo, si no me agrada el lobo salvaje, tampoco me agrada el can servil. Mis preferencias son para el caballo, el admirable bruto, que, aun después de domesticado, se ha conservado violento y fogoso...

Y tras una corta pausa, añadió con voz muy queda:

—O para el gato, que ha conseguido ser el compañero del hombre, sin trabar con él lazo alguno de amistad.

(*Burdeos.*)

CUBISMO.—Y pues, ¿qué os figurabais? ¿Creíais, acaso, que el carnaval iba a durar siempre? *«¡Ah, la vie était belle, sous l'Empire!»*, suspiraban los pobres franceses en los comienzos de la tercera República, cuando la guerra había enlutado el país; cuando la *debâcle* le había humillado, y los millones pagados a Alemania, empobrecido; cuando la pequeña burguesía, que había escalado el poder, imponía en todas partes su sentido de austeridad y de economía; cuando la pedagogía julio-simoniana reemplazaba los can-canes de Mabille... ¡Ah, cuán bello era el arte, durante el impresionismo!, podemos decir nosotros. Indolencia y sensualidad: colores y voluptuosidades de color; fáciles sugestiones, imprecisiones amables, el ambiente que excusa toda debilidad de contorno; el juego de las apariencias, que sustituye la difícil labor constructiva; el subjetivismo versátil, antepuesto a la dura investigación del objetivo, y, con gran desprecio de la clásica madurez, de todo lo acabado y perfectamente realizado, el culto universal al instinto, a la improvisación, al esbozo, al boceto, a la *pochade*... Y la alegría, y el sol, y la dulce feminidad, y el desnudo equívoco, y el semidesnudo más

pecaminoso, llenándolo todo, desbordantes, espumeantes, durante un cuarto de siglo de arte y de exposiciones de arte...

Pues bien; ahora estamos en Cuaresma.—Para recobrar, en cuanto llegue la Pascua, el equilibrio, necesitamos haber pasado cuarenta días de ayuno, de penitencia, de abstención.—Si antes danzábamos en la farándula, justo es que ahora hagamos ejercicios espirituales.—¿Qué es el cubismo? Ya en otras ocasiones, y desde hace tiempo, en el *Glosari* y fuera del *Glosari* hemos estudiado este movimiento artístico en su detalle teórico...—Hoy diremos sintéticamente: El Cubismo son los ejercicios espirituales del Arte contemporáneo.

Así puede seguirse de él gran beneficio.—Sabéis ya lo que los penalistas dicen: «La pena constituye un bien, bien insustituíble para el criminal, y por él debe ser solicitada».—Análogamente, hoy el público debe solicitar el cubismo, su justísima pena.—Si el público y los criminales no están siempre a la altura de su obligación, no debe inculparse a los penalistas; tampoco debe inculpárseme a mí.

(Barcelona.)

LAPLACE ANDA POR LAS CALLES DE PARÍS.—Era Laplace hijo de un aldeano de Normandía. A los veinte años se marchó a París, con la cabeza llena de matemáticas, y teniendo como capital unas cartas de recomendación a D'Alembert. D'Alembert no le recibió.

Ahora, alma, meditarás sobre los pasos de desesperación de este hombre por las calles de París. Las calles son grises y hay muchas ventanas, y, detrás de cada ventana, es vivida aisladamente una peque-

ña vida. En invierno llueve, y la humedad se filtra a través de los zapatos de la pobre gente. También hay coches, que salpican de barro al pasar, y grandes palacios de puerta cerrada, que los pálidos matemáticos de veinte años no pueden hacer abrir. Luego hay la catacumba en que viven juntos los ensueños y las ambiciones con las decadencias miserables.

Laplace anda, pues, por las calles de París, llevando en el corazón la herida de la humillación tremenda. Hay que representarse lo que un hombre como D'Alembert significaba entonces. Filósofo y físico, árbitro de la política y de los salones, corresponsal de reyes y conversador ideal ante las damas: todo era posible alcanzarlo con su ayuda; ¿qué, sin ella, podía lograr el pobre estudiante? Anda, anda Laplace por las calles indiferentes de París.

De pronto se detiene. En su cabezota de terco normando ha nacido una resolución. Sube a su buhardilla, omnipotente: «Señor: he estado a visitaros y no me habéis recibido. Voy a exponeros, sin embargo, mis ideas sobre la mecánica». Y las exponía en una epístola dilatada. Al siguiente día, D'Alembert ya se ocupaba en su suerte. Pocos días después, Laplace era un protegido de Federico de Prusia, rey filósofo.

Porque había reyes filósofos entonces.

(*La Haya.*)

RUBÉN DARÍO. —Doblemente sagrado es hoy este hombre; lo es por su estro poético, don nativo y real, y por su inmensa sed de justicia, don imperial del destino.—Veinte años ha durado la incomprensión, la postergación despreciativa, la burla, y un día y otro, en Madrid y en toda la España provinciana, por toda la variedad de críticos mediocres,

de bajos *reporters*, de humoristas imbéciles, la cita como patrón de la extravagancia y de lo ridículo. Durante estos mismos veinte años claramente ha llegado a verse.—Rubén era el más grande lírico viviente de la lengua castellana. Aunque se obstinara en la locura, y rechazara el «*seny*», Rubén superaba a todos los demás, pues no había entonces en los demás divina locura, sino humana vanidad.

Si en horas más recientes muéstrase en la poesía castellana una renovación, de él proviene. Caso singularísimo, podría decirse, si por acaso en ella florece algún poeta que no tenga a Rubén por maestro. De la boca de este hombre brota la poesía como río que fertiliza campos inmensos.—Estos campos padecían de enorme sequía. ¿Hubo, acaso, alguna sibila que vaticinara el nacimiento de un niño que les volvería a la edad dorada?

El niño nació cuarenta y cinco años ha, y continúa niño como entonces. Un niño silencioso y distraído. No sabe de la vida, ni quiere saber de la vida, sino el chorro claro de poesía que a él le brota de los labios. Como un sonámbulo, ha dejado que el tiempo le corriera en viajes y trabajos, en libros y fugas, en misiones diplomáticas y editoriales, en símbolos y anécdotas. Él ha entornado los párpados, ha inclinado un poco la cabeza como el que se agacha un tanto, en el mar, cuando las olas violentas se le echan encima. O mejor aún: como la figura de una fuente, de una barroca fuente italiana...

Sí, con esta figura se presenta ahora a mi fantasía Rubén Darío: como la de un monstruo marino que figurara alegóricamente a América dentro de una complicada arquitectura de aguas y piedras, obra del maravilloso Bernini...

Recibe el monstruo en su musgoso pescuezo la brutalidad musical de una cascada violenta. Y está anonadado. Pero de sus negras fauces salta otro chorro

de agua más pura. Y este es el más sonoro, el más brillante, el más sabroso para beber en la fatiga, y el que mejor refleja la inmutable gloria del firmamento y el encanto de làs estaciones y de los meteoros fugaces.

(*La Haya.*)

SIMMEL. — Conversemos de nuevo, si os place, de Filosofía, que es cosa buena y sin trampa. Volvamos a las andadas, y digamos algunas palabras sobre Simmel, el picante pensador de Berlín, sociólogo, profesor de Filosofía, antiguo humorista, colaborador del *Jugend*, quien, gracias a oportunas traducciones, empieza ya a ser conocido hasta del gran público en los países no germánicos.

Simmel es un hombre que me turba, pues siempre he creído que la pasión por la unidad, o al menos por un cierto grado de unidad, es condición indispensable para el ejercicio de una gran fuerza de inteligencia; y Simmel me ofrece el inesperado espectáculo de una inteligencia fortísima, sin duda, pero desprovista por completo de aquella pasión. Es más: parece aún que esté contento de no poseerla.—Ningún filósofo ha sabido nunca, por ventura, considerar con tanta alegría la contradicción y la irracionalidad. El agnosticismo, que en muchos es desesperación y en otros resignación, tiene en Simmel el vivo sabor de una travesura. A veces toma el aire triunfal de un prestidigitador.—Figuraos un prestidigitador que hubiese perdido el secreto de sus juegos de manos, pero que automáticamente, sin comprenderlos y sin darse cuenta, continuara ejecutándolos a la perfección, entre las ovaciones del público. Del mismo modo—cuando demuestra no comprender—Simmel parece victorioso, tanto como lo parecen de ordinario los filósofos

cuando demuestran haber comprendido.—Recuerdo un «mágico mundano», el Cavaliere X, que en medio de sus proezas taumatúrgicas acostumbraba decir: «*L'imbroglio c'è, ma non si vede*». Brillándole los ojos con diabólico placer, Simmel nos dice también que indudablemente hay engaño, que hay lío, pero que él no acierta a saber en qué consiste.

El «Relativismo» es doctrina tan antigua, si no como el caminar, lo menos como el razonar. Pero ya sabemos que no es la doctrina lo que da novedad a las filosofías, sino el «acento».—El acento del Relativismo de Simmel resulta novísimo, quizás demasiado nuevo, demasiado de «última hora» y demasiado «moderno Berlín». Ha sido por esto, tal vez, que en la Universidad de Heidelberg no quisieron por profesor ordinario a varón de tan alto ingenio; ha sido por esto, quizás, que a pesar de sus recursos, más brillantes que los de tantos otros—y de más valor, sin duda, que otros que han hecho mejor camino—, continúe Simmel todavía en la secundaria categoría de los llamados profesores extraordinarios.

(*Leyden.*)

LA MORAL DEL COTURNO. — En el espectáculo de las pasiones fuertes, de las pasiones vastas, hay, en verdad, una sana alegría estética, algo así como una «aristocracia torácica». Me diréis que la moral de un acto no puede depender de un tamaño. Yo os responderé que no y que sí, recordándoos que los retóricos más acreditados han admitido un «sublime de mala voluntad».

Lo ocurrido en ocasión de la catástrofe del «Titanic», por ejemplo, está todo ello como tocado de titanismo, y excita nuestra admiración, tanto en el bien

como en el mal. Desde el heroísmo de los que se hundieron serenamente entonando un salmo, después de cumplir con integridad su magnífico deber, hasta el formidable industrialismo de aquel que, según se dice, negóse a comunicar con otro buque por tener éste telegrafía de distinta marca, pasando por la suicida vanidad deportiva de los que, por no perder un día de viaje, y continuar batiendo el «record» de la velocidad no quisieron evitar el peligro, todo ello, en verdad, nos presenta a hombres de tal «estatura», que pueden enorgullecer a la raza que los ha producido. Nuestra conciencia reprobará lo que algunos de estos hombres han hecho. Pero nuestra involuntaria admiración no sabrá distinguir apenas entre todos.

De tantos pedagogos como por ahí pululan, explicándonos como se enseña la geografía mediante la conversación, y matemática con cubitos, ¿no habrá uno solo que pueda darnos un método, un procedimiento, no ya para mejorar, pero sí para «acrecentar» el carácter de nuestros niños, y evitar de este modo el terrible «enanismo» moral que se nos echa encima y amenaza invadirlo todo? ¿Quién educará a los hombres futuros, no solamente para que tengan armada el alma, para que tengan buen corazón, sino también para que tengan «el pecho fuerte y ancho»?

Tener gran «estatura», tener «ancho el pecho», es también un aspecto de moralidad. *El valor moral de la Tragedia antigua estaba menos en la lección que en el coturno.*

(*Harleem.*

AUGUSTO STRINDBERG.—Cuando yo tenía diez y ocho años, después de haber leído varias novelas y dramas de Augusto Strindberg, encargué a

mi librero me buscara otra obra de este autor, intitulada: «Introducción a la química unitaria». Hasta mí había llegado el rumor de que el ilustre escritor sueco, que acaba de bajar a la tumba, se había aplicado tanto a la literatura como a la ciencia, y estaba entonces inquieto por hallar, en estos nuestros tiempos de especialización, personalidades ricas y complejas como las de los genios del Renacimiento. Cuando tuve el libro y recordé las lecturas pasadas, vi que, en efecto, se trataba de una personalidad rica y compleja, pero que esta personalidad no ofrecía ninguna semejanza con las de los genios del Renacimiento. Al contrario, que me las entendía con un Ochocentista neto, con un Ochocentista acabado, con todos los defectos y todas las virtudes características de tan inquieto, turbio y complicado siglo.

Terriblemente inquieto, terriblemente turbio, ha sido Strindberg, pero esto no le ha impedido ser grande. Grande, sobre todo, grande precisamente, en la complicación y en la turbulencia. Si hay contradicción entre el químico y el poeta dramático, eso es lo de menos en su vida. La apostasía del feminismo por el misoginismo, la de la democracia revolucionaria por el crudelismo nietzcheano, tampoco importan. Lo característico, lo profundamente trágico, es la interior ruptura que en él hallamos, viva y estridente: es la falta de una visión sintética. Este introductor a la química unitaria no ha sabido introducir su propio espíritu a la unidad. Y a causa de esto sufre. La misma dispersión que hallamos en Simmel con todos los caracteres de una travesura, aparece en Augusto Strindberg como un dolor, respetable ya por lo intenso y fatal.

Strindberg era un satírico, pero un satírico que carecía del doble aspecto de moralista. Si veía y analizaba profundamente el mal, no era en ningún modo debido a ciencia, sobre donde radica el bien... Cuan-

do Juvenal increpaba, lo hacía en nombre de la moral estoica. Cuando Heine vertía hiel entre sonrisas, hacíalo en nombre de la moral sentimental. Aun en satíricos aparentemente escépticos hallamos implícitamente una moral estética, que, si ignora a menudo lo justo y lo injusto, sabe al menos distinguir la belleza de la fealdad. Strindberg se cuidaba poco de la estética pura, y en lo ético propiamente dicho su juicio navegaba entre tinieblas. Sólo sabía que era necesario pegar, y pegaba... Pegaba un tanto al tuntún, a ciegas, dañándose a sí mismo también. Pero no era él el último en dolerse. No lo fué tampoco su pueblo; su pueblo, que treinta años ha quemóle en efigie en la plaza pública, y que tres años atrás coronóle con unanimidad en un magnífico homenaje nacional.

(*Amsterdam*.)

POR DEBAJO DE LA VENTANA DEL SABIO, LOS SOLDADOS PASAN.—Sí, el sabio estaba en la ventana, aprovechando la última claridad del día; acercábase por la calle gran rumor, articulándose en percusión de tambores. Pasaba un batallón, y le acompañaba la alegre curiosidad de las gentes y le precedía una danza de los pequeñuelos. El sabio quiso resistir un instante, continuando la lectura. Pero los ojos se le fueron, como los de los niños, tras de tanto brillo y alegría.

Esto es una cosa profunda, alma, y útil al ejercicio de tu piedad. Mira a este hombre tan importante distraído de sus meditaciones, y encantado porque pasa la tropa. Mira sus ojos, alma, y verás la infinita conciencia que se guarda en ellos... Este hombre es más iluso que ninguno, porque conoce más que ninguno el valor de la ilusión. Este hombre sabe, mejor que

los demás, que si un bastón sumergido en el agua aparece torcido a la vista, es en virtud de un efecto de óptica. Pero los demás hombres aprovechan el saber esto para doctrina y vanidad. Él no, porque ha indagado que, por otra parte, si un bastón no sumergido en el agua, un bastón en el aire, nos aparece recto, es en virtud de un efecto de óptica también. Y, efecto por efecto, ilusión por ilusión, él no halla inconveniente en vivir conforme a la primera. La analizará en sus libros, la deshará sin duda, pero en su vida guardará fidelidad voluntaria a la limitación de lo inocente.

Sentir el corazón contento y los ojos encantados porque pasa la tropa, es una niñería. Pero afectar que se es superior a esta niñería, es otra niñería peor aún. El sabio se comporta como tal, cuando no quiere pasar de niño de primer grado.

(*Leyden.*)

DARWIN CESA DE GUSTAR DE SHAKESPEARE.—En su juventud, un poco vagabunda y deportiva, Darwin había tenido por Shakespeare una pasión loca. Él ha contado cómo lo leía con deleite y cómo repetía esta lectura con frecuencia. Mas pasaron los años. El cazador de un día se convirtió en naturalista metódico, que producía, a pesar de los estorbos de una salud precaria, una labor enorme. Tal labor era ordenada según una cuotidiana disciplina severa. De tal a tal hora, lectura; de tal a tal otra, tomar apuntes; tres cuartos de hora antes del *lunch*, escribir; un tiempo, más predeterminado aún, para estudios de laboratorio y de herbario, para observaciones y cultivos. Esto, un día tras otro, en heroica uniformidad. Mientras tanto, Darwin iba envejeciendo, sus hijos crecían. Cuando la moza comenzó a ser mayor, el padre encontró una fuente de

distracción honesta en que ella, luego de comer, le diese un rato de lectura. Vino una velada en que el arrinconado Shakespeare abrióse de nuevo. Y aconteció entonces una cosa que, contada en las Memorias del mismo sabio, tiene un gran sabor de melancolía... Darwin sintió con amargura que Shakespeare no le gustaba ahora, que no le interesaba ya. El trabajo unilateral, la especialización, el hábito exclusivo de la investigación científica, habían secado uno de los puros manantiales de su vivir. Aquella pobre alma era ya muerta para los goces del Arte. Él debió entonces de sentir en sus adentros un gran vacío. Sí; he aquí una vida más, sacrificada, ella y sus goces más inocentes y elevados, a una obra... Darwin no lloró. Avanzó aún más, sobre los esquivos ojos, las cejas hirsutas. Filosóficamente, volvió a llenar de tabaco la pipa y se acercó a encenderla en el hogar, en el leño que las tenazas levantaron, entre el gran silencio de la familia, sentada en el obscuro salón del *cottage*... Al fin, él mismo rompió este silencio para ordenar a su hija que, desde este momento, no le leyera otra cosa que novelones.

(*Amsterdam.*)

LAS DOS AMIGAS DE COLEGIO.—Estas son dos amigas de colegio—una está casada; la otra, no—que ha mucho tiempo que no se han visto.

¡Dios mío, cómo pasan los años!

—A mí—dice la soltera—me pasa el tiempo sin que me dé cuenta de ello. De tarde en tarde me viene en mente y pienso: ¡Tienes un año más!

—Pues yo—responde la otra—como veo crecer a mis hijos por momentos...

Sí. Es como si una, la soltera, en el viaje de la vida

tomara coches *por carrera:* una carrera de los veinte a los treinta, otra de los treinta a los cuarenta... Mientras que la segunda cuenta el recorrido *por horas.* Y las cabezas de los niños que crecen son como un taxímetro avisador.

(*Delft.*)

MEDALLA DE LA CIENCIA Y LA VIDA.

I

ANVERSO

Mi hijo, el mayor—decíame hace tiempo mi sabio amigo B..., de Roma—, ha dado en el dichoso vicio de hacerme preguntas continuamente... Y me sucede que, mientras dos años atrás, neciamente orgulloso de mis victorias académicas y científicas, de mis diplomas y títulos y premios, me creía con derecho a extasiarme ante la riqueza de mis propios conocimientos, hoy me escudo a cada momento tras el silencio o la excusa, ante las simplísimas interrogaciones del niño y me siento humillado al descubrir la no presumida magnitud de mi ignorancia... Y qué le voy a contestar cuando de improviso me pregunte, por ejemplo, ¿por qué el gas quema hacia arriba y la electricidad quema hacia abajo?... En verdad, no quisiera que mis discípulos de la Universidad me sorprendieran en momentos semejantes.

Para entrar en la Escuela inglesa de los llamados «Naval Cadets» se exige un examen de ingreso mediante el cual los aspirantes, todos ellos niños de doce a trece años, han de demostrar su suficiencia. Pero se dice que los examinadores, que acostumbran a ser

personas de lindo humor y de gran espíritu práctico, en vez de seguir al pie de la letra el cuestionario de los programas, les gusta hacer preguntas del tenor siguiente:

—Vamos a ver si sabe usted decirme: las vacas, ¿dónde tienen los cuernos, delante o detrás de las orejas?

Niños hay que tienen premio de Historia natural y que no saben responder nada. (¡Cuántos aspirantes al premio Nobel se hallan, quizás, en el mismo caso!) En cambio, los que contestan bien, demuestran un espíritu de observación que indudablemente les será utilísimo en los estudios, primero, y en la vida náutica, después.

Espíritu práctico que, por ventura en su día, les evitará un silencio o excusa ante las curiosas y perentorias interrogaciones de sus hijos, por misterioso conducto de los cuales la vida se vengará de la Ciencia.

II

REVERSO

Pregunta: ¿A qué llamáis «Humanidades»?—Respuesta: Llamamos «Humanidades» a aquella parte del saber y de la ciencia que *no tiene relación alguna* con el hecho de que las vacas tengan los cuernos delante o detrás de las orejas.

El contenido material de esta parte del saber humano puede cambiar, como de hecho cambia. En el siglo XVI, la Filología clásica constituía el núcleo y la savia de las «Humanidades». En el siglo XVIII—de Voltaire a Mesmer, pasando por Federico el Grande—, constituíalos la Física. En la época romántica del siglo XIX, fuélo la Historia. Hoy he lanzado yo la idea de que sea quizás la Biología el centro de las

Humanidades. —¿La Biología? ¿Una ciencia natural?...—Sí, esto es posible por el simple hecho de que existe una biología, una ciencia natural que NO TIENE RELACIÓN ALGUNA con hechos tales como el de la situación de los cuernos de las vacas.

Ahora bien; las Humanidades son la esencia de toda formación, de toda Educación intelectual.—La Educación, pues, reivindica a la Ciencia de la venganza de la vida, venganza manifestada, como ayer decíamos, por las comprometedoras preguntas con que los niños confunden y humillan el saber de padres y maestros...

—Ya lo ves, niño; ¡papá no sabe qué contestarte cuando de improviso le preguntas por qué quema el gas hacia arriba y por qué la electricidad, por el contrario, quema hacia abajo! Pero como sea que papá enseña Biología en la Universidad de Roma, tú, para avanzar en el saber humano, te habrás de sujetar a las leyes y definiciones que tu papá habrá formulado.

Al hacerlo así, ganarás en elevación y en eficacia. Y si en tu país son muchos los que a sus leyes y definiciones se sujetan, habrá prosperidad en tu país, y tendrá grandeza. Por lo general, siempre son los que han olvidado la exacta posición de los cuernos de las vacas quienes dan espíritu a las Humanidades y quienes son la más pura gloria de una Nación.

Mirando las estrellas, cayó un astrónomo en un pozo. Victoria de la vida.—Pero una sociedad de hombres vale en proporción al número de hombres que posea capaces de caer en un pozo. Victoria de la Ciencia.

Sólo es naturalmente imposible que caiga el que ya está abajo. Sólo no puede caer en un pozo quien ya está en el fondo del pozo.

(*Isla de Marken.*)

W IENERTUM». —Si el parisianismo es entre nosotros famoso—o, por lo menos, lo que pasa por tal—, el vienismo o *Wienertum* nos es poco conocido. Las operetas de gran éxito hubieran podido informarnos un tanto. Pero, ¿quién, sino los muy sutiles, considerará una opereta como un documento?

Más significativas aún que las operetas se nos antojan ciertas fotografías balnearias que de algunos años a esta parte reproducen con insistente complacencia los «magazines» durante la temporada estival. A pesar de su apariencia bonachona, tales fotografías distan mucho de ser inocentes... Es necesario advertir que los baños vieneses y sus espectáculos se podrían salvar por el buen humor, si no les condenara en algún detalle la ausencia, fácilmente visible, del sentimiento de la medida, don delicado del alma latina. En esos baños se manifiesta—se manifiesta al desnudo: la expresión aquí es literal—una característica del moderno espíritu germánico: la mezcla extraña de infantilismo y corrupción. En el «Wienertum» esta mezcla, ya de sí turbia, se adultera más todavía con el veneno de ciertas gotas de orientalismo. No es de extrañar, por lo tanto, que quienes con tal mixtura se embriagan, sobrepasen, por modo poco recomendable, los límites de la conveniencia.

Lo peor de tales espectáculos, generalmente, es lo muy distantes que están del helenismo. Estos bañistas, de ojos inquietos, de bocas distendidas por la risa, de recios mostachos y abdómenes pronunciados, no nos recuerdan jamás la pura impresión estética que nos produjeron las estatuas inmortales. El secreto del gusto podría cifrarse a veces en un detalle insignificante... No sería necesario, a menudo, que hubiese más ropa, sino más pliegues. Y, si no pliegues,

algo que significara también intervención espiritual, albedrío, inteligencia, en suma. Pues el mal de esa licencia vienesa y de su alegría es que ambas son un tanto demasiado animales. Y, dígase lo que se quiera, los animales no son inocentes. Más que en la inocencia de los animales, creo en la inocencia de las personas de gusto.

(*Amsterdam.*)

DE LA AMABILIDAD.—«Si tu amigo tiene dos nombres—esto lo dijo José Joubert—, dale el más sonoro y más bello.»

Si llamas a una puerta amiga—diremos nosotros aplicando la máxima—, y esta puerta tiene dos timbres, uno de sistema antiguo, otro eléctrico y flamante, escoge, para sonar, este último.

Lo malo es que el timbre eléctrico, muchas veces, *no suena.*

(*Amsterdam.*)

EL DOLOR.—El dolor—el dolor físico—, el dolor brutal, local, agudo—el dolor que aguijonea, que punza, que desgarra—, el dolor que crispa la boca, que crispa las manos, que crispa los pies—el dolor que grita, que ulula, que blasfema en las bocas condenadas, que reza en las férvidas, que en todas ellas pone un gemido ronco o débil...—, ¡ah, qué buena cosa es este dolor, de vez en cuando!

En primer lugar, tiene fuerte sabor de vida, de segura realidad, de realidad intensa, ¿no es verdad?...—¡Oh!, aquí, como en las grandes gestas del amor, no

cabe engaño, no cabe duda, no cabe ya equívoco de ninguna clase—hemos llegado a la entraña—, mordemos en la pulpa del mundo—con toda el alma, con todo el cuerpo en él, en el dolor, confundidos en él—, conservando tan sólo ínfimas claridades en la conciencia, para no perder el personal sentir... Un punto más, y nos desvaneceríamos. Un punto más, y acabaríamos. Pero vivimos, vivimos en el amor y en el dolor, más llenos de vida que nunca.

Y después, ¡qué elevación magnífica la que el dolor nos proporciona!... Por ella sonreímos a las pequeñas miserias, a las vagas y fútiles angustias, a las líricas nostalgias sentimentales que antes nos atormentaran y nos preocuparan más allá de lo racional... ¡No es lo mismo ya, yo os lo digo, no es lo mismo! Pequeñas ilusiones perdidas, pequeñas decepciones, pequeñas traiciones, y lo demás, aquel aguijón cuotidiano de la ruindad social, aquel tormento de que se quejaba Hamlet en su monólogo, decidme, ¿qué valen ya?—¡Juguetes, juguetes, juguetes!—¿Y fué por eso que el pobre Hamlet hablaba de morir, de dormir?...—¡Un buen ataque neurálgico, o de gota; un buen dolor de oídos o de muelas, he aquí, quizás, lo que hubiese salvado al triste príncipe de Dinamarca!

Si los progresos de la anestesia llegaran a ser tales que se pudiese anular por completo el dolor físico, tengo por seguro que la altura moral del hombre disminuiría. Una humanidad sin dolor sería una humanidad sin heroísmo.

(*Barcelona.*)

DE LA RESIGNACIÓN.—Sorprendíanos a menudo, como no podía menos de ser, el duro silencio que Octavio de Romeu observaba ante

la injusticia. Y alguno de nosotros le preguntaba:

—En vuestro lugar, yo no me resignaría.

A lo que él contestaba:

—¡Oh, no me resigno, no!

Y añadía, explicando su pensamiento:

—Los que contemplan con atención el «Cenacolo» del Vinci, observan la sutil expresión contradictoria de los dos brazos de Cristo. El artista adivinó que en el momento en que decía: «Uno de vosotros me traicionará», el alma del Maestro partíase en dos sentimientos. Su brazo izquierdo y su mano izquierda, abandonados y lánguidos, revelan la sumisión. Pero en el lado derecho adivínase magnífica tensión que expresa la repugnancia y el desprecio a la traición, la herida que esa traición vil ha abierto en su alma...

Un silencio, y Octavio de Romeu afirmaba:

—Ahora nosotros notamos esto.

Pero los apóstoles, sentados alrededor de la mesa, no se daban cuenta de nada.

Y añadía con la inolvidable sonrisa de sus delgados labios:

—Cuando la tensión de vuestro brazo fuere tanta que llegara a la indiscreción, no ós faltarán medios para esconderla. Os bastarán un par de guantes y un macferlán oportuno.

(*Barcelona.*)

HEBBEL.—¿Quién, después de una lectura del *Diario* de *Judith* o de la *Julia*, negará que este retrasado romántico, que este Echegaray de Alemania (no comparo: sitúo) fué, a su manera—manera abortada—, un hombre genial? ¿Quién dudará de la altitud de su espíritu, ni tan sólo de la pujanza de su arte, después de haber leído el magnífico libro que a

Hebbel y a sus dramas ha dedicado Arturo Farinelli, con posterioridad a su estudio sobre «El Romanticismo en Germania», libro, aquél, hecho con el fervor, con la ciencia y la generosa simpatía que más de una vez han sido alabados en el *Glosari?*

Pero Farinelli tiene, para lo tempestuosamente romántico, una debilidad que nosotros no queremos ni debemos compartir. Vemos, sí, en Federico Hebbel, un precursor gigante. Aceptamos la verdad de que sea una figura paralela a la de Tolstoi y un padre de Ibsen; y estamos convencidos que sin la *Julia* hebbeliana, los *Espectros* no existirían... Pero si un día hemos llamado a Tolstoi el último grande hombre del ciclo acabado—el ciclo que comenzara con Rousseau—, ¿por qué íbamos a abrir de nuevo ese ciclo queriendo cultivar por Hebbel un interés que no fuera el histórico y curioso? Y si ya los *Espectros* no nos importan demasiado, ¿cómo nos va a importar, en el sentido ideal de la palabra, que *Julia* les haya precedido dentro del camino de una renovación de la antigua fatalidad en la tragedia, renovación que en este caso no tendía por cierto a la serenidad, antes se presentaba imbuída de emociones de angustioso terror?

Dentro de la historia del espíritu moderno, Federico Hebbel es una preparación, no un resultado libertador. «No debemos—dice Goethe al principio del segundo libro del *Wilhelm Meister*—, no debemos contar en detalle a nuestros lectores los sufrimientos y miserias en que vivió nuestro desventurado amigo cuando vió su deseo y sus esperanzas destruídos de manera tan inesperada. Preferimos saltar unos años e irlo a buscar en una época en que esperemos hallarle en nuevas actividades y nuevas alegrías.»

Sí, amigos míos. Esto debemos hacer. Si queréis formar pura, vigorosamente, vuestra alma, tened valor, haced un esfuerzo contra vuestra misma curiosidad, contra el instinto de simpatía... y «saltad

unos años».—Saltad los años (a no ser que los estudiarais como eruditos) en que vivió, y cuyo espíritu reflejaba el grande, el atormentado, el magnífico Federico Hebbel.

(*Barcelona.*)

1913

En la intersección entre los años 1912 y 1913 se colocan dos páginas: «Glosa pagana» y «Glosa cristiana», de gran importancia para la interpretación del pensamiento de Eugenio d'Ors. Ambas están reproducidas, como coronamiento y resumen de la *Antología* de Rucabado y Farrán. («*La filosofía del Hombre que trabaja y que juega. Antología filosófica de Eugenio d'Ors*». Barcelona. A. López, editor, 1914).— El común denominador de muchas glosas de 1913 es la filosofía definitiva del Clasicismo. Lo que dos años antes se había presentado en forma de símbolo vivo, ahora son delicados análisis normativos. Tales las glosas, que llevan por título «*Jardins perfectes*», *El turista amic de l'intelligible*», «*La limitació*», «*La valor de la dificultat*», «*La lliçó de la llagosta*», «*La jerarquía*» y muchísimas más. Otra glosa presenta la cuestión del clasicismo centralmente, con la pregunta que deja preferir, en la obra de Goethe, «*Fausto*» o la «*Ifigenia*».—Otro tema agitado insistentemente este año es el del aprendizaje y de su valor de moralidad y de pedagogía; una serie de «*Prèdiques a l'Aprenent*», aparece y vuelve como un leit-motiv, germen de la doctrina que más tarde se estructurará en la conferencia de Madrid «*Aprendizaje y heroísmo*». (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1914). Ya trabajo manual, tecnicismo, competencia, obra bien hecha, y aun gremio y sindicato son opuestos al tipo superficial de la política parlamentaria y de la democracia incompetente. La actitud política del Glosador tiene un día de este año un sobresalto y unas pocas horas de ilusión entusiasta: por todos los ámbitos de España ha corrido la noticia que el Rey ha mandado llamar a Cajal y a Cossío, y ha celebrado entrevistas con ellos... Una era nueva, de rectificación de errores habituales, tal vez seculares, parece que va a empezar con esto. Pero no pasa nada, «nunca pasa nada». («*La vana emoció*», Enero de 1913); y el Glosador ironiza ya sobre las elecciones («*Metafísica de les votacions*»), y se revuelve contra la estéril política de los simulacros («*Simulacres*»).—La ciencia beneficia ahora de este principio de desvío. Aquí y allí y más lejos las glosas nos dicen reflejos y alusiones a la actividad del «Institut».—Todavía signi-

fica una contribución a la teoría del Clasicismo y a la doctrina de la supremacía de valores en lo racional una larga serie sobre cierto procedimiento vulgar de multiplicación, empleado por los aldeanos rusos: el *Glosari* recoge aquí la colaboración de todos los amigos de las matemáticas en Barcelona; la recolección de los documentos dura casi dos meses.—Una nueva etapa de vida de estudiante en el extranjero (Xenius tiene ahora treinta años) es como un paréntesis entre la actividad profesional en cursos breves y la normal y cotidiana, que comenzará el año siguiente y se hará profesional en 1916.—En L'Etivaz (Château d'Oex-Vaud), encontramos luego a nuestro autor en lectura y comentario de autores antiuniversalistas: Gobinau, Maurras, Pierre Lasserre, y muy ocupado en Juliano el Apóstata, que considera el «Patrón del Nacionalismo». De la prueba sale triunfante, sin embargo, su sentido de universalidad, o, mejor, de europeidad, que encontrará al año siguiente ocasión de atravesar la prueba del fuego. Una curiosísima glosa «Grigrí» (nombre de un gato de Raymond Poincaré), corresponde a este sentido y prevé el conflicto internacional por las exaltaciones chovinas. «Grigrí»—dice el Glosador—, no exaltes... Olvida tu Alsacia-Lorena... Cuando se tienen provincias, como tú tienes, en cualquier mente de sabio y en cualquier corazón de amante, no viene de una rata.» A la invocación de una tradición francesa por Pierre Lasserre, responde que en Francia y aun en la Universidad francesa «hay dos tradiciones contrarias».—Dentro de esta misma tendencia predica el Glosador la institución de un intercambio de profesores. («*Professors francesos a l'Argentina*», Septiembre de 1913).—El maestro Octavio de Romeu, de quien ya sabemos, y cuya bella mente sólo nos es referida hasta ahora por alguna cita aforística, cobra, a fines de este año, una enérgica corporeidad. Aparte del *Glosari*, Xenius publica en un periódico de Barcelona la serie casi novelesca de «Conversaciones con Octavio de Romeu», desgraciadamente truncada. Aparte de aparecer en ella como un «dominador de la vida», Octavio de Romeu es ahora el cosmopolita, el *europeo* intenso, que conversa con el espíritu de todas las naciones a la vez y ama sobre todo «el corazón de Europa, el imperio de Carlomagno».—Dos notas todavía, de definición clásica. Una, política: Juan Maragall había definido la acción del catalanismo como un levantamiento («*un alçament*»). Eugenio d'Ors replica: «No, maestro queridísimo: no un *Alzamiento*, sino una *Ascensión*». Otra, estética: viajando por los Alpes, el cuchillo del Glosador ha escrito en un leño seco: «*No es cierto que «el Espíritu sople donde quiere». El Espíritu—es un buen tañedor de flauta.*»

ZOÓTROPO.—¿Conocéis el Zoótropo? El aparato gira rapidísimamente, y el ojo del niño espectador ve cómo tras las rendijas se realiza en un segundo el drama. Ve cómo vuelve a empezar en seguida para consumarse nuevamente con la misma prisa vertiginosa. Y así otra vez y mil más.—El Zoótropo es el padre arcaico del cinematógrafo. Pero resulta mucho más «intelectual» que éste: lo que en el cinematógrafo no es más que movimiento y expresión, en el Zoótropo es ya repetición y ritmo. El cinematógrafo es bergsoniano: el buen Zoótropo se afilia más bien a Pitágoras.

Entre las clásicas *vistas* del Zoótropo hay una que me encanta, pero que también espeluzna por lo trágica. Un pequeño farolero, que es una especie de larva negra, vestida no más que con un smoking rosa, sube peldaño a peldaño una escalera que se apoya en un farol, en cuyo extremo se ve la faz de la luna llena—con sus ojos, su nariz y su boca—. Cuando el pobre farolero llega al fin de la escalera, la luna ¡haam!, abre la boca y se lo traga... Pero otra oficiosa larva, idéntica a la que fué comida, ocupa instantáneamente su lugar y sufre en seguida el mismo destino.

Para vólver a hallar la vieja idea del «eterno recomenzar», Federico Nietzche subió, según nos cuentan sus biógrafos, a una de las cumbres de los Alpes. El metafísico «*d'estar per casa*» volverá a hallar aquélla sin moverse de casa en un juguete de Reyes—dentro de cada juguete...—Quizás, muy escondido, le hallará dentro de todo juego—que parecía, no obstante, ser pura libertad.

(*Barcelona*.)

EPIGRAMA EN LA ELECCIÓN DE M. POINCARÉ.—La fina, la melancólica Lorena, ha vencido una vez más al Mediodía, alegre y rico. Será necesario, pues, para que no siga perdiendo batallas, que el Mediodía, por lo menos circunstancialmente, se arme con un poco de aquella fineza y melancolía que hacen triunfar a la sociedad moderna. Y que imite al Mediterráneo cuando, en las costas de Francia abandona a la tierra una pequeña porción de sí mismo para formar les «*Aigüesmortes*».

(*Barcelona.*)

LAS SUFRAGISTAS Y LAS ORQUÍDEAS.—«Los bárbaros está dentro de Roma».—Más aún: ¡están dentro de las casas de Roma!

Mucho tiempo hemos pasado fantaseando sobre los peligros étnicos que pueden amenazar a nuestra cultura. Decíamos que si la raza amarilla... Que un posible resurgimiento del Islam... Y entretanto, unas mujeres pálidas, de frente obstinada, callaban, aparentemente tranquilas, junto a la lumbre de los hogares ingleses y americanos.

Ved hoy. Aquellas mujercitas pálidas se han echado a la calle.—Y una buena mañana, todas las orquídeas del jardín de aclimatación de Kew han aparecido devastadas. Entre estas orquídeas había obras supremas del arte de la jardinería que valían quince mil francos. Otras, veinticinco mil. Todas eran de rara belleza.—Las sospechas concebidas al primer momento se confirmaron en seguida: ese acto de vandalismo era obra de las sufragistas.

¡Ah! ¡La poesía se había apresurado demasiado al unir con fuerte lazo mujeres y flores! ¡Demasiado aprisa se hizo del eterno femenino centro y motor de las artes y de las culturas!—Hoy las sufragistas devastan el jardín de Kew. ¿Quién os dice que no quieran devastar, mañana, la «Nacional Galery», de Londres?

Parece ser que en Londres mismo la policía ha detenido otras que vaciaban subrepticiamente frascos de tinta en los buzones del correo para «*sabotar*» la correspondencia. Si tal hacen, ¿quién nos dice que mañana no quieran aplicar el mismo «*sabotage*» a los libros de las bibliotecas que son orgullo de las naciones?—Esas mujercitas pálidas piden justicia— «su» justicia. La justicia que piden, ¿no representará por sí misma—aun queriendo prescindir de los actuales medios de propaganda e imposición—, no representará, digo, la ruina de la supremacía de los valores intelectuales, una especie de barbarie?

Todo nos indica que hoy la cuestión del sufragio femenino inicia un nuevo episodio en la eterna Tragedia del combate entre la Justicia y la Cultura. —Quiera Dios que de la crisis de hoy, como naciera un día de los horrores de la peste veneciana—para encanto del mundo, para lección de las generaciones y para testimonio insigne de la realeza del Espíritu— ¡quiera Dios que de tal crisis salga una nueva Santa María de la Salute!

(*Barcelona.*)

DE LA LIMITACIÓN.—La prueba para el carácter de un hombre está en ver de qué manera soporta la limitación. En la conciencia de los propios límites, revélase precisamente la virilidad. Es

varón el hombre que sabe decirse: «Hasta aquí llega mi esfera de poder; hasta aquí llega mi esfera de derecho: tales esferas debo llenarlas, pero no excederlas». Quien lejos de esto sienta a cada posibilidad una nueva tentación, será siempre un gran niño.

Es necesario aspirar continuamente a lo infinito. Pero el infinito está contenido en lo limitado, como el vino en la copa. Que tu patria sea la medida del Universo, hombre; que tu tiempo sea la medida de eternidad; que tu oficio te sea medida de aristocracia, que tu familia te sea medida de amor. Sé, si puedes; compañero, catalanista, novecentista, buen escritor (o buen curtidor) y monógamo. Pero procura aspirar siempre, dentro de tu hogar, al amor; dentro de tu oficio, a la excelencia y maestría; en tu siglo, a la tradición perenne; en tu país, al imperio.

Cuando en París veía a pequeños artesanos que se tragaban todos los días el número entero del cuotidiano «*L'Auto*», me daban mucha pena. Más pena me da oír hablar en Barcelona a todo el mundo de formidables empresas públicas, de corrupción administrativa, de millones. Una aura vil sube de la calle y de los clubs a los hogares. Y dentro de esta atmósfera, todo trabajo dichoso se hace difícil, difícil cualquier estudio apacible. Y hay la mujercita que cierra los ojos para ahuyentar una visión de lujo. Y hay el estudiante que se pregunta si seguir una vocación científica no va a ser, después de todo, una imbecilidad. Y hay en ella todos cuantos sienten turbada la noción de sus propios límites y tambaleante su fortaleza moral.

Estas cosas me espantan más que la misma prevaricación. Sabemos ya, millón más, millón menos, lo que se puede perder en una prevaricación. Mientras que, en lo otro, lo que peligra son todas las vocaciones espirituales, todas las obras espirituales, y el poder y la dignidad de la raza, así como—¡pensadlo bien!—

la paz y la modesta y cuotidiana felicidad de sus hombres.

(*Madrid.*)

FILOSOFIA DE LA NARANJA.—¿Quién separará el fruto de la naranja de su olor? ¿Quién separará, del olor y del gusto, otros sutiles elementos de sensación, propios de aquel fruto, que en rigor no pertenecen ni al sentido del olfato ni al del gusto?

Las más simples cosas de la más simplísima vida son, en verdad, harto complicadas. Pronto se ha dicho: «gusto de naranja». Pero, ¡cuánto refinamiento encierra, fatalmente, la sensación más elemental! Nunca se insistirá bastante en la mucha *inteligencia*, en la mucha *racionalidad* y en la mucha *memoria*—*memoria*, sobre todo—que hay en el solo hecho de *ver* una cosa o de *gustarla*. No es posible *ver una naranja* sin *recordar la naranja*. No es posible gustarla sin, hasta cierto punto, definirla.

Razón tienen los de Marburg. Muchas cosas que nos parecen *datos* son *problemas*. Una naranja es un problema. Un gusto de naranja es un problema.

Tú, Filis, que meriendas naranjas, poco sospechabas que en la fruta hubiese tanta filosofía. Tú, Lucio, el ingeniero de los anteojos claros, poco sospechabas que un problema pudiese tener tanto jugo.

(*Madrid.*)

LEYENDO «LA COLLINE INSPIRÉE», DE MAURICE BARRÉS.—Ser francés, ya es una distinción.—Entiéndase, francés legítimo, que haya siem-

pre comulgado en la gran tradición de las adquisiciones nacionales—digno heredero de una cultura por la que pasaron Racine y Le Nôtre—, no francés como los de los crímenes de *Le Journal* o de las ideologías de *La Depêche.*

Pero hay todavía, entre aquéllos, unos pocos que son más franceses, y lo son de «clase»—pues hay «clases»—superior.

Sí. Diríamos que hay hombres editados en papel de hilo... Cada generación hace de ellos un tiraje limitado, de 25 ejemplares, firmados y rubricados por el Paráclito.

(*Lyon.*)

ARTURO GRAF.—Arturo Graf, el buen poeta que acaba de morir, era un hombre tímido, delicado, lleno de melancolía, a quien hallaba yo por las calles de Torino, llenas de nieve, aunque estuviésemos ya en el mes de Abril.—Torino es una ciudad ancha, fría, severa, algo beocia, pero no a la manera ubérrima y burguesa de Génova, sino con cierta fineza provinciana. Y Arturo Graf era, en verdad, el poeta de Torino; la dignidad de su tristeza correspondía exactamente a aquellas anchas calles abiertas en la montaña y a aquellos arcos grises de su ciudad.

Dichosa Italia, donde no en una sola capital, sino en treinta, se hallan hombres selectos como Arturo Graf—hombres de quienes he dicho en otra ocasión que eran «editados en papel de hilo»—. La rúbrica por lo que yo apreciaba este ejemplar y que de él respondía, era la amistad de mi gran Arturo Farinelli. Que si la generosidad de Arturo Farinelli ha podido inducirle alguna vez en error en sus amistades,

nunca, empero, le había permitido equivocarse totalmente.

Como la resonancia prolongada de una música que guarda la copa de cristal, tal se nos antoja el sentimiento en Leopardi. Leopardi fué un pagano; Graf es más bien un budista. En el primero, la fatalidad es «Moira»; «Karma», en el segundo.

«Karma» ya se parece un poco a Providencia. Y Arturo Graf se iba volviendo cristiano. Italia ha atravesado en estos últimos años por un interesante momento religioso. Este momento es Fogazzaro. Este momento es Giovanni Gentile. Este momento es también Arturo Graf. Y en el poeta, más suavemente que en los otros, las inquietudes recibirán poco a poco la caricia de las supremas consolaciones.

(*Lugano.*)

NAPOLEÓN Y ALEMANIA.—La intensidad, la persistencia del culto napoleónico en Alemania, o por lo menos en una parte de ella, es uno de los aspectos de la política sentimental contemporánea que me ha impresionado más hondamente. Hallándose en Munich, el Glosador se complacía alguna vez en comparar el número de las imágenes del Kaiser, del rey de Baviera y del «Petit Caporal» que descubría aquí y allá. Siempre las del último superaban a las del primero.

Recuerdo esto, a propósito de un incidente político-literario que comentó estos días vivamente la Prensa internacional. En Breslau, y en ocasión de celebrarse el centenario de la independencia, se representaba una obra dramática de circunstancias, compuesta por Gerhardt Hauptmann. La municipalidad acaba de prohibirla, a instigación, según parece, del Kronprinz,

por considerar irreverente la manera en que aparece en escena el débil soberano de Prusia, Federico Guillermo III, en oposición con la figura enérgica y heroica de Napoleón.

Numerosos escritores y gran parte del público amante de las letras han protestado de la interdicción. Han protestado, más que por reverencia al valor espiritual de Hauptmann—considerado ya, por los mejores, como un dramaturgo vulgar y sin interés propiamente poético—por vindicación de los fueros del arte. Y aunque esto se diga menos, han protestado también porque el espíritu napoleónico que informa el drama es compartido de manera bastante general, aunque a veces lo sea subterráneamente.

Y es que se ve—o se adivina, por lo menos—lo que parece haber visto también el dramaturgo. Se ve que si la indepencia alemana fué hecha «contra» la obra de Napoleón, Alemania en sí misma, la moderna Alemania, fué hecha, en gran parte, «por» obra de Napoleón.—En cierto sentido—con alguna exageración, claro está—, puede decirse que éste fué para aquélla lo que para América fueron los españoles. Quien robaba la independencia, daba, en cambio, luz de pensamiento y civil dignidad. Luz de pensamiento y civil dignidad, que eran la base de otra independencia futura, y mejor.

(*L'Etivaz.*)

AQUEL «CAFÉ DU COMMERCE»...—Entrad en Francia, aunque sea viniendo de la bienandante Suiza. Comprendéis en seguida que os halláis en pequeñas villas, en poblaciones de más «bien-estar».—Allí había tristes montañeses, instruídos y progresivos, sí—todos reciben el periódico al que están

suscritos, todos tienen su teléfono instalado en su cabaña de madera.—Pero su cabaña es de madera y no tienen más que un solo y miserable bazar para toda suerte de mercaderías, desde las «guías» hasta los comestibles... Y los merenderos son decididamente demasiado rústicos... Aquí, no. Aquí halláis ya la corsetera de medio lujo y el kiosco de estación con buenos libros recientes, de cubierta amarilla, y revistas multicolores. Aquí halláis ya la luciente carnicería, con carne fresca y bien cortada. Aquí halláis, sobre todo, el «Café du Commerce», el grande, el luminoso, el vulgarote, el inenarrable, el mirabolante «Café du Commerce», caro a los viajantes habladores—caro también a los glosadores callados, castigados por el doble apremio del camino errabundo y de la estricta cotidianidad...

Acontece que otro día visitáis una fuerte e histórica ciudad de la vieja España. Sois hombres espirituales y vuestra alma se ha embriagado de imperiales recuerdos y de sensaciones maravillosas. Penetrados estáis, sin duda, de toda su alta belleza, de toda su sublimidad, y aun a veces de su glorioso horror... Pero es verano y mediodía. Cae, en todas partes, un sol sin piedad. La ardorosa garganta os pide, por misericordia, la consolación de un poco de frescor. Doloridos tenéis los pies por la crueldad de los puntiagudos guijarros. Quisierais, además, recogeros un poco a la sombra normal y grata; coordinar algunas ideas; escribir más líneas, quizás... Si entonces, por ventura, os preguntan qué os parece la ciudad, no es imposible que se os escape ésa blasfemia de filistino:

—¡Admirable, admirable! ¡Qué grandeza, qué monumentos! ¡Qué Puerta, qué Catedral! ¡Sólo encontramos a faltar un pequeño «Café du Commerce».

(*Salamanca.*)

EL TURISTA APASIONADO POR LO INTELIGIBLE.—El turista apasionado por lo inteligible es el que, según lo he definido alguna vez, tiene «sangre racional».—Al visitar un monumento, por ejemplo, una Catedral, antes de entrar en ella da una vuelta a su alrededor. Hace esto para conocer sus límites—para dominar en extensión lo que en seguida estudiará en composición—. Sin ese previo conocimiento, la visión de lo otro le da angustia, la angustia de lo no comprendido y de lo infinito.

Lo mismo hará si visita un Museo. Desde la entrada irá directamente hasta el muro de la última sala; o, si la distribución es circular, dará la vuelta entera hasta hallarse de nuevo en el punto de partida. Y en seguida, con la conciencia tranquila respecto al «límite», contemplará cuadros y estatuas, uno por uno.

Para un espíritu de tal naturaleza—y a los espíritus de tal naturaleza les llamo yo buenos espíritus—el descubrimiento de la esfericidad de la Tierra fué un gran descubrimiento.

(*Salamanca.*)

CARROS.—Alabemos los carros, alabemos los carros patrios a lo largo de las carreteras patrias.

Uno de los espectáculos más interesantes que pueden verse en el mundo es cómo se monta un carro en tierras de Cataluña. Fabricación toda ella estructura y toda ella tradición.

El trabajo de fabricar carros merecería, como lo mereció el de fundir campanas, tener su Schiller. Un

Schiller, si no fuese demasiado pedir, menos tumultuoso. Un Schiller de escuela holandesa, o mejor, de escuela catalana; con recogida devoción por la idealidad que lo real contiene cuando con ojos de amor se mira.

Un carro de esos nuestros es un cosmos. Elegantísima armazón de costillas sostiene su cielo—con algo que nos recordará las «esferas armilares» de los cosmógrafos...—Abajo hay el suelo, el piso,—y un subsuelo también.

En el subsuelo de un carro se duerme tan tranquilamente como en una tumba.—Carreteros sé que, por ir de noche siempre, duermen todos los días de la semana en el interior de su carro. Los domingos, si quisieran, podrían dormir en la cama de su casa. Pero prefieren también dormir en el carro.

Dijéronle una vez a uno de esos carreteros que a los carros en Inglaterra se les llamaba vagones.

El hombre repuso:

—«¡Quite usted!»

(*Argentona.*)

VOLIA I DOLIA».—Se ha inaugurado en París un busto a Jacinto Loyson.—¿Por qué?

Yo le he oído predicar en Ginebra, al padre Jacinto. Mientras en una de las iglesias que sus fieles sostenían allí se celebraba el oficio—con el rito exactamente plagiado del ortodoxo—él subió al púlpito y habló.

Y vino a decir—picado de espíritu falsamente filosófico—: Esta piadosa ceremonia que presenciáis no ha de ser algo inmutable. Sino que, por ser exterior, por ser puramente representativa, puede modi-

ficarse y cambiar al compás del cambio de los tiempos...

Y entonces le venía a uno en ganas de levantarse y decir a voz en grito:

—¡Cómo! ¿No creéis que se trate de instituciones fijas y eternas? ¿Decís que eso puede cambiar y ponerse al nivel de los tiempos? Entonces, ¿para cuándo guardáis el cambio? ¿Qué esperáis para poneros al nivel de los tiempos?... ¿Qué está haciendo ese hombre, recitando viejas palabras al pie del altar? ¿Y qué hacéis vos mismo, aquí arriba, vestido de esa manera?

(*Argentona.*)

NOTA A ALGUNAS PUBLICACIONES NUEVAS.—¿Dónde empieza, pues, eso que llamamos la «Ciencia moderna»? ¿Empieza en Galileo, como acostumbramos a decir los latinos? ¿Empieza en Lavoisier, como parece quieren establecer los franceses?—El doctor Lote lo ha afirmado en una tesis muy notable. Félix Le Dantec lo da por supuesto en un artículo reciente.

El camino es peligroso. A una exclusión se contesta fácilmente con otra. Si Lote nos viene con que la Ciencia moderna comienza en Lavoisier y que en ella no entra el saber de Alemania, al día siguiente aparecerá un libro en tierras germánicas afirmando que el Idealismo es exclusivamente alemán. Para demostrar lo primero, Lote habrá de sostener que Goethe no fué más que un místico. Para demostrar lo segundo, habrá que adoptar la extraña teoría de que Descartes, en espíritu, fué alemán y no francés.

Aquí podría argüir yo que hay engaño en esta palabra: «moderno». Hablar de «Ciencia moderna» es

como hablar de «Escultura moderna». —¿Quién está más cerca de nosotros?—dímelo, Enrique Casanovas, estatuario sin miedo y sin tacha—, ¿quién es más contemporáneo nuestro, Fidias o monsieur Falguiere?... Yo te diré, pues, que está más próximo a nosotros, infinitamente más próximo, en Ciencias, Hipócrates de Chios, inventor de la cuadratura de las lúnulas, que monsieur Raspail, gloria ochocentista y filantrópico propagandista del alcanfor.

La Ciencia *moderna* no empieza en Lavoisier, no empieza en Galileo. No ha nacido en Francia, ni en Alemania, ni en la Italia renacentista. Empezó mucho tiempo ha. Empezó en tierra siciliana, aquel día que más de una vez he cantado, cuando Pitágoras inventaba un teorema que se demostraba por el absurdo, y alborozado por el descubrimiento, corría a sacrificar un buey a los Inmortales.

(*Barcelona.*)

ANTIGÜEDADES.—En la tan barcelonesa Plaza Nueva, y en la misma esquina de la calle de Capellanes, un comerciante que ha establecido su negocio en un piso ha instalado estos días una insignia. Esa insignia contiene un rótulo y una figura. El rótulo dice: «Antigüedades». La figura es, reproducida más o menos artísticamente, la de la Venus de Milo. Remata el conjunto, estilizado a la manera del arte gótico, un pájaro, que no sé si será de buen o de mal agüero.

Ese honorable comerciante, ¿le permitirá al Glosador una pequeña observación sobre la impropiedad de su insignia? La observación se reduce a negar el derecho a servirse de la inmortal estatua para ejemplo o tipo de antigüedades. La Venus de Milo no es una

antigüedad. Es, sin duda, algo muy antiguo. Pero una antigüedad, no.

Llámese antigüedad a una saeta silícea. Llámese antigüedad a un ídolo azteca. Llámese así a tal bordador bizantino, a tal hierro gótico, a tal retablo de primitivo, a tal arca renacentista. Séalo un drolático boj contemporáneo a Erasmo; o una licenciosa sanguina de los días de la Pompadour; o una caricatura-tabaquera del tiempo de Brummel. Todo eso son curiosidades, lindas en verdad y sabrosas. Todo ello es, en la escala de los valores universales, «valorcitos», y como tales, estrechamente ligados al sentido que el tiempo les da—criaturas de la categoría de tiempo...—. Pero hay otros valores en los que nada tiene que ver la categoría de tiempo. Nunca podremos llamar a esos otros valores «antigüedades», sino, en todo caso y perennalmente, «juventudes»... Un Ingres es una juventud. La Venus de Milo es una juventud. Y es también una juventud el Zend-Avesta.

Sí. Hay cosas antiguas que no son antigüedades.—(No creemos sorprender a nadie si decimos que, en los días que corren, también la recíproca es cierta.)

(*Barcelona.*)

GRIGRÍ».—*Grigri*—o si queréis, *Gris-Gris*—es un gato. Es el gato favorito de M. Poincaré. ¿Llegará aquél a la categoría de animal simbólico de Francia? El gallo gálico, el águila napoleónica, ¿tendrán un día en Grigrí un sucesor—un sucesor algo disminuído—proporcionado al tiempo y a la domesticidad de los tiempos—pero guerrero y cazador de todos modos—, imperialista cazador, si no de terribles serpientes, como la reina de las aves, por lo menos de ratas velocísimas, en los graneros de Europa?

Hoy por hoy, Grigrí ya se ha hecho popular hasta en Alemania. Una reciente caricatura del *Simplicissimus* lo demuestra. En ella aparece Grigrí, que si no estuviera rigurosamente sujeto como en un lazo por la mano de su señor y maestro, saltaría sobre una rata que lleva este nombre: «Alsacia-Lorena». Pero al otro lado, un coloso, Alemania, vigila...

Grigrí, no te exaltes. No hay que quererlo todo en la Tierra, Grigrí. ¡Bastante buena ha sido ya tu parte en el festín de los pueblos! Tú eres el gato, «*le chat puissant et doux*» de Baudelaire, amado de los amadores férvidos y de los sabios austeros. ¿Te parece poco haber adquirido imperio y dominio así, sobre todo lo que en el mundo es amor, sobre todo lo que es ciencia? ¿Qué bien podría proporcionarte un nuevo salto, en el que tanto arriesgas? Cuando se tienen provincias, Grigrí, en toda mente de sabio y en todo corazón de amante—poco importa una rata.

(*L'Estiva*.)

EL FLAUTISTA.—Esta mañana, al errar, con paso vagabundo, por los resbaladizos senderos de un bosque alpino, me he dado a meditar la antigua sentencia que afirma que: «El Espíritu sopla adonde quiere». Y he tenido fuerte deseo de contradecirla. Contemplaba yo, en efecto, cómo este soplo del Espíritu está siempre determinado, acondicionado y canalizado por las circunstancias del mundo. Ora son las Razas y las Naciones y varias gentes de la Tierra las que dan especial música al soplo espiritual; ora son las clases sociales y las profesiones, y la inspiración de un Hans Sachs no es la inspiración de un Byron. Y en cada tiempo distinto, la canción ha sonado distintamente.

Entonces de mi saco he tomado un cuchillo de mango velludo, no indigno, en verdad, de las ursinas manos de Guillermo Tell. Y en la corteza de un árbol, que por hallarse en lugar umbrío se libró de las sequedades de Agosto, he grabado—y si esto os parece inverosímil, releed las pastorales de Florián—, he grabado este dístico:

No es cierto que «el Espíritu sople donde quiere». El Espíritu
Es un buen tañedor de flauta. (1)

(*L'Estiu*.)

KAMMERLING ONNES.—En Septiembre de 1909, Kammerling Onnes se encontraba en un pequeño hotel alpino, en las Marecottes, cantón de Valais. Allí se encontraba también un estudiante catalán. Este estudiante catalán traducía con fiebre, en aquel entonces, a Pascal; ordenaba, además, sus apuntes del pasado invierno para una Memoria sobre Metodología; eso y otras empresas más pequeñas le ocupaba nueve o diez horas diarias. Kammerling Onnes, en cambio, no hacía nada. Lo único que hacía era ir de excursión en compañía de sus hijos, con las piernas vendadas y un pequeño fieltro verde en la cabeza.

Un atardecer, cuando la luz ardía ya y el estudiante catalán estaba aplicado al trabajo todavía, sentado ante una mesita del abrigado verandha, el físico holandés volvía de su excursión. Acercóse aquél, que no le había visto llegar, y púsole la mano en la espalda:

—Muchos son, entre vosotros, gentes del Mediodía

---

(1) *No és cert que l'Esperit bufa on vol. L'Esperit*
És un bon jugador de flauta.

—díjole flemáticamente—los que no saben trabajar.

—Sí, por cierto, señor.

—Muchos son los que no saben trabajar. Y los demás, no sabéis descansar cuando debierais.

Combinando cada cosa en su tiempo, trabajo y reposo, Kammerling Onnes lograba un día liquidar el hélium. Y si hoy se le concede el premio Nobel de Física, es por haber sabido combinar, a su debido tiempo, el trabajo y el reposo.

(*L'Etivaz.*)

CONSUELO DE FATIGADOS. — Para mayor gloria de Filippo Bruneleschi, el gran arquitecto florentino Giovanni Battista Strozzi compuso el siguiente epitafio, que nos ha conservado Vasari:

> *«Tal sopra sasso sasso*
> *Di giro in giro eternamente io strussi*
> *Che così passo passo*
> *Alto girando al ciel mi condussi.»*

Sí. Este es el destino. Se lleva al cielo toda construcción por la que largamente se labora; piedra a piedra, piso a piso.

Los versátiles con aire de desengañados, a cada nueva etapa, cuando la fatiga ha cansado los miembros, sin que el ojo vea el fin, se preguntan: «Tanto esfuerzo, ¿para qué?»—Ya lo veis, hombres de poca esperanza: para subir al cielo.

¡Aspiraciones sin cumplimiento! Catedrales de las ciudades del mundo, catedrales sin flecha, ¿para qué habéis servido?—Hemos servido para ir al cielo.

Charles Maurras—en *Anthinéa*—subraya dolorosamente el fracaso de la civilización florentina. ¿Fracaso? Florencia entera, como su arquitecto Brunelleschi, ¿no han subido al cielo?

Y Maurras concluye: «Nuestro universo es un tallo, cuya flor carece de fruto». —¿Estáis seguros de eso? ¿Y si aconteciera que no os percatarais del fruto de la flor por tener los ojos groseros?

Toda flor da su fruto. Todas las alturas conducen al cielo. Y todas las catedrales tienen su flecha más allá de las nubes.

(*Barcelona.*)

1914

En la primera mitad del año 1914 se abre un paréntesis de tres meses en la publicación del *Glosari*. En una nota, inserta al principio del volumen correspondiente, en la edición mal llamada *completa*, aparecida en 1915, dice el autor que aquel tiempo fué ocupado «por una vulgar aventura académica en Madrid y por la liquidación higiénica de aquella aventura»... Vivo está en la memoria de muchos el recuerdo de las ruidosas oposiciones para la Facultad de Filosofía de Barcelona, en que fuerzas oscuras, posiblemente de localización catalana, alcanzaron por ruin camino la postergación de Eugenio d'Ors, quien fué, en cambio, generosamente vindicado por los intelectuales de Madrid, a cuyo frente se colocaron, en tal ocasión, José Ortega y Gasset, Azorín y la «Residencia de Estudiantes». Organizó el primero, en homenaje a Eugenio d'Ors, la velada inaugural de la Sección de Filosofía en el Ateneo de Madrid, en que éste leyó el discurso de fondo «*Religio est libertas*»; celebró la última, pocos días después, una sesión que ilustró la conferencia «*De la amistad y el diálogo*», publicada en seguida, en edición de homenaje, con unas palabras votivas escritas por Juan Ramón Jiménez. La versión catalana de ambas lecturas, bajo el título común «*Dialectica in nuce*» y presentada como trabajos preliminares a una ulterior sistematización doctrinal, es incluída, como sustitución de las usuales Glosas, en el volumen correspondiente.—Al mismo sentido que la lectura de la Residencia corresponde la página «*Nostra Dona de l'Amistad*», que apareció como primera glosa después del interregno, acompañada de una reproducción de la famosa Virgen del escultor español Pedro de Mena, que figura en el frontispicio de la monografía de Ricardo Orueta.—También se refiere a la misma una glosa «*Dos dits en l'aire*», en que muy concretamente se define el ideal de distinción para Xenius, cifrado en la conjunción entre la tarea humilde (mudar unos pañales) y «la gentilísima libertad de los dedos»... «*Sentit pràctic i idealitat pura—utilitat i elegància—treball i joc.*» La misma divisa doble, unida en el concepto de «El hombre que trabaja y que juega», sirve de lema a la antología publicada, en castellano, este mismo año, por los señores Ramón Rucabado y J. Farrán Mayoral

(*«La filosofía del hombre que trabaja y que juega». Antología filosófica de Eugenio d'Ors. Antonio López, editor. Barcelona.)*, en que se incluyen como apéndices los estudios sobre filosofía orsiana debidos a los dos colectores y a Miguel de Unamuno, Diego Ruiz y a un sacerdote que, por ciertas razones entonces válidas, no firmaba. La muerte permite hoy descorrer el velo: el sacerdote era Mosén Federico Clascar, filólogo y patriota ilustre, autor de magníficas versiones del *Génesis* y del *Cantar de los Cantares,* fallecido en 1919. El estudio de Federico Clascar promovió gran revuelo en el mundo eclesiástico catalán. La Antología iba precedida de un prólogo de Manuel García Morente; no contenía, ignoramos por qué motivos, otro estudio sobre la filosofía orsiana, que este mismo año publicaba Enrique Jardí en *La Lectura*, de Madrid.—La posición teórica del autor se convierte, además, en arma de combate para la intervención en asuntos prácticos: la fórmula correspondiente es «Idealismo militante». Por otra parte, en una serie de glosas sobre André Suarès, que no satisface al autor, éste declara «la imposibilidad contemporánea del puro ensayista»; según él, no merece crédito el ensayista que no es a la vez un filósofo o un político. Personalmente, todavía el Glosador exige más de sí mismo; es también en 1914 cuando entra en el Consejo de Pedagogía, ocupando el departamento de Instrucción superior. Las tareas de fundación de instituciones de cultura tienen desde este momento más frecuente traducción en el *Glosari,* no ya sólo como comentario o popularización de lo hecho, sino muchas veces como prenuncio o ensayo de lo que se va a hacer.—En este mismo año se inaugura solemnemente el «Institut d'Estudis Catalans» y se abre al público su Biblioteca. Una *«Glosa de l'Institut»,* leída en la ceremonia inaugural, narra la historia de su instauración y sus primeros difíciles pasos.—El día siguiente a este acontecimiento, que señala una fecha en la cultura catalana, una nueva estancia del Glosador en Francia reproduce la época de sus peregrinaciones iniciales; sus pasos se dirigen sobre todo a los Vosgos, a la Lorena, a esa zona central de Europa que es como su corazón; glosas sobre Nancy, sobre la imaginería popular en Epinal, etcétera, marcan los pasos de esta peregrinación; más tarde (1917) se recordarán nostálgicamente sus dulzuras: el libre vagar no detenido por líneas de fronteras ni por prevención de policía. No obstante, en junio de 1914, la frontera franco-alemana «huele ya a pólvora».—Llega Agosto de 1914: estalla la guerra europea. El Glosador comprende en seguida que este es el momento para un amplio examen de conciencia. Inicia una serie de cartas, dirigidas a una niña prusiana, serie que se continúa hasta el fin del año, bajo el título *«Lletres a Tina»,* sustituído después por éste: *«Tina i la Guerra Gran»*. Tina, a la vez real y simbólica, pasa a ser como un guiador. «Beatriz para la *Commedia* de una conciencia turbada.» También esta *Commedia* tiene tres ciclos: Infierno, Purgatorio, Paraíso; o, según Xenius rotula las tres partes de su obra: *Europa paciente, Europa militante, Europa*

triunfante. Porque después de la estupefacción del golpe inicial, la convicción y tema fundamental pronto son formulados. Lo primero, Europa; la guerra presente *es una guerra civil;* los valores intelectuales y los fundamentalmente humanos han de quedar por encima de la guerra; no precisamente pacifismo, pero sentidó de la unidad superior. La voz catalana que dice estas cosas pronto entra en coro con otras voces europeas. «*L'Humanité*», de París, reproduce algunas de las «Cartas a Tina», y, desde Suiza, Romain, Rolland responde. (V. el libro de éste «*Au dessus de la mêlée*» (París, 1915), resumen de los artículos publicados antes en el «*Journal de Genève*».) Un manifiesto colectivo recoge, en Barcelona, la declaración de un pequeño grupo, que resume la fórmula de las «Lletres» y que toma el título de «Comité de amigos de la unidad moral de Europa».—Una versión castellana de «Tina y la Guerra Grande» comenzó a publicarse en Madrid, en 1916, en un diario, «*La Patria*», posiblemente mal informado sobre el sentido de la obra al comenzar su publicación. Parece que con el carácter germanófilo del periódico se vió pronto que no se compadecían las fórmulas de la *Unidad moral de Europa;* el caso es que la publicación de la serie se interrumpió, apenas iniciada.—A partir de esta crisis de la guerra, en el Glosador se presenta más acentuado cada día su carácter, no nuevo en él, pero más atenuado al principio por la mayor intensidad de una sentimentalidad local: el carácter del internacionalista, del *Weltbürger*.

MONTEVERDE. — Nadie nos recuerda tanto a Góngora en la historia de las artes como Claudio Monteverde. Nadie nos lo recuerda más profundamente ni más sutilmente... En ambos artistas, tan admirables como peligrosos, se unen de exquisito modo el genio y la decadencia. Ambos aportan a la Poesía y a la Música delicioso veneno. Ambos anunciaron con extraordinaria anticipación las peores tentaciones estéticas por las que ha pasado el espíritu contemporáneo.

Góngora fué, a su modo, un poeta simbolista, que a veces se nos antoja un hermano mayor de Moréas — del Moréas de los primeros tiempos—. Así Monteverde, con respecto a Strauss y el straussismo, un Strauss más fino, entre el Quinientos y el Seiscientos y no cómo el actual, turista en Venecia, sino maestro de capilla, en Venecia... El común denominador entre esos artistas, Monteverde y Góngora, es lo que sólo Venecia podía dar, lo que el Seiscientos no podía dar todavía: un preciosísimo impulso barroco.

Es decir: la pasión. La pasión, que antes de hallar, como más tarde hallará con lo romántico, un nuevo lenguaje y una tradición (el arte gótico, la Edad Media, las viejas literaturas populares...), rompía las líneas con lo barroco... La pasión, que agita la piedra en las fuentes del Bernini, en la puerta del Hospicio de Madrid, en los rústicos surtidores de la Villa de Este. La pasión, que da a la melodía del «Lamento de Adriana» cierta solemne concavidad como la de la vela de una nave antigua. La pasión, que, al oír esta aria, nos trae a la memoria el recuerdo de las gloriosas fiebres del Stellio annunziano, aunque no sea precisamente Effrena quien suspire ardiente-

mente *«¡Teseo, Teseo mío!»*, sino María Freund, la severa cantante de Breslau.

(*Barcelona.*)

A UN CUBISTA CASTELLANO.—Cubista amigo mío, castellano viejo y castellano recio, hombre del nombre castizo y agrario, ¿qué ideal, mejor, qué voluntad se te metió en el entrecejo de las dos cejas pobladas y negras, que empujado de ella te fuiste a París, y allí, ahincadamente hasta que la guerra te echaba, te diste a las durezas de la escultura y luego a las de una pintura que es manera de escultura también? Descastado te han de llamar los asustadizos y los que no saben de la casta más que supieron los amotinados contra Squilache. Tú mismo te huelgas acaso en creerte en ruptura con cualquier patria tradición. Pero yo te digo que no otra cosa que tu sangre has mamado en la villa donde pudiste creer que de nuevas, raras, exquisitas papillas a la moda te alimentabas. ¿Qué más español, después de todo, que este querer que deforma las cosas, mejor que saber mirarlas en sosiego y dulce obediencia, y las deforma, no según canon, sino por ímpetu de pasión? *Fauve* es rótulo inventado en París; pero en tu España, mejor y más sublimadamente que en cualquier parte, los hay que son fieras. Y si un gran cubista se puede contar en la literatura del mundo, éste fué castellano y se llamó D. Francisco de Quevedo.

Aquellos versos, que parecen de un Dante bizco; aquellos versos que dicen:

Temblaron los umbrales y las puertas
donde la majestad negra y oscura
las frías desangradas sombras muertas
oprime en ley desesperada y dura,

y lo que sigue, acaso en ningún pintor podrían encontrar mejor Giotto que en ti o en Pablo Ruiz Picasso.

(*Madrid.*)

DOS DEDOS LIBRES LEVANTADOS

A Ricardo de Orueta.

Al contemplar la beata imagen de Juan de Mena que nosotros llamamos Nuestra Señora de la Amistad, ¿os fijasteis bien, estimado amigo, en la posición que tiene la mano derecha? La mano derecha es la que tira de los pañales que han de mudarse. Y esto lo hace con sólo tres dedos, dejando libres y levantados los otros dos, en un pequeño gesto de suprema distinción.

Dos dedos libres y en el aire... Tal es, también, la disposición de la mano derecha en las elegancias que retrata el famoso Boldini, el tziganesco, acaramelado y mundano pintor de París...—Sí; pero las elegancias que retrata Boldini no mudan ni sabrían mudar pañal alguno.

Levantar dos dedos no tiene gracia alguna, si al mismo tiempo no se mudan pañales.

Tampoco hay gracia en el hecho de mudar pañales, si no se tienen dos dedos libres, levantados.

La gracia está en reunir las dos cosas: el pañal que se muda y la libertad de los dedos. La gracia consiste en unir en cada gesto, por pequeño que sea—sentido práctico e idealidad pura—, utilidad y elegancia—trabajo y juego.

(*Barcelona.*)

DE LA SEPARACION DE PODERES..—¡Vela, pues, tu puntiaguda faz, tu faz de avechucho, sombra togada de Carlos Luis de Secondat, barón de la Brede y de Montesquieu! Aquel principio de la «separación de Poderes» en el gobierno de las repúblicas, que tu entusiasmo plagiaba de la paz inglesa, y entregábalo a las revoluciones continentales, no se porta como es debido. En España, por lo menos, es innegable que, dentro de la actualidad parlamentaria, ese famoso principio acaba de pasar un mal rato.

Sin embargo, al contemplarlo, no sabré despojarme del respeto y veneración a que fuí inducido por mis tempranas lecturas. Y diré más: diré que siento cierta ternura para el principio de Montesquieu, como la siento por tantas otras cosas un tanto abstractas y en demasía ingenuas que inventaba especialmente el siglo XVIII, y de las que hoy se ríe la realidad. Tal, por ejemplo, la «armonía preestablecida» del optimismo leibnitziano. Tal la leyenda de la «bondad primitiva del linaje humano». Tal la teoría del «derecho natural». Y tal, también, aquel principio constitucional de Cádiz: «Los españoles serán justos, honrados y benéficos», del que ya dije un día que, después de todo, parecíame un bello anticipo de política pedagógica, a la manera socialista.

La realidad, en efecto, se ríe de estas cosas. Pero será signo de abyección y de estrechez de ánimo en el hombre, si se apresura demasiado a hacerse cómplice, en estas cosas, de la risa de la realidad.

(*Barcelona.*)

LA LECCIÓN DE RETÓRICA. — «¿Neologismo?»—exclamaba un día nuestro gran amigo y maestro Octavio de Romeu—. «¿Neologismo?»

«¿Pero en cualquier verdadero escritor—en cualquier escritor de raza—, *no es cada palabra dibujada por la pluma un neologismo?*»

«La única diferencia entre los buenos neologismos y los dañados, hela aquí: los buenos, apenas inventados, ya diríais que han vivido siempre. Los malos, por más que se repitan, siempre parece que han de morir al siguiente día.»

(*Madrid.*)

DORMIR.—Figurémonos a un hombre, extendido en posición supina y durmiendo. Si suponemos a este hombre en la inercia, en absoluta pasividad, ocurrirá, entre otras cosas, lo siguiente: que dada la estructura de los músculos de la cara, los párpados se levantarán, o mejor dicho—en la hipótesis de un decúbito uniforme, sin almohada—, *descenderán,* dejando al descubierto el globo del ojo. Así suelen quedar los ojos de los muertos... No obstante, de ordinario, cuando el hombre duerme, tiene los ojos cerrados. Y para cerrarlos, le es necesario hacer, hasta cierto punto, un esfuerzo, una tensión. Por lo tanto el sueño no es únicamente, como suponen las teorías de los fisiólogos, una relajación, no es una manifestación de puro descanso. Como todo acto vital, dormir es también poderosa actualización de energía, dormir es también trabajo.

El hombre que duerme sigue siendo el hombre que

trabaja y juega. El hombre que juega, sobre todo, por cuanto, en este caso, no hay la previsión del resultado útil. «*Qui juga, no dorm*», dice un viejo aforismo nuestro. Pero el que duerme, juega. Según la estricta biología, el sueño es, en suma, un deporte más.

(*Barcelona.*)

EL AMOR A LA DIFICULTAD.—El horror al incesto (todavía percibimos el eco de proféticas abominaciones, clamadas por cierto mediocre Joanán en cierto mediocre escenario local), el horror al incesto, decíamos, ¿nació acaso en la mentalidad de los pueblos primitivos, por salvadora superstición únicamente, como así lo sostiene Frazer en su *Psyche's Task*? ¿O tal vez obedecerá solamente, tal horror, a una implícita y obligada previsión de orden higiénico o engénico?

Como sobre otros puntos relativos a la génesis de la Moral, el Glosador tiene su hipótesis. Cree el Glosador que la inclinación a la moralidad nace primitivamente en la mente humana como *valor de dificultad*, especialmente, valor descubierto en cada cosa y en cada acto, instintiva o reflexivamente. El primer paso dado en el camino de las adquisiciones éticas hizo comprender al hombre que *lo excesivamente fácil*—lo «*abandonado*»—es inmoral. De ese modo, si la promiscuidad familiar brinda ocasiones a la impureza, la conciencia del primitivo adivinó en seguida mayor gravedad en el caso en que la impureza nace de la promiscuidad familiar. Dícese el hombre primitivo: la Moralidad consiste, para el hombre, en huir cuanto pueda de la bestialidad. Inpongámosle, pues, mayor dificultad, mayor artificio, mayor disciplina,

allí donde fuere más rápida la pendiente que a la bestialidad le arrastre.

Por otra parte, nuestra hipótesis es la única que puede explicar el hecho, paradójico en apariencia, de que la legislación y la superstición de los pueblos salvajes sobre las uniones consanguíneas sean unas veces prohibitivas y execradoras y otras preceptivas y extrañamente obligantes. En ciertas tribus que los antropólogos conocen perfectamente y acostumbran a citar, no solamente es aceptada la unión entre próximos parientes, sino que es estrechamente obligada en tales y cuales condiciones. ¿Es esto contradictorio con la prohibición de otras tribus? Lo sería, sí, si adoptáramos la hipótesis de la previsión higiénica. Pero no lo es si se acepta la nueva hipótesis, la de la preferencia al valor de dificultad. Desde el momento que la cosa ha sido preceptuada, desde el momento que han de cumplirse tales y cuales condiciones, deja de ser una cosa fácil, *deja de ser el resultado de un resbalar en la pendiente,* deja de ser fruto de un *abandono*. En ello entra ya la misma cantidad de *albedrío* que podemos hallar en los casos de abstención. Y, por lo tanto, entra en ello también la misma cantidad de moralidad.

Sucede, después, que el patrimonio moral de la humanidad se acrecienta, se afina, y con los siglos, gana en riqueza sentimental y en nobleza. Y acontece entonces que ese obscuro *amor de la dificultad* y ese subterráneo *horror al abandono*, que al mismo hombre primitivo producen aversión, se transforman en ese magnífico verbo imprecador que oímos clamar en las grandes tragedias del incesto,—Electra o Salomé.

(*Barcelona.*)

EL PREMIO SUTIL.—En la *Vida* del Presidente Sarmiento, narrada por el gran escritor argentino Leopoldo Lugones, léese, entre cien nobilísimas páginas, una página nobilísima también, y además edificante, en la que se refiere el ensayo que verificó Sarmiento para organizar bibliotecas; ensayo que acabó pronto con un fracaso solemne y con la dispersión de lo adquirido. Pero el intento, nos dice Lugones, no fué, sin embargo, completamente perdido. Cierto es que parte de los libros, dispersos, vilmente despedazados, «se despilfarró en tacos de escopeta, en empaquetaje de almacén o en cigarrillos de campaña, pues de todo hubo». Pero otra parte, al menos, quedó en las casas comunales de pequeñas localidades, en escuelas locales, en «estancias» y en «pagos».—En 1882, en uno de esos apartados pueblos, había un niño que iba aún a la escuela primaria. Y ese niño, al azar, halló dos de esos libros que se habían salvado del naufragio. El uno era de vulgarización científica, y trataba de «La metamorfosis de los insectos»; el otro era un libro de alta poesía: la «Jerusalén libertada», del Tasso.—Leyéndolo a la hora de la siesta, el primero de esos libros revelaba al niño el amor a la naturaleza, moldeado por el estudio de la ciencia. Y el segundo, declamado por el padre en las familiares veladas, abría al espíritu de aquél el divino secreto de la poesía y revelábale la Italia melodiosa. Conmovíanle intensamente, además, las láminas de pavoroso dibujo. Fué esta la primera determinación profunda de su vida intelectual: ¡bien lo sabe hoy aquel niño: bien lo sabe y bien lo cuenta! El niño aquel era Leopoldo Lugones, que, llegado después a la gloria literaria, recibió el encargo oficial de narrar la vida y la gloria del Presidente Sarmiento—a quien

indirectamente debía las iniciadoras y definitivas lecturas de los primeros libros...

(*París.*)

SOBRE LOS PARLAMENTOS.—Marcelo Sembat, el socialista letrado y artista, el ático, el lúcido, el del dilema: «*Faites un Roi—ou faites la paix*»—decía hace poco a M. Ribot, fugacísimo presidente del Gobierno francés: «Sois el último gran parlamentario»... Todos vieron en seguida que esta palabra refería una gran verdad, puesto que la raza de los grandes parlamentarios va extinguiéndose por todas partes, si es que no está ya completamente agotada.

Cosa antigua, el divorcio entre la Inteligencia y los Parlamentos. Pero ahora el caso se complica. Lo que parece producirse hoy, es una separación entre los Parlamentos y la Política; la Política verdadera... No se trata solamente de que la representación legislativa no corresponda ya a lo que da a cada nación su actual sentido y su precio ideal, sino de que, aun en las esferas de las gestiones prácticas, aun en lo concretamente limitado a los negocios públicos, cuanto significa un problema real o su solución, cuanto representa reforma, progreso, adquisición definitiva y compromiso de Estado, realízase de un tiempo a esta parte, lejos de la actividad de los Parlamentos y sustrayéndose ocultamente cada vez más a tal actividad. Pueblos hay que se transforman intensamente mientras sus Parlamentos continúan estacionarios. En tales pueblos hay momentos de profundo reformismo, mientras los legisladores siguen seriamente inactivos.—Se comprende así que sea cada vez más raro el tipo de «gran parlamentario», el «gran parlamentario» tradicional, el que además de dominar las asam-

bleas y conocer todas las sutilezas de la discusión, todos los recursos del reglamento y de la costumbre, toda la historia constitucional y, por lo menos en sus principios, la técnica de las diversas administraciones, sabe manejar las ideas generales y se halla situado en el centro de la actividad política... —Quienes llegan ahora por vez primera al Parlamento, ya no se educan en los negocios públicos, sino en otra cosa.

Pensad solamente en el rumbo que ha tomado la política internacional durante el último decenio. Pensad en sus cambios, en sus alternativas, en los problemas planteados y resueltos. Hojead después los «Diarios» de las sesiones celebradas en las Cámaras de los países interesados durante el mismo lapso de tiempo. Entre lo discutido y lo acabado en cada uno de ellos, concerniente a aquella política, y lo realmento hecho, ¿hay, por ventura, relación de causa a efecto? Las palabras de los oradores, ¿qué han sido? ¿Guía o sanción de la acción ejecutiva? La mayoría de aquellos problemas, ¿llegaron a tratarse alguna vez en el Parlamento?... Pensad ahora en cuestiones de otro linaje. Deteneos por un instante en las de la política de cultura. ¿Quién negará que estas cuestiones han constituído en muchos países una constante preocupación central dentro de la obra de gobierno, o, cuando menos, en otros, una empresa importantísima? Si aquí también tomamos como tipo el último decenio, ¡cuántas iniciativas, cuántas obras considerables se han llevado a término! Y entretanto, en los Parlamentos, ¿de qué se hablaba? En España mismo, y sin referirnos a otras creaciones quizás más importantes todavía y limitándonos solamente a la actividad del Estado, ya lo veis: pensiones para estudios en el extranjero, centros de ampliación de estudios, enseñanzas superiores, nuevas facultades, seminarios, instituciones a la moderna, escuelas fuera de España, residencias escolares, reformas utilísimas y una nueva espiritua-

lidad, y aun una nueva ciencia, sin contar el mejoramiento de costumbres, de sentimientos y de conducta, todo lo cual sustituirá lo viejo y lo caduco en cuanto se pueda cosechar el fruto de tamaña siembra. ¿De cuántas de esas cosas se enteraba el Congreso?... De nuevo os invito a leer el *Diario de Sesiones*... De vez en cuando hallaréis en él alguna queja sobre «abusos en libros de texto»... Algún miserable y minúsculo pleito de escalafón... Algún tópico indeciso lanzado sin mayor interés... Alguna tentativa para dificultar o aniquilar obras laudables, tentativa fracasada, por fortuna, por carecer de la información más elemental...

Sí, ya lo podemos decir: los Parlamentos palidecen; los parlamentarios disminuyen. La Política, como la Inteligencia, avanza fuera de los Parlamentos.—¿Es esto un mal? ¿O un bien? Si es un mal, ¿con qué medios podrá corregirse? ¿Habrá que procurar que vuelvan a la representación popular las inteligencias y las voluntades fecundas?—Si es un bien, ¿qué instrumento podrá normalizarlo y asegurarlo? ¿Cómo dar estado constitucional a la reforma que obscuramente se produce en Europa y en América, concediendo más facultades de iniciativa a los órganos del Estado extraños a la representación? ¿Será necesario aumentar la responsabilidad de sus órganos, a fin de que el aumento de facultades no se convierta en tiranía? ¿Habrá que convertir los Parlamentos en algo así como válvulas de seguridad, cerrando de tal modo todo un ciclo en la historia de las sociedades y sepultando una tradición que tuvo sus días de gloria?

(*París.*)

CHAMBERLAIN.—Las ideas de José Chamberlain *no pueden dejar* de triunfar... Y si no triunfan por obra de Inglaterra, triunfarán por obra de Alemania.

Chamberlain, gran patriota, habrá tenido la suerte de no ver eso.

Dentro de la conciencia contemporánea, Chamberlain sólo había sido una voz. Esa voz decía: «Ante el destino de otro hombre, ante el destino de otro pueblo, ningún hombre ni ningún pueblo—aun por su misma imposibilidad—tiene derecho a lavarse las manos. Los regímenes fundados en la recíproca irresponsabilidad son regímenes muertos.» No han clamado de distinta manera las voces más profundas y sinceras del Socialismo.

¿Y cómo ha sido, pues, que no ha habido acuerdo alguno entre esas voces proféticas?

¿Qué es lo que se oponía, qué es lo que se ha opuesto a que se tradujera en acción política lo que entre el Imperialismo y el Socialismo constituía ya una solidaridad ideal?

Poca cosa, tal vez. Muy poca cosa... Quizá, únicamente, la orquídea.

(*París.*)

VÍCTOR HUGO.—Octavio de Romeu hablaba ayer de Víctor Hugo. Y estas fueron sus palabras:—Un docto religioso, muy versado en cosas de filosofía, decíale poco ha, estando yo presente, a un filósofo amigo nuestro: «Usted, señor, no ha escrito nunca una sola imagen». Y era esta una observación justísima, por cuanto nuestro amigo, cuyo lenguaje, no obstante, está cuajado de elementos figurativos y plásticos, se ha acostumbrado a ver y a comprender el mundo de tal manera, que para él esos elementos

nunca representan símbolos ni expresiones indirectas, sino que, por el contrario, son siempre expresión directa y visión pura no reemplazables por equivalentes. Platón fué un espíritu de esa contextura, y si profundizamos un tanto, bien podríamos decir que a pesar de lo de la caverna y de lo de la sombra y de lo del carro de a dos caballos, que a pesar de todos los tópicos famosos, también Platón, y ello es de admirar, fué un hombre incapaz de escribir una imagen.

«Definiremos, pues, a Víctor Hugo diciendo que es el tipo contrario, que es hombre obligado a comprenderlo todo por imágenes y a no tener una sola visión. Cada elemento figurativo de Hugo puede ser sustituído por otro: no hay en él ninguna plasmación esencial. Hugo es un constante orador y no es filósofo nunca. Es un meridional acabado—¡lo es en extremo!—y no obstante, es todo lo contrario de un grecolatino. Es lo contrario de Platón. Es también lo contrario de Homero. Y tal vez nos fuera permitido decir que tan glorioso poeta es lo contrario de un poeta...»

(*París.*)

LA BURGUESA.

«Je ne suis qu'une bourgeoise»
(Mme. Caillaux).

He aquí a la clase en marcha. Gana un día la partida en la Ciudad del Poder, y su victoria se llama Revolución. Gánala otro día en la Ciudad del Pecado, y eso se llama *Madame Bovary*. Gánala ahora en la Ciudad del Crimen, y este es el día en que Madame

Caillaux, la matadora, dice ante el jurado: «¡Sólo soy una burguesa!»

A fuer de racionalista, siglo XVIII, tú ponías las cosas en claro y clasificabas. Así nacieron las tres clases: la alta, la baja, y la media. Clasificabas las pasiones: arriba o abajo. Y decías: o entre los poderosos señores o entre los miserables. Y en medio, las tranquilas y moderadas virtudes... Nació también la separación literaria de los géneros: la tragedia, entre gentes nobles, entre personajes de elevada esfera; la farsa, entre el grosero populacho, y entre los burgueses, la comedia fina, medianera, *el drama*, la comedia *«de costumbres»*.

Pero transcurre un siglo y algo más de un siglo. Y la voz de la mujer, tan ardiente tras la precaución, tan orgullosa tras su humildad, se eleva y dice: «Todo se ha fundido. Ya no hay clases. Yo, la de la tragedia; yo, la de terribles pasiones; yo, que he matado, yo, que traigo las manos ensangrentadas, no soy Lady Macbeth. Tampoco soy una apache. Sólo soy una burguesa».

¡Vamos a ver si todavía le damos la razón al siglo XVIII!—La Clase prospera. Escala el Poder. Señala el derecho a la *vague d'âme* y a su séquito de pecado. Y tanto en la vida como en el teatro, recaba para sí la pujanza de la tragedia...—¿Te has fundido por eso, Clase? No; la mirada aguda te reconoce todavía. Tienes un estigma por el que se te reconoce inevitablemente: la Astucia.

La Apache, es loca, la apache fugitiva que al claro de luna danza su danza sádica. No lejos de las vaticinadoras brujas, Lady Macbeth es infernal... Tú, Burguesa, eres astuta.—Eres astuta, ahora, en la de-

fensa, como lo fuiste en el crimen, como lo fuiste en el dolor y en el amor.—No loca ni infernal, sino astuta.—Y eres por eso más difícil de perdonar, más difícil de redimir.

(París.)

JAURÉS.—Me parece verle aun, como la primera vez, el diez y siete de Junio de mil novecientos seis, en el banquete socialista de Saint-Mandé. Alto, cuadrado, con las espaldas planas, la cabeza plana, la cara púrpura, casi violeta, como congestionada, y con sus ojos claros bajo las hirsutas cejas. Y su boca, su boca de Calióstomo ya que no de Crisóstomo, como un tubo que se abriera violentamente, como un canal que vertiera el chorro musical de la voz, como un instrumento metálico que acariciara el soplo que circulaba por él... En aquella ocasión presentábase el tribuno una vez más a la liza—prosiguiendo la guerra que desde lejana fecha sostenía con Georges Clemenceau, su digno rival. Todas mis simpatías ideológicas y aun todas mis prefererencias estéticas, se pronunciaban en favor de Clemenceau. Pero cuando oía hablar a Jaurés no podía dejar de manifestar mi entusiasmo. Quizás me impelía entonces contra el bretón, impulsándome al lado del tribuno socialista, la antigua y profunda hermandad de la sangre albigesa.

Por otra parte, Jaurés procedía de la filosofía, y esto deja siempre huella. El spencerismo de Clemenceau en *Le Grand Pan* no pasa de vagamente literario. La afiliación de Jaurés en Schopenhauer tenía estructura más seria y fuentes mas académicas. Esto queda atestiguado por una tesis doctoral sobre el sistema del gran pesimista. Cierto día tuve la curiosidad de buscar y leer esta tesis doctoral de Jaurés... Es floja...

Aun así, ¿cuántos parlamentarios habrían sabido escribirla? En todo caso no lo habría hecho el agente financiero M. Caillaux.

Pero los Caillaux se quedan y los Jaurés se van. Y si éstos, por ventura, podrían llegar a edificar la paz del mundo, o cuando menos a ella se afanarían, son aquéllos, quizás, en todos los países, en todos los partidos, quienes harán posible que caiga de nuevo sobre nosotros—contra las usuales previsiones, contra los cálculos de los economistas—ese azote abominable: la guerra.

(*Barcelona.*)

1915

El *Weltbürger* de Barcelona ha entrado en diálogo o discusión con diversas voces europeas. Las tesis de la «Unidad moral de Europa» han interesado a algunos espíritus, han turbado a otros. Un «*Ample debat*» se abre en el *Glosari*. Romain Rolland, Benedetto Croce, Arturo Farinelli, August Forel, Bertrand Russell, Norman Angell, Israel Zangwill y los otros de la «Union of democratic control» y el grupo holandés pacifista y los grupos alemanes de la «*Ethische Kultur*» y de la «*Neues Vaterland*» apoyan aquellas tesis; Morel-Fatio, Aulard, el historiador de la Revolución francesa, el profesor Ebherard Vogel, el escultor Violet, Charles Maurras y el grupo de *l'Action Française*, un grupo rosellonés, etc., las combaten. El *Glosari* recoge los puntos de vista de amigos y adversarios y los discute con ardor.—En el mismo orden de problemas, da Eugenio d'Ors, en los comienzos de 1915, una conferencia en la sociedad «*El Sitio*», de Bilbao, titulada: «Defensa del Mediterráneo en la Guerra Grande», en que se muestra adversario de las tesis germanistas de Honston Chamberlain y lanza, como vaticinio para el día siguiente de la guerra, el doble ideal y la doble necesidad del «*Socialismo y de la vida sencilla*». No creyó, por consiguiente, Eugenio d'Ors, como tantos otros en aquel tiempo, que la guerra habría de producir la ruina del socialismo y la victoria del principio nacionalista. Recientemente, en Diciembre de 1919, en su discurso de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de Madrid, «sobre la posibilidad de una civilización sindicalista», ha podido nuestro autor invocar aquel precedente, «no como profecía, sino como previsión racional».—Los adversarios de la tesis de la «Unidad moral de Europa» no son siempre tan ilustres como los citados antes; también se contaron entre ellos escritores y aun anónimos, en agria contradicción. Rastros de la reacción frente a ella son frecuentes en el *Glosari* de 1915; alguno, violento; generalmente, sin embargo, en una atmósfera de serenidad intelectual, matizada de desdén.—Una «*Cronica dels Amics d'Europa*» reúne a veces noticias, comentarios, adhesiones. Los juicios sobre escritores contemporáneos o antiguos (Elemir Brouges, D'Alembert, Mme. de Staël, Gourmont, Croce, D'Annunzio, Maurras, Julius Banshen, Michel Breal) toman este año casi siempre la forma de oposiciones entre el *Weltbürger* y el chovinista.—Mientras tanto, una «lección de cosas»

enorme se saca de la guerra; esta lección de cosas producirá mañana, según en 1915 augura Xenius, la victoria del socialismo, «la resurrección de Jean Jaurés», la posibilidad de emplear, por parte del Estado, a costa de las fortunas particulares, millones y millones, que hoy son para una obra de muerte, y mañana podrán ser para una obra de vida.—Algunas glosas son destinadas a las finanzas de la guerra. Otras comentan ásperamente el libro de von Bülow sobre la política alemana. En una de aquéllas aparece la sentencia de Octavio de Romeu: «Hay dos clases de hombres: los que saben que el queso es un manjar y los que se imaginan que es un postre».—Entre los temas filosóficos del año se destaca un largo estudio que comprende muchas glosas sobre las relaciones entre Dewey y Fichte, es decir, entre la pedagogía activista y la filosofía idealista. Otros estudios psicológicos del año versan sobre el pensamiento sin imágenes, sobre la psicología del testimonio, sobre el recuerdo.—Menos graves son otras series sobre pintores nuevos de Cataluña (Vayreda, Obiols, Sunyer, Nogués, etc.) y sobre el arte de la danza, con juicios sobre la Zambelli, Isadora Duncan, Rita Saccheto, las grandes danzarinas españolas contemporáneas y la gimnasia rítmica de Jacques Dalcroze.—De la actividad del Glosador, en materia de instituciones de cultura, dan muestras otras glosas. De este año son el plan de Bibliotecas Populares y de la Escuela de Bibliotecarias, creaciones singularísimas del autor. En relación con estas instituciones y con la doctrina feminista, que más tarde desarrollará (y a cuyo precedente, la *Galería de retratos de catalanas* se ha aludido antes en este libro), están las glosas «La mujer de la calle de Rennes».—Dos doctrinas capitales en el autor quedan fijadas este año: la de la valoración de lo formal en unas glosas sobre *Liturgia*, y la de la actitud racionalista ante el misterio, en «El Pastor singular», que aquí se reproduce.—En el verano de 1915, Xenius pasa sus vacaciones en Gualba, pintoresco pueblecillo catalán, en la falda del Montseny. Una narración, parecida en cierto sentido a «*La Bien Plantada*», pero de alma enteramente opuesta a ella, surge de aquí: «*Gualba, la de mil veus*», poema extraño, de color acusadamente romántico y de fábula profundamente turbadora, como que narra, en acentos cuya gravedad recuerda la voz del órgano, la tragedia de una amistad, que acaso es amor, sobre la condenación por el vínculo de la sangre. El ilustre sacerdote Dr. Federico Clascar solía decir de «*Gualba, la de mil veus*» que era, con el «Cantar de los Cantares», la más inspirada transmutación poética de la geografía en la historia universal de las literaturas. Parece que alguna página de esta obra no pudo publicarse en el periódico en que aparecía el *Glosari*, permaneciendo hasta hoy inédita; pero eso no es muy seguro, como no lo son otras noticias que se divulgan sobre esta obra, pues no falta bibliófilo que afirma poseer una «edición de arte» de «*Gualba, la de mil veus*», tirada en cortísimo número de ejemplares, con dibujos del escultor Manolo Hugué.

REDACTAR.—Cierro dos o tres libros españoles de materia científica. Y me tuerce los labios honda impresión de repugnancia. ¡Dios mío, cómo están redactados esos libros! ¡Qué expresiones más pedestres, qué confusión, qué léxicos, qué sintaxis! ¡Qué barbarie en todo y qué ausencia de buen gusto! Por excepción hallamos en una página media docena de frases bien construídas. Y si en un capítulo damos con una página elegante y clara, es por azar.

Lo más triste en todo eso es que los autores no suelen apenarse por tan graves ausencias de buen gusto; al revés, muchas veces aparentan estar satisfechos de ello. Parece que vean en la torpeza y barbarie un signo de seriedad y profundidad. «Eso no es de un escritor», dicen al sumergirse deliciosamente en los pantanos de la más triste confusión. «Eso no es de un escritor».—No, por cierto, decimos nosotros. Ni tan sólo de persona bien educada. ¿En qué país del mundo se considera persona bien educada a quien carece de ortografías tan elementales?

De hecho, el hombre de ciencia español no lee, después, en la soledad, el libro de su colega. Y así poco le importa que el estilo de tal libro sea inteligible o no. Más bien, si el estilo es elegante y claro y el libro lisible, el hombre de ciencia español guarda cierto rencor al autor—por lo de la competencia.

Utilísima sería, en verdad, en estos medios, propagar la máxima del Enciclopedista: «La Ciencia no es otra cosa que un lenguaje bien hecho.» Y, cuán útil sería también que, en las escuelas sobre todo, y antes de aplicarse a otros métodos novísimos, de efecto un tanto arriesgado a veces, se pasara al menos por un período de ensayo de la antigua y buena moda francesa que consiste en dar central importancia a la

educación y perfeccionamiento de la aptitud de redactar.—Redactar, redactar, redactar: del redactar provienen después privilegios y primacías. El secreto de la aristocracia y del predominio de la ciencia francesa, así como el de su universalidad, se encuentra en un don muy suyo: en la secular y segura superioridad de «*redacción*».

PLATERO Y «YO».—Platero es un borrico. «Es pequeño, peludo, suave; tan blando de fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.» Tiene una oreja enhiesta para la gracia y otra oreja gacha para la mansedumbre.

«Yo» es un poeta. Es un poeta con tal voz de hermano, que todos los que le han leído le llaman Juan Ramón. También fué hermano de Platero mientras Platero vivió y le llevaba sobre su lomo blando. Ahora que Platero ha muerto, ahora «que ya puede entender» un libro, Juan Ramón Jiménez le dedica uno y se lo manda «al cielo de Moguer».

Los niños de España adorarán al poeta y su borriquillo. Adorarán Platero y «yo» precisamente porque no ha sido con premeditación escrito para ellos. Que en este capítulo, el de la literatura infantil, hay tal vez equívoco en que importa a todos no persistir. La publicación de libros destinados única y exclusivamente a los pequeños, ¿no constituirá un error pedagógico?

Cuenta Goethe, en *Poesía y Verdad*, que en tiempo de su infancia semejantes publicaciones apenas existían. Fuera del *Orbis pictus*, de Comenio, ninguna obra de esta índole tuvo el niño Juan Volfango en

sus manos. Pero él y su hermana hojeaban a menudo una gran Biblia en folio con grabados de Mérian. La Crónica, de Godofredo, decorada por el mismo grabador, les instruía sobre los acontecimientos máximos de la Historia Universal. La *Acerva philologica* añadía a esa la narración de fábulas, mitos y maravillas de todo orden. Y tampoco les faltó el conocimiento de las *Metamorfosis,* de Ovidio, cuyos primeros libros fueron estudiados diligentemente. «Así—dice Goethe—mi joven cabeza fué pronto poblada por multitud de imágenes y de aventuras, de personajes y de acontecimientos considerables y prodigiosos, y jamás el hastío pudo apoderarse de mí, puesto que yo estaba ocupado constantemente en aprovechar este fondo de adquisiciones, en juzgarlo y reproducirlo.»

Hay que confesar que, a lo menos en este caso particular, los efectos del sistema no fueron malos del todo. Pero ¿qué dirían los pedagogos del día, de una educación a base de Ovidio? No sé lo que dirían. Pero sí sé que a mí, una vez, en compañía de uno de ellos, maestro agudo, se me ocurrió interrogar a los chiquillos de su escuela sobre la canción por cada uno preferida. Y la canción que resultó preferida por el mayor número no fué, ¡oh, sorpresa!, el *Arroz con leche,* ni el *Serení,* ni otra ninguna de esa familia. Fué *Dios loado por la Naturaleza*, uno de los mejores corales de Beethoven.

IL PENSIEROSO», «LE PENSEUR» Y «EL PREOCUPADO».—Esculpió en mármol Miguel Ángel, para el pudridero de los Médicis, la noble y melancólica imagen de *Il Pensieroso.* Augusto Rodin enfrió la fervor del bronce en una forma tensa y eficaz, la de aquel desnudo *Penseur* que luego llevara la ciudad

de París a los propíleos de su panteón. Penagos, para el cartel del nuevo periódico «España», ha dibujado una nueva figuración ilustre, destinada, me parece, a quedar en la iconografía de la Inteligencia bajo el mote de *El Preocupado*.

El Preocupado representa la Inteligencia paciente, a dos dedos quizás de la desesperación. *Le Penseur*, la Inteligencia militante, a punto de parto y de victoria. *Il Pensieroso,* la Inteligencia triunfante, que al día siguiente del triunfo de la Inteligencia se llama ya Melancolía.

Grande esperanza española, después de todo, este Preocupado. Grande esperanza, porque significa que la verdadera vida aquí no ha comenzado aún, y que en verdad la pupila cansada no se da a contemplación de una decadencia; pero, al revés, el tenazmente ahincado entrecejo dice las luchas de una adolescencia tímida y tormentosa, excesivamente prolongada sin duda.

¡Ah, con qué ardor aspiras a las noblezas del pensamiento y de la melancolía, Preocupado! ¡Cómo levantas los ojos al cielo! ¡Cómo vuelves la espalda a la amarilla pequeña ciudad barroca!—Pero el cielo está vacío, mi Preocupado; blanco y vacío, y no te dará una respuesta. Y la ciudad pequeña y amarilla está en ti mismo; quieras que no quieras, está en ti. Está en la tu capa pomposa y en el sombrero de copa desmesurado, y en la romántica perilla, y en estos abiertos ojazos sombríos, que dan un poco de miedo y un poco a la risa, y también inspiran una manera de vaga compasión.

Pero yo voy a contestarte en vez del cielo. Del cielo al que llamaste y que no te oyó, como no oye nunca a los hidalgos de entrecejo fruncido. Voy a decirte la palabra del oráculo del mar, que éste sí contesta y dialoga.

La palabra es ésta: Preocupado: lo primero, vuelve

a tu ciudad. Nada de esos paseos por las afueras, por el margen de la vida ciudadana. Hay que decidirse: o afuera o adentro. O toma el tren o vuelve a la ciudad. ¡Vuelve a la ciudad! Adéntrate en ella, sitúate en ella. O en una capilla cerrada, como *Il Pensieroso* florentino, o en unos republicanos abiertos propíleos, como *Le Penseur* parisién. Lo mismo da. Pero dentro de la ciudad siempre. Vuelve a la ciudad, vuelve a la ciudad—te repetiré con una insistencia hamletiana.

Luego, siéntate. Para trabajar, y aun para ensoñar más noblemente, hay que estar sentado. Mira: el parisién, el florentino, lo están. ¡Mala peste a las adivinaciones de Nietzsche contra la prosa de Flaubert! Siéntate, por fin, Preocupado mío, y tranquila, largamente, en lugar de preocuparte más, piensa, trabaja. Yo tengo otro amigo lleno de saberes, lleno de gracias, y aun de eficacias, pero que, por no conocer la ciencia de estar sentado con algún aquietamiento y reposo, se apartó de ocupar el trono que su ciudad le hubiera ofrecido, y hoy se encuentra en el Canadá.

Otra cosa, Preocupado: aféitate. Toma nuevamente ejemplo del de Florencia y del de París... ¡Eh, camarada!, ¿adónde va su merced con esa desañada perilla? ¿No conoce su merced las ventajas y goces suaves del labio raso o bigote corto? Entre otras cosas, podría su merced beber, lo que se llama beber, y no sólo sorber líquidos como ahora. Y cuando, con el buen trabajar se gane su merced sus buenas fatigas, sabrá si es bueno o no es bueno este buen beber.

Lejos sean arrojadas también capa y eminente chistera. Que la ciudad y su vieja virtud se estén en el alma, no en el atuendo. Cualquier casticismo en lo exterior, en lo vestido y pintoresco, marchita y agosta la verdadera interior fuerza de estirpe. Para llegar a un nacionalismo fuerte hay que dar la vuelta por el universalismo. Desnudo nos aparece el hombre de Rodin; cubierto de una armadura clásica, el

Médicis del Buonarroti... Señor Preocupado, el enemigo de tu raza no se llama Squilache, ministro, sino Ignacio Zuloaga, pintor.

Finalmente, amigo, hay que aspirar a ganar en profundidad y mejorar en materia. Tres dimensiones te convienen, cuatro si pudieras, no ya dos tan sólo. Tórnate, pues, de diseño en cartel, en estatua, profunda estatua encima de pedestal o en cuenco de hornacina. Y sé de bronce. O sé de mármol. Sé de material noble, duro y eterno. Esta es la última vez—Enero de 1915—, esta es la última vez, Preocupado nuestro, que te consentimos ser de papel.

DE LA AVENTURA.—Llevo leídas este invierno dos novelas: las dos de aventuras. La primera, francesa, *Les Caves du Vatican,* de André Gide. La segunda, española, *El Estilete de oro,* publicada con firma de Pedro Lacor.

¿Novelas de aventuras? ¿Nuevas novelas de aventuras? ¿A tan viejos, a tan accidentados caminos volvería hoy el arte de novelar? Así parece. Pero en realidad no es así. Se equivocaría quien en esa vuelta pretendiese ver un episodio de reacción romántica. Me atreveré a decir que tal vez se trate de todo lo contrario. Háblase de reacción romántica, enhorabuena, en el capítulo del «teatro poético». Pero no se repita la cosa con motivo de la novela de aventuras. El teatro poético nos es dado generalmente de *buena fe* por los autores. La novela de aventuras nos es dada de *mala fe*. La diferencia importa. Y a ella se debe que el teatro poético nos interese apenas, mientras que la novela de aventuras ya nos empieza a interesar.

Pero *Les Caves du Vatican* y *El Estilete de Oro* nos interesan desigualmente. La calidad de la mala fe

es en ambas distinta; que también hay calidades, y por consiguiente valores, en la mala fe. La mala fe de André Gide tiene atisbos de metafísica. La mala fe de Pedro Lacor tiene asomos de comercial. Lo que el francés nos ofrece irritaría de fijo al vulgo. Lo que el español nos ofrece corre el riesgo de gustar al vulgo demasiado. Nuestras meditaciones prolongan los temas del primero en análisis sobre el misterio de la contingencia, mientras que traducen los temas del segundo a cálculos sobre el éxito de la edición.

Hablemos de la aventura como problema, dejando a un lado la aventura como incentivo. La duda versará sobre lo siguiente: ¿Es la aventura un genuino elemento del arte? ¿Dónde encontraremos mejor el goce propio del arte, en la sorpresa o en la previsión? La sorpresa excita curiosamente, sin duda. Pero en el cumplimiento de la previsión, si éste era un poco arriesgado, se complace el ánimo. Previsión se llama el secreto del ritmo, de cualquier ritmo. Previsión se llama el secreto de la arquitectura. Previsión, no otro nombre, se llama el secreto del verso y de la estrofa.

Hemos exigido un poco de riesgo en la previsión, y con la misma razón reclamaremos un poco de limitación en la sorpresa. Quiere decirse que ninguno de estos elementos lo íbamos a tolerar puro. La cuestión es, pues, de más y de menos en la mezcla. ¿Qué nos satisfará mejor, un arte que se acerque a la libre contingencia o un arte que se acerque a la estricta legitimidad? En un extremo colocaríamos la literatura de ejemplaridad moral en sus formas más rudimentarias, las fábulas de Esopo o de otro cualquier clásico gnómico. Al otro extremo se acerca, más acaso que ninguna obra de la literatura universal, esa extraña e impertinente de André Gide, *Los Sótanos del Vaticano*.

Pero muy próximo al primer tipo está también Sófocles, el que hace que un rey tenga que sacarse los

ojos como castigo a su propensión a la violencia, a su falta de serenidad. Y muy próximo al segundo está Shakespeare, el que hace acabar sin escrúpulos en un campo de batalla y por limpio azar, la vida de un rey partido para otra empresa. Y no nos empecharía demasiado decidir entre Gide y Esopo, expulsar a uno de los dos del campo de la ortodoxia artística; pero decidirse entre Shakespeare y Sófocles, ya es otra canción. No habrá otro remedio que declarar a la aventura legítima. Pero la declararemos legítima desde fuera, sólo cuando ya lo sea por dentro. Es decir, cuando haya en ella y en la sucesión de ellas, dentro de una obra, una parte de construcción, una parte de previsión, una parte de ritmo, de ley, en fin.

Temo que André Gide ande ya demasiado lejos de este límite... Y en cuanto a Pedro Lacor, digamos que para absolverle de sus culpas, una virtud habla por él, y es la limpieza moral de su arte: su castidad. Yo temblaba cuando en mi lectura veía acercarse incidentes como el de Raquel en el lecho o la escena de su danza oriental. La vulgaridad o la selección de un temperamento de autor se ponen a prueba en momentos así. No ya de especias fuertes, pero siquiera de algún colorismo, más o menos equívoco, el autor ha estado sin duda tentado a sazonar la situación. Ha sabido no hacerlo. La tensa acción no ha permitido ni la concesión más nimia a las inferioridades ópticas. Y así Raquel, la del estilete de oro, se emparenta noblemente con la familia blanca de las creaciones femeninas de Edgard Poe, de aquellas mujeres alucinadas y alucinantes, puras, y como lunarias que se llamaron, con nombre de misterio, Berenice o Ligeia.

La aventura predilecta de la acción, mata en rigor la voluptuosidad, contemplación siempre—*¡y, después de todo, previsión siempre!*—Como los grandes jugadores, como los grandes aventureros en general, los grandes imaginativos no son sensuales.

LAS VOCES SILENCIOSAS.—Y ahora que hemos citado a André Gide, ¿qué debe pensar de la gran guerra ese hombre inquietante y sugeridor? Muchas son hoy en Francia las voces que callan cuando de ellas nos importaría oír el timbre, ya que no fuese la sentencia pronunciada. Sabemos de Maurice Barrés que permanece fiel a su nacionalismo, aunque ahora le busque materialmente y con un poco de grosería apoyos internacionales. Sabemos de Romain Rolland, que nos ha hecho traición al gran principio de la unidad moral de Europa. Conocemos las semiconversaciones de France y de Aulard, y a ellas atendimos, aunque la opinión de estos dos hombres no nos interese ya demasiado. Pero ¿qué nos diría, si hablase, un subjetivista furioso como Gide? ¿Qué un disociador profesional como De Gourmont? ¿Qué diálogo podrían trenzar sobre los problemas morales del actual conflicto aquellos dos incansables interlocutores, alternativamente ingenuos o escépticos, pero en toda ocasión tan inteligentes, monsieur Delarue y monsieur Desmaisons?

EL PECUCHET AFORTUNADO.—Podríamos imaginar una réplica a la novela famosa de Flaubert. Podríamos presentar la hipótesis de un Pecuchet afortunado. Pasan, cierto, en aquella novela, los dos grotescos héroes, debilidades de mente y de conducta. Pero reconozcamos que, por otra parte, una esquiva fortuna agrava constantemente su situación con no cesar de volverles la espalda. Bouvard y Pecuchet no tienen suerte. ¿Qué sucedería si la tuvieran? ¿Qué sucedería si con sus mismas limitaciones,

con su misma profunda vulgaridad, la casualidad les hubiese proporcionado un éxito y el éxito un crédito? Finjamos, por ejemplo, que alguna de sus experiencias científicas o higiénicas o agronómicas, logra resultado famoso, y que esto coloca socialmente a alguno de nuestros hombres en posición de autoridad. ¿Qué saldrá de ahí? ¿Qué cosas dirá, qué sentencias dictará, a qué nuevas empresas se consagrará un Pecuchet afortunado? Los frutos del ayuntamiento entre la mediocridad espiritual nativa y la supremacía intelectual ganada, serán ciertamente de muy regocijado gustar

MUY SIGLO XVIII». — ¿Qué cosa significa, en idealidad, esta fórmula: «Muy siglo XVIII»? ¿Qué fué, en idealidad, el siglo XVIII?

En cierta ocasión, mi Octavio de Romeu decía que la fórmula moral de cada hombre y de cada siglo nos la podía dar al considerar cuál era la pasión que más dramáticamente había tenido que superar.

—Así —continuaba —la fórmula de la civilización griega podría ser la siguiente: Un esfuerzo para superar la Cólera. La tendencia a la cólera era, en efecto, el punto flaco de aquellos hombres rudos, pero que habían puesto su ideal en la vida serena. Recuérdese el sentido profundo de la trilogía de Edipo.

Parecidamente, la civilización de nuestro siglo, la gran obra novecentista, está en un esfuerzo para la superación de la Anarquía.

—¿Y el siglo XVIII?—preguntamos al maestro bien amado:

—El siglo XVIII—nos dijo él—fué, en su literatura, en sus artes, en su pensamiento, en su religión, en su política, en sus costumbres, *un esfuerzo magno para superar el Remordimiento.*

RUBÉN DARÍO, POETA DEL «MUY SIGLO XVIII».—Una noche, en el salón de Octavio de Romeu. El salón estaba a obscuras, y frente a nuestro Pantarca había un hombre sentado. Les separaba toda la sombra de la habitación, cada uno con un beso de luna en el rostro. Grave y rasurado, como el del Pantarca, era el del huésped, pero no ya seco, y finamente melancólico, sino adormecido tras una especie de inflor que le daba cierta nobleza sacerdotal y no le permitía abrir demasiado los ojos. Pero las narices, maravillosamente sensuales, de este hombre, vibraban en sus aletas generosas, vivían más que los ojos mismos y parecían ser, en vez de éstos, el órgano inteligente, en la hierática criatura, para percibir el mundo exterior. «Rubén —le había dicho Maese Romeu (porque el huésped era Rubén Darío, el más melodioso poeta que hayan escuchado jamás orejas hispanas) —, Rubén, tú eres como un juguete en manos del Señor. Tú eres como un trompo lleno de música. Para oír este tu dulce zumbar, cuando bailas, las estrellas se vuelven locas. Si te sientes envuelto el cuello y agarrotado por el dolor, Rubén, ¡no llores! Es el Señor que te da cuerda...»

CRÍTICA DE ARTE.—Hay dos maneras de crítica de arte. Consiste una en hacer la composición de lugar, como si el crítico se dirigiera a un auditorio de profesionales. La otra, en dirigirse a un auditorio ideal, compuesto de diletantes de las emociones y de las definiciones. Ambas maneras son malas.

La manera buena estará en saber dirigirse a un mismo tiempo a los dos públicos.—En saber interesar

a los dos públicos. En dar razones valederas dentro de cada uno de los juegos de valores de estos dos públicos. Tal es la manera buena, pero también la manera difícil.

Resultaría siempre fácil esta manera, si los artistas fueren completos, si el público estuviera preparado, si el crédito a su vez estuviera preparado y fuera completo.—Sin eso, es necesario hablar a cada uno de esos grupos distinto lenguaje. Y dominar ambos lenguajes es algo costoso. Más costoso es todavía hablarlos a un mismo tiempo.

Pero, en fin, después de todo, intentarlo nada cuesta.—Intentadlo.

EN LA MUERTE DE REMY DE GOURMONT.—Di, pues, sin tardanza la verdad, cuando te queme la boca. No esperes la buena ocasión, ni la hora propicia, ni la «preparación del ambiente»... Mira que entretanto puedes morir.

Puedes morir, llevándote al más allá el secreto de la verdad que querías decir. Y así dejarías tu nombre y tu alma grávidos con el peso de la mentira.

Remy de Gourmont, que acaba de morir, era de los que al medio año de haber entrado Francia en guerra, le contábamos todavía entre las voces silenciosas. Y nos preguntábamos: «¿Cuáles serán las palabras de estas voces silenciosas, cuando se decidan a hablar?»... Al poco tiempo, Remy de Gourmont comenzó a hablar. Pero ya se comprendía, al leerle, que su palabra, la palabra de su pensamiento sobre la guerra, no nos la decía enteramente, ni mucho menos. Mientras otros, como castigo por haber dicho su verdad con valentía sufrían persecución, veíamos al

diserto «epiloguista» reservarse, aplazarse, condescender al tópico, pactar con la vulgaridad y la tontería, descender a ser, él, que fué llamado «el último enciclopedista», el último periodista; y aprovechando algún rincón ideológico, alguna curva de estilo o alguna insinuación celada, hacernos un guiño y decirnos: «Yo soy más inteligente que todo eso. Pero ahora, si digo toda mi verdad, voy a sufrir grandes males. Por otra parte, sería inútil... Tened paciencia por algún tiempo. Pasada la guerra, ya ajustaremos cuentas...»

Pero la hora de ajustar tus cuentas, hombre—no la escoges tú.

LA MUJER DE LA RUE DE RENNES.

I

De nuevo se me ha aparecido esta mañana la mujer de la rue de Rennes... «La mujer de la rue de Rennes» es una visión que me visita de vez en cuando. Yo la llamo así, porque siempre se me representa vagamente sobre el escenario de una nueva y populosa calle de París, que tiene por fondo la Gare Montparnasse. Esta figura es, simplemente, la de una mujer artesana. Es cuarentona, cuadrada, rubicunda, tiene el rostro pecoso, lleva un sombrero negro (12,95 francos) con una pluma; un paletó negro (27,95 francos) con un cuello de terciopelo, y unas anchas botas (9,95 francos) le abultan el tobillo, que al recogerse la falda nos muestra. Llueve, y con su mano derecha sostiene el paraguas. En la izquierda lleva una

red llena de provisiones, en la que brilla una lechuga—o una «serviette» repleta de papeles.

La mujer de la rue de Rennes es, en Europa, una mujer de pueblo.

II

Esta mañana se me ha aparecido, y he aquí cómo me hablaba:

—Tú has hablado del hombre que trabaja y que juega, y algunas veces has hablado también de aquellas exquisitas bellezas que juegan y no trabajan. Pero de la mujer que trabaja y que no juega, nada has dicho aún. Sin embargo, nosotras somos la multitud más confusa y obscura de vuestra Europa. Somos en el mundo moderno lo que eran los esclavos en el mundo antiguo. La secular servidumbre femenina se ha aumentado hoy con una cadena más. Somos aún la mujer de siempre, la que no opina, la que no vota, la que no tiene derechos. Y sobre la sujeción doméstica, y sin compensarla, tenemos otra, que nos es común con vosotros: la sujeción profesional... Tenemos la cadena en esta «serviette»—o en esta red de provisiones.

En su cara sumisa y campesina, la mujer de la rue de Rennes tenía una mirada dura. Una mirada tal, como si se acabara de despertar. Y en su mirada había un reproche. Como si dijera:

—Y vosotros—y tú, que ni me nombras—, ¿qué habéis hecho por mí?

III

«¡Nada!—iba a responder yo, confuso, cuando el recuerdo de algo reciente detenía la negación desconsolada—. Nada se ha hecho para remediar tu esclavitud, excepto una empresa llevada a cabo poco ha, allí, en ese rincón de mundo que es mi patria. Allí se

ha pensado en lo trágico de ese vivir y de ese esfuerzo tuyos, en los que el trabajo no está templado por el juego. Allí se ha inventado una profesión para ti, profesión expedita en las esferas de la posibilidad, y elevada dentro de la jerarquía de la cultura. Una profesión en la que las dulzuras honorables del recogimiento se unen a las alegrías enérgicas de la responsabilidad. Una profesión en la que el trabajo regular y noble va acompañado de la plenitud del juego, del divino juego de las letras y de las artes. Profesión normal, civil—heroica y cómoda a un mismo tiempo—, misión y carrera a la vez... Una profesión que, primera en el mundo, la Mancomunidad de Cataluña ha ordenado en institución estatal: la profesión de Bibliotecaria.»

La mirada de la mujer de la rue de Rennes se ha suavizado. Un brillo de esperanza ha fulgurado en aquellos sus ojos que antes odiaran. Ha suspirado, ha sonreído un poco.

—Es demasiado tarde para mí, ha dicho. Pero tengo una hija...

Y mi imaginación la ha visto que apretaba el paso hacia la Gare Montparnasse, ligeramente encorvada bajo la lluvia—con su sombrero de 12,95. su paletó de 27,95 y sus botas de 9,95.

EL FILM DE MACISTE O LA FUERZA Y LA ASTUCIA.—Crucial experimento—en el cine o en otra parte—ver quién simpatiza con la Fuerza, quién con la Astucia.

No usemos siempre el nombre de esta última en sentido despectivo. La Astucia se llama Yago, pero también se llama Ulises.

Ni usemos el de la fuerza con demasiado amor. La

fuerza se llama Hércules, pero también se llama Goliat.

El experimento, pues, se refina aún más cuando presentamos los términos de comparación sin una valoración preconcebida. Es decir, no comparando Otelo con Yago, o Ulises con Polifemo, sino Hércules con David, o Yago con Goliat.

Esta forma más fina de experimento no puede ya practicarse habitualmente en el cinema. Es necesario escoger otro teatro. Por ejemplo: el de las naciones y de las guerras de las naciones.

EL PASTOR SINGULAR.

Rationale obsequium.

Había un pastor, entre los pastores, que no era como los demás pastores.

Este había seguido, en años de su juventud, la profesión marinera. Llevaba, horadando una de sus orejas, una argolla de plata. Hablaba usualmente el dialecto siriaco; pero a menudo esmaltaba sus decires con alguna palabra de sílabas numerosas y enfáticas.

Él se pretendía nacido en Grecia y llevado un día por unos piratas a los mercados de esclavos de Oriente. Fugitivo, un cabrero le había amparado, llevándole con él hasta las proximidades del desierto... Pero era costumbre, en las charlas nocturnas de los pastores en torno de las fogatas, prestar poco crédito a las historias del pastor singular. Griego o no, tenía la costumbre de mentir como un hijo de la misma Atenas. Gustaba en todas las cosas de dar lo suyo a la fantasía. Pero la suya no estaba como la de sus compañeros, ocupada en profecías y vaticinios, sino en

recuerdos y fabulosas reminiscencias de una edad de oro, hundida y perdida entre las oscuridades del pasado.

Aconteció, pues, que, como la noche de Navidad fuese llegada, el ángel bajó para anunciar a los pastores la buena nueva. Y los buenos pastores creyéronle, y fuéronse tras él por los caminos nocturnos, con gritos de gozo y con canciones. Y el mal Rabadán no le creía, y se quedaba junto al fuego raquítico, ávido de la sopa caliente que en una escudilla humeaba. El pastor singular hizo lo mismo que los buenos pastores. Mas no con precipitada exaltación y clamor de locura iba siguiendo el camino de la estrella, sino con paso mesurado, cosa que, en verdad, no le hizo llegar más tarde.

Llegados que fueron todos a la ciudad, los que habían andado en la noche la cruzaron para llegar en seguida al portal luminoso en que era nacido el Salvador. Entonces el pastor singular separóse de ellos. Les dijo que allí mismo, en el pórtico de algún palacio o junto a alguna cisterna, pensaba esperar la aurora.

—¿Cómo—le echaban en cara los compañeros—, no has creído acaso la palabra del ángel? ¿Eres ciego al designio de la estrella? ¿Rehusarás homenaje a tu Señor?

—He creído la palabra del ángel—contestó él muy dulcemente—. He visto el designio de la estrella. Rendiré homenaje a mi Señor... Iré a arrodillarme en el portal en que Él ha nacido. Sí, iré a rendir homenaje a mi Señor. Iré, empero, *de día*.

1916

Un gran aire de serenidad, de paz, de trabajo productivo, de seguridad, de influencia, domina en todo el *Glosari* de 1916. Diríase, en la sinfonía de una vida, un largo *Adagio*. El Glosador tiene ahora treinta y tres años; lleva diez de la cotidiana producción. Ha depurado y simplificado su arte; ha ordenado sus órganos de actividad; empieza a sistematizar su pensamiento filosófico, reuniendo en Academia, que luego se llama oficialmente *Seminario*, a un grupo de estudiosos a los que ofrece como lección un capítulo de su «Doctrina de la inteligencia», destinada a comprender tres partes: Dialéctica, Psicología y Física. Por primera vez, todas las glosas de 1916 están escritas en Cataluña; generalmente en Barcelona o en los pueblos inmediatos; alguna vez, en localidades más lejanas, a las que el autor acude, en función nueva, como misionero para la fundación de Bibliotecas Populares u otras instauraciones de cultura. Esas excursiones dejan rastro: páginas sobre Olot, Valls, Sallent. Inicia una acción, que se desarrollará más tarde, sobre «*Els solitaris de Catalunya*», sobre los espíritus selectos, perdidos en la oquedad de los pueblos. Xenius aspira a reunirlos en una vívida y activa hermandad.—Los rastros de la polémica sobre la «Unidad moral de Europa» y su actitud ante la Gran Guerra van volviéndose raros en el *Glosari* de este año. El Glosador ya no discute: nota nada más, con religioso respeto, los síntomas de una lenta restauración de los «valores eternos» en el ambiente turbio del mundo. La intervención de los americanos en la guerra afirma, sin embargo, en ella, cierto símbolo: Eugenio d'Ors insiste algunas veces en que ha entrado en acción una competencia «entre Atlántida y Europa». Pero esta misma antítesis no es ahora fuertemente acusada. Todo lo domina la «idea federal», la «superación de antinomias políticas» que Ors ha colocado bajo el doble patronazgo de la «Grecia anfictiónica y eudica», y de Ramón Lull.—El campo de atención del *Glosari* se extiende este año muy particularmente a América y a la literatura castellana de América; hay en esto una manera de reciprocidad; por este mismo año se forma en Buenos Aires un núcleo que se llama *novecentista*, pronto reunido en un «Co-

egio» que edita una revista (*«Cuadernos»*) y otras publicaciones.— Entre las obras de cultura del autor florece este año su intervención en los *«Cursos monogràfics d'alts estudis i d'intercanvi»*. La comunicación científica con las grandes figuras académicas que el estudiante de 1906 buscó saliendo al extranjero, ahora la encuentra en casa, y algunas páginas del *Glosari* consignan sus fastos, a los que van adscritos los nombres de Luciano Poincaré, G. Gentile, Dietrich Westermann, Baudrillart, etc. Estos cursos dan ocasión a una sistematización de ideas pedagógicas por parte del autor, en un orden de problemas que tiene también su expresión dentro de una serie de glosas dedicada a estudiar psicológicamente la enseñanza de la ortografía.— Interesantes páginas sobre Cubismo y otras tendencias artísticas nuevas, con interpretaciones de la teoría de la forma, según el escultor Hildebrand.—La vasta obra vuelve ahora a contener páginas de humor y otras puramente poéticas, pequeños poemas en prosa, lejanos, incluso a cualquier motivación de actualidad: *«L'aparició»*, *«Dona ferentes»*, *«Elegia»*, *«Don Joan del Porc»*...—Uno de estos poemas, pero más largo, es la curiosa serie *«La lliçó de tedi en el parc»*, llamada después *«Oceanografia del tedi»*, capricho psicológico, «juguete científico» cuyo virtuosismo está en el análisis minuciosísimo de las sensaciones, dentro de la más radical ausencia de acción. Estamos lejos, en esta humorada de vacaciones, de los acentos terribles que resonaron en *«Gualba, la de mil veus»*; aquí todo es deporte, ligereza, travesura.—Dos notas más graves, sin embargo, se infiltran en el *Glosari* de 1916. Una es la exaltación del trabajo manual y del tipo del artesano, condensados ya en la lectura de la Residencia de Estudiantes (1915) *«Aprendizaje y heroísmo»*, y que ahora, después de distintas *«Prédiques a l'Aprenent»* y de elegías consagradas a *«La agonía de los oficios»*, encuentra la fórmula dichosa: *«Mística manual»*. Otra, que se adivina en el *Glosari*, más que consigna, es como una desilusión ante la obra de los políticos, y en especial de los políticos parlamentarios, muy lejana ya a la exaltación civil de los primeros años de aquél. Ya no hay ahora himnos a elecciones, sino que una de ellas es calificada, al contrario, de «gran sarcasmo» (Glosa *«Estepes, troglodites...»*, sobre la obra del botánico Reyes Prosper). Un cierto escepticismo se ha deslizado, no puede negarse, en el *Glosari*. A pesar de ello, aun la voluntad de optimismo triunfa. Y en imitación a la palabra del himno védico: *«Hay muchos amores que no han nacido todavía...»*, canta Eugenio d'Ors (comentando la aparición de «La edad heroica» de Luis de Zulueta»): *«¡Hay tantas Españas que no han nacido todavía!»*—*«¡Haz que las veamos!»*—El *Glosari* de 1916 ha sido publicado íntegramente en folletín por la revista *«Quaderns d'Estudi»* (años 1918-19). De *«La lliçó de tedi en el parc»* ha leído el autor en una velada una versión castellana, obra suya, y ha escrito una versión francesa Mme. Marie de la Tour-Imbert.

UNIVERSALE COLLEGIUM». — El «Universale Collegium» de Comenio y Leibnitz es una idea que debe resucitarse después de la guerra—¡inmediatamente después!—El anhelo de dar estructura a la comunidad internacional, a la libre y hoy amorfa «Civitas Dei», que forman los mejores de cada pueblo, se ha manifestado con creciente intensidad en estos últimos tiempos, en los medios más espirituales de Europa y América. Tal anhelo se traduce en una doble dirección: por una parte, política y jurídica, con tendencia a la instauración de federaciones entre Estados o al establecimiento de tribunales superiores; por otra parte, moral y de cultura, procurando crear entre las gentes civiles y cristianas algo en que se encarne el orden de intereses superiores a aquellos otros que en cada momento y en cada hora traen rivalidades y conflictos.

Comenio pensaba en una Academia mundial formada por los que él llamaba «sacerdotes de la sabiduría».—«En esto (se ha observado en un estudio de Bruno Tillman sobre los precursores renacentistas de Leibnitz), en esto Comenio no hacía más que traducir una idea dominante del Renacimiento.» Leibnitz deseó con ardor la formación de un Colegio así; teniendo presente, sobre todo, el modelo de las corporaciones religiosas. Y yo estoy seguro que poco antes de que comenzara la Gran Guerra, aquel antiguo proyecto estaba en vísperas de realizarse. Las Academias del mundo se habían reunido, no en una sobreacademia permanente todavía, pero sí en Congresos destinados a repetirse periódicamente. De aquí a una institución permanente sólo había un paso...

Este paso, la tragedia ha venido a impedirlo. Pero la mentalidad que subterráneamente a la gran tragedia se va formando, obligará a que se dé.

EL HOMBRE QUE BOSTEZA Y QUE FUMA.— Hablábase un día ante Octavio de Romeu de cuál podía ser el tipo humano opuesto a aquel otro lleno de sentido y de moralidad superior que nosotros conocemos con el simbólico nombre de «*El hombre que trabaja y que juega...*»

—El hombre que no trabaja ni juega...—dijo uno de los presentes.

—Perdón — interrumpió el ingeniero singular —. Otra personificación existe que, a mi modo de ver, puede oponerse con tal simetría, que hasta llega a la imitación fónica, como un juego de palabras, a nuestro «*Home que trevalla i que juga*». Lo contrario del «*Home que trevalla i que juga*» es el «*Home que badalla i que fuma*».

Dijo él. Y nos reímos. Pero entre su decir y nuestra risa hubo tiempo para que pasara por nuestra mente una profusión de imágenes que nos mostraba hasta qué punto la sutil palabra del maestro encierra profunda verdad. Rincones de oficinas, celdas profanas en la venerable Orden de la Holgazanería... Patios de Universidad, donde la tristísima juventud burguesa se adiestra en el aburrimiento... Aulas de Universidad, donde, si el cigarrillo se disimula bajo el banco, el bostezo no se recata... Escuelas y dispensarios, juzgados de primera instancia y juzgados municipales... Tertulias al sol y tertulias a la sombra... Pórticos de iglesia, foscas trastiendas, polvorientas librerías... Peñas de Casino y peñas de Ateneo... Mesas de café, mesas de cervecería, mesas de tabernas, total: tabernas... Incalculables esperas, citas no cumplidas, el señor que no viene, el señor a quien no se halla en su puesto, mil y un aspectos del Proteo devorador que es el tiempo perdido... El «Hombre que

bosteza y que fuma». ¡La mitad, por lo menos, de la vida española!

NO HAY MÁS QUE UNA GUERRA.—No hay más que una guerra. En la Europa cristiana sólo hay y sólo ha habido una guerra. La espantosa guerra que ahora nos afrenta y nos consume, ¿creéis, acaso, que empezó en Julio de 1914? No; comenzó el día en que murió Carlomagno.

Esta guerra, única e inacabable, es interrumpida por cortas treguas. ¿Veinticinco años, sesenta? El sometido de ayer pide muy pronto venganza. El sometedor de ayer reclama muy pronto nuevas sumisiones.

Por eso nos hacen sonreír amargamente todos cuantos paralogisan—o sofistican—diciendo que la guerra de hoy es una lucha por la definitiva o por la durable paz, siendo la única garantía de esa paz la sumisión de uno de los actuales adversarios. ¿Una sumisión, garantía de paz? No; una sumisión sólo puece ser garantía de nuevas luchas. En la guerra larga, en la guerra única de nuestra Europa, el perpetuo «casus belli» llámase siempre «sumisión»... —«Las guerras entre cristianos—escribía Leibnitz, nuestro gran europeo—no son únicamente impías; son también ineptas...» «Querer someter naciones civilizadas, belicosas y apasionadas por su independencia» equivale a emprender una lucha interminable (a continuar esta lucha interminable), de la que no se puede salir sino después de haberse agotado y de haber perdido toda esperanza de triunfo...

¿Remedio?—El Oriente, el Egipto, insinuaba Leibnitz. Tal vez sea esta misma la íntima contestación de muchas mentes alemanas. Pero hay otros hombres

que contestan con una palabra nueva. Una palabra que suena así como «Federación».

SOBRE EL ÉXITO

I

El malogrado Kallab, en sus eruditísimos estudios sobre el Vasari, ha propuesto una muy curiosa hipótesis relativa a las diferencias que se observan entre la primera y la segunda edición de su famosa obra biográfica. La segunda edición contiene mayor número de noticias que la primera, es verdad, pero también mayor número de mentiras. Y los críticos se preguntaban el por qué de esta falta de honradez del autor, ya que no puede hablarse de error en este caso. Kallab nos lo explica con una frase profunda. Entre la primera y la segunda edición de su libro—dice—le había sucedido al Vasari una cosa importante: «Había tenido éxito.»

¡Cuántas veces hemos podido constatar en escritores, en artistas, en otros hombres de profesión espiritual o civil, esta disminución, esta deformación, esta impureza, en la segunda parte de su labor! Creación ingenua y vigorosa ha sido la primera, carne de su carne, sangre de su sangre, agua viva de su espíritu. Mentira y falsedad se vuelve, empero, cuanto dan a partir de un momento determinado. ¿Qué ha pasado entretanto? ¿Qué accidente les ha acontecido que haya venido a hundirles? ¿Qué enfermedad les ha sorprendido que de tal modo haya logrado consumirlos, secarlos y acabarlos? El accidente, la enfermedad de que fué víctima el Vasari entre la primera y la segunda edición de sus «*Vite*»: han tenido éxito.

II

Meditemos sobre el «accidente del Vasari» y preguntémonos: ¿puede el éxito ser el adversario del heroísmo? ¿Hasta qué punto, en la valoración moral de una empresa, ha de entrar en consideración el éxito o la falta de éxito que haya alcanzado? Cuando Maurice Barrés ingresó, muy joven todavía, en la Academia francesa, Jean Moréas escribió un artículo. Entre los envidiosos, y aun entre el mismo público, había habido un poco de escándalo por la rápida fortuna de aquel escritor. Pero Jean Moréas dijo generosa y serenamente: «Felicitémonos de este éxito. Siempre es un bello espectáculo el de una carrera bien lograda.»

Era la voz de la sangre griega la que hablaba entonces por boca del generoso poeta: la sangre griega, que en toda cosa ama lo perfecto y acabado, lo que ha llegado a su fin honrosamente y normalmente. Esto quiere decir que el hombre genuinamente mediterráneo se inclinará siempre a ver en el éxito una condición de la gloria. Por alto, por fuerte que haya sido el ímpetu inicial, la tentativa fracasada o vencida le desagradará. El héroe mediterráneo es Ulises, fértil en astucias. Ulises, el héroe largamente combatido, pero vencedor al fin, llevando a feliz término la empresa comenzada.

Comparad a Ulises con Sigfrido, con el señor Tristán, con los máximos héroes de idealidad germánica. Aquí el instrumento de valoración moral ha cambiado por completo. La victoria en la derrota, la salvación en la muerte, la «voluntad de ruina», son los distintivos de este nuevo linaje de heroísmo. Ulises ha de «jugar y ganar», pero Tristán puede «jugar y perder», en el trágico juego de la vida. Puede perder, impunemente, aun triunfando. El éxito no forma parte de la definición de su empresa; antes por el contra-

rio, su empresa se ennoblece con el fracaso. Porque la valoración moral de su raza descuidará en él la realización cumplida para no ponderar otra cosa que la santidad del impulso.

La sangre griega hablaba por boca de Moréas, cuando se regocijaba por lo bien lograda que había sido la carrera de un amigo. En cambio, Carlyle hablaba como un puro germano cuando, al comenzar la conferencia sobre «Los Héroes» y al disertar sobre el «Héroe-literato», deja de considerar el ejemplo de Goethe, el de la olímpica fortuna, y a pesar de su ardorosa admiración por éste, declara preferir en su lugar a Johnson, ya que éste fué pobre, desventurado y doliente...

III

El héroe literario más elegante y más puro de la victoria en la derrota y de la íntima voluntad de ruina se llama Don Quijote. En esto, como en tantas otras cosas, el castellano se ha revelado siempre antilatino. Ya los preceptistas clásicos censuraban a Lucano porque su héroe no acababa felizmente la empresa, faltando así a una de las reglas del género épico.

Cristiano era Cervantes, pero Lucano, no. Tengamos en cuenta este detalle por si nos viniera la tentación de atribuir la causa de la concepción moral a que aludimos, no al germanismo, sino al cristianismo. Quien pretendiese definirla por una concepción ascética, se equivocaría. El asceta, y, por lo general, el santo cristiano, no es un «hombre arruinado», sino un hombre que, en su esfera y dentro de su propia voluntad, consigue su propósito. ¿Hay mayor éxito que el de hacer milagros? ¿Hay mayor éxito que el de conseguir la efectiva presencia mística de Dios? Lo que se proponía el fuerte guerrero de la santidad lo ha conseguido. No así Tristán o Don Quijote. Estos

en lo que es su esfera propia, en lo que desean, en aquello a que aspiran, han fracasado. Y llegan a sentir, en su propio fracaso, su propia sublimidad, la superación de la caída, la superación de la muerte—no con la inmortalidad, que es también vida, y vida mejor—, sino con la misma muerte... Tal superación no tiene nada que ver con el cristianismo, y aun quizás en algún aspecto es completamente opuesta a éste...

Las cosas espirituales están tejidas con sutilísimos hilos. Destejerlas es ardua tarea; pero es también agudísima voluptuosidad.

PENSAR CON LOS OJOS

Cosa sabida es que la gente mediterránea tiene fuerte tendencia a pensar con los ojos... Esto no quiere decir, como algunos interpretan, que tal gente tenga más tendencia que otra a no pensar. No, nosotros esto no podemos aceptarlo. Sabemos que Grecia ha tenido maestría suprema en la escultura, pero también en la filosofía. No solamente fueron mediterráneos Sócrates, el ex escultor, y Platón, el ex poeta, sino también Zenón el Eleata, tan sutil que llegó a descubrir que el movimiento era imposible, y mucho antes Pitágoras—griego de Sicilia, esto es, dos veces griego—, que desvanecía las cosas por considerarlas apariencias y sólo en los números veía su pura esencialidad. Pero si bien lo consideramos, este filosofar es filosofar con los ojos todavía. Solamente que en tal filosofar se filosofa con los ojos *más avispados*.

Un pequeño grupo de estudiosos de Barcelona ha empezado hace algunas semanas ciertas prácticas de psicología. Hace exámenes individuales de párvulos, jóvenes, obreros, estudiantes. Entre los «tests» o ejercicios aplicados figuran los de la famosa escala de la

inteligencia de Binet-Simon, provisionalmente adoptada, a pesar de conocerse sus defectos y a reserva de futuras rectificaciones. En esta escala los «tests» se rigen por la edad del sujeto; para cada edad hay ejercicios-tipos, algunos referentes a la traza visual y gráfica, otros, al desarrollo de las facultades literarias y de redacción.

Pues bien; una de las modificaciones que se preveía en la escala, si ha de acomodarse a los niños catalanes, es rebajar *uniformemente* el tipo de edad para los ejercicios gráficos y elevarlo *uniformemente* para los literarios. Casi todos nuestros niños de once años son capaces de ejecutar perfectamente los «tests» que, experimentados en niños de las escuelas de París, han sido colocados en la escala como propios de los trece años. En cambio, jóvenes de quince años hallan todavía gran dificultad en prácticas literarias atribuídas a los once.

Claro está que determinadas deficiencias de nuestra escuela colaboran a tal efecto. Claro está, sobre todo, que contribuye muchísimo a este retraso en el desarrollo literario el régimen bilingüe propio de nuestro país. Pero de todos modos, el hecho observado y la generalidad casi absoluta con que se observa constituyen, sin duda, un dato interesante de psicología colectiva. Dato digno de ser tenido en cuenta por todos los llamados a ejercer misión u oficio de educador en este pueblo nuestro, dado a pensar con los ojos.

EL «CALDERÓN», DE FARINELLI. — «Lo primero, la gravedad—; lo segundo, el temor de Dios.» Dícese que con estas palabras formulaba el código de su moral el preceptor, españolísimo, de los infantes del Señor Rey Don Carlos III.

La de Calderón es la figura ejemplar y arquetípica de la gravedad española. En su mente y en su temperamento, el primer principio del preceptor absorbe el otro, formando con él uno sólo. Debemos estar graves por temor de Dios. Debemos temer a Dios, porque en los misterios de su albedrío y de su justicia está nuestro único negocio importante. Debemos, pues, estar graves... Farinelli ha visto así la figura de Calderón; largamente la ha estudiado en sabios libros. Y en un reciente artículo de la «*Nuova Antologia*» resume aún sus nuevos estudios.

Bien hace el doctor hispanófilo en profundizar el alma de aquel hombre de raza, de aquél hombre representativo. Pero también haremos bien nosotros en recordar, en esta ocasión, como en tantas otras, que a nosotros, gentes mediterráneas, no pueden representarnos espíritus como Calderón. Calderón no es de nuestra raza. Difícilmente se entendería con Teresa la Bien Plantada. Teresa la Bien Plantada aborrecía aquella su gravedad. Pues cuando ella teme a Dios, nos es forzoso decir que le teme de muy distinta manera.

Teresa es como una niña. Tiene las gracias, las limitaciones de la niñez. Ya nos han dicho con voz muy autorizada, voz de un corazón muy de raza también: «Seréis siempre unos niños, levantinos.» Más de dos mil años ha, un sacerdote egipcio había dicho las mismas palabras. Se las había dicho a Herodoto, hablando de los griegos.

LECCIONES.—La gran lección luliana fué la que en el *Glosari* se ha indicado en guarismos: la superación del dualismo entre la tendencia particularista y el interés universal.

La gran lección platónica había sido, también, la superación del dualismo entre la unidad y la multiplicidad.

La gran lección de hoy—que es, en el fondo, una gran lección cristiana—está en la superación del dualismo entre lo eterno y lo histórico, o, en otros términos, entre el dinamismo y la racionalidad.

Hemos aprendido a ver un Dios en un Hombre que nace y muere: esto nos lo enseñaba el Evangelio.

Hemos aprendido a ver en la conquista de la simplicidad la más activa forma del refinamiento: esto nos ló enseña el Novecentismo.

Hemos aprendido a ver la Idea en el aspecto de un adolescente bello y virtuoso: y en esto los «Diálogos» son maestros.

Hemos aprendido a hallar la Humanidad por el camino de la Patria: y en esto será nuestro maestro quien, de entre nosotros, tenga bastante genio para concebir, antes que nadie, una «Babel» sin desorden y una «Civitas Dei» con cien dialectos oficiales.

DONDE SE HABLA NUEVAMENTE DE RAIMUNDO LULIO.—Hacer de Lulio, simplemente, un pensador franciscano, es como hacer de Leibniz un cartesiano.

No es lo mismo hallar en un árbol la bondad, que ver la bondud como un árbol.

Para lo primero, basta un impulso. Para lo segundo, se necesita una visión—que, naturalmente, tiene impulso en sus adentros—pues «ver» es siempre un caso particular de «mirar»—la más fuerte manera de mirar.

El impulso de amor consume el objeto. El amor al árbol consume el árbol. En cambio, la visión amoro-

sa eterniza el objeto. La bondad, distribuída lulianamente en un árbol, es la bondad alejada de toda anécdota, la bondad que no se consume.

Allá, la mística de la bondad. Aquí, la metafísica de la bondad. La bondad como voluntad. La bondad como representación.

... La augusta y barbada sombra aparece rápidamente, de vez en cuando, en el *Glosari*. Un día le pediremos que se siente en él un rato y que—a guisa de «xenio»—nos deje alguna buena lección.

UNIDAD.—«Unidad», «imperio», «Estado», «metrópoli», eran ayer palabras aborrecidas, siempre y donde se reunían nuestros compatriotas. Hoy son palabras ensalzadas, invocadas con todas las músicas del fervor. ¿Contradicción, cambio? No; progreso de unas mismas ideas y dialéctica madurez.

Trátase siempre de idéntico amor, de idéntica idealidad, de realidad idéntica. Solamente que ayer mirábamos con preferencia la individualización y la caracterización. Hoy miramos la potencia y la grandeza. Pues hoy sabemos que se es tanto mejor individuo cuanto se es más grande y generoso; y que se tiene tanto carácter—en el más noble sentido de la palabra—como poder.

La nueva tabla de valores—el *Glosari* la predicó desde el primer día—fué recibida al principio con cierta aversión por parte de nuestro pueblo. Pero la resistencia era exclusivamente circunstancial.—Peor para quienes—servidores demasiado fieles del instinto—pronunciaban condena.—Pues no tuvieron suficiente ironía, lo que quiere decir que no tuvieron suficiente ciencia, para dejar un margen a las adquisiciones del mañana.

CUESTIONES AMERICANAS.—Los pueblos de la América española han sufrido mucho por haber obtenido la soberanía política antes, muchísimo antes, de haber alcanzado la soberanía espiritual. ¿De qué le sirve a un país tener presidente de la República, Cámara alta y Cámara popular, Tribunal Supremo, ejército y moneda propios, cuando la más alta ambición de sus escritores se cifra sólo en llegar a ser nombrados miembros correspondientes de la Real Academia Española?

Quizás resulta preferible vivir como nación sometida que como provincia separada. Fué eso lo que ganaron, ha un siglo, los países sudamericanos: *una separación*, mucho más que *una emancipación*. Por esto ha podido hablarse durante cien años y sin grande injusticia de su nulidad para la cultura. Por primera vez en la Historia, la Humanidad presenciaba en la América latina el monstruoso caso de producirse imperios florecientes y enormes y opulentas ciudades, que en la vida del espíritu resultaban estériles.

Mil síntomas anuncian que tal estado de cosas va a cesar ahora. Mil síntomas por los que ya se revela, en aquellos países, el advenimiento de una civilización propia...—Y uno de esos síntomas, tal vez el más elocuente, es la creciente simpatía que allí se siente por España. La simpatía verdadera sólo se puede producir en quien sea *realmente libre*. Quien no es *libre*, sino que tan sólo se halla *separado*, no puede llegar a la simpatía, pues guarda aversión aún.

Mil síntomas, digo, que se me figura poder interpretar en la siguiente fórmula, preñada de significaciones: «*La verdadera independencia de América empieza hoy*».

CUANDO LOS POETAS MUEREN.

En la muerte de Verhaeren

Cuando muere un poeta, cada uno de sus devotos se siente de pronto un poco más viejo.

Cuando muere un poeta hay siempre en alguna parte un paisaje que misteriosamente se marchita y pierde el alma.

Cuando muere un poeta hay siempre en algún rincón, olvidados, cuerdas de harpa, viejos muebles, cristales frágiles y goteras de agua que dan plañidos casi humanos—que nadie escucha.

CRISANTEMOS FUNERARIOS ECHADOS AL MAR.—Día otoñal. Día obscuro. Viento. Estamos juntos al mar.

Del abismo se levanta
La queja amarga y sonora.
La onda, cuando el viento canta,
Llora.

Es la primera vez que estos versos me vienen a la memoria después de muerto el melodioso hombre que los dictaba. Y hoy más que nunca mido su resonante profundidad.

La poesía castellana no había hablado nunca con tales acentos. Y son éstos tan profundos, que muchas almas superficiales quedan ante ellos ensordecidas y no los entienden.

Sé, en cambio, de poetas, poetas príncipes, que darían toda su obra sólo por haber compuesto aquellos cuatro versos.

La queja amarga y sonora.

¿No era él también así, el pobre poeta? ¿No era todo él una queja amarga y sonora?

A la vera del mar. Viento. Día obscuro. Día otoñal.

La onda, cuando el viento canta,
Llora.

Llora—por él.

LOS TRES SUEÑOS DE DESCARTES.—Inquietantes problemas nos sugieren los sueños—tres sueños en serie—que tuvo Descartes la noche del 10 de Noviembre de 1619.

Corresponde tal serie de sueños a una época en que Descartes, habiendo experimentado, por efecto de largos trabajos mentales, una fatiga que hoy llamaríamos «surmenage», cayó en lo que él denomina «entusiasmo», y que nosotros llamaríamos «exaltación». Aconteciòle entonces soñar, en una sola noche, tres sueños, consignando al día siguiente por escrito tal interpretación en un fascículo que tituló «*Olympica*». Este fascículo, mencionado en el inventario que en Estocolmo se hizo al morir el sabio, se ha perdido, por desventura. Pero Baillet ha dado de él un resumen en su preciosa «*Vie de Monsieur Descartes*».

En la primera figuración se ve Descartes impelido por violentísimo viento—que a sus ojos representa un genio perverso—contra una Iglesia, a la que él, por

otra parte, ya se dirigía por su propia voluntad. El segundo sueño tráele el ruido seco de un trueno y una lluvia de chispas en la habitación.

El tercer sueño nos muestra al filósofo dormido sobre dos grandes libros: el uno es un Diccionario «de todas las ciencias juntas»; el otro, bajo el título de «*Codex poetarum*», debe contener todos los poemas que en el mundo se han escrito. Y Descartes advierte en su sueño que este último libro «señala más distinta y particularmente (que el otro libro, se entiende) la Filosofía y la Sabiduría juntas».

Milhaud (que recientemente ha comentado los sueños de Descartes) insiste en que el origen de los mismos está en una crisis mística que en aquella época debió de agitar la mente del sabio. Pero a nosotros, aun dejando aparte las cuestiones de situación de espíritu y de origen, un sueño como este último ya nos da que pensar... Notemos el admirable anacronismo de esa representación de un Diccionario enciclópédico, siglo y medio antes de la «Enciclopedia», casi un siglo antes de la obra de Pierre Bayle. Y notemos, sobre todo, el sorprendente «juicio de valor» que da sentido al sueño, sentido de valor que es lo más anticartesiano posible, que parece de Schelling o de otro fogoso romántico cualquiera, pues concede manifiesta preferencia a la intuición poética por encima de la razón científica... ¿Qué decimos, por encima de la razón científica? Más todavía: constituyendo con tal preferencia la verdadera razón. «*Graves sentencias in scriptis poetarum magis quam philosophorum*», comentaba Descartes. Y añadía esta palabra sorprendente: «Razón es aquello que por entusiasmo y por fuerza de la imaginación han escrito los poetas».

... Al día siguiente de haber soñado tales cosas, Descartes hizo voto de ir, como peregrino, al santuario de Nuestra Señora de Loreto.

ATENCIÓN E INTERÉS.—«Basta mirar largamente una cosa—esta formidable palabra es de Flaubert, en su «*Correspondencia*»—para que llegue a ser interesante.»

La culpa, pues, de una falta cualquiera de interés, debe buscarla cada cual en sí mismo. No se diga: «Tal cosa no es interesante», sino: «Tal cosa no he sabido todavía hacerla interesante». No es la atención hija del interés (ya en más de una ocasión lo hemos predicado a los pedagogos), sino el interés hijo de la atención.

¿Por qué el lector frívolo halla interesante la novela y no el libro teórico?—Pues (es un secreto: os lo voy a decir, puesto que no estamos aquí ante ningún lector frívolo) porque él lee la novela «de veras», y el libro teórico, no.

Pero también hay ojos que no se interesan por las cosas, por más que en ellas se fijen, larga y obstinadamente. Son los ojos de los muertos.

1917

1917. Plenitud. Una de las primeras glosas del año lleva por título «*La passió continguda*». «Me gustan — dice el autor — libros como el *Cicerone* de Burckhardt, que bajo el aire de simple inventario encierran un incendio de pasión.» El incendio del Glosador es ya ahora un horno que cuece pan del espíritu para los hombres. — Este año Eugenio d'Ors ha sido nombrado Director de Instrucción Pública de la Mancomunidad catalana, y a fines del mismo, su libre Academia filosófica de reuniones sabatinas es convertida en Seminario de filosofía, oficialmente organizado. Por aquel cargo oficial, d'Ors entra en una enorme tarea de fundaciones pedagógicas, simultánea a su segunda tarea profesional y filosófica, que se traduce en cursos de exposición general del sistema o en otros, especiales, sobre «La Historia y la Historia de la Cultura», «La Concepción cíclica del Universo», «El análisis finito de la continuidad» y últimamente sobre la filosofía de Cournot. — Es por este tiempo cuando, contestando Eugenio d'Ors a la *interview* de un redactor de la revista «*Plus Ultra*» de Buenos Aires, dice que él no escribe más que tres libros, en sí tres libros largos como la propia vida: «El de la unidad, que es el sistema filosófico, la *Doctrina de la inteligencia;* el de la variedad, que es el *Glosari;* el de la acción, que es la lucha por la cultura.:.»—Una de estas obras completa la otra; hay, entre una y otra, una circulación no interrumpida de préstamos y aportaciones; una institución de cultura ha sido a veces, primero, una glosa de vaga sugestión; luego, un curso de estructurada doctrina; luego, un acto de creación política; por fin, una glosa otra vez, página de exaltación y de triunfo. El sentido de la responsabilidad es el denominador común de todos estos momentos. Recientemente, en un libro póstumo del malogrado poeta Joaquín Folguera, se hace constar, incluso en las páginas de pura literatura del Glosador, este sentido de «hombre, por decirlo de una vez, de gobierno»... «audaz hasta la temeridad, pero siempre, siempre responsable», (*«Les noves valors de la poesia catalana». Barcelona, 1919.*) En 1917 pasa por el *Glosari* una como revisión, con mayor calma definitoria, de los temas tratados desde su comienzo. Todavía se destacan algunas series particulares: sobre la pintura francesa moderna, con ocasión de una Exposición de arte francés en Barcelona; sobre la memoria precoz, en ocasión de las Memorias del suizo Spitteler, con acompañamiento de una encuesta psicológica muy detallada sobre el tema; sobre la posición

de Unidad Moral de Europa, con una fuerte exaltación sobre la intervención pacifista de lord Landswone; sobre la muerte de Prat de la Riba, que marca una era en la política catalana; sobre la política francesa, en posición hostil a Clemenceau y favorable a Briand; sobre Pío Baroja, en fin, cuyo libro «*Juventud, egolatría*» da ocasión a Xenius a una revisión de temas fundamentales (en sucesivas glosas sobre *Los políticos*, *La Música*, *Las Naciones*, *El Cinismo*, *La Metafísica*, *La Religión* y *la* «*Libido*». —Del *Glosari* de 1917 se ha anunciado una edición en volumen por la «Editorial Catalana».

De su carácter de plenitud sintética y de serena autoridad nace, en 1918, «El valle de Josafat», serie que comprende todo el año, por la que desfilan trescientas figuras de la historia universal de la cultura, juzgadas cada una en un esfuerzo definitorio que es a la vez una tentativa completa de auto-definición. Como en las «Bodas de Caná» del Veronés o en el recientemente popularizado «Atelier» de Courbet, hay en «La Vall de Josafat» una amplia síntesis traducida en apoteosis multánime.

Pero...—la última noche del 1917 aparece en el *Glosari*, en lugar de la pequeña disertación acostumbrada, una traducción en verso de la poesía «Media noche», de Rückert. Y el Glosador termina su tarea del año con estas dos estrofas:

A mitja nit
he guerrejat.
—Aspre batalla, ferm combat—.
¡Oh, Humanitat, les dolors teves!
I no he pogut
portar-hi ajut,
a mitja nit.
A mitja nit
jo m'he rendit
i mon dalit,
Senyor, abandoni en tes mans.
Senyor del viure i de la mort,
tu sol ets fort!
A mitja nit.

... Nos acordamos de este momento extraño, ahora, en Marzo de 1920, al corregir las últimas pruebas de *Glosas*.

REFLEXIÓN DE AÑO NUEVO. — «Yo no me siento envejecer el alma—decía Octavio de Romeu—. Tampoco me veo envejecer la cara. Pero ya me veo envejecer la mano. Mi pobre mano es mi «memento» y cráneo de asceta.»

«No debo ser sólo en esto. Hombre habrá de quien pensamos que contempla, vanidoso, una sortija; y, en rigor, mira, contrito, una calavera.»

LA RAQUETA Y LA GUITARRA. — Son dos hermanas enemigas.

Las cuerdas que golpean y las cuerdas que suspiran. La madera tensa que resiste y la madera profunda que resuena.

¡Ay de la guitarra, cuando la raqueta invade un lugar del mundo en la que aquélla domina! ¡Las suspirantes cuerdas suspirarán más tristemente y resonará en la caja resonante una elegía!

La lucha de la raqueta contra la guitarra se llama política colonial.

PROGRAMA. — «Sociedad de Naciones» — «Estados Unidos de Europa» — «*Mittel-Europa*» — «Unión latina» — «Confederación occidental»... Otras tantas fórmulas y casos particulares del «Imperio», de la superación del concepto de nación, ideal nuestro desde hace años.

Las palpitaciones del tiempo señalan estas cosas.—

Las señalan hoy con más violencia y elocuencia que en 1915, cuando hubo tan pocos oídos que las escucharan y entendieran. Las palpitaciones del tiempo ganan cada día en amplitud.

Volvamos ahora los ojos hacia Cataluña. Nuestra opinión concretísima es esta: Cataluña tiene todo su interés en este movimiento por las uniones sobrenacionales. A Cataluña le importa mucho que tal movimiento se consume y ella pueda adherirse a él.

Nos hallamos en un momento parecido a aquel que, al declinar la Edad Media, convirtió a los Municipios en aliados del Poder real contra los señores feudales. Los organismos de arriba y los de abajo hallan ventaja en unirse contra el abuso de fuerza de los organismos medianos.

Mañana, mañana mismo, habrá en Europa un gran Imperio, o dos, o cinco Imperios; una Federación, o dos, o cinco Federaciones. Y dentro de tales Imperios o Federaciones habrá pequeñas naciones, que serán a modo de Villafrancas.

Y estas Villafrancas elaborarán el segundo Renacimiento, del mismo modo que fué hecho el primero por las repúblicas municipales italianas.

LA GRAN DESNUDEZ (1).—He ido a contemplar la mar,—Martes de Carnestolendas.—Cómo estaba grave, la mar!—La ciudad enmascarada,—La

(1) LA GRAN NUESA:—He anat a veure la mar—El dimarts de Carnestoltes.—Com era grave la mar!—La ciutat emmascarada,—La ciutat escabellada,—La ciutat esbojarrada,—s'agitava en sa follia.—Una sola gran rialla—De dalt a baix li corria,—Des de la muntanya al port.—I en cada carrer hi havia—Un xiscle o un espinguet,—Un pierrot o una diablessa,—Espurna blanca o vermella—Escapada del

ciudad descabellada,—La ciudad arrebatada,—Se agitaba en su locura.—Una sola risotada—De arriba a abajo corría,—Desde la montaña al puerto.—Y toda

---

gran foc.—Tot carrer era un penjoll—De la cota d'Arlequí,—Amb un cascavell al cap.

I la mar allá, més lluny,—Tota sola, tota nua,—Tota grossa i religiosa,—Amb aquella serietat—Que mai dels mais no ha mentit—(Sempre sortint-li a la cara—La passió del moment...)

Qui coneix més gran nuesa,—Més severa,—Més sincera,—Més pura, —Més segura,—Que la nuesa de la mar?—Allá s'estava tota sola—En la tarda que moria.—Allá s'estava tota sola,—El dimarts de Carnestoltes.—Rodava por mi només—El seu clam sense paraula.

Ai! a on era mentrestant—La serietat dels arbres?—Els arbres portaven perruques—De mi! cabells multicolors...—Ai!, a on era mentrestant—La serietat del núvols?—El núvols passaven cavalcant,—Mas carons de fosca llustrina...—Ai! a on era mentrestant—La serietat del pobres?—Els pobres formaven comparses—I sonaven els agres clarinets de Carnaval,—Vestits de bèsties o de bufons.

Tot, tot es pot disfressar—(Màscares d'homes i coses).—Guaiteu qualsevol dia la ciutad engarlandada—Amb els domassos als balcons. —Passaven dones, passaven soldats—I els bohemis i els dandís—(Màscares, màscares!).—I els cucurulles i els magistrats,—I de la ciéncia les togues,—I de la guerra els uniformes,—I les caretes porquines—Contra els gasos asfixiants.—Màscares, màscares, màscares!

Corre un carro on es passegen—Les bèsties sàvies del circ.—Cavalls encaperussats—El porten, guiats d'un clown.—L'omplen gossos, ànecs, simis—(Total, simis),—Amb les robes de soirée.—També les béstioles de Déu,—Oblidant les dolors que les menava Déu,—Fan Carnestoltes.—L'alta muntanya, al desembre—Es disfressa de candor;—De verd tendre en primavera,—I en ésser l'autumne, d'or,—I sempre que pot, de boira,—Que la cela al guaitador.—Màscara!

Qué més, Senyor,—Si fins s'emmascara la casa del Senyor?

Jo he vist a Roma, les festes,—Columnes de marbre pur—Dels vells temples, disfresar-se—Amb la pompa, un poc risible,—D'unes bragues carmesí—Galonades de serrell.—I, al contrari, l'obra vil,—En murs, façanes, columnes,—No fingeix—La noblesa dels carreus—O fines ve-

calle tenía—Su chillido o su estridencia,—Su pierrot o su diablesa,—Centella blanca o bermeja—Del gran fuego desprendida.—Cada calle era un jirón—De la cota de Arlequín,—Con su cascabel burlón.

Y la mar, allá, más lejos,—Muy sola, sola y desnuda,—Grande, gruesa, religiosa,—Con aquella seriedad—Que nunca jamás mintió.—(Saliéndole siempre al rostro—La gran pasión del momento...)

¿Quién vió mayor desnudez,—Más severa,—Más sincera,—Más pura,—Más segura.—Que la desnudez de la mar?—Allí se estaba ella sola—En la tarde que moría.—Allí se estaba ella sola—El martes de Carnaval.—Sólo para mí rodaba—Su gran clamor sin palabras.

¡Ay!, ¿qué se ha hecho, entretanto,—La seriedad de los árboles?—Los árboles llevan peluca—De guedejas multicolores...—¡Ay!, ¿qué se ha hecho, entretanto,—La seriedad de las nubes?—Las nubes van cabalgando,—Mascarones de oscura percalina...—¡Ay!, ¿qué se ha hecho entretanto,—La seriedad de los pobres?—Los pobres forman comparsas—Tocando los agrios clarinetes de Carnaval,—Vestidos de bestias o de bufones.

Todo disfrazarse puede—(Máscaras de hombres y

---

nes del marbre?—I en els funerals, les toques,—Endolades, no simulen—Una pena de què es riuen—Els nanos obscens del chor—I les gàrgoles sarcàstiques?

He anat a veure la mar—El dimarts de Carnestoltes.—Una hora parlàrem ella i jo,—En la tarda, que ja era morta.—Ara sé son secret i el mot de son clam.—La mar, sempre nua, no es pot vestir, no es pot disfressar,—Perquè ès tota sola...—Tot, tot, pot disfressar-se.—Tot, tret de la mar.

cosas).—Contemplad en cualquier día la ciudad enguirnaldada—Con colgaduras en los balcones.—Pasan mujeres, pasan soldados,—Y los bohemios, y los dandíes,—(¡Máscaras, máscaras!).—Y los caperuzas y los magistrados,—Y las togas de la ciencia,—Y los uniformes guerreros,—Y las caretas porcinas—Contra gases asfixiantes.—¡Máscaras, máscaras, máscaras!

Rueda un carro que pasea—Las bestias sabias del circo.—Tiran de él capirotados—Caballos que guía un clown.—Llénanle perros, patos, micos,—(Total: micos),—Con sus ropas de soaré.—También las bestezuelas de Dios,—Olvidando los dolores que les manda Dios,—Hacen Carnestolendas.

La alta montaña, en Diciembre,—Se disfraza de candor;—Cuando llega otoño, de oro;—En primavera, de verdor,—Y cuando puede, de niebla,—Que la cela al avizor.—¡Máscara!

¿Qué más, Señor,—Si hasta se disfraza la casa del Señor?

He visto en Roma, en las fiestas,—Columnas de puro mármol,—Disfrazadas con la pompa, algo risible,—De unas bragas carmesí—De flecos galoneadas. —Y, al contrario, la obra vil,—En muros, en columnas, en fachadas,—¿No finge nobles sillares—O finas venas de mármol?—Y en funerales, enlutadas tocas, —¿No simulan, acaso,—Un dolor del que se ríen—Los enanos obscenos del coro—Y las sarcásticas gárgolas?

He ido a contemplar la mar,—Martes de Carnestolendas.—Una hora hablamos, ella y yo,—En la tarde, que estaba ya muerta.—Ya sé ahora su secreto y la

palabra de su clamor.—La mar, siempre desnuda, no se puede vestir, no se puede disfrazar,—Que siempre está sola...—Todo se puede disfrazar.—Todo, menos la mar.

CRÓNICA DE LA CIUDAD DE DIOS. — Esta es la Crónica de la Ciudad de Dios, en que a ninguna Mente derecha es negada ciudadanía. Alzáronse las ciudades de los hombres, y levantaban una contra otra grande y turbio rumor. A la Ciudad de Dios llegan ciertamente las palabras que se dicen en la lucha, pero no llega el vocerío.

A puertas de la Ciudad de Dios encontraréis, en guisa de patronal figuración, una estatua. ¡Honor a Arquímedes que, absorto en sus geometrías, dejó que le atravesase la espada de un soldado de Roma! No fué Arquímedes mal patriota, y de él se dijo que proporcionó, con la invención de los espejos ustorios, medio de quemar las galeras enemigas. Pero, en verdad, lo que supremamente interesaba a Arquímedes en aquellos espejos era su calidad de maravillosos, y no sus servicios como siracusanos.

Combustibles, tristes combustibles son galeras y casas; perecederos, imperios y repúblicas. Pasan y se olvidan guerras y paces. Amistad, flor de un día; odio, fuego de virutas. Sólo es grande la Inteligencia.

Como de la Iglesia se afirma, también hay, para la Inteligencia, tres estados. Hay la Inteligencia militante, la Inteligencia paciente, la Inteligencia triunfante. Vivimos hoy momentos abominables de Inteligencia paciente. Jamás en la historia de la cultura europea ha padecido como ahora, si no es en las cercanías del Año mil.

Mayor deber, por tanto, de fidelidad y de heroísmo

en sus servidores. De heroísmo, sí. Que no es únicamente heroico el soldado que da su sangre en la trinchera. Sino aquel otro que sabe afirmar imperturbablemente su confianza en las luces, cabe una lámpara que la carestía dejó en claridad fementida y vacilante, y mantener el calor de un corazón universalmente generoso, al lado de una chimenea, que bosteza su álgida orfandad de carbón.

MADAME DE STAËL.—No únicamente se erigen grandes estatuas en la Ciudad de Dios. Bustos graciosos decoran también los discretos jardines.

He leído el volumen que Pedro Kohler, de Lausanne, dedica a Madame de Staël. Un homenaje a la gran diletante que enriqueció la literatura francesa con el panegírico de Alemania sería hoy prematuro. Contentémonos con tales estudios y con su escondido poder de reparación.

En el Museo de Versalles hay el retrato de Madame de Staël por Mlle. Godefroy. Sin la garganta poderosa, que da toda clase de garantías en otro sentido, la figura podría pasar en rigor por un Goethe. Por un Goethe que, en alusión a sus lecturas gozosas del «Diván», hubiese tenido el capricho de adornarse con un pomposísimo turbante persa.

Jamás cuando visitaba aquel Museo pude escapar a la aprensión de que la escritora está allí pensando en Goethe y reproduciendo inconscientemente alguna de las actitudes del poeta, y sobre todo, uno de sus visajes. Aquel, por ejemplo, que nos ha conservado, con más años encima, la famosa imagen de Stieler.

«El entusiasmo es la cualidad verdaderamente distintiva de Alemania». En estas palabras resumía Ma-

dame de Staël, según auténtica indicación, todo su libro. Seguramente también hubiera podido resumir, con las mismas palabras, la propia vida. Ese entusiasmo, ¿le engañó alguna vez? No podrán quejarse de ello, en todo caso, ni el país que cálidamente admiraba, ni aquel otro dotado, por obra de tal admiración, de un libro que es un pequeño monumento de libertad intelectual y de generosidad comprensiva.

LA VIDA ES SUEÑO».

I

Madame de Staël era una *Weltbürgerin*. Arturo Farinelli es hoy un *Weltbürger*, un ciudadano del mundo. Tenía ella sangre ginebrina. Él ha nacido junto a los lagos ticinos. Cuando Júpiter robó a Europa parece que, como un vulgar adúltero turista, la instaló por allí. Así fundóse allí una estirpe de grandes almas europeas.

¡Qué manifiesto, el que Arturo Farinelli lanzó al mundo erudito en 1913, proyectando en el más ardiente sentido de la internacionalidad su nueva colección de literaturas modernas! Pero la flor de sus amores, siempre fué y será para España.

España ha sido ingrata con él. A los dos admirables volúmenes de «*La vita è un sogno*», el más sabio, el más hondo, el más ápasionado y apasionante comentario a Calderón que jamás se haya escrito, ha respondido aquí el silencio. Algún erudito tal vez... Pero este libro debía haber interesado más que a nadie a los teólogos.

«Car c'est vraiment, Seigneur, le meilleur témoignage
Que nous puissions donner de nôtre dignité
Que cet ardent sanglot qui roule d'âge en âge
Et vient mourir au bord de vôtre éternité»

Así cantaba Baudelaire, sobre la desesperación, oculta tras la fastuosa sensualidad de los pintores-faros. Farinelli ha recogido otro sollozo que también rueda como una ola a través de los siglos. Y también en su voz profunda trae testimonio de la dignidad del hombre y de la Eternidad de Dios.

¿Hay teólogos en España?

II

La vida es sueño... No: la vida no es sueño. Arriesgo la siguiente definición: *Despertar es sentirse distinto*. Y tal vez me atrevería a esta otra: *Sentirse distinto es despertar*...—Sí, porque hay una manera de despertarse, *un despertar continuado*, distinto del acto único, artificialmente recordado en el natural fluir que puede el fisiólogo estudiar—. Aunque, por ahora, ni eso estudian los fisiólogos bien.

¿La vida es sueño? No importa. *Mi vida,* de todas suertes, no es sueño. *Mi vida* es todo lo contrario que un sueño. Mi vida es un estarme despertando sin tregua.

Junto a mí está aún el libro de Arturo Farinelli, y de su lectura puede sacarse que la fábula del durmiendo es un mito universal, hijo del total Espíritu, figuración espontánea e inevitable de la mente del hombre. Pero si nos detenemos un poco, creo que llegaremos a apreciar, dondequiera florece este mito, un origen oriental o una infiltración oriental. «El sueño de la vida» es un mito *local*, un mito de Oriente. No forma parte de la historia del Espíritu, sino —me atrevería a decirlo—del folklore.

Para el occidental, para el occidental genuino, la vida no es sueño: la vida es arte.

EN EL SALÓN DE PINTURAS.—No es «fauve» todo el que quiere. Resulta muy difícil ligar y rimar líneas y manchas manteniéndolas vírgenes de expresión, como resulta muy difícil hablar durante cinco minutos reuniendo palabras que no presenten sospechas ni sombra de sentido.

Haced la prueba. Hacedla reloj en mano. Pronunciad palabra tras palabra con el deliberado propósito de no bordear siquiera el campo de las significaciones. Seis, siete palabras han brotado de vuestros labios: viene ahora la octava. Fatalmente alguna asociación fácil unirá su concepto a algunos de los conceptos enunciados ya. Fatalmente se formará un comienzo de sentido, un «argumento» embrionario. A los tres minutos alguno de estos embriones se habrá desarrollado y se impondrá. A los cinco, el embrión se habrá tornado sugestión obsedante e inevitable.

Lo mismo que en la palabra sucede en el dibujo. Que la pluma o el lápiz campeen locamente sobre el blanco papel. Que se les den también cinco minutos de plazo... A los cinco minutos se habrá producido una de estas dos cosas: una caricatura o un arabesco.

Esta observación es independiente del derecho o del no derecho a despojar la obra artística de significación. Es independiente del valor o no valor estético que de ellos puede resultar. Significa solamente, contra la creencia del vulgo que visita las exposiciones, que en cualquier obra bien lograda en los caminos del «fauvismo» hay más albedrío, más esfuerzo, más «arte», en fin, de lo que parece.

EL «POURRISSEUR».—Existen «pudridores». Todo cuanto tocan se pudre. Si hablan pudren aquello de que hablan. En literatura, cuanto escriben se pudre también.

Octavio Mirbeau ha sido uno de estos «pudridores». El destino le ha dado tiempo de marchitar tres causas.

Vino el «naturalismo». Guardaba una cierta nobleza a despecho de su reputación. En un Zola, por ejemplo, casi todo se salva por ingenuidad poética unas veces, otras, por las proporciones épicas. Pero llega Mirbeau, y entra en las alcobas asido de las dudosas enaguas de una camarera.

Vino el «decadentismo». También aquí el mal de la perversidad se atenuaba con el énfasis aristocrático y con el sentido decorativo. Si en el fondo Zola es sencillo como una paloma, Wilde es, en la forma, puro como un cisne... Pero llega Mirbeau, y en comandita con un chino, monta tras un gran rótulo: «El jardín de los suplicios», un barracón inmundo de figuras de cera sádicas.

Vino la «literatura social». Por encima de las debilidades teóricas, un Tolstoi la daba cierto perfume de santidad. El perfume de santidad se torna, en Mirbeau, hedor de letrina El uno acaba en exaltación de la obra de caridad. En podredumbre de la obra de caridad, el otro.

... Una cosa podría valerle a Mirbeau la absolución; algo que fué su refugio ideal: su amor íntimo sincero, y, hasta cierto punto, púdico por la pintura,—*por cierta pintura*.

PINTURA FRANCESA.—No ha habido otra en todo el siglo XIX.

Los iniciadores fueron quizá los ingleses: Turner y

el americano Whistler comenzaron el impresionismo; Burne Jones y Rosetti, una corriente idealista; Morris y Beardsley, el arte decorativo. Pero todos estos madrugadores tenían un defecto capital: no eran, propiamente, pintores. Unos se quedaron siendo músicos sinfonistas; otros, poetas alegóricos; otros, moralistas—moralistas de la moralidad o de la inmoralidad.

Y de los alemanes, ¿qué diremos? Diremos lo que más de una vez hemos repetido y que a Marcel Robin, del «*Mercure*», le agradaba tanto oírnos decir: que Stück no ha sabido nunca lo que es la pintura, que Böcklin murió ignorando lo que es el color; que Menzel no pasó de la Anécdota-minucia sino para llegar a la Anécdota-apoteosis.

En Italia el caso resulta más triste todavía. ¡Tan triste, que hay para desesperar de la eficacia de los Museos! ¡Pensar que en presencia de magnas lecciones puede caerse en producción tan ruín! Dos artistas, es decir, dos semi-artistas pueden contarse solamente en la Italia contemporánea: el escultor Rosso, y éste podría considerarse francés, y el pintor Sagantini, de quien podemos decir que ha sido más bien suizo, para no desagradar a ciertos amigos nuestros si decimos que ha sido una especie de austriaco.

De Rusia vale más no hablar demasiado. O colonia del arte francés, o «*truc*» orientalista y etnográfico: el arte ruso no ha pasado de ahí. Bueno para embelesar a los curiosos durante dos semanas, a los *snobs* durante dos años, y unos años más a eslavófilos ignorantes del alfabeto griego. Después de prometernos mil revelaciones misteriosas, la obra capital del arte ruso ha consistido en proyectar una cuantas decoraciones suntuosas y unos cuantos figurines equívocos para uso de unos cuantos bailarines andróginos.

Podemos excusarnos de hablar de España. Una vi-

sita a los Museos de arte moderno de Barcelona o de Madrid es suficientemente instructiva. En Cataluña ha vivido—sobre todo vive con honor y mérito—una colonia del arte francés. En estos últimos tiempos se inician en ella prometedoras esperanzas de autonomía. Ya veremos qué pasa en el siglo XX.

Pero sobre el XIX, no cabe duda. Todo él es francés; Por eso la apertura aquí de una exposición general francesa de arte contemporáneo tiene tanta significación y tanto interés.

II

Simple cronología. Al comenzar el siglo XIX, Greuze y Fragonard vivían aún. El gran David, que había nacido en 1748, murió en 1825. El barón de Gros, nacido veintitrés años después que David, murió diez años después que él; y el barón de Gros es ya un romántico.

En el mismo año en que empezaba el siglo, Ingres obtenía el premio de Roma con una composición: «Aquiles recibiendo en su tienda a los enviados de Agamenón». En Roma descubría a Rafael, y ya por siempre le tuvo por maestro. El momento decisivo de esta iniciación lo señala su «Virgilio», que data de 1812.

En 1812 viven en Francia: Regnault, que tenía sesenta y ocho años; Proudhon, que tenía sesenta y cuatro; Carlos Vernet, de la misma edad; Horacio Vernet, que tenía veintitrés; François Gerard, cuarenta y dos; Isabey, cuarenta y tres; Gericaut, veintiuno. Dos adolescentes sueñan entretanto en el próximo porvenir de esfuerzo y de gloria: Corot, que en 1812 tiene diez y seis años, y Delacroix, que tiene catorce.

Estamos ya en pleno romanticismo. Delacroix es el

romanticismo de la historia; Corot, el romanticismo de la naturaleza. El primero expone por primera vez en el salón de 1822; Corot, en 1827, sin éxito; éste, por otra parte, tarda en hallarse a sí mismo, y no aparece completamente formado sino a mediados del siglo.

Pero ya entonces el romanticismo va cambiándose lentamente en realismo, y ya ha aparecido—significativo con significaciones profundas — el dibujante Daumier. Daumier, en 1850, se halla en la plenitud de la vida: tiene cuarenta y dos años. Y también han aparecido Millet, que tiene cuatro años menos; Teodoro Rousseau, de la misma edad; Flandrin, quincuagenario; Troyon, de la edad de Millet. Y Courbet mueve en esta época los grandes escándalos de la iniciación realista: tiene treinta y un años.

Emilio Zola ha tenido tiempo de hablar de dos grandes pintores muy combatidos, casi al mismo tiempo: Courbet, que triunfa con grandes adversidades, y Cézanne, que en 1885 pasaba todavía por el prototipo de la inhabilidad y de la falta de dotes obstinada. Mientras tanto florecía magníficamente el impresionismo. En el famoso retrato colectivo de Fantin-Latour, en el que Manet está representado con sus amigos, aparecen juntos Monet, Renoir, Cézanne, Zola. Todavía, por los cafés de Marsella, Monticelli debía vender, quizá, sus tablitas iniciadoras... Pero ya se dibuja la reacción idealista: Puvis de Chavannes había nacido no más tarde que en 1824; y en 1824 David vivía aún. Gustave Moreau nacía cuatro años después. Los dos mueren dos años antes de acabar el siglo.

A la mitad de éste, cuando se acaba de revelar Corot, nace Carrière, que es de 1849; nace Gauguin, que es de 1848, así como Rodin. Los dos primeros alcanzan el siglo xx. Y Rodin vive todavía.

¡Cuánta riqueza!

OASIS.—Benditos los oasis; benditos los postreros albergues de las mentes libres, entre las que fueron francas tierras de Europa. Empinada Helvecia, Holanda rendida, cumbre o llanura, vivac de cazadores, cofradía de marineros—poco importa—mientras se pueda respirar.

Ya saludamos otro día la estirpe de grandes almas europeas, fundada y prosperada en las orillas de los lagos suizos. Holanda ha sido siempre predilecta ermita para las devociones del pensamiento. Cuando Descartes quiso ser soldado, se marchó a Bohemia; cuando Descartes quiso ser filósofo, se marchó a Holanda. Los campos de Praga, para aprender la vida; los canales de Amsterdam, para enseñar la vida...—Parece ser que, aun en tiempo de sus campañas, fué Descartes un militar muy especial; he leído que, como encontrase en Ulm al profesor Faulhaber, entró con él en comercio intelectual, y tanto se plugo en su compañía que, entretenido en discusiones matemáticas y en el juego de proponerse mutuamente difíciles problemas, separóse el buen Renato de su cuerpo de ejército, y no volvió a encontrarlo sino muchos meses después. ¡Ah, la guerra no era esclavitud todavía!

Holanda de mis recuerdos. Suaves campos, ciudades pulidas, jardines de tulipanes, cielo color de cidra—en que a veces un indeciso esplendor de estaño es un rayo de sol, pronto borrado por la niebla perezosa, peinada entre las aspas de los molinos de viento—, agua amarilla, dormida en los bruñidos canales. Y, de cuando en cuando, por el horizonte brillante de espejismos, el paso de una vela ocre o de una vela roja, más altas que los árboles y que las puntiagudas casitas verdes... Déjame, Holanda de mis recuerdos,

barrio exquisito en la ciudad de Dios, evocar tus nombres fastos. Yo también, como los generales, tengo mi orden del día. De vez en cuando llamo alguna grave y grande figura mutilada a la sombra de la bandera inmemorial, que ya somos tan pocos en sostener; ella acude y yo le dejo una nueva medalla colgada en el pecho.

FÉLIX LE DANTEC.—Es de las imágenes personales más fieles, más precisas de mi recuerdo. Otras se tornaron vagas, y uno las conserva como formas sugestivas y musicales. Esta no: precisa, digo, precisa y estructurada... La frente dura, huesosa, de tozudo bretón. El color, blanco, rosa en las mejillas. (¿Enfermedad, quizá? Félix Le Dantec ha muerto antes de haber cumplido los cincuenta.) La barba, rojo pálido. El cuerpo bajo, cuadrado, vestido con la desgarbada americana negra poco destacada en el aire gris (la gran ventana está cerca) en el Laboratorio de Embriología de la rue d'Ulm... La mesa doctoral está cubierta de opaco zinc. En un extremo hay una pila y un grifo. Detrás, la pizarra. De un lado al otro de la tarima, el hombre que profesa no cesa de andar. Sus dos brazos suben y bajan a un mismo tiempo, simétricamente, con movimiento paralelo. La palabra es mágicamente exacta y límpida.

Este tozudo bretón ha tenido también su Vendée. Obstinadamente, anacrónicamente, contra todas las corrientes nuevas, por encima o por debajo de las palpitaciones del tiempo y de las revelaciones de la hora, ha continuado defendiendo el determinismo más radical, la concepción mecánica del mundo. También el determinismo era «antiguo régimen». Y también había hallado un alma bretona para convertir

ese «antiguo régimen» en una especie de religión.
En esta ocasión, el bretón sabía hablar y escribir como un griego.

EL «BALLET» RUSO. — Rusia es una Sirena. (Como la Edad Media. Como la India. Como todas las cosas enormes y enfermas).

Rusia es una Sirena. Dos veces Cataluña la ha hallado a la aventura, en su navegar.

La primera vez, la Sirena cantaba. Cantaba con dulce voz, profunda y misteriosa. Cataluña se rindió a su embeleso.—¡Cuántas cosas nacían o se afirmaban, en los tiempos en que vino a Barcelona la «Capilla Rusa»! Puede decirse que todo nuestro «fin de siglo». ¡Ideología de Soler y Miquel, poesía y poética de Maragall, el «Orfeó», el orientalismo decorativo, el nihilismo suave, el misticismo equívoco!

Pasan veinte años. Se verifica hoy el segundo encuentro. La Sirena se retuerce, salta, vuela quizás. A eso se le llama danzar. Y es una voluptuosidad única verla danzar de este modo.

Cataluña se embelesará nuevamente. Pero esta vez no se rendirá. No se han perdido, no, los veinte años que median entre los dos encuentros. Ahora hemos vuelto a aprender la suprema lección del supremo Platón mediterráneo. No hemos cerrado con cera los oídos, como los marineros ingenuos e impulsivos, para no sucumbir a la terrible delicia del canto tentador; no. Somos como Ulises, con el oído atento a la buena canción y el ojo abierto al buen espectáculo, pero tenemos el cuerpo atado contra el mal movimiento.

Yo mismo, humilde remero de la nave, yo mismo,

remero y glosador, he atado con mis manos, y por secreto mandamiento de Cataluña, la cuerda al cuerpo de Cataluña.—Diez años largos de esfuerzo para dar diez vueltas y media a la cuerda.

¡Brinca, Nijinsky! ¡Retuércete, Tchernicheva! ¡Vuela, Rusia, Sirena, Mujer-Pájaro multicolor! Nuestro patrón te admirará más que nunca, puesta toda su alma en los ojos. Pero ya no se desatará.

Y ya la nave seguirá sin riesgo, y entre pequeñas curvas irónicas, la ruta de la Inteligencia.

APÉNDICE

EL NOVECENTISMO.

(**Nota de *Carlos Rahola*.**

«La posición filosófica denominada *Noucentisme* (Novecentismo) fué planteada por Eugenio d'Ors, a principios de 1906, en su *Glosari* de *La Veu de Catalunya*.

»Todo idealismo busca tipos eternos o ideas; pero tres posiciones son posibles: la de Platón, que busca la idea en el desprendimiento de todo lo que es circunstancial, en deshacer el engaño del espacio y del tiempo; la de Hegel, en que la Idea es considerada como realizándose en la vida, pero en la totalidad de la vida; es decir, de un lado, en la Naturaleza o extensión total del espacio, y de otro, en el Devenir, o moción total del tiempo; y otra posición, la instaurada por Eugenio d'Ors, que consiste en buscar la idea en el fondo de cada una de las objetivaciones concretas del espacio y del tiempo. y, por consiguiente, entre otras concreciones, en el fondo de cada Nación (Catalanismo, *Bien Plantada);* de cada oficio (Ética profesional, «*Aprendizaje y heroísmo*») y de cada siglo, o mejor, de cada etapa en la historia de la cultura (Novecentismo, *Glosari*).»

ÍNDICE

Páginas

Páginas

Páginas


3 9015 03350 7305



